



«TIENE INTRIGA,
SORPRESAS Y SENTIDO
DEL HUMOR. TANGEN
DOMINA EL GÉNERO.»

DAGBLADET

EL
EJECUTOR
GEIR TANGEN



Lectulandia

El periodista Viljar Ravn Gudmundsson ha perdido su ángel. En pocos años ha pasado de estrella mediática, tras destapar un sórdido escándalo político, a apestado en una redacción de provincias. Sus colegas desconfían de este hipocondriaco de origen islandés. Cuando recibe un extraño e-mail en el que se profetiza un crimen, casi reza para que se trate solo de una broma de mal gusto.

Al día siguiente encuentran a una mujer asesinada y Viljar se da cuenta de que su viejo instinto sigue intacto. Mientras los agentes le interrogan, el periodista recibe otro mensaje en el que se anuncia una nueva muerte. Así comienza la caza de un criminal astuto y cruel que parece ir siempre un paso por delante de la policía, dejando un rastro de sangre.

Lotte Skeisvoll, una investigadora excéntrica y obsesiva, necesita dar con la pista que por fin les dé ventaja en su carrera contra el reloj. Cuando se descubra que los crímenes imitan escenas de novelas negras famosas todo dará un vuelco. Pero la tensión aún será mayor cuando aparezcan pruebas que relacionan a Viljar con las víctimas. ¿Por qué el asesino lo ha elegido como socio?

Lectulandia

Geir Tangen

El ejecutor

ePub r1.0

Titivillus 18.12.2017

Título original: *Maestro*
Geir Tangen, 2016
Traducción: Bente Teigen Gundersen & José Serra
Retoque de cubierta: Titivillus

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

*Para mi madre y mi padre,
por haberme enseñado la magia de los libros*

Aquella mañana, cuatro días antes de que se apagara la luz, el periodista Viljar Ravn Gudmundsson estaba plantado en el centro de la sala de reuniones, con las piernas separadas, disfrutando del ambiente que le rodeaba. En el lugar predominaban las sonrisas amplias, las miradas ansiosas y las risas altivas. Tal y como debía ser.

—¡Joder, Viljar! No sé qué será lo que les vendes a tus fuentes, pero yo lo quiero. Es que se trata del mismísimo ministro de Transportes. Colgado y clavado en la picota con el culo al aire. Daría gustosamente el riñón izquierdo por ver mi firma en un reportaje así.

El periodista cultural Henrik Thomsen le sacaba tres cabezas a su compañero, aunque ello no implicaba nada digno de mención en lo que respectaba a su inteligencia. Al mirarlo, Viljar creyó ver restos de azúcar glas en su frondoso bigote.

—Créeme, Thomsen, no sobrevivirías a ello. Hay razones por las que tú escribes reseñas de conciertos mientras que yo me dedico a perseguir a depredadores en los pasillos del poder.

Viljar se apartó de aquel hombre enorme y robusto para encaminarse hacia un extremo de la sala. Para situarse bajo los focos. Lo merecía. Era su momento. El momento en que todas las miradas se dirigían a él llenas de respeto y admiración. Lo que había conseguido era algo único en los ciento quince años de historia del periódico. Para el resto de los colegas y redactores, el artículo podría parecer el resultado de varios meses de ambicioso periodismo de investigación. El hecho de que eso no fuera del todo cierto no le importaba a Viljar lo más mínimo. Se trataba de su especialidad. Que el artículo fuera el producto de cientos de horas de trabajo, o que le hubiera caído del cielo como una pluma, le resultaba completamente indiferente. Estaba en posesión de una gran primicia, tenía todas las palabras en su poder.

Y lo que escribía era la verdad. Así eran las cosas en Haugesund. Una y otra vez, los que abusaban del poder habían sido derrocados de sus pedestales. En el diario regional *Haugesunds Avis*, Viljar Ravn Gudmundsson era un obelisco de granito, un obelisco que podría erigirse igualmente en los terrenos donde se estaba construyendo el edificio que albergaría la nueva sede del periódico.

El caso que había presentado en la redacción aquella mañana tenía todos los ingredientes para convertirse en un bombazo incluso en los medios de comunicación

nacionales: se percibía el olor a sangre, ese estado que surge cuando todas las redacciones del país cubren el mismo acontecimiento dramático, en una cobertura tan amplia que eclipsa cualquier otra noticia de la actualidad. Política, abuso de poder, personajes famosos, delincuencia y sexo. Todos los ingredientes en un mismo caso, y el impulsor de la investigación era un pequeño diario de ámbito regional como el *Haugesunds Avis*. Y el hecho de tener la firma de Viljar Ravn Gudmundsson le daba la credibilidad necesaria para traspasar la barrera del sonido y llegar a los medios nacionales.

A sus treinta y siete años, Viljar disfrutaba desde hacía tiempo de una gran reputación como una de la voces mediáticas más sólidas del país. Las ofertas laborales no dejaban de llegar a su bandeja de correo electrónico con regularidad, pero él hacía caso omiso. Ejercía de padre los fines de semana y no soportaba la idea de tener que viajar a Oslo cada semana. Alexander, su hijo de doce años, vivía en Haugesund, y ningún trabajo del mundo le haría sacrificar los momentos que compartían ambos. Además, no se podía ocultar que Viljar era un poco comodón. En el periódico regional tenía libertad total. Hacía y deshacía a su antojo. Escribía los artículos que más le apetecían y se negaba a deambular ociosamente por los lugares comunes de la prensa escrita. Era el líbero del periódico, un alma libre en un entorno libre. Dictaba el orden del día. Era el anarquista de la casa. Seguía sus propias reglas y vías, para desesperación y disfrute del director del diario, Johan Øveraas.

Cuando unos días antes se topó con el asunto de Herman Eliassen, el ministro de Transportes, Viljar llevaba bastante tiempo alegando ante sus superiores que estaba trabajando en un caso de dimensiones insospechadas. Por supuesto, no eran más que palabras huecas. En realidad, había estado empleando gran parte de su jornada laboral en planificar un fin de semana en Londres con Alexander. Afortunadamente, la salida del viaje había coincidido con el día en que podría servir ante la redacción, en bandeja de plata, la cabeza del ministro de Transportes.

—Chicos... ¡Escuchadme un momento!

El director Johan Øveraas llevó a Viljar con paso decidido hasta una esquina de la sala para que todos los compañeros pudieran reunirse a su alrededor. Se plantó las manos con gesto resuelto en las caderas, y Viljar observó fascinado cómo se hundían literalmente en la grasa de sus michelines.

—Este bombazo va a caer como una pinta de Guinness en una fiesta con champán en el centro periodístico de Akersgata. Y va a aguarle la fiesta a todo ese coro de pelotas de Herman Eliassen. Los de la prensa local conocemos al tipo y llevamos mucho tiempo esperando una ocasión para verlo colgando de los pelos del culo. Viljar, ¡qué buen trabajo, joder!

El aplauso retumbó en la pequeña sala, y Viljar Ravn Gudmundsson se tomó su tiempo para disfrutar del momento. Aquel era su caso. En aquel juego de poder, él era invulnerable. Tenía la verdad como compañero inamovible y nadie podía ponerle trabas.

Tras las ventanas, el viento sacudía los viejos robles que crecían junto al colegio Lillesund. Las exhaustas hojas retenían por un tiempo más la savia del verano. De momento se mantenían fuertes, lozanas y con un intenso color verde. Pero, a diferencia de los periodistas que se encontraban entre las paredes de aquel edificio, las hojas saben que todo llega a su fin. Llega el momento en que se corta la cuerda de salvamento de todo lo que existe, y un fuerte viento racheado se llevará los amarillentos broches otoñales.

En el patio de una granja a unas decenas de kilómetros más al sur, se encontraban Jonas y su novio. Entre miradas y caricias enamoradas, habían sellado sin saberlo no solo su propio destino, sino también el de Viljar Ravn Gudmundsson, el hombre que en aquel mismo instante recibía la última palmada en el hombro del director del periódico.

—Un trabajo magnífico, Viljar. Vete a Londres. Apaga el móvil. Disfruta con tu hijo. Te lo mereces. A partir de ahora nosotros nos encargaremos del asunto. En cuatro días estarás de vuelta, y te prometo que en el viaje de regreso tendréis viento de cola, porque aquí soplará un fuerte temporal.

Viljar sonreía con aire travieso mientras metía todo lo que necesitaba en su bolsa de viaje. Echó un último vistazo al material fotográfico preparado para el artículo sobre Eliassen y lo envió al departamento de redacción. Cuando acabó, el director del periódico seguía de pie junto a él. Viljar miró a Øveraas con su habitual expresión burlona.

—¿Soplará fuerte...? ¿No sopla siempre fuerte en Haugesund?

Cuatro días más tarde...

Puente Stemmen, Haugesund

Martes por la noche, 31 de agosto de 2010

Nubes amenazantes barrían el cielo como oscuros presagios, reclamando su lugar en la hora azul entre el día y la noche. Durante unos breves instantes, el lago Eivindsvatnet quedó bañado en un resplandor mágico, para verse envuelto a continuación en un negro manto con olor a azufre, truenos y fuertes aguaceros.

Jonas Ferkingstad estaba en Stemmen, un pequeño puente construido en 1907 sobre el embalse situado junto a la entrada de la zona de esparcimiento alrededor del lago Eivindsvatnet. El frágil individuo miraba por el borde, como tanteándolo.

La melena rubia se le pegaba a la frente. Sus ojos de color azul intenso contemplaban un punto imaginario en el vacío. En los breves destellos de luz que aparecían de vez en cuando al abrirse las nubes en el cielo, podía ver allí abajo las aguas del embalse. Desde el lugar donde se encontraba en el puente hasta el fondo de la zona pedregosa, habría unos diez metros de distancia. La fina camiseta de color burdeos se le adhería empapada al torso. Le temblaba todo el cuerpo. Lanzaba breves ojeadas hacia el terreno circundante, hacia el paso peatonal debajo de Skjoldavegen, pero la mayor parte del tiempo permanecía mirando al vacío.

Jonas se enderezó cuando descubrió que una persona se acercaba caminando. Era imposible reconocerla, pero Jonas sabía quién era. Durante todo el tiempo que pudo había albergado la esperanza de evitar aquel enfrentamiento. Ya no había negación o mentira posibles. Ninguna traición ni engaño. Dos seres humanos a solas que conocían la verdad. No tenían necesidad de esconderse detrás de ninguna farsa o fachada.

Durante un largo rato se quedaron quietos, contemplándose en la distancia. El viento otoñal azotaba el lago Eivindsvatnet, creando crestas de espuma en el agua. Un nuevo rayo desgarró el cielo. En medio del fugaz destello de luz gélida, se miraron. Desnudos. Desprotegidos. Solos. Al cabo de unos segundos volvió la oscuridad y los truenos hicieron vibrar el hormigón del puente. Jonas permanecía expectante, con los hombros encorvados. Contempló a la persona que tenía enfrente. Deseaba arrojarle a sus brazos. Quedarse a salvo allí, fingiendo que no había ocurrido nada. Que todo no había sido más que una *fata morgana*. Irreal. Algo que desaparecería en un abrir y

cerrar de ojos. Sin embargo, no era posible. Nada se podía deshacer.

Durante unos breves instantes se quedaron así, mientras el agua se escurría por sus cuerpos. Sus rostros reflejaban impotencia mutua. No dijeron nada, pero después de un rato la otra persona extendió los brazos hacia Jonas, que, respirando con dificultad, se fundió con ella en un abrazo. No había palabras que pudieran expresar la sensación que experimentó en aquel momento. No era felicidad. No era alivio, sino otra cosa diferente. Algo muy profundo, que hizo que todo su ser se dejara ir. Todos los sentimientos reprimidos brotaron como un géiser. Percibía su propia voz gritando contra el pecho de la persona que le abrazaba, pero apenas podía oír el sonido. Tenía que sacar todo su dolor.

Por encima de su hombro, Jonas creyó atisbar una sombra que se movía junto a la pequeña caseta de los botes. Dos kayaks se aferraban entre sí contra el azote del viento, apoyados en una pared de la caseta. Durante los últimos días los había visto flotando en las aguas, pero no entendía muy bien que alguien quisiera sacarlos al lago con ese temporal.

Aquella pequeña digresión le distrajo. El abrazo aumentó notablemente en intensidad, como si la otra persona intentara estrujarle. Jonas intentó desprenderse un poco de aquellos brazos de hierro. Pero aún no quería apartarse del todo. Sentía los sollozos en sus entrañas. Breves gañidos desesperados que eran testigos de lo que había hecho. Jonas sabía que todo era culpa suya. Era el único responsable.

Los brazos que lo rodeaban eran poseedores de una fuerza primitiva. Inhumana. Jonas dejó caer los brazos flácidamente a los costados, manteniéndose en pie únicamente por la presión de la otra persona. Jonas se sentía vacío. Era una cáscara fina y frágil, incapaz de oponer ninguna resistencia. De repente se percató de que se trataba de una batalla. Una batalla a vida o muerte. Comprendió que la otra persona no lo abrazaba para consolarle u ofrecerle apoyo. Jonas reunió toda la energía que le quedaba y, con gran esfuerzo, se liberó de aquellos brazos. Miró a su oponente con otros ojos. Separó las piernas para mantener el equilibrio, pero notó lo lánguido que se le había quedado el cuerpo.

De repente, la escena del puente cambió por completo de tono. Un nuevo destello de luz. Un nuevo trueno. La otra persona abrió la boca para gritar, pero lo único que se oyó fueron unos roncossusurros. Una espiración sibilante.

Con movimientos lentos, la otra persona lo agarró con fuerza y, levantando limpiamente su cuerpo del suelo, lo arrojó por encima de la barandilla del puente. Cuando el cuerpo se precipitó por el abismo, el grito que se oyó resonó por todo el valle Djupadalen. Después llegó el silencio. Incluso las gotas de lluvia caían silenciosas cuando todo hubo terminado.

Cuatro años más tarde...

Sede del Haugesunds Avis

Lunes por la mañana, 13 de octubre de 2014

Un renglón solitario centelleaba en la pantalla del ordenador. «Texto: Viljar Ravn Gudmundsson». Viljar parpadeó. Los ojos le escocían. La primera hora de la jornada laboral ya era historia; sin embargo, él no había hecho más que escribir su nombre.

Alzó la mirada y contempló la calle Karmsundsgata. Un retablo de coches entre la lluvia y la niebla. Los arquitectos que proyectaron el nuevo edificio de la sede de los medios de comunicación de Haugesund tal vez pensaron que las ventanas panorámicas del suelo al techo inspirarían a las hormigas obreras de aquella oficina de planta diáfana y abierta. No obstante, las vistas eran tan deprimentes como escuchar el *Black Album* de Metallica interpretado con flauta india.

Las instalaciones eran completamente nuevas, pero los diez años que llevaba en la misma redacción habían ido consumiendo lentamente las fuerzas del islandés Gudmundsson. La satisfacción de desvelar algo que pudiera generar titulares sensacionalistas en los medios nacionales había quedado pulverizada por la eterna persecución de primicias que, al poco, se convertían en *yesterday's news*. Nada se destiñe con más rapidez que la tinta de impresión.

Intentó enderezar la espalda. Apenas había cumplido los cuarenta y ya estaba anquilosado por las horas interminables delante de un teclado y una pantalla. Al mirar a su alrededor, se percató de que era el único que no estaba trabajando. Los golpes secos del teclado vecino le machacaban los conductos auditivos como un millar de cucarachas sobre un suelo de *parquet*. El zumbido constante de las voces de los otros periodistas le irritaba infinitamente. El hecho de reemplazar los antiguos despachos herméticos por semejante hormiguero era una infamia puesta en práctica con el único fin de joder.

Además del silencio, lo que Viljar más añoraba era su silla. Aquella estructura que tenía junto a su antigua mesa, de asiento profundo y amplio, y que además era reclinable. Con un respaldo en el que podía apoyar toda la espalda. En un día tranquilo, no había ningún problema si quería echarse una cabezadita. Las sillas nuevas eran de respaldo corto adaptado a la zona lumbar, y uno se sentaba en ellas como si tuviera un tapón anal de diez centímetros metido por el culo.

Viljar substituyó el insípido chicle de nicotina por un pellizco de snus, y echó otro vistazo a su alrededor. La estampa era la misma. Como siempre. Un compartimento tras otro de lugares de trabajo divididos en grupos de cuatro, separados tan solo por unos bloques blancos de un metro y medio con la parte frontal pintada de azul marino, que parecían más que nada unos descomunales ordenadores de sobremesa. La única nota discordante era un tresillo verde, excepcionalmente horrendo e incómodo, ubicado en medio de la amplia sala.

El director Johan Øveraas permanecía de pie en la zona de los sofás. Viljar lo contempló y constató satisfecho que aquel hombre de sesenta y dos años estaba más cerca de su jubilación de lo que jamás se acercaría al reino de los cielos. Øveraas encarnaba todo lo que debería ser un buen gerente intermedio en un consorcio como Orkla Media. Carente de escrúpulos, insensible y moralmente discapacitado, pero con una lealtad del cien por cien a la cúpula directiva.

Øveraas se percató del contacto visual y se acercó bamboleante al minúsculo compartimento de Viljar.

—¡Puto vago! No pasa ni un día sin que te escaquees un par de horas del trabajo. ¿Crees que soy imbécil? ¿Crees que no me doy cuenta de cuándo va y viene la gente por aquí?

Øveraas se infló como un pez globo, pero lo que más destacaba era la bocaza. Viljar sabía muy bien a qué se refería. El viernes había abandonado su puesto sin dar ningún tipo de explicación.

—¿Tengo que rascarte en algún lugar para que reacciones, o podrías ser tan amable de contestarme cuando te hablo?

Tenía los ojos abultados y el color de su tez estaba cambiando de matiz, volviéndose morado.

Viljar había supuesto que el artículo que Øveraas le había encargado el viernes sería asumido por quien estuviera de guardia durante el fin de semana, pero no había sido así. En la reunión matinal del lunes, el asunto había vuelto a aparecer arrastrándose sobre su mesa como una babosa, y le habían dado de plazo hasta las doce para entregar el artículo.

En otras palabras, tenía tres horas para escribir un artículo principal de mil doscientas palabras, además de uno secundario de otras seiscientas, acerca de la asociación Salud Mental y de su insatisfacción con el tratamiento recibido en su eterno deambular entre los servicios de urgencias, los hospitales, los médicos de cabecera y las unidades psiquiátricas. En esta ocasión querían advertir a la opinión pública de la gran cantidad de personas afectadas por enfermedades psíquicas que había en nuestra ciudad, y de las que no quedaba constancia porque el sistema no las registraba.

Viljar miró al director con aire afable. Convendría calmarle un poco para que no reventara como un *lemming* colérico.

—¡Tranquilo! Tenía el estómago mal. Y no quería molestar a toda la redacción

con la peste a mierda. Pero ya estoy trabajando en el artículo.

Johan Øveraas se quedó paralizado un par de segundos antes de centrar su rabia, como era habitual, en cualquier objeto material a su alcance. En aquella ocasión pagaron el pato dos bolígrafos, que tiró al suelo barriendo el escritorio con la mano. Luego se giró bruscamente y volvió a su despacho pateando con fuerza el suelo.

Viljar suspiró, recogió los bolígrafos y volvió a echar un vistazo a los datos sobre los que debía escribir.

«Insulso». «Aburrido». «Anodino». Tres palabras muy acertadas no solo para el artículo en cuestión, sino también para el trabajo requerido para redactarlo. Sin embargo, una hora más tarde casi había concluido. El texto carecía por completo de alma, de sensibilidad y de cualquier artificio literario que apelara a la emoción. Un tipo de artículo que la gente del gremio solía denominar PPC, «pasto políticamente correcto».

Viljar bostezó, hundió los zapatos en la moqueta y, en un momento de descuido, trató de reclinarse sobre el negro respaldo. A duras penas logró incorporarse de nuevo cuando la silla se desequilibró y amenazó con tirarle al suelo. Miró rápidamente a su alrededor para comprobar si alguien se había percatado de lo sucedido, y, sin antes revisar el texto, hizo clic en «Enviar» con un suspiro frustrado.

Estaba listo para fumarse el primer cigarrillo del día. Se puso el largo abrigo gris comprado por cincuenta coronas en la tienda Fretex del Ejército de Salvación, que le había acompañado durante los últimos tres años. La prenda revoloteaba tras él mientras cruzaba los pasillos en dirección al ascensor. Uno de los periodistas suplentes le saludó alzando la mano cuando pasaba junto a los últimos compartimentos. Viljar ni siquiera se dignó mirar al niño. Los suplentes todavía estaban por debajo de él en la jerarquía laboral. Aunque por poco.

Uno de sus compañeros estaba fumando en el aparcamiento exterior. Viljar se fue en la dirección contraria y encendió un cigarrillo. Lo único que odiaba más que el pasto políticamente correcto era la cháchara de los colegas. Viljar tenía más que suficiente consigo mismo.

Le recorrió un breve sentimiento de mala conciencia al acordarse de que había olvidado comprobar si Alexander había ido al instituto. Viljar recordó la última vez que estuvo en su casa. No se había dado cuenta, pero resultaba que Alexander había pasado de ir a clase durante varios días. Viljar no llevaba muy bien la responsabilidad de convivir periódicamente con un adolescente diagnosticado con TDAH.

«¿Qué estoy haciendo mal? Antes siempre nos teníamos el uno al otro. Nos encantaba estar juntos. Ahora solo queda una cáscara vacía y silenciosa de todo lo que teníamos. ¿Qué demonios nos ha ocurrido?».

Su ex, o «la bruja», como le gustaba llamarla a Viljar, había insistido en que él debía asumir su parte de responsabilidad desde el primer día. Al principio él se limitaba a devolverle al crío los domingos por la tarde, pero ahora que Alexander había cumplido dieciséis años, el chaval iba y venía cuando quería. Su madre decía

que era una evolución natural, y Viljar no tuvo ánimos para protestar, por mucho que aquello le complicara la vida.

Viljar exprimió el jugo que le quedaba al cigarrillo, antes de tirarlo al suelo para volver a entrar. Una desagradable peste a tabaco recién consumido le persiguió por los pasillos. Un par de no fumadores arrugaron la nariz cuando pasaba por su lado. A Viljar no podía importarle menos. Al ver que Øveraas le esperaba junto a su compartimento, trató de mitigar el aliento a tabaco con un nuevo chicle de nicotina.

—Si te descontara todas las putas pausas que te tomas a lo largo del día, Gudmundsson, tu sueldo mensual sería una miseria.

Sus manos permanecían bien hundidas en los michelines.

—Y si compararas el número de palabras que apporto a este periódico con el que producen los demás colegas, te darías cuenta de que me merezco un aumento de sueldo. Un mismo asunto siempre puede verse desde varias perspectivas, Øveraas. Es algo que deberías saber, ya que te denominas director de periódico.

La cabezota del corpulento director enrojeció visiblemente.

—Joder, Gudmundsson, no siempre depende de la cantidad.

—No. Como ya he dicho... es algo que deberías saber.

Viljar sonrió burlonamente y pasó con dificultad por delante del director, que mostraba todos los signos de estar a punto de perder los estribos. Afortunadamente, también había perdido el habla. Øveraas giró sobre sus talones y, dando una patada en el suelo, abandonó la zona de conflicto antes de que estallara el fuego.

Si Viljar hubiera tenido una puerta de despacho, habría cerrado de un portazo. En cambio, se limitó a ponerse los auriculares. Miró abatido a la inmensidad que se extendía más allá de las ventanas. Podría permanecer horas y horas contemplando cómo caía la lluvia. Las gotas formaban una especie de celosía convulsa sobre el vaho de los cristales. La gente se encogía bajo el cielo plomizo junto a la estación y el 7-Eleven del otro lado de la calle, antes de salir corriendo hacia los coches que les esperaban.

Sacó de un cajón una vieja camiseta, con la que se secó el pelo para evitar que las gotas cayesen sobre el teclado del ordenador. Después tiró la camiseta debajo de la mesa. Abrió la bandeja de correo electrónico, constatando por el rabillo del ojo que estaba llena de mensajes entrantes. Empezó a borrarlos. En su mayoría se trataba de circulares informativas de la dirección sin ningún interés, además de publicidad.

Viljar tuvo que concentrarse para no eliminar algunos correos importantes. Al final se quedó solo con tres. Una cita médica con la Seguridad Social. Un mensaje del grupo de apuestas de la redacción, y un correo electrónico de alguien cuyo nombre desconocía. Probablemente sería un lector que quería llamar su atención sobre algún detalle olvidado u omitido en algún artículo escrito por él. Suspiró. Era la peor parte del trabajo. Los continuos comentarios de gente que parecía no tener nada más importante que hacer que enviar quejas. Por lo general eran solo unos pocos lectores los que le escribían una y otra vez. Abrió el correo.

Al cabo de unos breves segundos, Viljar sintió un dolor en el pecho. Le costaba respirar. Le daba vueltas toda la redacción. Cuando sintió que las punzadas le subían a la cabeza, soltó un gemido. Se levantó de la silla y empezó a deambular sin rumbo aparente por la amplia sala. Inspiraba profundamente, tal y como le había enseñado su psicóloga. Intentó pensar en otra cosa, pero en ese momento le resultaba muy difícil. Viljar hizo un gran esfuerzo para saludar con la cabeza a un compañero, antes de desanudarse una corbata imaginaria y volver a su escritorio y a la pantalla del ordenador. Se quedó mirando fijamente el texto. Las letras comenzaron a bailar cuando una salada gota de sudor le cayó sobre un ojo. Se la enjugó y volvió a leer el mensaje.

Att.: Viljar Gudmundsson

Le escribo porque sé que es usted un hombre honrado. Un hombre que condenará lo que estoy a punto de hacer, pero que, al mismo tiempo, será capaz de entender mi indignación y frustración ante un estado de derecho que ya no funciona.

Tenemos unas leyes que supuestamente deben protegernos contra los abusos de los demás. No diré nada negativo sobre las personas que admiten su culpabilidad y asumen su justo castigo. Pero quiero centrar el foco de interés en la otra gente. En esas personas que, incluso a la hora del veredicto, eluden su castigo y escapan de la justicia. Esas son las hienas de nuestra sociedad. Cobardes, avariciosas y evasivas. Esas personas se merecen el castigo que yo les impongo, y, por mi parte, yo sí quisiera que se me castigara por mis actos. Cuando llegue el momento, asumiré mi castigo con la cabeza bien alta. Pero, hasta que llegue ese día, esa gente morirá por mi mano. Esas personas culpables que, por diferentes motivos, se libraron de su castigo legítimo.

En la sociedad actual, la gente piensa cada vez menos en nadie que no sea uno mismo. El sentido de la solidaridad ha muerto. El espíritu de la labor colectiva ha desaparecido. La lealtad al patrón es un concepto ajeno. La gente roba de la mano que le alimenta.

Una de esas personas codiciosas es una mujer. Es culpable de cometer graves malversaciones y de deslealtad en el servicio público. No tiene antecedentes, pero eso no es una circunstancia atenuante. Su castigo será impuesto mañana, martes 14 de octubre.

13-10-2014

Stein Åmli

UL7-1

Viljar se metió una nueva bolsita de snus bajo el labio. Sentía cómo se le entumecían los dedos de las manos y los pies. Volvió a respirar profundamente antes de soltar el aire. Una oscuridad que le resultaba muy familiar envolvía su corteza cerebral como un manto. ¿De verdad iba a tener que enfrentarse también a esto? Las letras irradiaban de la pantalla. Viljar irradiaba hastío. Durante un instante se planteó borrar toda aquella mierda, empleando el mecanismo de defensa que mejor dominaba. «El síndrome de evasión», lo había llamado la psicóloga, quien había intentado persuadirle de que «la mayoría de nuestras preocupaciones son infundadas». Él estaba bastante convencido de que aquel correo en cuestión no pertenecía a esa categoría. Un simple clic y el problema desaparecería. Pero no. No era así.

En el fondo, pensaba que no se trataba de una carta de amenaza real. Nadie escribía ese tipo de cosas. Sin embargo, había algo en aquel correo que le provocaba angustia. Se secó las manos sudadas en el pantalón. El mensaje parecía sacado de una

mala novela negra. Sobre el clásico «justiciero» que se toma la ley por su propia mano y luego justifica sus actos ante un periodista. Un cliché tan manido que haría que cualquier editor desestimara el manuscrito antes de acabar el primer capítulo.

La «sentencia» tenía pinta de haber sido redactada sin mucho esmero en apenas cinco minutos. ¿Tal vez era ese el motivo por el que se le erizaba el vello de la nuca? Al autor no parecía importarle que la carta recordara más a un documento jurídico. Era como si la hubiera escrito porque no le quedaba otro remedio, no porque tuviera la necesidad de expresar su rabia contra la sociedad. De alguna manera, aquello asustaba más a Viljar de lo que lo haría una furibunda carta de amenaza.

Buscó en internet el nombre «Stein Åmli». Naturalmente, sirvió de muy poco, o más bien de nada. Lo más aproximado que encontró fueron varias ofertas para comprar piedra, guijo y grava en una localidad llamada Åmli. Así pues, se trataba de un nombre falso.

Sabía que, si acudía a Øveraas con el correo, el símbolo del dólar iluminaría los ojos del director como una tragaperras en el *ferry* que va a Dinamarca. Puso su dedo anular por última vez sobre la tecla de «Borrar», en el extremo derecho del teclado, antes de retirar la mano. Necesitaba saber la opinión de Ranveig sobre aquel montón de mierda que le había caído encima. Se levantó de la silla con la espalda encorvada, en una actitud que no invitaba a ningún intento de acercamiento o charla amigable. Se percató de que la gente hacía lo posible por evitarlo.

Ranveig Børve se fijó en la mirada oscura de Viljar unos segundos antes de que llegara a su mesa. Con Viljar las cosas siempre eran así. Mantenía las distancias en los buenos momentos y acudía rápidamente a ella en los malos. En una ocasión, Ranveig fue al festival gastronómico de Stavanger y le compró una camiseta que ponía «Siempre pasa algo». Él la llevaba a menudo en el trabajo y, por lo visto, no había captado la ironía de la frase.

No era fácil querer a Viljar, pero Ranveig lo quería. Era diez años más joven que él. Viljar había sido su mentor cuando entró a trabajar en el diario. En aquella época él mostraba todavía un ferviente interés por su labor periodística, tenía ese brillo especial en los ojos, y además había demostrado su enorme valía creando grandes noticias donde los demás solo veían pequeños sucesos. Ahora ya no era así.

Algo le había ocurrido. Tras un largo período de baja hacía cuatro años, Viljar había vuelto a la redacción como una sombra de lo que había sido.

Nadie sabía qué había apagado la chispa del islandés, pero los rumores que corrían por el periódico se alimentaban como un ogro insaciable.

Ranveig esbozó una sonrisa forzada bajo el largo flequillo rubio y se giró hacia él en su silla.

—Hola, Viljar. ¿Has acabado ya ese artículo social sobre sanidad? ¿El que casi le provoca un infarto a Øveraas cuando descubrió que no lo habías hecho?

Viljar se dejó caer en la silla del compartimento vecino. Gesticuló con las manos para desechar sus preguntas y plantó sobre la mesa el documento que traía impreso, dándole unos golpecitos con el dedo.

—¿Qué te sugiere esto? Ha llegado a mi bandeja de correo hace unos minutos.

Ranveig se apartó el flequillo para colocárselo detrás de la oreja, y recorrió la hoja con el índice a medida que leía. Se detuvo varias veces, mirando con aire inquisitivo a Viljar, pero él le impidió decir nada y la instó a seguir leyendo.

—Son sandeces —dijo ella al fin—. Se trata de un capullo que nos quiere trastornar para que saquemos los titulares amarillistas que empleamos en el caso TERRA.

Viljar pareció aliviado, pero su mirada todavía revelaba cierto pavor.

—No te estarás tomando esto en serio, ¿verdad, Viljar?

—No, claro que no, pero no se lo puedo enseñar a Øveraas. Si ve este correo, se pondrá cachondo y se pasará empalmado el resto del día.

Ranveig se rio a carcajadas y se inclinó hacia Viljar.

—Pues sí, igual que cuando Arsène Wenger vino a la ciudad para fichar a Håvard Nordtveit para el Arsenal —susurró ella con una risita infantil y traviesa.

Viljar asintió sonriente. Cogió la hoja y miró interrogante a Ranveig.

—Ahora en serio... ¿Qué hago con esto?

Ranveig examinó el bolígrafo que tenía en la mano como si fuera una especie de tinaja de Sarepta.

—Reenvía una copia del *e-mail* a la policía y luego manda todo este tema a la mierda. No ha pasado nada y, si pasa, en realidad es asunto de la policía, ¿no?

—Por supuesto. Tienes toda la razón.

Se inclinó para darle un breve abrazo. Ranveig se quedó paralizada y respondió con un gesto torpe.

—Bien. Quedamos así —dijo ella, esbozando una sonrisa fingida para hacer desaparecer, como por arte de magia, el momento de incomodidad que había surgido entre ambos.

Ranveig no quiso comentárselo, pero había varias cosas de aquel correo que no le acababan de cuadrar. Esto era Haugesund, no un mal episodio de *Mentes criminales*. Esperaba estar equivocada y no volver a tener más noticias del tal Stein Åmli.

Requiem – Introitus

La miro a los ojos. Son de color verde oscuro. Brillantes. Me miran con expresión coqueta y pícara. Una sonrisa descarada se dibuja en la comisura de sus labios. No vacila, me quita las últimas prendas de ropa y las deja caer al suelo de vinilo de principios de los setenta. El suelo hace juego con el resto de su piso, anticuado y mal conservado. Por así decirlo, Rita Lothe es bastante más hábil en la cama que en lo que se refiere a la decoración.

Mientras ella nos va arrancando una prenda tras otra con movimientos expertos, mi mirada examina el piso, fijándose en todos los detalles. Junto al sofá esquinero hay un antiguo mueble bar de pino amarillento, bien surtido. Un ordenador portátil se mantiene en precario equilibrio sobre el reposabrazos de un desvencijado sillón de cuero negro. Todavía no sé si está protegido con una contraseña. Busco su teléfono móvil con la mirada. Es imprescindible que aparezca a lo largo de la noche. El ritmo de su respiración ha cambiado. Está cachonda. Dejo que siga peleándose con los botones mientras examino la salida al balcón y su zona exterior. Observo que es lo bastante grande, mientras ella suspira satisfecha y cierra los labios alrededor de mi polla.

La cabeza me duele intensamente cuando, veinte minutos más tarde, volvemos a recuperar el aliento. Masajeo la zona dolorida detrás de la oreja y constato que este tipo de esfuerzos no hacen más que aumentar el dolor. Son como breves espasmos a lo largo de los circuitos nerviosos, como unos golpes rítmicos que me producen un extraño sabor metálico en la boca.

Sé lo que me espera. Llevo tiempo siendo consciente de ello. Glioblastoma multiforme... Qué hermoso suena, ¿verdad? Casi como el nombre de una especie de flor tropical en una enciclopedia de botánica.

Algunos afirmarían que la muerte es hermosa. En la antigua Grecia imaginaban a la Muerte como a un bello y apuesto muchacho, y su imagen se reproducía en las lápidas como un dios guardián, clemente y bondadoso, que portaba en sus manos una antorcha invertida y una corona. Yo puedo desmentir toda hermosura. La muerte es solitaria, oscura y atroz. En ocasiones, también dolorosa. Como en mi caso. El glioblastoma multiforme, o, si se prefiere, tumor cerebral maligno, no es recomendable si eres de los que engullen tres paracetamoles a los primeros indicios de resaca.

Cada hora consciente del día reclama mi atención desde su cómodo refugio en la zona posterior de mi oído izquierdo. Sé que está ahí y sé lo que está haciendo. Todavía me queda tiempo. Varias semanas, tal vez incluso meses, si el destino así lo quiere.

Rita sale del cuarto de baño. Recién duchada y muy arreglada. «Para lo que va a servirte...». Un leve toque de jazmín acaricia mis fosas nasales. Se sienta a mi lado. Alza la copa de vino tinto y bebe ávidamente. Cada vez que se ausenta por unos momentos de la habitación, o dirige su atención a cualquier otra cosa, yo vacío mi copa en una maceta.

Voy al recibidor a buscar mi mochila. La abro y saco la botella de vino que he traído. Ella canturrea satisfecha desde el sofá. Yo mismo abro la botella y la dejo junto a su copa. No creo que tenga tiempo de airearse antes de que la haya vaciado. Saco una copa y me sirvo un coñac del mueble bar. Renault Carte Noir VSOP. «Sus papilas gustativas debieron de pasar a mejor vida hace mucho tiempo», pienso mientras dejo reposar el líquido dorado en mi cavidad bucal. Tiene un sabor empalagoso y mortecino. En cierto modo, apropiado para la ocasión.

Hay una gran variedad de benzodiacepinas, y muchas de ellas son solubles en agua u otros líquidos. La desventaja es que la mayoría de ellas dejan un regusto amargo que es difícil de ocultar. En una botella de vino tinto, cuatro somníferos le proporcionan cierto sabor desagradable. Sobre todo, si uno todavía no ha bebido lo suficiente como para que le entre cualquier cosa. Rita no muestra la más mínima señal de disgusto mientras bebe con avidez. Los sorbos son cada vez mayores y rellena la copa cada vez con más frecuencia. Noto que la intranquilidad se extiende por todo mi cuerpo. Es la única nota desafinada en la partitura. Ese regusto amargo. Solo queda esperar.

Su mirada se vuelve turbia. Farfulla, bostezo y desvaría. El plan es una obra maestra. Mi propio *Requiem aeternam*. Guardo la composición en el escritorio de mi casa, pulcramente organizada en seis filas. Seis nombres. Seis sentencias de muerte. Seis movimientos.

Todo debe ser exactamente como está descrito. Es un espejo distorsionador. Un paso en falso y la ilusión desaparece. Obviar el más mínimo detalle sería suficiente para cambiar las tornas.

Miro la tenebrosa luz de la lámpara de araña. Los rincones del piso de Rita se han adentrado en la penumbra. Son una metáfora de mi vida. Yo me encontraba en la habitación, pero la luz jamás llegaba a mí. Una vida que casi se convirtió en algo grande. He decidido salir de las sombras. Me deleito pensando en ello. Todos van a verme. La consumación de la obra maestra, como el último movimiento de una sinfonía de Mahler.

«Soy el Ejecutor». Contemplo mis manos. No tiemblan.

Rita está inmersa en su *Confutatis maledictis*, sin ser consciente de ello. Me divierte verla allí tumbada, a apenas medio metro de mí, con una sonrisa bobalicona

en los labios. No sospecha que la arena del reloj está a punto de vaciarse.

En un instante fugaz de sincero autoconocimiento, me veo tal y como soy. El aleteo del grajo. Tengo que creer en esto. Yo soy la obra maestra. El azar así lo ha querido. Tuve una revelación. Una oportunidad de componer mi propio réquiem.

Cierro lentamente los ojos de la pecadora durmiente a mi lado y humedezco la venda con el líquido cristalino del frasco que hay sobre la mesa. Le tapo la boca y la nariz con el trapo. Ella resuella, casi a punto de despertarse. Cuento los segundos hasta que, poco a poco, muere. Todo dolor desaparece. Soy puro.

«El dolor es la debilidad que abandona el cuerpo», pienso satisfecho, y cierro la última puerta a la existencia que alguna vez tuve.

Fjellvegen, Haugesund

Martes por la mañana, 14 de octubre de 2014

La niebla reposaba pesadamente sobre la ciudad junto al estrecho de Karmsundet. En el aire otoñal, la densa bruma se adentraba desde el mar, cerniéndose como un húmedo y pegajoso manto que te exprimía lentamente la energía vital. Cuando el vuelo de las 08.20 procedente de Oslo atravesó la capa de nubes sobre las altas torres de viviendas, los pasajeros apenas pudieron vislumbrar las plantas superiores de los edificios y algo que parpadeaba en azul y rojo a ras de tierra.

—Dime, Lotte, ¿por qué hay que enviar a varios policías cada vez que algún estúpido depresivo coge un atajo para escapar de sus problemas?

La superintendente Lotte Skeisvoll, de la comisaría de policía de Haugesund, miró con expresión incrédula al agente novato que iba sentado junto a ella en el coche. Los dos policías habían salido de la comisaría en dirección al canal de Smedasundet. Una patrulla había dado el aviso para pedir asistencia en las torres de viviendas de Fjellvegen.

Christian Hauge aferraba con fuerza el volante. La forma en que conducía no se correspondía en absoluto con su actitud displicente hacia la misión asignada. Entró en la rotonda que daba a la sede del *Haugesunds Avis* con las sirenas y las luces azules a tope. Al adelantar a un pequeño Golf eléctrico negro, el vehículo tuvo que apartarse sobresaltado y subirse prácticamente al arcén. Lotte reprimió una sonrisa.

Aquella salida de emergencia se debía a una muerte sospechosa. Aunque en realidad tampoco era tan «sospechosa». Según todos los indicios, una mujer había saltado desde el balcón de una de las viviendas, acabando con su vida sobre la zona asfaltada que se extendía entre la torre residencial y el césped que la rodeaba. No obstante, una muerte siempre se consideraba sospechosa hasta que hubiera pruebas concluyentes sobre si había sido por causas naturales o si se trataba de un suicidio.

El joven agente aminoró un poco la velocidad una vez pasada la calle Spannavegen, donde había menos tráfico. Lotte ladeó la cabeza y, con visible irritación, colocó bien el radiotransmisor dentro de su funda sobre el salpicadero. No estaba bien alineado con el resto de los dispositivos, y ese tipo de detalles la molestaban sobremanera.

—¿Realmente es necesario enviar a más de una patrulla?

El conductor la miró fugazmente con expresión inquisitiva, antes de apartar la

vista para volver a concentrarse en la carretera.

—¿Y si resulta que la víctima no se ha suicidado?

—Bueno, entonces los agentes de la patrulla podrán llamar a la comisaría para que envíen de vuelta al resto del equipo. Así nos ahorraríamos bastante dinero.

—Exacto —repuso ella.

Aquella breve respuesta estaba impregnada de sarcasmo. Aun así, Lotte volvió a repasar mentalmente el procedimiento rutinario que era preciso seguir. Memorizó con rapidez todos los detalles que debía recordar cuando llegara a aquellos mastodontes de color blanco grisáceo que custodiaban la llamada Ciudad del Arenque desde su construcción en 1969. Eran un emblema de una época en la que todas las ciudades que se preciaban erigían altas torres de viviendas.

A sus treinta y dos años, Lotte era joven para haber alcanzado el puesto de superintendente e inspectora policial. Contaba con la formación apropiada. Sin embargo, a ella le parecía que llevaba toda una eternidad esperando que llegara su oportunidad.

El agente estacionó el coche en el aparcamiento situado delante de las torres de viviendas. La fallecida se encontraba supuestamente a los pies de la ubicada más al norte. Cuando Lotte abrió la portezuela, oyó las voces del gentío que se había congregado en las proximidades. Albergaba la esperanza de que la primera patrulla hubiera tenido la sensatez suficiente de acordonar la zona alrededor del cadáver, y confiaba en que fueran algo más profesionales que el agente que la acompañaba. Se sintió muy aliviada cuando vio que, tras doblar una esquina, venía hacia ella el policía más veterano de la comisaría. Lars Stople llevaba toda la vida en la profesión y sin duda podría haber ascendido en el escalafón si hubiera tenido algún interés. Era un hombre sabio, ecuánime y equilibrado, que jamás actuaba de un modo temerario. Su principal área de responsabilidad consistía en realizar labores de prevención entre los niños y los jóvenes de la ciudad. Sin embargo, había pedido expresamente poder seguir haciendo sus rondas. Se pasó una mano por el repeinado cabello canoso antes de dirigirse a ella.

—Hola, Lotte. Hemos procedido a acordonar la zona y hemos empezado a hablar con algunos testigos allí, en aquella esquina.

Lars Stople hizo un gesto con la cabeza hacia la zona de los garajes, donde el terreno se elevaba ligeramente y donde también había un pequeño transformador eléctrico blanco. A su alrededor se apiñaba un puñado de personas que estiraban el cuello como un grupo de jirafas curiosas delante de unos turistas cotillas.

—La mayoría ha acudido en cuanto empezaron a correr los rumores, pero tenemos que hablar tranquilamente con un par de ellos —dijo él.

Lotte observó que el compañero de Stople, Knut Veldetun, ya estaba interrogando a algunos de los presentes.

—¿Y los de la Científica?

Lotte miró con expresión interrogante a Lars.

—No lo sé. Supongo que están de camino. Al menos he llamado para que vengan. Salvo yo mismo y los dos paramédicos que han examinado el cadáver, nadie más ha traspasado la zona acordonada.

—¿Sabemos quién es?

Lars Stople echó un vistazo a sus notas, meneó ligeramente la cabeza y carraspeó.

—No del todo. Uno de los vecinos afirma que la fallecida vivía en el 7B. Si es así, se trata de una mujer de cincuenta y siete años llamada Rita Lothe, pero no hemos podido verificarlo todavía. Hemos dado prioridad a mantener a la gente alejada del lugar donde la encontramos.

—De acuerdo. Buen trabajo, Lars. ¿Nos puedes llevar hasta allí?

Stople le indicó el camino para acceder a la fachada delantera del edificio, pasando por debajo del cordón policial y después doblando la esquina.

—Uno de los vecinos de la primera planta descubrió a la mujer cuando salió a su balcón a fumarse un cigarrillo —explicó Stople—. Fue hace algo más de media hora. Diez minutos más tarde llegamos Knut y yo.

Lotte echó un vistazo al móvil y pudo constatar que la información de Stople era correcta. Habían recibido la llamada de emergencia a las 08.05. Ahora eran casi las 08.45.

No resultaba nada extraño que no hubieran descubierto antes el cadáver. La oscuridad otoñal, combinada con la niebla matutina, podía ocultar casi cualquier cosa. Lotte sacó un cuaderno rojo de la chaqueta del uniforme. Con letra pulcra, anotó las horas y los sucesos correspondientes en sus respectivas columnas, antes de dar la vuelta al cuaderno para escribir las preguntas que haría a los técnicos forenses en una especie de formulario que había diseñado en las últimas páginas. En la primera de estas figuraban los hechos contrastados. En la última, los cabos sueltos. Como tenía que ser. Para el equipo técnico, planteaba una única pregunta:

«¿Hora de la muerte?».

El cuerpo se encontraba en una postura retorcida y Lotte comprobó, ya desde la distancia, que presentaba importantes lesiones. La mujer llevaba un vestido de color verde menta, unas medias finas de color carne y unas botas negras con tacón de aguja. Su rostro estaba tan desfigurado que resultaba irreconocible. Una sustancia pegajosa de color marrón grisáceo se derramaba por un costado de la cabeza, mientras que de la mandíbula sobresalían unas esquirlas rojas. Los dientes caídos a causa del impacto contra el asfalto estaban desperdigados alrededor de la boca destrozada. Lotte sintió las náuseas como un agujero en el diafragma.

—Entonces... ¿qué opinas? ¿Homicidio o suicidio? —preguntó Lotte al joven agente de policía.

Christian Hauge se removi6 inc6modo.

—Eh... ¿No dijiste en el coche que se trataba de un suicidio?

Ella constat6 con satisfacci6n que el joven se sonrojaba.

—No, no dije eso. Dije que se trataba de un caso dudoso. T6 mismo llegaste a la

teoría del suicidio. Ahora imaginemos que eres el único policía en este lugar. ¿Homicidio o suicidio?

El agente miró a Lars Stople. No obstante, la única respuesta del viejo zorro fue encogerse de hombros.

—Se trata o bien de un accidente, o bien de un homicidio —dijo Hauge, y miró a Lotte mostrando gran seguridad en sí mismo.

—¿Ah, sí? ¿Y por qué?

—Tiene el cráneo destrozado, así que debe de haber impactado con la cabeza contra el asfalto. La gente que salta por una ventana o un balcón con el fin de quitarse la vida cae sobre los pies en el noventa y nueve por ciento de los casos. Si hubiera saltado, presentaría importantes lesiones en las piernas, las caderas y la pelvis. En este caso se ha destrozado la cabeza y la zona de los hombros.

Lotte miró al agente de policía y no pudo ocultar su sorpresa.

—¡Vaya...! Estoy impresionada. Aunque lo que estás comentando es una verdad a medias, ya que desde esa altura también se rompen las piernas. Sin embargo, las lesiones en el torso son tan graves que me inclino a sacar la misma conclusión que tú.

Lanzó una mirada irritada a Lars Stople, quien parecía tener bastantes problemas para mantenerse serio. Lotte sabía que merecía que se burlaran de ella: el joven agente tenía mucha razón en lo que había dicho. Alzó la mirada hacia el balcón del séptimo piso. Debido a la niebla solo divisaba el contorno de la barandilla allá en lo alto, pero pudo ver que era bastante elevada y no era fácil que alguien se cayera accidentalmente.

Lotte se sumergió en un vacío muy profundo dentro de su propia conciencia. Se trataba de un espacio imaginario despojado de cualquier tipo de emoción, en el que únicamente residía un gélido cinismo al amparo de unas desnudas paredes azules, y al que ni siquiera en pleno día llegaba la claridad. Era una técnica que había aprendido de su mentor en la Escuela Superior de Policía. Consistía en trasladarse a un espacio en el que nada podía influirle desde el punto de vista emocional, y donde podía trabajar sin prestar atención más que a los detalles del caso. Allí dentro no la afectaba especialmente la visión de un rostro desfigurado, de la viscosa masa cerebral o de unos miembros mutilados. Desde aquel espacio podía observar a niños maltratados, o cadáveres carcomidos por gusanos y gordas larvas de mosca que entraban y salían arrastrándose por los orificios corporales.

Se agachó para observar el rostro de la mujer muerta. Estaba tan destrozado que resultaba imposible de identificar. Uno de los globos oculares se había desprendido por el impacto y colgaba de unas fibras cartilaginosas, mientras que el otro ojo permanecía cerrado. Debía de rondar los sesenta años, por lo que cincuenta y siete era una estimación adecuada. Tenía el cabello corto, de color caoba. Lotte observó restos de tinte en el nacimiento del pelo. Llevaba maquillaje, y la ropa que vestía indicaba algún acontecimiento festivo.

«Los hay que se engalanan para ser un bello cadáver, pero muy pocos de ellos

deciden arrojarse desde un alto edificio», pensó Lotte fríamente.

Vaciló un poco cuando percibió un desagradable olor que provenía del rostro ensangrentado. Se acercó a la mejilla para olfatearlo.

—Es éter.

Lars Stople lo había murmurado, pero aun así sus palabras llegaron a Lotte. Esta frunció el ceño y miró desconcertada al veterano policía.

—Sí, un trapo humedecido en éter puede poner fuera de juego a cualquiera en cuestión de segundos. Su olor se reconoce fácilmente y permanece impregnado *post mortem*. Aunque el líquido del éter se evapora en pocos segundos, las partículas olorosas quedan retenidas en la piel durante bastante tiempo.

Lotte asintió pensativa. La mujer debía de estar anestesiada cuando la ayudaron a arrojarse por la barandilla.

Volvió a echar un vistazo a la fachada de la torre de viviendas. «¿Quién haría algo así?», pensó con tristeza. Al parecer, el homicida ni siquiera se había molestado en intentar camuflarlo como un suicidio. Si hubiese querido hacerlo, no habría empleado éter. Lars mantenía la vista apartada del cadáver. No era capaz de mirarlo directamente como hacía Lotte.

—Sí, por eso llamé para que os avisaran. El olor me resultó familiar de cuando me operaron de apendicitis. Antiguamente se empleaba el éter como anestesia.

Lotte enderezó la espalda. Se volvió hacia los demás policías que la rodeaban y empezó a dar órdenes:

—Que nadie traspase el cordón policial, excepto los técnicos forenses cuando lleguen. A partir de este momento son los únicos que pueden acceder al lugar de los hechos. Acordonad también las zonas exteriores desde la carretera principal y alrededor de todo el edificio. Empezad con los interrogatorios inmediatamente. Knut, tú serás el responsable, puesto que ya estás en ello. Llévate a mi agente. —A continuación se dirigió a Lars—: Averigua si se trata de la mujer que vive en el 7B. Busca al responsable de mantenimiento, y si el piso está cerrado consigue una llave maestra.

Lotte sacó el móvil que vibraba en su bolsillo. Echó un vistazo a la pantalla y supo que no tenía más remedio que cogerlo, aunque se encontrara en el lugar de los hechos de lo que supuestamente era un homicidio. Se alejó de los demás y respondió secamente:

—¿Qué pasa, Anne? Estoy en medio de un asunto muy serio.

Lotte oyó cómo su hermana, cinco años menor que ella, jadeaba al otro lado de la línea. Su voz sonaba ralentizada, como si hubiera una dilación entre el cerebro y las cuerdas vocales. Lo de siempre.

—¿En serio? Joder, nunca tienes tiempo para mí. ¿Es que lo que me pasa a mí no es lo suficientemente importante o qué? Tus putos colegas maderos me han vuelto a meter en la trena, ¡para variar!

Lotte se estremeció, notando cómo la pesada neblina se colaba bajo la chaqueta

de su uniforme. También sintió que su irritación iba en aumento, pero fue capaz de controlarse. Después de que sus padres murieran en un terrible accidente de tren en Åsta, Anne solo la tenía a ella. Llamaba a Lotte todos los días. Siempre para causarle nuevos problemas, o simplemente para echarle la bronca. Y, a juzgar por el inicio de la conversación, aquel día era para ambas cosas.

Lotte había pedido repetidas veces a sus compañeros de la comisaría que mostraran cierta delicadeza cuando tuvieran que detener a Anne, pero al parecer seguían haciendo caso omiso de su petición. Anne era heroinómana, y a pesar de su estrecho parentesco con Lotte nadie la trataba con especial miramiento.

—¿Por qué motivo te han pillado esta vez? —preguntó Lotte, aunque sabía exactamente cuál iba a ser la respuesta.

—¡Por nada! No tienen ni un puto motivo. No he hecho nada, y lo que llevaba encima era para consumo propio. El cabrón hijoputa del poli ese ni siquiera es capaz de pesar bien los gramos.

—¿Cuántos eran, Anne?

—¡A la mierda! ¡Joder, si tú tampoco me crees, olvídale! —gritó, y luego colgó.

Siempre igual. Lotte siempre se quedaba sintiendo cómo el corazón le latía desbocado. Era consciente de que no debía darle mucha importancia, de que los que hablaban eran el cueltaje o el síndrome de abstinencia. Sin embargo, era Anne la que lo decía. Era su boca la que pronunciaba aquellas palabras. Se trataba de su hermana pequeña, a la que quería muchísimo. Sus palabras se aposentaban en el interior de las cámaras de su corazón haciéndola sentir que la traicionaba. Entonces dirigió la mirada hacia la mujer que yacía delante de la torre de viviendas, cerrando las puertas que conducían a su mala conciencia.

Ya vería lo que podía hacer por Anne cuando volviese a la comisaría. Hasta entonces, había otra mujer que reclamaba su atención. Una mujer muerta.

Ranveig Børve acababa de mantener una charla con Viljar en su compartimento, y estaba regresando al suyo cuando notó que alguien le tiraba de la falda.

—Dime, ¿cómo anda el Dragón? —preguntó Henrik Thomsen de modo sarcástico cuando Ranveig se dio la vuelta.

Thomsen, a quien apodaban el Carnicero, tenía un olfato especial para detectar situaciones que luego podía utilizar contra los demás. Como de costumbre, estaba tirándole los trastos a una de las pánpilas del departamento de *marketing* que se había trasladado a la planta de redacción. Ahora el hombre estiró su largo cuerpo de dos metros de altura y se arrimó tanto a Ranveig que ella se sintió muy violenta y dio rápidamente un paso atrás.

—¿El Dragón?

—Sí, ya sabes... El islandés ese. Gruñón, peligroso y que echa humo por la boca, esas cosas...

Thomsen lanzó una sonrisa insolente alrededor de la sala. Nadie pareció hacer caso de su broma.

Ranveig se lo quedó mirando fijamente.

—Ah... ¿Has empezado a ponerles apodos a tus compañeros, ya que tú tienes tantos?

Ranveig no esperó su respuesta. Se limitó a girar sobre los talones y se dirigió hacia su puesto a grandes zancadas.

—Estás de muy mal humor hoy —vociferó Henrik—. ¿Tienes la regla o qué?

Ranveig se detuvo y se volvió para enseñarle el dedo corazón antes de apresurarse a entrar en el área de reuniones denominada Sala de Propuestas, ubicada como una isla en medio de la diáfana planta abierta. Era un cuarto pequeño y cerrado que, a pesar de disponer de enormes ventanas orientadas hacia el norte y el sur, tenía una atmósfera claustrofóbica. La sala estaba amueblada de modo moderno y espartano, con una alta mesa de plástico e inestables taburetes de color verde lima. No había sido diseñada para el confort, sino para acoger unas reuniones fugaces y constructivas de las que todos ansiaban salir pitando.

El incidente entre Thomsen y Ranveig no le había pasado desapercibido a Viljar. Rio satisfecho entre dientes, pero aun así seguía sintiendo cierto malestar. Sus días eran como una sustancia viscosa e infinita en la que tenía que andarse con ojo para mantener la cabeza a flote. Siempre era igual. No existía ninguna variación, ningún momento de inspiración o de clímax inesperado.

Su psicóloga, Vigdis Nygård, le había planteado darle la baja ese mismo día, pero él no había querido. El trabajo era lo único que tenía para poder salir de la cama por las mañanas.

—No muestras ningún placer en lo que haces —le había dicho la última vez que tomaron un café con leche en el Café Espresso de Haraldsgata. Después de varios años de conversaciones terapéuticas, habían pasado a mantener algunos encuentros informales—. Te falta inspiración, estás quemado y no te gustan tus compañeros de trabajo. Tu jefe no es precisamente un gran fan tuyo y tus artículos son tan secos y aburridos que ya nadie los lee. ¿Estás seguro de que este trabajo es el adecuado para ti?

Cuando ella se había marchado para ir a hacer las compras del sábado con su marido y sus hijos, Viljar había permanecido una hora sentado en la cafetería, contemplando el ajetreo de la concurrida calle peatonal. El hecho de recibir ese tipo de reprimendas no era algo que Viljar llevase especialmente bien. Sin embargo, sabía que ella tenía razón.

La jornada laboral se arrastraba lentamente mientras Viljar se dedicaba a transformar una buena historia tras otra en textos insustanciales. Más allá de la ventana tampoco encontró inspiración.

El aguacero que había caído la noche anterior había sido reemplazado por una densa y sucia niebla. Enderezó la espalda, obligándose a seguir trabajando en aquellos textos. Poco después le llegó la salvación. El director del periódico, Johan Øveraas, se plantó en el centro de la planta abierta gesticulando con el teléfono pegado a la oreja. Después de terminar la conversación, señaló a Viljar.

—Tienes que salir a cubrir un caso, Gudmundsson. Nos ha llegado un aviso.

—De acuerdo. ¿De qué se trata? —preguntó, sintiéndose aliviado por librarse de la infructuosa labor que estaba realizando.

—Tienes que ir a las torres. La policía ya está allí. Al parecer una mujer se ha caído por el balcón.

Øveraas estaba entusiasmado. Sus michelines se agitaban mientras daba botes impacientes con los pies.

—Joder, Øveraas. Ya sabes que odio los accidentes con muertos. Lo hablamos en la reunión de evaluación que mantuvimos. No escribo sobre ese tipo de casos.

Desafió a su jefe con la mirada.

El director dejó de dar saltitos. Plantó los pies firmemente en el suelo antes de

tomar impulso.

—Ahora mismo vas a mover tu arrogante y engreído trasero y te vas a ir a las torres. Tú escribirás de lo que yo te diga que escribas. Han pasado muchos años desde la época en que podías hacer lo que te saliera de los cojones en esta casa. ¡Pero tu puesto de trabajo pende de un hilo como la mierda que te cuelga de los pelos del culo! ¡Créeme, Gudmundsson! ¡No te interesa provocarme en este asunto! —Bajó la voz para adoptar un tono amenazante—: ¡Estoy deseando buscar cualquier pretexto para echarte! Para tu información, uno de los puntos del orden del día de la próxima junta directiva es el de prescindir de algunos puestos superfluos.

Øveraas golpeó la pared de uno de los compartimentos vacíos y gritó a los curiosos que asomaban la cabeza:

—¡Meteos adentro y seguid trabajando!

Las cabezas desaparecieron con la misma rapidez con que habían emergido. El único que se había levantado para seguir el incidente era Thomsen.

Viljar sabía que ya no gozaba del favor de Øveraas. El sentimiento era mutuo, pero jamás se había planteado que ese hecho pudiera costarle realmente el trabajo. Se puso la gabardina gris colgada en la silla, agarró el cuaderno y el teléfono y salió furtivamente de la oficina con la cabeza gacha. En aquel momento era preferible la niebla.

Henrik Thomsen se acercó a él en el pasillo.

—¿Sauron te estaba gritando?

Thomsen rio burlonamente bajo su espeso bigote de camionero. Viljar se detuvo de golpe, se puso de puntillas y estiró el cuello para acercarse a la cara de su altísimo compañero todo lo posible sin que la aproximación desembocara en un beso con lengua.

—¿Por qué no vuelves a tu rincón y te haces una paja viendo esas páginas web que siempre desaparecen misteriosamente cada vez que pasa alguien por delante de tu compartimento?

Henrik Thomsen retrocedió. Dejó pasar a Viljar sin hacer ni un comentario gracioso más.

Cuatro años antes...

Casa de oración de Ådland, isla de Karmøy

Lunes, 16 de agosto de 2010

ABRAHAM, rezaba en brillantes letras de oro sobre fondo azul el estandarte que presidía la sala de congregaciones de la casa de oración de Ådland. Jonas Ferkingstad miró a su padre mientras colocaba el estandarte, que se desplegaba y plegaba antes y después de los encuentros semanales de oración.

El nombre de la congregación no era casual. Su intención era volver a los orígenes para crear un vínculo directo entre Dios y el hombre. Los miembros juraban fidelidad a las escrituras originales y compartían la idea de que las demás congregaciones se estaban dejando secularizar por una sociedad pecaminosa. La palabra de Dios se iba adaptando al mundo exterior. Y no era así como debía ser.

Jonas tenía ganas de escupir al crucifijo de la pared, pero no se atrevió. Al menos no cuando su padre se encontraba en la sala. Se sentía atrapado. Todos los libros habían ido desapareciendo de su casa. Solo quedaba la Biblia. Las paredes desnudas con algún que otro crucifijo o bajorrelieve eran lo único que se podía contemplar en la casa paterna. Sus padres se habían refugiado en un completo silencio.

El muchacho había dejado de jugar al fútbol y también había colgado su uniforme de la banda musical escolar. No porque tuviera la obligación de hacerlo, sino porque era algo que siempre provocaba discusiones. Unas discusiones tranquilas, en voz suave, que él siempre estaba condenado a perder. Porque ¿qué podría ser más trascendental y noble que consagrar la vida al Señor? Su padre siempre insistía en el mismo argumento alegando que él había optado por reducir en un 70 por ciento su jornada laboral como funcionario en el Ayuntamiento. Lo había hecho únicamente para servir al Señor y a las escrituras sagradas.

Jonas dejó a su padre con los preparativos. Salió y se sentó en la escalera, intentando impregnarse del característico verano del oeste de Noruega. Llovía y se mojaba, pero no le importaba. La lluvia ocultaba sus lágrimas traicioneras, que afloraban con más frecuencia cada vez que le obligaban a atender a los encuentros de oración. Al principio había sido capaz de mantener a raya toda aquella infamia. Fingía que lo que le estaba pasando era tan solo fruto de su imaginación. Una realidad distinta. Pero ya no era así, y no tenía dónde esconderse. La verdad brotaba

por todos lados.

Esperaba con ansia el fin de semana. Afiliarse a las Juventudes Centristas había sido su refugio. Allí podía emplear su tiempo en otras cosas que no fueran el inquieto divagar por las escrituras del Antiguo Testamento. Asistía a reuniones varias tardes entre semana, y los fines de semana participaba en seminarios, cursos y diversos encuentros regionales. Constituían su vía de escape. Brevísimos instantes en los que podía ser él mismo sin más.

La verdad se le manifestó en el mismo instante en que vio a Fredric Karjoli, un año mayor que él, en la entrada del local de reuniones de las Juventudes Centristas. En realidad siempre había sabido que era así. Sin embargo, había albergado la esperanza de que Dios, en su infinita misericordia, le guiara para encontrar el camino correcto. En aquel momento le pareció oír la risa irónica de Dios resonando entre las paredes del pequeño local.

Jonas volvió a secarse la lluvia y las lágrimas. Permaneció mirando el paisaje gris azotado por el viento, pensando en un antiguo refrán yiddish al que hacía referencia su padre en muchas ocasiones. Lentamente, como si fuera un anciano, se levantó de la escalera y contempló la cruz bajo el caballete de la casa de oración.

«Así es, padre...».

«Los hombres hacemos nuestros planes mientras Dios se ríe».

Fjellvegen, Haugesund

Martes por la mañana, 14 de octubre de 2014

Viljar estaba detrás del cordón policial, un lugar en el que parecía haberse congregado la mitad de la ciudad. Entre la muchedumbre divisó a Øystein Vindheim, uno de los pocos amigos que le quedaban después de los problemas sufridos durante los últimos años. Era un tipo alto y flacucho, con pecho de pájaro y gafas estilo Lahlum. Su amistad era ocasional, y podía pasar bastante tiempo entre cada vez que se veían.

—¿Sabes qué ha ocurrido?

Øystein meneó la cabeza débilmente, se acomodó las gafas y se inclinó para acercarse al oído de Viljar.

—Aunque trabaje en una biblioteca, no lo sé todo, ¿sabes?

Øystein rio de modo socarrón y le dio un empujón en el hombro. Viljar pasó por alto la broma para concentrarse en lo que acontecía delante de sus ojos. No hacía falta ser investigador, ni siquiera bibliotecario, para comprender que alguien se había precipitado desde uno de los balcones de la torre de viviendas.

Una sensación de náusea se instaló en la parte superior de su abdomen cuando vio a los técnicos forenses con sus trajes blancos agachados sobre el cuerpo. Siempre era así. La visión generaba en él unas incómodas asociaciones con aquel martes en que todo cambió. El caso Jonas... Su «martes negro» particular.

Viljar cerró los ojos e intentó controlar sus sensaciones. Sabía que Øveraas le crucificaría si de repente caía «enfermo» tras la discusión de aquella misma mañana. Su pulso bajó ligeramente de ritmo. El nudo de la garganta empezó a disolverse poco a poco. El dolor que se aferró a sus costillas cuando vio pasar la camilla remitió finalmente. Øystein Vindheim le dio una palmada en la espalda y se dio la vuelta para marcharse. Los buenos amigos no precisaban de palabras para comprender o consolar al otro. Hasta podría decirse que su amistad residía en el silencio que siempre reinaba entre ellos.

Viljar oyó de fondo la voz de Hans Indbjo hablando por teléfono. Como de costumbre, estaba interviniendo en directo para Radio 102.

>—Esta mañana se ha producido un trágico accidente en Haugesund. Una mujer se ha precipitado desde el balcón de una de las torres. Tal y como les informamos

antes de la emisión musical, Radio 102 se encuentra en el lugar de los hechos en Fjellvegen para cubrir el suceso en directo. La policía ha iniciado la investigación y prometemos volver con más información en cuanto sepamos lo que ha ocurrido.

Viljar negó con la cabeza. El canal de radio pertenecía al mismo grupo mediático que su periódico, y era como un callo enquistado imposible de eliminar. El peor de todos ellos era el parásito Hans Indbjo. Cada vez que ocurría algo, lo que fuera, a los diez minutos Indbjo se encontraba en vivo y en directo en el lugar de los hechos. Era una mina de oro para los propietarios del grupo mediático, pero una auténtica catástrofe para la humanidad.

Viljar se percató de que habían acudido más policías de lo habitual. Intentó buscar a alguien a quien entrevistar a fin de poder marcharse cuanto antes. Si se trataba de un accidente, aparecería en un breve artículo de relleno. La política del periódico al respecto era muy clara. Era preciso mostrar consideración hacia los familiares y allegados. Si se trataba de una «tragedia personal», una breve nota sería suficiente. De hecho, no comprendía las prisas de Øveraas a la hora de enviar a un periodista y un fotógrafo para cubrir el suceso. Apartó el pensamiento de su cabeza y dirigió su atención hacia un rostro conocido que se movía en círculos por el césped hablando con los miembros del equipo técnico. Viljar sonrió. Lotte Skeisvoll era justo lo que necesitaba. Concisa, honesta y actuando siempre según el manual.

Se disponía a saludarla y hacerle señas para que se acercara cuando se percató de que el periodista radiofónico se había plantado a su lado.

—Qué maravilla que por fin suceda algo —dijo Indbjo, hundiendo las manos en los bolsillos del pantalón y balanceándose sobre las puntas de los pies como si fuera un cura en el altar.

—Ah, ¿es que ha sucedido algo? —preguntó Viljar sarcástico.

—No me vengas con esas, Gudmundsson. Sé que en el periódico estáis tan interesados como yo en informar mientras el cadáver está aún caliente. Solo que yo soy algo más rápido, y por eso se me echa en cara.

Indbjo sonrió de oreja a oreja. El hombre de corta estatura se ajustó las gafas, casi clavándoselas en las cuencas oculares. Era oriundo de Vietnam y había sido adoptado a finales de la década de 1970, para luego convertirse en un niño sobreprotegido hasta los treinta años de edad. Y después de empezar a trabajar en la emisora de radio, transgredió todos los límites de cómo debe actuar un periodista en la esfera pública.

—Hay cierta diferencia entre informar mientras el cadáver aún está caliente, como tú dices, y realizar una autopsia en público antes de notificar la tragedia a los familiares.

Viljar lo miró. Hans Indbjo medía apenas metro sesenta y cinco y no le servía de mucho ponerse de puntillas. Alzó la mirada para encontrarse con la de Viljar, mostrando una expresión que podría calificarse de desafiante.

—Hace unos años tú y yo éramos muy parecidos, Viljar. De hecho, te admiraba

mucho. Eras mi ídolo.

Viljar disimuló una sonrisa al tiempo que flexionaba las rodillas a propósito para compensar la diferencia de estatura. Se apartó de la cara la melena rubia que le llegaba por los hombros, intentando fingir que estaba interesado en lo que Hans Indbjo se disponía a contarle. En realidad, lo que más le apetecía era machacar a aquel pelmazo.

—Demostraste a todo el mundo que un miserable periodista podía marcar la diferencia. Hacer algo importante. Ser algo más que un borrego anónimo que se limita a hacer lo mismo que los demás.

—¡Basta ya, Hans! Lo que tú haces es proclamar a los cuatro vientos cualquier mínimo incidente ocurrido en esta ciudad como si fuera un gran bombazo. No muestras ni una pizca de tacto ni delicadeza en nada de lo que haces. El éxito periodístico no se mide en los decibelios ni en el tamaño de los titulares.

Viljar estaba realmente furioso.

—Lo que hay que oír... —contestó Indbjo, bufando—. Viljar Gudmundsson, el mayor y más arrogante capullo de esta ciudad, dándome lecciones de ética y moral.

Sin dejar de sonreír, se dio media vuelta y volvió a llamar a la emisora.

Viljar se sintió aliviado de poder librarse de su presencia, y luego hizo señas en dirección a Lotte Skeisvoll para llamar su atención. Ella seguía hablando por teléfono y señaló con la mano libre hacia la zona más alejada del césped, junto a la guardería Anna Nilssens Minne. Viljar se acercó obedientemente con pasos lentos, sacando el cuaderno de notas. Un minuto más tarde, Lotte concluyó su llamada y se dirigió hacia él.

Lotte Skeisvoll era una mujer misteriosa: pequeña, delgada, morena y con un halo de conducta intachable. Su aspecto irradiaba determinación, autoridad y profesionalidad. Llevaba el pelo negro cortado a lo *garçon*, con la raya al lado. Sus ojos marrones se clavaron en Viljar cuando finalmente se plantó frente a él.

—¿Qué ha ocurrido aquí? —preguntó Viljar.

—Tenemos a una mujer que se ha precipitado por el balcón, al parecer desde la séptima planta, y que evidentemente ha fallecido como consecuencia de la caída.

—¿Nombre?

—Estamos esperando a que se informe a los familiares, Gudmundsson. Te puedo decir que estamos bastante seguros de su identidad. Tiene aproximadamente cincuenta y cinco años y es natural de la ciudad.

—¿Creéis que se trata de una tragedia personal o de un accidente?

Viljar albergaba la esperanza de que fuera lo primero. En ese caso, no tendría que seguir haciendo preguntas.

—De momento la policía lo considera una muerte sospechosa, por lo que hemos pedido asistencia a los técnicos forenses.

Lotte Skeisvoll dejó que las palabras quedaran suspendidas en el aire de otoño.

Viljar la miró con expresión cansada. Comprendió que le esperaba un largo día

por delante.

—¿Sospechosa?

—Sí, consideramos que se trata de una muerte sospechosa. Hay rastros en la fallecida que indican que ha sido víctima de un crimen. Naturalmente es pronto para sacar conclusiones, pero hemos iniciado una investigación. —Se detuvo un instante antes de añadir—: Y no te puedo proporcionar más detalles, Gudmundsson. Doy por sentado que no publicaréis su nombre, aunque no resultará muy difícil averiguar de quién se trata. ¿De acuerdo?

Viljar no pudo menos de asentir. Si en su vida anterior se hubiera encontrado en una situación parecida, jamás se habría rendido. Se habría pegado a Lotte como una lapa el resto del día. El suceso se había convertido en noticia, y confiaba en que Lotte tuviera la sensatez suficiente para no comentarle nada de aquello a Hans Indbjo. De hacerlo, el nombre de la víctima sería de conocimiento público antes de la hora del almuerzo.

Siguió el procedimiento habitual. Llamó a la redacción pidiendo que mandaran a más gente. Envío un breve SMS al fotógrafo que le acompañaba y que había observado todo lo ocurrido desde fuera de la zona acordonada. La metodología era sencilla. En los casos de homicidio o accidentes graves, debían pedir refuerzos. Cuando acabó de hacer todo aquello, Viljar se sintió completamente exhausto.

«Tal vez tenga razón la psicóloga. Esto ya no es lo mío. Debería buscarme otra ocupación. Una tarea solitaria que me permita aislarme y no tener que interactuar con otras personas».

Sumido en esos pensamientos, Viljar regresó al coche. Decidió esperar a que llegara el resto de la manada del periódico. Sintetizó Radio 102 y oyó la voz de Hans Indbjo escupiendo la última hora desde Fjellvegen:

—Interrumpimos la emisión musical para darles las últimas noticias sobre la muerte en las torres. Para los oyentes que se acaban de incorporar, les informamos de que es posible que hoy se haya producido una terrible tragedia en nuestra ciudad. El cuerpo de una mujer sin vida ha sido encontrado en el césped delante de una de las torres de viviendas. En declaraciones a Radio 102, la inspectora Lotte Skeisvoll, de la comisaría de policía de Haugesund, ha insistido en que todavía es muy pronto para concluir si nos encontramos ante un fatal accidente o ante una tragedia personal.

Viljar soltó una carcajada. Lotte Skeisvoll le caía francamente bien.

Apartamento de Rita Lothe, Haugesund
Martes por la mañana, 24 de octubre de 2014

Lotte recorrió muy lentamente los últimos pasos hasta llegar al apartamento de Rita en la séptima planta. Había decidido que prefería subir por las escaleras. Necesitaba reajustar la mente después de hablar con la prensa. Una vez en el interior del piso, cada pequeño detalle podría determinar la posible resolución del caso. Debía estar muy alerta.

El húmedo aire había dejado un olor enmohecido en las escaleras. En cuanto vio la cinta policial rojiblanca que cubría la puerta de entrada al piso de la mujer, Lotte sintió que invadía su cuerpo una mezcla de renuencia y desaliento. Lars Stople había sido el primero en entrar, después de que el encargado de mantenimiento les abriera la puerta.

Uno de los técnicos la recibió en la entrada para entregarle el traje blanco en el que debía enfundarse por completo, así como unas bolsas de plástico azules para recubrir los zapatos. Stople permanecía plantado en el vano de la puerta haciendo guardia. Le dio a Lotte una amable palmadita en el hombro antes de que entrara.

El piso presentaba un aspecto bastante anticuado. Lotte pudo constatar que probablemente no había sufrido ninguna remodelación desde principios de los años setenta. El suelo del pasillo estaba cubierto por un decrepito entarimado marrón. El papel pintado de las paredes pertenecía a la misma época. El estridente contraste de colores naranja, marrón y verde oscuro, combinados en un diseño psicodélico, hacía daño a la vista. Todo estaba exactamente igual que en la época en que el grupo estadounidense Dr. Hook copaba las listas de éxitos. Lotte se detuvo para anotar sus observaciones en el cuaderno. Experimentó una irritación infinita al comprobar que se había equivocado de bolígrafo: al cambiarse de uniforme, había cogido el rojo en vez del azul. «Ahora todo será un caos». Arrancó la hoja y se la metió en el bolsillo. Pidió prestado un lápiz a Lars. Ya lo pasaría a limpio más tarde.

Al pasar, se fijó en que todos los cuadros de las paredes eran fotografías familiares de tiempos pasados. Para resistir el impulso de colocar bien los marcos torcidos, volvió a sacar el cuaderno de notas.

«¿Una herencia? Comprobar el historial de propietarios del piso», anotó antes de añadir «completamente amueblado» cuando descubrió los chillones cojines de

colores naranja y blanco sobre el sofá verde oscuro del salón.

La acústica del lugar estaba dominada por los breves chasquidos procedentes de las cámaras digitales y el crujir de los trajes blancos. A intervalos más o menos regulares los *flashes* destellaban en el salón, que por lo demás estaba oscuro y mal iluminado. Los técnicos trabajaban en silencio. Junto al sofá rinconero había un mueble bar, antiguo y bien surtido, de pino amarillento. Lotte anotó: «¿Prestado, alquilado o propio?». El tresillo debía de haber sido verde en algún momento; sin embargo, el paso del tiempo había hecho estragos en él. Tanto el asiento como el reposabrazos del lado derecho estaban tan desvencijados que un pedazo de gomaespuma sobresalía entre los hilos blancos.

Sobre una mesa de centro de teca había dos copas de vino y una de coñac. Esta última apenas se había tocado, si se tomaban como referencia los habituales dos centilitros que se suelen servir. En una de las copas de vino se vislumbraban rastros evidentes de pintalabios de color rojo oscuro. Sobre la mesa había también un surtido de quesos curados, así como unas galletitas saladas. Una botella mediada en el suelo, y otra vacía a los pies de donde la mujer probablemente había estado sentada durante la velada. En una pequeña mesa rinconera reposaba un viejo ejemplar de una novela negra de Unni Lindell. Lotte lo cogió para echarle un vistazo. En su interior encontró un marcapáginas de la biblioteca. El sello mostraba que el libro debería haber sido devuelto hacía varias semanas.

«Una noche romántica para dos. ¿Con quién?». Lotte subrayó la pregunta dos veces. La línea inferior salió un poco torcida, así que dio la vuelta al lápiz, la borró y utilizó la novela como regla. «Perfecto —pensó—. Unni Lindell siempre ha sido muy rígida y estricta».

Lotte dio por hecho que Rita Lothe había recibido la visita de un caballero. Solo una de las copas tenía marcas de pintalabios. Pero entonces vaciló. «No suelo sacar conclusiones con tanta facilidad». Sintió una especie de punzada aguijoneando su conciencia, aunque fue incapaz de discernir a qué se debía. Sacó nuevamente el cuaderno para anotar sus pensamientos.

Alzó la vista en dirección al balcón. Recibió una mirada de advertencia de uno de los forenses cuando intentó pasar por delante de él. Los técnicos no dijeron nada, pero ella se dio cuenta. El balcón todavía no había sido examinado a fondo, de modo que no podía acceder aún. Aquel era el lugar donde alguien había cogido a Rita y la había arrojado de cabeza sobre el asfalto. En vez de dar los pasos prohibidos hacia allí, Lotte permaneció en el centro del salón durante varios minutos, absorbiendo todas las impresiones.

Giró lentamente sobre su propio eje, reteniendo cada detalle de las paredes, del suelo y de la decoración. Sacó el cuaderno un par de veces para hacer anotaciones. Cualquier persona de fuera se quedaría muy extrañada al ver lo que estaba aconteciendo en el interior del apartamento: una joven menuda, con los ojos sombreados de un oscuro casi gótico, girando sobre sí misma a cámara lenta. Los dos

hombres que estaban en la habitación apenas le prestaron atención. Ya habían presenciado antes aquello y sabían que en esos momentos eran completamente invisibles para ella.

—Hay sangre en el marco de la puerta.

El mayor de los técnicos forenses levantó la cabeza y la miró con expresión interrogante.

—¿Dónde?

Lotte apuntó hacia la puerta del balcón. Había un oscuro reguero casi invisible justo encima de la manija. Seguramente ellos mismos lo descubrirían cuando llegaran a aquel punto. Sin embargo, era conveniente señalarlo. El técnico asintió y levantó el pulgar.

—Necesito que hagáis cinco cosas para mí —dijo Lotte tras unos instantes de silencio.

Los dos técnicos interrumpieron las tareas que estaba realizando y levantaron la vista hacia ella. Sin moverse de su lugar en el centro de la sala, Lotte los miró fijamente a los ojos mientras enumeraba cada punto.

—Número uno: hay un ordenador portátil escondido debajo del sofá. Es preciso asegurarlo y comprobar todas las comunicaciones que se han realizado desde él. Número dos: hay que extraer muestras de las huellas de las tres copas que hay sobre la mesa y analizar el contenido de las mismas. Lo mismo con la botella de vino de debajo de la mesa, con la de coñac del mueble bar, así como con todas las demás botellas que estén abiertas. Análisis toxicológico completo. Número tres: hay un trozo de queso en el lado derecho del plato. Alguien lo ha mordido y se aprecian marcas de dientes en la parte superior. Número cuatro: en el suelo, al lado derecho del sillón, hay un pequeño charco de un líquido transparente. Probablemente sea agua. Pero, por si acaso, debe ser analizado. Número cinco: el bolso de la víctima se encuentra en el tercer estante de la librería, encajado sobre los libros. Hay que vaciarlo para comprobar todos los objetos que contenga y salvaguardar cualquier posible prueba. El bolso con su correspondiente contenido debe estar sobre mi mesa a primera hora de mañana.

Sin esperar respuesta, Lotte dio media vuelta como un soldado de la guardia real y se marchó. Los dos técnicos se miraron el uno al otro y cabecearon con aire frustrado. En el pasillo la esperaba Lars. Se acercó a él, se ajustó la corbata del uniforme y sonrió débilmente.

—Este piso es igual de triste que la década en que fue decorado —dijo ella mientras se quitaba las bolsas de plástico de los pies.

Lars Stople la miró con aparente extrañeza.

—¿Los años setenta? Una explosión de color, desnudez, sentimientos, drogas experimentales e idealismo político. ¿Y a ti te parece triste?

Ella se bajó la capucha y se sopló el flequillo oscuro que caía como un ala delante de sus ojos. Con un significativo brillo en la mirada, susurró:

—Caos, Lars. Un completo y desconcertante caos. Todo estaba torcido, nada encajaba. Para mí eso es muy triste.

La jornada laboral se acercaba lentamente a su fin. Viljar había entrevistado, redactado, verificado los datos y revisado el texto. Finalmente había enviado el artículo sobre la muerte en las torres a la sección de noticias. Había concluido su tarea, pero no se sentía para nada satisfecho. Cada vez que la muerte llamaba a la puerta, tenía la sensación de que le encerraran en un sótano pegajoso y húmedo. Se veía atrapado por sus propios pensamientos, hundiéndose en una oscuridad inmensa en la que todo parecía gritar como un eco de lo que había ocurrido antes. El teclado cobraba vida propia. No había ninguna conexión entre los dedos que volaban sobre las teclas y su mente, sumida en aquel abismo negro.

Cuando había hablado con Lotte, sintió como si algo emitiera un quejido en su conciencia. ¿Tendría algo que ver con el correo que había recibido? Al principio lo había descartado. No haría más que interferir con el artículo que debía escribir, pero, una vez que lo había entregado, esos pensamientos afloraron de nuevo.

El director Johan Øveraas se detuvo junto a su cubículo, interrumpiendo sus divagaciones.

—Vaya, vaya, Gudmundsson. Hoy te estás aplicando con gran entusiasmo. Ya era hora, coño.

Viljar no tenía ánimos para darse la vuelta y se limitó a contestar con un breve gruñido. Al no recibir respuesta, se vio en la obligación de dejar lo que estaba haciendo y girarse para mirar a aquella bola de sebo y averiguar qué era lo que quería. Øveraas sonrió. No era una de sus habituales muecas sarcásticas, sino una sonrisa genuina.

—Dos cosas, Gudmundsson. En primer lugar, quiero disculparme por mi arrebató de esta mañana. No está bien por mi parte ponerme a insultarte delante de los demás empleados. Fue muy poco profesional por mi parte. Una vez aclarado esto, debo insistir en que quise decir cada una de las palabras que dije.

«Ya me parecían a mí muchas disculpas», pensó Viljar.

—¿Y lo otro que querías decirme?

—¿Cómo?

—Lo otro, Øveraas. Has dicho que tenías que comentarme dos cosas.

—Ah... Se me ha ido la pinza. En segundo lugar, quería felicitarte por el artículo

que acabas de entregar hace un rato. Está muy bien redactado. Un trabajo minucioso.

Johan Øveraas se encaminó lentamente hacia su despacho, pero tras dar unos pasos volvió a girarse.

—La policía cree que se trata de un homicidio, ¿no?

—Cuando Lotte Skeisvoll emplea la expresión «muerte sospechosa» ante los medios apenas media hora después de personarse en el lugar de los hechos, está muy claro que debe de tratarse de un homicidio.

—¿Sabemos algo más?

Viljar sabía que aquel era el momento apropiado para hablarle sobre el correo que había recibido, pero optó por no hacerlo.

—No sabemos más de lo que dice el artículo. Veremos qué ocurre mañana.

Johan Øveraas permaneció expectante, escrutando a Viljar como si esperara que dijera algo más. Cuando vio que no daba muestras de profundizar en su respuesta, el director asintió brevemente y continuó andando. En cuanto Viljar oyó el portazo de la puerta de su despacho, empezaron a temblarle las manos. Sacó tres chicles de nicotina y los mascó frenéticamente hasta que los temblores se apaciguaron.

Poco después vibró su móvil. Lo cogió y miró la pantalla. «Número no identificado», decía con letras luminosas. Respondió:

—Gudmundsson, *Haugesunds Avis*.

—Hola, Viljar. Soy Lotte Skeisvoll.

—Ah, sí...

—¿Puedes pasarte por la comisaría? Tenemos que hablar contigo.

La voz de Lotte sonaba fría y llena de determinación, como de costumbre.

—¿Puedo preguntar de qué se trata?

—Puedes preguntar, pero no vas a obtener respuesta alguna —dijo la inspectora al otro lado de la línea, y colgó antes de que él pudiera protestar.

La comisaría de policía se alzaba junto al muelle de Smedasundet. La entrada del edificio de ladrillo blanco recordaba inconfundiblemente a la de un agradable hotel. Sin embargo, las comodidades que ofrecía a los que pasaban la noche en él eran algo más espartanas que las de otros alojamientos de la ciudad.

Dentro de la comisaría, el aire acondicionado estaba estropeado. El ambiente era caluroso y húmedo, y olía a sudor encerrado. Viljar se encontraba solo en lo que suponía que era una especie de sala provisional de interrogatorios. ¿O tal vez se trataba de un despacho normal y corriente? La silla de madera en la que estaba sentado era dura e incómoda. Miró a su alrededor para intentar detectar el típico «espejo de pared» tras el cual los policías podían observar todo lo que hacía. Viljar se sintió decepcionado al darse cuenta de que la vida real tenía muy poco que ver con los clichés de las películas.

Se abrió la puerta y Lotte Skeisvoll entró con dos tazas de café. Se sentó frente a él y le acercó una taza por encima de la mesa. Viljar la levantó haciendo un gesto como de brindar.

Dirigió su atención a la inspectora policial. Iba vestida de calle, aunque igualmente podría tratarse de un uniforme. La blusa *beige*, abrochada hasta el cuello y recién planchada. Los pantalones negros con raya. La espalda recta y el gesto rígido.

Lotte encendió una pequeña grabadora digital y, tras recitar las fórmulas introductorias de rigor, la colocó con precisión milimétrica sobre la mesa redonda. Examinó la grabadora durante un par de segundos y esperó un momento antes de mover las manos para pedirle a Viljar que hablara.

—Cuéntame —dijo ella.

—¿Que te cuente el qué? Me has llamado tú.

—Pero tú eres la persona que nos ha enviado un correo electrónico sobre unos asesinatos inminentes —replicó secamente.

—Ah... Ya veo. —Tal y como se temía Viljar, la policía había empezado a relacionar los dos sucesos—. ¿Creéis que ese correo tiene relación con la muerte de Rita?

—No creemos nada. Y si creyésemos algo, no se lo contaríamos a los medios. A vosotros simplemente os contamos lo que ya sabemos. Y puesto que todavía no sabemos nada, te invitamos a que nos cuentes algo más sobre ese correo electrónico en cuestión. ¿Cuándo te llegó? ¿Había otros destinatarios? ¿Por qué motivo lo consideraste lo bastante serio como para reenviármelo a mí personalmente? ¿Has recibido más mensajes? ¿Quién más en el periódico tiene constancia de ese correo? En resumen... cuéntamelo todo.

En la medida en que pudo, Viljar habló. Sobre el correo electrónico, sobre los pensamientos que había tenido acerca de que se trataba de una broma, sobre la conversación con Ranveig y lo que habían acordado hacer.

—¿El director no sabe nada? —preguntó Lotte extrañada.

—No, todavía no, pero si llegasen otros correos tendría que... Entonces tendría que...

Lotte asintió. Un destello de reconocimiento apareció en su mirada.

—Eso quiere decir, si te he entendido bien, que en la edición de mañana del periódico no saldrá nada sobre un desequilibrado mental que ha decidido informar a la opinión pública acerca de sus amenazas.

—No, mañana no.

A Viljar le gustaría prometer que así sería también en el futuro, pero conocía demasiado bien a Johan Øveraas.

—Bien. Entonces disponemos de algo de tiempo antes de que suelten a los lobos.

Lotte se detuvo. Dejó el bolígrafo sobre la mesa, alineándolo con precisión milimétrica junto a la grabadora. Lo examinó minuciosamente antes de alzar la vista. Miró fijamente a Viljar. Vaciló un poco.

—¿Y por qué te envió el correo electrónico a ti? —preguntó, captando su mirada e impidiendo que la desviara a otra parte.

Viljar se incorporó en la silla.

—¿A qué te refieres? ¿Por qué? No tengo ni idea.

Viljar se percató de que las glándulas sudoríparas de sus axilas empezaban a trabajar a marchas forzadas. Tenía la sensación de encontrarse en un *bungalow* turco sin aire acondicionado.

—Me refiero a la pregunta que te he hecho: ¿por qué te envió el correo electrónico a ti?

—Lotte, siento tener que decepcionarte. —Viljar inspiró calmadamente antes de proseguir—: No tengo ni idea de por qué él o ella me eligió precisamente a mí. Hay muchas personas que desean fastidiarme por haber escrito sobre ellos, pero en este caso yo no soy la víctima.

Lotte se lo quedó mirando largo rato. Intentó que su silencio provocara más respuestas. Al ver que no daba resultado, continuó:

—Está bien. Dices «él o ella», pero el correo muestra muy claramente que el remitente es un hombre.

—No. Salvo el nombre ficticio y la dirección de Gmail que él o ella ha creado para este fin, no encuentro ninguna otra referencia a que se trate de un hombre.

—Puede que tengas razón, pero al principio del correo utiliza la frase «soy un hombre honrado».

Viljar pidió a Lotte que esperara un momento. Sacó su teléfono y abrió la aplicación de Outlook. El remitente había dicho que «el hombre honrado» era Viljar, no se había referido a sí mismo. Estaba muy seguro de ello.

En el mismo instante en que abrió el programa de correo, sonó un pitido en el móvil. La pequeña disputa entre ambos perdió todo su sentido. En la parte superior de la bandeja de entrada apareció un nuevo mensaje del mismo remitente. Cualquier posibilidad de que se tratase de una broma de mal gusto se vio reducida a añicos como un molesto escarabajo bajo la suela de un zapato. Le hizo señas a Lotte para que se acercara y ambos se inclinaron sobre el teléfono.

A la atención de Viljar Ravn Gudmundsson

Supongo que esta vez gozaré de toda tu atención. Hoy has sido testigo de la muerte de Rita Lothe. No ha sido una muerte trágica, como seguramente constará en el obituario, sino simplemente justa. Estoy seguro de que tus pesquisas lo confirmarán.

Tenemos unas leyes que nos protegen de la gente que se toma la justicia por su mano, y no hay nada que recriminar a aquellos que admiten su culpa y asumen su justo castigo. Pero quiero llamar la atención sobre aquellas otras personas que, a la hora del veredicto, eluden su castigo y escapan de la justicia. Esas personas se merecen el castigo que yo les impongo, y, por mi parte, yo sí quisiera que se me castigara por mis actos. Cuando llegue el momento, asumiré mi castigo con la cabeza bien alta. Pero, hasta que llegue ese día, esa gente morirá por mi mano. Esas personas culpables que, por diferentes motivos, se libraron de su castigo legítimo.

Uno podría pensar que, en la sociedad noruega actual, la dignidad de las mujeres vale más de lo que en realidad vale; no obstante, en los casos de violación, la seguridad pública de las mujeres es igual a cero. Muy pocos violadores reciben el castigo que merecen por sus actos. La pena recae directamente sobre la mujer, no sobre el agresor.

Uno de esos agresores sexuales es un hombre al que condeno por la violación de al menos una mujer, y probablemente de otras mujeres inocentes. Ha sido condenado anteriormente, pero no según este artículo. Su

castigo será impuesto mañana, miércoles 15 de octubre de 2014.

14 de octubre de 2014
Stein Åmli
JN3-5

Requiem – Kyrie

Estoy satisfecho. Me tumbo. Compruebo que adopto la postura correcta, la que me proporciona el apoyo que necesito. Perfecto...

El crepúsculo empieza a asomar conforme cae la noche. Los frondosos árboles inclinados obstruyen la luz. Ahogan cualquier esperanza. Las aves se muestran taciturnas, expectantes. La eterna noche está a la espera. Pero en esta ocasión no me espera a mí. Ha señalado a otro. Mi mente se colma de una sensación brumosa de gozo exultante.

Sé que la partitura está compuesta con precisión hasta el último detalle. Sin embargo, siempre se corre el riesgo de que cualquier nota defectuosa eche por tierra toda la composición. Eso todavía no ha sucedido, y hace solo unas horas sentí una especie de regocijo pueril al destruir los documentos relacionados con Rita Lothe.

Ahora sé que soy capaz de llevar a cabo mi obra maestra. Cuando la cogí y la arrojé por encima de la barandilla, fue como lanzar un avión de papel desde el balcón. Sentí una intensa dicha al oír el impacto de su cuerpo contra el asfalto. De hecho, pensé que sentiría angustia, temor y arrepentimiento. Sin embargo, solo experimenté felicidad. Una alegría desbordante, efervescente.

Hubo un momento en el que temí que tardarían mucho en descubrir el cuerpo. Pero en cuanto empezó el ajetreo de la mañana, enseguida pude constatar con cierta satisfacción que las primeras sirenas acudían a toda prisa a las torres.

Lo único que me queda ahora es un hormigueo, un letargo entumecido por todo el cuerpo. De momento estoy manteniendo el esquema previsto. Me repito una y otra vez los dos recordatorios que he anotado en el cuaderno: «No seas demasiado ansioso» y «No pierdas el enfoque». He leído tantos manuales de criminología que sé que, cuando uno ha tenido éxito la primera vez, es fácil precipitarse, o perder una perspectiva de rigor y precisión. Me siento preparado, pero me obligo a esperar.

El escondrijo que me he construido no se puede ver desde la casa, ni tampoco desde la carretera ni el sendero forestal. Lo he camuflado lo mejor que he podido, aunque realmente no es necesario. Un senderista debería desviarse bastante del camino para descubrirlo. Si no fuera por lo que va a suceder mañana, seguramente podría permanecer aquí oculto durante todo el invierno sin que llegara a descubrirme nadie.

Desde el escondrijo solo hay unos cinco metros hasta el puesto de vigilancia.

Desde este punto dispongo de una visión despejada hasta la casa, y también puedo ver lo suficiente del sendero forestal como para controlar a la gente que transite por los alrededores. Los perros están debidamente atados. Durante el espacio de tiempo previsto para llevar a cabo mi acción, no pasará nadie por aquí. Tal vez algún corredor madrugador, pero es altamente improbable a las seis y media de la mañana.

Saco el rifle. Vuelvo a limpiar la mirilla con el paño. Me la acerco al ojo para mirar. La casa blanca de un ostentoso estilo funcionalista es la única que hay en esa hondonada. En ella reside una familia de cinco miembros. Mañana serán solo cuatro. Pienso por un instante en los niños, pero siento que no me afecta especialmente.

Durante la preparación, el menor de los problemas fue adquirir el silenciador. Es fácil conseguir silenciadores para rifles de caza registrados. La mayoría de los cazadores disponen de ellos, porque así no espantan a los otros animales, amortiguan el retroceso y reducen el efecto de deslumbramiento cuando los observas de noche a través de la mirilla. El único problema es que hay que entregar el rifle a fin de adaptar el cañón para poder incorporar el silenciador. Suelen tardar una semana en hacerlo.

El arma que utilizaré es mi rifle de caza. Un Lakelander 389, estándar. En Noruega hay miles registrados con nombre y apellido, pero supuestamente hay una cantidad similar sin registrar. Lo ideal sería realizar mi acción con otra arma, un rifle Märklin con balas Singapur de 16 mm. No obstante, esos rifles no existen. Incluso un virtuoso como yo puede cometer algunos fallos durante el proceso de preparación. No obstante, se trata de un insignificante escollo en el mar.

Empiezan a caer los primeros goterones de lluvia y vuelvo a mi escondrijo arrastrándome. Saco el teléfono y pongo la alarma a las cinco de la madrugada.

¡Estoy preparado! Todo está preparado...

Solo me queda esperar la llegada del ciervo.

Comisaría de policía de Haugesund

Martes por la tarde, 14 de octubre de 2014

Lotte echó la silla hacia atrás, se sentó y la empujó hacia delante hasta que quedó alineada con precisión con el borde de la mesa. Examinó brevemente al grupo de personas que tenía delante.

Describió rápidamente los hechos del caso antes de sacar su cuaderno para comprobar que había explicado lo más importante.

—Todo lo que he dicho hasta ahora lo encontraréis en las carpetas que tenéis delante. Como veis, está todo ordenado cronológicamente con códigos de color para su seguimiento. Si conforme avanza la investigación necesitáis información más detallada, podéis poneros en contacto conmigo.

Algunos sonrieron brevemente al ver el metódico sistema utilizado en las carpetas, y unos débiles murmullos recorrieron la sala. Lotte carraspeó.

—Estamos completamente seguros de que se trata de un homicidio. Los análisis toxicológicos confirmarán que se ha empleado éter y somníferos mezclados con alcohol. Hemos encontrado indicios de esas sustancias en el lugar de los hechos. El resto de las lesiones que presenta el cadáver son *a posteriori*, consecuencia de la caída.

Miró a Åse Fruholm, la técnica que representaba al equipo forense. Llevaba tanto tiempo formando parte de la unidad científica del cuerpo policial que estaba considerada toda una institución. Su fino y ralo cabello corto estaba muy repeinado, proporcionándole un aspecto severo. Un peinado terriblemente anticuado, pero fiel a su estilo general. Su indumentaria desprendía un aura a ropa de segunda mano. No obstante, su eficacia profesional era impecable. Su palabra iba a misa.

Lotte bajó la vista a sus notas un momento y luego continuó:

—Como todos sabéis, la inhalación de éter tiene como consecuencia inmediata la pérdida del conocimiento, y antiguamente se empleaba como anestesia en las intervenciones quirúrgicas. ¿Podrías proporcionarnos algunos datos más detallados, Åse?

Åse Fruholm carraspeó mientras se levantaba. La ropa le colgaba como si fuera un espantapájaros. Al arrugar la frente, su rostro podría confundirse con un mapa topográfico de altimetría. Era el resultado de varias décadas con el tabaco como compañero más fiel, por no decir el único. Cuando finalmente empezó a hablar, su

voz sonó áspera:

—«Éter» es el nombre común del compuesto químico denominado dietiléter. Es un líquido transparente cuyo punto de ebullición se produce a los 36,5 grados. Tiene un olor fuerte y es muy inflamable.

Lotte seguía con atención las especificaciones de Fruholm, tomando notas con gran esmero en el cuaderno que tenía delante.

—La inhalación del vapor del éter provoca la pérdida de conciencia, así como ausencia de dolor, lo que normalmente conocemos como anestesia. El vapor del éter proporciona una narcosis relativamente estable y se puede aplicar incluso, con garantías razonables, en condiciones bastante rudimentarias.

El jefe de policía negó con la cabeza y gesticuló con las manos.

—¿Dónde demonios habrá conseguido el éter ese tipo?

Åse Fruholm sonrió a Lotte, como si ambas compartiesen un gran secreto. Puso los ojos en blanco y carraspeó levemente antes de responder:

—En la farmacia, Guldbrandsen. Se vende sin receta en frascos de medio litro.

Arnstein Guldbrandsen se aflojó un poco la corbata, algo que no solía hacer de forma consciente. Parecía abrumado.

—¿Se vende sin receta en las farmacias? ¿Y por qué diablos hacen eso? ¿Para qué demonios querrá la gente un fármaco anestésico en el botiquín de su baño?

Åse sonrió de modo condescendiente al jefe de policía.

—Para las mariposas, Arnstein. Los entomólogos lo emplean para anestesiarse a las mariposas y demás insectos que atrapan. Pero si se emplea una cantidad mayor, también puede utilizarse con seres humanos —añadió.

Åse Fruhold volvió a sentarse y Lotte retomó la palabra.

—Debemos hacer las comprobaciones pertinentes en las farmacias de la ciudad. No es muy probable que mucha gente haya adquirido un producto así. En cuanto concluya la reunión pondré a un agente a investigar el asunto. Pero antes hay un tema importante que debemos abordar con carácter urgente.

Se remitió un mechón del flequillo por detrás de la oreja e hizo una breve pausa antes de reunir el valor para soltar la noticia.

—Está claro que a Rita Lothe la asesinaron, pero lo que todavía no sabéis es que antes recibimos un aviso. —Lotte vio alzarse varias cejas, y luego continuó—: Ayer por la tarde el periodista Viljar Ravn Gudmundsson, del *Haugesunds Avis*, recibió un correo electrónico de una persona que se hace llamar Stein Åmli. El nombre es falso. Ese individuo afirma que va a ejecutar a un número desconocido de personas que, a su juicio, han llevado a cabo acciones delictivas sin recibir su debido castigo por ello. En un principio Ravn Gudmundsson no se lo tomó muy en serio, y nosotros tampoco lo hicimos hasta que, a raíz del asesinato de Rita Lothe, hemos investigado el pasado de esta.

Lotte hizo una pausa retórica para asegurarse de que se estaba expresando adecuadamente. Alzó la mirada de la superficie de la mesa, se ajustó la blusa e

intentó buscar un punto sobre las cabezas de los oyentes en el que poder concentrar la vista. Lo había aprendido en un curso de técnicas para hablar en público. Resultaba muy útil.

—En su mensaje, Åmli anunciaba que iba a matar a una mujer que había sido acusada de robo y no había sido condenada por ello. Tras buscar en nuestros registros, hemos averiguado que Rita Lothe fue acusada de apropiarse de setenta y cuatro mil coronas de la caja de la Zapatería Oasen, donde fue encargada de tienda en los años 2002 y 2003. Fue absuelta de los cargos, ya que no había pruebas contra ella. En teoría, varios empleados podrían haber metido mano en la caja durante ese mismo período de tiempo. A raíz de la acusación, Lothe perdió su trabajo y empezó a percibir una pensión por discapacidad.

Lotte repartió una copia impresa del correo electrónico con el juicio sumario contra Rita Lothe. Dejó que los presentes lo leyeran antes de proseguir:

—El individuo que mató a Rita Lothe no se esmeró mucho en ocultar su rastro. En el piso de Lothe encontramos una serie de huellas dactilares que no se corresponden con las de la fallecida. Todas son idénticas y es muy probable que pertenezcan al autor del crimen. También hemos sabido que Rita Lothe mantuvo relaciones sexuales poco antes de morir. Hemos encontrado gran cantidad de restos biológicos que, obviamente, hemos enviado al laboratorio para analizar su ADN. Cuando el autor deja muchas huellas, suele tratarse por lo general de crímenes pasionales. No obstante, es poco probable que sea así en este caso. No hay mucha gente que ande por ahí con un frasco de éter en el bolsillo si no tiene intención de usarlo. El motivo por el que el autor ha decidido actuar con tanta imprudencia es un gran misterio. Pero, al menos, podemos estar bastante seguros de que no figura en nuestros registros. Si fuera así, el caso estaría resuelto mañana mismo.

Lotte procedió a repasar en la pantalla el material fotográfico, que mostraba algunos cardenales en las axilas de la víctima, varias fotografías del piso y otros detalles que habían encontrado en el lugar de los hechos.

—Por último, solo me queda desvelar un detalle bastante desagradable, pero muy importante. —Inspiró profundamente antes de soltar el bombazo—: Gudmundsson ha recibido un nuevo correo electrónico. Esta misma tarde, mientras le interrogábamos.

Lotte pasó a la siguiente imagen: una fotografía poco nítida con el texto que había llegado al móvil de Viljar hacía apenas una hora.

Un oscuro silencio se extendió por toda la sala mientras los rostros alrededor de la mesa parecían descomponerse.

Muelle interior, Haugesund

Martes por la noche, 14 de octubre de 2014

El ambiente en el paseo de los muelles de la ciudad contrastaba enormemente con cómo se sentía Viljar. La gente bebía y reía animadamente en las terrazas alineadas una tras otra como fichas de dominó. En cambio, Viljar se sentía como si estuviera inmerso en una pésima novela negra. El moribundo periodista que llevaba dentro estaría exultante, pero Viljar Ravn Gudmundsson había perdido el empuje. Lo que más le apetecía en ese momento era meterse bajo el edredón y esconderse de todas sus miserias. Lo que menos necesitaba era un caso tan complicado. Pero los correos electrónicos le habían llegado a él, y Lotte le había hecho la pertinente pregunta de rigor: «¿Por qué?».

Viljar no tenía la menor idea. Sin embargo, allí sentado en el muelle, un pensamiento se le había infiltrado por debajo de la piel. Un pensamiento que le erizaba el vello de la nuca. El martes negro.

Se levantó y echó a andar hacia la casa de Ranveig Børve con la mirada fija en los adoquines. No se percató de la lluvia que caía a cántaros, ni tampoco de los individuos que caminaban encorvados junto a la hilera de barcos atracados en el canal.

Ranveig vivía en la isla de Risøy, a la que se llegaba tras cruzar el puente homónimo que partía del centro urbano. El puente era el nexo entre la parte continental de Haugesund y aquella isla que albergaba algunas de las empresas más importantes de la ciudad. Una enorme nave industrial de color azulado sobresalía en el paisaje junto a Aibel, convertida en un conocido emblema urbanístico.

Los políticos municipales habían tenido la brillante idea de iluminar el puente por la noche, y la tonalidad morada proporcionaba un llamativo carácter de modernidad a la zona del canal.

Cuando Ranveig regresó a la ciudad tras acabar sus estudios, ella y su marido, Rolf, se establecieron en un antiguo chalet de estilo suizo. Desde entonces, el matrimonio había restaurado la destartada casa hasta convertirla en una moderna vivienda ideal para una familia con niños. Habían pagado algo más de un millón de coronas por una casa que ahora podría venderse por cinco veces más. Rolf era un tipo robusto y fuerte con buena mano para las reformas, mientras que Ranveig tenía muy buen gusto para los pequeños detalles.

El timbre era de los que retumbaban en todas las habitaciones y cuyo sonido parecía prolongarse durante una eternidad. Al cabo de un rato, Ranveig abrió la puerta, algo sorprendida. Al fin y al cabo, era la primera vez que Viljar se presentaba sin haber sido invitado.

Ranveig estaba deslumbrante. Incluso vestida con ropa informal y con el pelo recogido en un moño despeinado, irradiaba una sensualidad que hizo que Viljar sintiera un cosquilleo. Eran sus ojos. Chispeaban llenos de vitalidad y auguraban momentos maravillosos que él jamás experimentaría. Al menos, no con ella. Viljar pidió disculpas y preguntó si había llegado en un mal momento. Podría haberse ahorrado las fórmulas de cortesía, ya que el gesto sorprendido de Ranveig se transformó rápidamente en una amplia sonrisa, franca y genuina.

—Vaya, qué agradable sorpresa. Pasa —dijo ella, y le gritó a Rolf que Viljar había venido de visita y que iban al salón de la chimenea.

Le explicó que Rolf estaba acostando a su hija de seis años.

Viljar se quitó la gabardina y la colgó en un enorme perchero que ocupaba la mitad del ancho recibidor, antes de seguir a Ranveig hasta el salón de la chimenea que se encontraba junto a la sala de estar. Ambos espacios tenían ventanas panorámicas del suelo al techo que ofrecían unas vistas fantásticas sobre el canal de Smedasundet. Sin preguntarle, Ranveig sirvió té de escaramujo recién hecho para los dos, y le ofreció azúcar y limón. Por lo visto, constató Viljar, el café o la cerveza no eran una opción. Ella se acomodó en un suave sillón de color morado justo enfrente de él y lo escrutó con la mirada.

—¿Has salido a tomarte unas cervezas o qué? —sonrió Ranveig pícaramente.

—¿Se nota tanto? Solo tres pintas en el MM —se excusó Viljar.

—¿Tres pintas un martes por la noche, en octubre, sin estar de vacaciones?

Viljar vaciló un poco. No le hacía ninguna gracia arrastrar a Ranveig al fango en el que estaba metido, pero necesitaba una aliada.

—Esta tarde me ha llegado un nuevo correo. Del mismo remitente. No nos está tomando el pelo, Ranveig. Incluso se ha confesado culpable del homicidio cometido hoy en Fjellvegen.

Ranveig estaba a punto de dar un sorbo a su té, pero volvió a dejar la taza sobre la mesa sin tocarlo.

—¿La que se cayó de la torre?

—Pues sí. Al parecer recibió ayuda para tirarse. Y ahora nos está anunciando quién será la próxima víctima.

Viljar sacó el móvil para enseñarle el correo, pero Ranveig le detuvo. La miró extrañado. Había algo en su expresión que no era capaz de interpretar. De modo que se metió una bolsita de snus bajo el labio mientras esperaba pacientemente a que ella dijera lo que tenía que decir.

—¡Joder, Viljar! Tienes que ir a la policía con eso, en vez de venir aquí a cotillear conmigo.

Lo miró con gesto grave.

Viljar le puso rápidamente al día sobre el interrogatorio de Lotte Skeisvoll en la comisaría, y le contó que estaba con ella cuando entró el nuevo mensaje. Viljar le tendió el teléfono a Ranveig para que leyera el correo. Ella arrugó la nariz, como si le estuviera entregando unos calcetines apestosos.

—Como ves, es prácticamente una copia del mensaje anterior. Salvo la confesión al principio y la nueva «condena» al final, ha copiado y pegado lo que escribió en el primer correo.

Ranveig asintió con la cabeza y terminó de leerlo.

—Tiene exactamente el mismo estilo que la vez anterior. No muestra ninguna energía. Ningún nervio. Ninguna pasión. Al parecer no tiene muchas ganas de transmitir su mensaje, ya que ni siquiera es capaz de redactar un texto nuevo, sino que se limita a copiar y pegar.

Ranveig apartó la vista del móvil y lo colocó sobre la mesa.

—Es posible que sea precisamente eso lo que quiere que veamos. Lo convierte todo en un cliché de novela negra tan evidente y mal ejecutado con el fin de que sepamos que hay algo más detrás.

—Vale, de acuerdo. Pongamos que tienes razón... Pero si no es para despistar a la policía, ¿por qué se molesta en hacerlo?

La pregunta quedó en el aire sin respuesta. Ranveig volvió a coger el teléfono y se lo quedó mirando.

—¿Ves lo que hay al final del correo? Las letras y los números.

Le pasó el móvil a Viljar. Este se había fijado, pero no se había parado a pensar qué podría significar.

—«JN3-5»... Pues...

Viljar intentó recordar si alguien suele emplear ese tipo de pie de página en los correos electrónicos o en algún otro tipo de correspondencia, pero fue en vano.

—Puede que se trate de una firma estándar de correo electrónico, y en tal caso podría sernos de gran ayuda. También es posible que lo escribiera a propósito. ¡Esto puede ser muy importante, Viljar!

En ese momento fueron interrumpidos por el sonido de unos pies desnudos avanzando ligeros sobre el *parquet*. Victoria, de seis años, entró en el salón con pasos algo vacilantes. Se detuvo un momento en el umbral antes de acercarse a su madre y sentarse en su regazo con gesto de fingida tristeza.

—¡Papá es malo!

Victoria intentó sollozar por todos los medios. Rolf seguía el incidente sonriendo tranquilamente desde la puerta. Una densa barba ocultaba parte de su sonrisa. Llevaba puesta ropa interior térmica de lana verde de arriba abajo. Probablemente Ranveig se dio cuenta de la expresión desconcertada que recorrió la cara de Viljar, por lo que desveló el misterio de inmediato:

—En realidad Rolf solo ha vuelto a casa para recoger algo. Está cazando ciervos

con su cuadrilla, pero nuestra pequeña princesa le ha atrapado.

Rolf se mantuvo a una prudente distancia de la niña. Juntó las manos y las apoyó en la mejilla con la cabeza ladeada para indicarle a su mujer que la pequeña no quería dormirse. Ranveig le lanzó un beso.

—Papá no me deja acostarme con la casa de muñecas en la cama.

Ranveig se rio y revolvió los alborotados rizos de su hija. La besó en la mejilla y la abrazó. Dejó que la niña agotara sus lágrimas de cocodrilo. Cuando amainó el último sollozo, sentó a Victoria en el suelo. Le acarició cuidadosamente el pelo mientras la miraba a los ojos.

—Papá es bueno. ¿Sabes que fue él quien te compró la casa de muñecas? Pagó mucho dinero por ella. Por eso no es de extrañar que tenga miedo de que se caiga de la cama y se rompa, ¿no crees? ¿Te parece bien que pongamos la casita en la estantería y así la puedas ver desde la cama? ¿Crees que así podrás quedarte dormida?

Victoria asintió y se secó las lágrimas con el dorso de la mano. Luego cogió la mano de su padre, que se había acercado.

—Buenas noches, mami. Buenas noches, señor desconocido.

—Este señor desconocido también es periodista, Victoria. Él también escribe. Pero no tan bien como yo —le susurró al oído.

La niña se rio entre dientes.

Ranveig contempló con nostalgia el rostro de su hija, apoyado sobre el hombro de Rolf mientras este la subía de vuelta a su cuarto. A continuación volvió a dirigir su atención a Viljar. Lo miró interrogante.

Él tomó un sorbo de té antes de proseguir:

—¿Sabes qué, Ranveig? Dejemos de lado el tema de las letras y los números de momento. No soy muy hábil para este tipo de acertijos. —Permaneció callado durante un momento—. He venido a verte con otra idea en mente... Desde aquí tienes acceso a la red de la redacción, ¿verdad?

Ella confirmó asintiendo con la cabeza. Como periodista cultural, a menudo tenía que publicar artículos por la noche, cuando el personal del periódico ya se había marchado. De modo que podía conectarse a la red interna por medio de claves de Citrix a fin de enviar sus artículos editados desde casa. Naturalmente, Viljar también había tenido la posibilidad de hacerlo, pero nunca se había molestado en instalar la aplicación, porque el hecho de trabajar por la noche desde casa resultaba impensable para él.

—Se me ha ocurrido que podríamos realizar una rápida búsqueda en nuestros archivos para ver si encontrábamos algo sobre violadores que hayan sido absueltos en esta ciudad. La persona que se hace llamar Åmli ha encontrado por lo menos a uno, y dudo mucho de que disponga de mejores motores de búsqueda que nosotros, a menos que trabaje en el palacio de justicia o en la policía, por supuesto.

Ranveig meneó la cabeza con aire frustrado.

—Está bien, pero aunque encontremos noticias antiguas sobre violadores que andan por ahí en libertad, nunca se da a conocer su nombre, tan solo la edad y el género —objetó ella.

—Es cierto, pero ese mismo problema también lo habrá tenido el asesino. Probablemente habrá escogido a alguien que haya hecho pública su historia. De vez en cuando publicamos casos de este tipo, en los que la víctima o el imputado aparecen con nombre y fotografía para atraer la atención mediática sobre su versión de los hechos.

—Haces que el periódico parezca una especie de picota pública.

La ingenuidad de Ranveig hizo sonreír a Viljar.

—Llámame conspiranoico si quieres, pero ¿no etiquetáis los artículos con ciertas palabras cuando os oléis algún escándalo? ¿No ponéis etiquetas que solo podéis ver vosotros, sin que resulten visibles para los lectores?

Ranveig suspiró. Comprendió adónde quería llegar. Los casos en que estaban implicados personajes públicos, solían etiquetarlos por categorías temáticas que no eran accesibles para el público. De aquella forma podían encontrar rápidamente los antecedentes y fotografías, tratando de adelantarse a otros medios que tal vez no hubieran sido tan precavidos.

—Tal vez ahora el asesino vaya a por una cara más conocida. De ese modo atraerá nuestra atención y nos obligará a los de la prensa a escribir sobre él. En realidad es lo que busca, ¿no?

Ranveig sintió como un escalofrío. Se envolvió en el jersey de cachemira morado y se acurrucó en el asiento en una especie de posición del loto, abrazándose el torso. No parecía muy convencida, pero una vez más aceptó hacer lo que él le pedía.

—De acuerdo... ¿Palabras clave?

—Inténtalo con «violación» y «absuelto».

Ranveig así lo hizo, y en la pantalla apareció una serie de documentos. La mayoría eran breves y anodinas noticias sobre casos de violación, sin nombres, juzgados en el tribunal de primera instancia de Haugaland. Entre las fotografías tampoco encontraron mucho. Había un gran número de imágenes de acompañamiento, pero ningún retrato. Siguieron con diversas combinaciones de búsqueda, pero no tuvieron suerte.

Viljar permanecía inmerso en sus pensamientos. Un caso antiguo había empezado a darle vueltas en la cabeza.

—De acuerdo, entiendo que estés cansada, pero ¿podrías hacer una última búsqueda?

Ella asintió.

—Busca «Claussen» y «absuelto».

Ranveig se giró rápidamente hacia Viljar.

—¡Vaya, joder...!

No era muy propensa a soltar tacos, pero cuando lo hacía es que había algo

grande en ciernes.

Efectivamente. En aquella ocasión se publicaron tanto nombres como fotos. El hijo del armador Christopher Claussen era todo un juerguista con fama de vividor. Hacía siete años, una de sus juergas nocturnas acabó con su detención y puesta en prisión preventiva, acusado de haber violado a una mujer en una fiesta mientras esta dormía. Se armó un gran revuelo mediático, sobre todo cuando el viejo Sigfred Claussen saltó a la palestra para expresar sus sentimientos con respecto a la acusación de su hijo.

Normalmente Sigfred Claussen era muy reservado con los medios, pero en aquella ocasión acudió en defensa de aquel hijo que le había salido excesivamente marchoso. Christopher Claussen fue absuelto de la acusación de violación por el tribunal de primera instancia, ya que la policía solo contaba con pruebas de que había mantenido relaciones sexuales con la mujer, no de que hubieran ocurrido en contra de su voluntad. La pobre víctima no tuvo nada que hacer contra los abogados contratados por el armador.

—No entiendo cómo es posible que no me haya acordado antes de ese caso. Claussen también fue arrestado por conducir bajo los efectos del alcohol, lo cual coincide con el perfil que traza el asesino. Una persona absuelta después de violar a al menos una mujer, seguramente a algunas más, y que ha sido condenado con anterioridad por otro delito.

—¿Hay otras mujeres?

—¡Segurísimo! Las fiestas de Claussen son famosas por su descontrol, y con frecuencia acaba en una habitación de hotel con varias chicas. El tío pasa olímpicamente de su familia, y parece que su esposa no se opone demasiado a que siga con sus juergas —añadió Viljar.

Le dio una palmadita a Ranveig en la espalda, descolgó su gabardina del perchero del pasillo y desapareció por la puerta antes de que a ella le diera tiempo siquiera a despedirse de él.

Bosque de Nordheim, Karmøy

Madrugada del miércoles, 15 de octubre de 2014

El aire era denso y frío. Estancado. Húmedo. Las nubes negras y pesadas se cernían opresivas sobre las casas que se aferraban a las laderas que ascendían hacia el bosque de Nordheim. Viljar pidió al taxista que parara, pagó en efectivo y avanzó rápidamente entre los espectaculares chalets que se alineaban en lo alto de la colina. Ninguno valía menos de cinco millones. Aquello era como la zona lujosa de Holmenkollåsen, pero en versión Haugesund.

El bosque de Nordheim no pertenecía a Haugesund propiamente dicho. Se encontraba en el municipio de Karmøy, pero Viljar no conocía a nadie que se hubiera instalado allí y se considerara residente de la isla de Karmøy. La zona situada al norte del puente de Karmsund se consideraba la «parte continental» de la isla. Una división extraña y poco natural entre Haugesund y Karmøy. Generalmente, el puente que enlaza el continente con la isla suele considerarse el límite municipal, pero no era así en ese caso.

Christopher Claussen y su familia residían en aquel lugar, a buen resguardo de las otras viviendas de la urbanización. Había mandado construir un enorme chalet de estilo funcionalista, cuyos terrenos se adentraban unos cien metros en la reserva boscosa natural. Era un misterio cómo había conseguido los permisos del Ayuntamiento, pero las malas lenguas lo relacionaban con el hecho de que la Naviera Claussen hubiera decidido instalar su sede principal en el polígono industrial de Nordheim, ubicado también dentro de los límites del municipio de Karmøy.

En su nuevo y blanquísimo chalet, la familia Claussen estaba protegida de miradas indiscretas, con la excepción de algún que otro senderista que se hubiera desviado del camino. En un principio, los terrenos estaban totalmente rodeados de bosque. Sin embargo, el hijo del armador había talado un número considerable de los árboles que crecían frente a los ventanales del salón, por lo que disfrutaba de unas vistas espectaculares sobre el estrecho de Karmsundet.

Viljar no tenía ninguna intención de entrar en el chalet de Christopher Claussen, pero quería acercarse para ver si el hombre estaba en casa. La familia viajaba con frecuencia a regiones más sureñas, y Viljar a menudo había acudido en vano al bosque de Nordheim en busca de algún comentario relacionado con alguna noticia en la que estuviera trabajando. Si el hijo del armador era la próxima víctima del asesino,

vendría bien saber si se encontraba o no en casa.

En un principio, Viljar había pensado que lo mejor sería dejar que la policía hiciera las averiguaciones oportunas acerca de Christopher Claussen. Sin embargo, la curiosidad pudo con él. Además, Viljar no estaba seguro de que la policía se tragara su suposición de que probablemente la próxima víctima sería un rostro más conocido. Según el correo, la «condena» no sería impuesta hasta el día siguiente, por lo que no debería ser muy arriesgado acercarse a la casa de Claussen a esas horas.

El bosque que rodeaba el chalet estaba completamente a oscuras. Era como si cada árbol y cada roca se inclinaran sobre él tratando de encerrarle en un espacio opresivo sin puertas ni ventanas. No veía nada. Únicamente sentía la gravilla que crujía bajo sus zapatillas de deporte. Su frecuencia cardíaca aumentó y se veía obligado a luchar constantemente para no entrar en estado de pánico. El miedo a la oscuridad le había sobrevenido de adulto, junto con todo lo demás. Todo lo que le había llevado a la consulta de la psicóloga Vigdis Nygård una tarde de otoño de 2010. Ahora, cuatro años más tarde, el miedo seguía intacto, igual de presente, igual de paralizador.

En el momento en que Viljar abandonó el sendero, le pareció oír unos crujidos entre los arbustos justo detrás de él. Se giró repentinamente. Su mirada vagó de un lado a otro. La oscuridad engullía todo lo que había a unos cinco metros de él. El subidón de adrenalina acrecentó su angustia y tuvo que hacer un gran esfuerzo para pensar de manera racional. Su corazón latía con fuerza. Sintió cómo se le obstruía la garganta y se le erizaba la piel de los brazos. En el fondo de los conductos auditivos oía un zumbido débil y monótono. Síntomas de ansiedad. Los conocía demasiado bien.

Aquí no hay nadie, se repetía una y otra vez. Sin embargo, no conseguía librarse de aquella sensación. Intuía que había algo entre los arbustos. Algo que le observaba con creciente interés, pero que al parecer no tenía intención de manifestarse.

—¿Hola? —susurró Viljar en dirección a aquello que no veía, pero que se encontraba a pocos metros.

No ocurrió nada. Hiperventiló. Colocó las manos en forma de cuenco alrededor de la boca y la nariz e intentó respirar más calmadamente. Hizo un gran esfuerzo para tranquilizarse. Allí no había nadie. Estaba solo. Los ruidos que había oído podían ser de un animal, o tal vez no era más que la ansiedad que, una vez más, le había jugado una mala pasada.

Cuando recuperó el control sobre su respiración, empezó a avanzar con dificultad entre los brezos y la maleza que llevaban a la parte de atrás, donde estaba la entrada principal. No conseguía deshacerse de la sensación de que alguien le estaba siguiendo a tres pasos. A dos pasos... Una y otra vez volvía la cabeza y dejaba vagar la mirada. No veía nada. Tan solo la más completa oscuridad. Aun así... No quería acercarse desde la carretera principal, ya que resultaría visible desde la casa. Y Viljar sabía por experiencia que los dos perros guardianes encadenados en el patio pertenecían a una

raza que no se podía importar en Noruega a menos que tuvieras muy buenos contactos. Por alguna razón, estaban siempre atados con unos ganchos a una gruesa cadena para buques, sujeta y soldada a su vez a una viga, según todas las de la ley. Ni siquiera el lobo de Fenris sería capaz de liberarse si estuviera allí encadenado. En cambio, los perros de Claussen parecían lo suficientemente fuertes para soltarse.

Procuró no hacer ningún ruido cuando se acercaba a la zona vigilada por los perros. Aunque no fuera a pasar por delante de ellos, detectarían los sonidos procedentes del bosque y empezarían a armar un escándalo de mil demonios. Al llegar a un pequeño claro entre dos abetos, descubrió que los perros no estaban. O bien la familia estaba de viaje, o bien no los habían atado. Esta última posibilidad hizo que Viljar mirara nuevamente a su espalda. Por el rabillo del ojo le pareció percibir un pequeño movimiento entre las ramas, un temblor en las hojas de los árboles. Viljar se detuvo en seco y contuvo la respiración: no hacía nada de viento.

La idea de que hubiera dos perros argentinos sueltos por el bosque hizo que sus piernas estuvieran a punto de traicionarle. Viljar perdió el control sobre su propio cuerpo. Los músculos. La respiración. El pulso. Todo estaba descontrolado. Debía continuar. No podían ser los perros. Ni siquiera Claussen dejaría que dos carniceros como aquellos deambularan libremente por los senderos alrededor de su propiedad.

Viljar sabía que había una pequeña elevación en el terreno de la parte de atrás desde donde se veía la parte trasera del chalet. Avanzó con dificultad hasta alcanzar el pequeño cerro que sobresalía en el terreno. Permanecía alerta en todo momento. Miró hacia atrás. Se detuvo. Intentó tranquilizar el ritmo de su pulso y su respiración. Porque, si de verdad había alguien ahí cerca, era como si Viljar fuera acompañado por una orquesta tirolesa. Pero controlar sus propios ruidos no era lo que más le preocupaba en ese momento. Su peor enemigo era la ansiedad, que le hacía ver y oír cosas. Le parecía vislumbrar el contorno de figuras humanas por todas partes. Sin embargo, no había nadie allí. Y los ruidos le asustaban. «¿Es posible? ¿Es posible imaginarse sonidos? ¿También el oído puede crear efectos ilusorios? Porque, si no es así, está claro que no soy la única persona que merodea por este bosque».

Cada diez segundos oía un nuevo ruido. Crujidos y susurros entre los matorrales y brezos. El miedo lo paralizó, haciéndole imposible concentrarse en nada más.

Finalmente se tumbó entre la maleza. Decidió permanecer quieto hasta que el caos que arrasaba su interior amainara y cediera paso a los sentidos reales. A los sonidos verdaderos. Los que realmente existían. Los sonidos inofensivos. Durante casi diez minutos permaneció así hasta que por fin se atrevió a levantar el torso apoyándose sobre los codos. Viljar constató satisfecho que la casa estaba iluminada y que había gente en su interior. Que la familia pudiera estar en peligro de muerte era un pensamiento sumamente irracional, y ni siquiera se le pasó por la cabeza a Viljar mientras permanecía allí tumbado entre los brezos, contemplando la casa. Tenía más que suficiente con manejar sus propios miedos.

Viljar se obligó a ahuyentar la ansiedad. Se negó a permitir que esos

pensamientos obsesivos volvieran a tomar el control sobre él nuevamente. Si lo hacían, sabía por experiencia que regresarían una y otra vez, cada vez con más fuerza. En ocasiones había dejado que llegaran tan lejos que había sido incapaz de salir de casa y encontrarse con gente durante varios días. Veía fantasmas en pleno día. Normalmente era Ranveig la que conseguía devolverle a la vida tras esos episodios. Ella tenía una habilidad especial para decirle las cosas adecuadas. Una vez le dijo «La vida es lo que ocurre entre las olas», y, de alguna forma extraña, esas palabras lograron ayudarlo. Se trataba de relajarse y dejar que las olas llegaran. Las olas que siempre llegan y siempre se van.

De repente tuvo la certeza absoluta. Algo iba mal, muy mal. Había otra persona cerca. Detrás de él. Muy cerca. Tuvo la repentina sensación de la presencia cercana de otro ser humano. No tuvo tiempo de reaccionar ante el peligro. El miedo y el dolor le alcanzaron como un tsunami. Cada nervio de su cuerpo envió señales frenéticas de emergencia a su cerebro y el reflejo respiratorio se detuvo. Cuando empezó a perder la conciencia, comprendió que todo había acabado.

Cinco años antes...
Lago Eivindsvatnet, Haugesund
Miércoles, 17 de julio de 2009

Fredric acarició la espalda desnuda de Jonas. Este se apartó el flequillo de la cara para contemplar a su amigo, tendido junto a él.

—Es gay, ¿lo sabes?

Jonas alzó la vista y captó la mirada burlona de Fredric Karjoli.

—Y tú también lo eres, Fredric. ¿Y qué? ¿Se supone que eso quiere decir algo?

—Pues sí. Hay secretos que todo el mundo conoce, pero que nadie se atreve a desvelar. Que el ministro de Transportes Herman Eliassen sea homosexual es uno de esos secretos. El único que se sorprendería si saliera del armario sería el propio Eliassen.

Jonas no pudo evitar echarse a reír. Había calado a aquel hombre la primera vez que se conocieron en un seminario sobre nuevos proyectos de infraestructura en la región de Rogaland.

Fredric permaneció un rato sin decir nada. Contempló el lago sumido en la oscuridad, como si la respuesta le esperara en algún lugar de sus aguas profundas. Aquel verano el baño nocturno se había convertido en un ritual para los dos amigos. Ocultos en la oscuridad, podían entregarse el uno al otro.

—En realidad, lo significa todo, Jonas.

Fredric trasladó la mirada desde el lago hacia el cuerpo desnudo de su amigo. Dejó que sus dedos jugaran con una solitaria gota de agua que resbalaba por la zona lumbar de Jonas. Notó cómo se le erizaba el suave vello.

—¿Todo? ¿Y de qué manera? ¿Insinúas que el hecho de que él tenga nuestra misma orientación sexual puede ayudarnos de algún modo? Él se ha perdido dentro del armario. Está deambulando por una especie de Narnia de la que no puede salir, y tampoco es que nosotros seamos muy abiertos, ¿no?

—Yo sí.

Jonas suspiró y se incorporó apoyándose en los codos. Cogió la mano de Fredric y le acarició delicadamente el dorso.

—Sí, quizá tú sí lo seas. Pero está claro que tampoco nosotros nos mostramos abiertamente. Ya conoces a mi familia. Para ellos, el simple hecho de pensar en la

palabra «gay» es un pecado. En mi entorno, los pensamientos son tan pecaminosos como las acciones. Ya sabes qué ocurriría si lo descubren. Para ellos sería un pecado menor que yo fuera un infanticida. Eso es algo que podría ser perdonado, Fredric. Pero, en su cabeza, lo que nosotros hacemos no es un simple pecado aislado. Es un estado constante de perdición total. Además, no comprendo cómo podría ayudarnos este secreto. El partido no es precisamente conocido por acoger y abrazar a los maricas en su seno.

—Eliassen es quien selecciona a los candidatos para la campaña juvenil Nuevas Voces. Si conseguimos introducirnos ahí, tendremos muchos lugares para refugiarnos. Viajes de fin de semana. Seminarios. Cursos. No tendremos que ocultarnos. Además, es una gran oportunidad para progresar dentro del partido. Dentro de poco nos querrán en la dirección regional de Stavanger o de Oslo. Imagínatelo, Jonas. Podríamos marcharnos de este lugar dejado de la mano de Dios. Alejarte de tu familia de locos, como dice siempre tu tío.

Jonas sonrió y miró con picardía a su amigo.

—¿Dejado de la mano de Dios? Si te oyera mi padre... Le daría un infarto. Pero ahora en serio. ¿Cómo podría ayudarnos ese secreto a ser dos de los elegidos?

Fredric se quedó pensativo con gesto introvertido. Era como si su rostro se cerrara en sí mismo durante unos segundos. Removió la arena con la mano. Dejó que la pregunta se quedara suspendida en el aire sin respuesta, para luego, de golpe, sacudirse cualquier posible duda y soltar las palabras:

—Podemos seducirlo.

Bleikemyr, Haugesund

Madrugada del miércoles, 15 de octubre de 2014

Lotte estaba medio dormida cuando se despertó de golpe y empezó a tantear nerviosamente en busca del móvil que había dejado en el suelo junto a la cama. No conseguía encontrarlo, y su primer pensamiento consciente fue que debería dejarlo en algún lugar fijo durante la noche. Cuando al cabo de un buen rato logró localizar aquel ruidoso diablo y contestó a la llamada, comprendió que tenía por delante un largo viaje hacia la noche. No le quedaba más remedio que ponerse en marcha. Ya dormiría en otro momento.

Quince minutos más tarde estaba en la comisaría, donde la esperaba el agente de guardia. Un hombre extraño. Tenía un tórax enorme y unas piernas que parecían palillos. Parecía una versión anticuada de Johnny Bravo.

—¿Cuándo ha ocurrido? —preguntó ella mientras daba pataditas impacientes junto al agente mal proporcionado que la había despertado.

—Hacia las diez y media —contestó él escuetamente.

Al parecer no era un hombre que necesitara dar largas explicaciones. Lotte se acercó a él para cepillarle la caspa de los hombros con la mano. Él la miró extraño, pero no dijo nada.

—¿Qué hacía en el bosque de Nordheim a esas horas?

Lotte lo dijo más que nada por decir algo, al tiempo que recorría la habitación con la vista para buscar algo con que limpiarse las manos.

—Bueno, se supone que tú eres la investigadora, no yo.

Era evidente que el agente no estaba de muy buen humor, así que Lotte se dio por vencida y decidió poner fin al conato de conversación. La condujo hasta uno de los calabozos, donde tenían a un hombre bajo custodia. Alguien que podría proporcionarle más información que aquel policía sobre por qué la habían sacado de la cama a esas horas.

Viljar miró a Lotte como un cachorro sumiso cuando esta irrumpió por la puerta de la celda, seguida del agente de guardia que le había encerrado allí. Lotte gesticuló frustrada con los brazos.

—Gracias —dijo en tono sarcástico.

—¿Gracias?

—Pues sí... Gracias por despertarme cuando por fin había conseguido quedarme

dormida después de un día jodidamente largo.

Lotte le dio la espalda a Viljar mientras decía aquello. No quería mostrarle que llevaba mal abrochada la camisa negra que se había puesto a toda prisa al salir de casa. Cuando alzó satisfecha la vista después de haber arreglado el desatino, se percató de la presencia de Johnny Bravo, boquiabierto ante la auténtica maravilla que acababa de contemplar. Lotte pensaba que había abandonado la celda después de que ella entrara. Viljar habló y ella se dio media vuelta.

—Oh, entiendo. Lo siento.

Lotte se lo oyó decir, pero sospechaba que en realidad no lo lamentaba. Seguramente pensaba que quien debía disculparse era la policía, se dijo ella para sus adentros. Echó un vistazo al informe que le había entregado el agente de guardia. Viljar había sido detenido en unas circunstancias dramáticas en el bosque de Nordheim. Un policía que había sido enviado a vigilar la zona había observado a un individuo sospechoso en los alrededores de la residencia de la familia Claussen. Según el informe, Viljar había perdido el conocimiento cuando el policía se abalanzó con excesivo entusiasmo sobre él en el bosquecillo. Una vez en comisaría, el periodista le había acusado de arresto improcedente y brutalidad policial.

Lotte lo miró. Durante un largo rato.

—Cuéntame —dijo ella al fin.

A diferencia de la última vez, Viljar era consciente de lo que ella quería saber. Relató todo lo que había estado haciendo y pensando después del interrogatorio. Le habló de que había estado en el café MM, de su visita a casa de Ranveig y, finalmente, de que se había ido a dar una vuelta por el bosque de Nordheim.

—¿Pretendes que crea que te tomaste la molestia de ir a merodear por el bosque a oscuras con la única finalidad de comprobar si la familia Claussen se encontraba en casa?

—Así es, en efecto. Pensé en avisaros primero, pero no quise molestaros.

Las últimas palabras de Viljar se quedaron flotando en el aire, como una clara manifestación de su pésimo criterio.

—¿La estupidez es una asignatura obligatoria en la facultad de periodismo? —gritó ella, dando un puñetazo en la mesa delante de él.

Viljar dio un respingo en la silla ante su repentino brote de ira y hundió los hombros. Pero volvió a incorporarse rápidamente en la silla.

—No se trata de estupidez, sino de curiosidad, de estar alerta —le respondió él con vehemencia.

Ella lo miró boquiabierta y, con pocos movimientos, volvió a colocar de pie un vaso de cartón que se había caído durante el incidente. Se frotó los ojos. El cansancio le restaba profesionalidad. Había hecho que perdiera los estribos.

—¿Me estás diciendo completamente en serio que convertirse en sospechoso de homicidio no es una estupidez?

Se detuvo y miró fijamente a Viljar para comprobar si sus palabras provocaban

algún tipo de reacción. Y reaccionó. Se puso nervioso, intranquilo. Su mirada se movía de un lado a otro mientras mascaba frenéticamente un chicle.

—Te voy a decir una cosa, Viljar. En esta casa tenemos una regla general. Si una persona aparece una vez en una investigación, probablemente se trate de una casualidad. Si lo hace por segunda vez, entonces es sospechoso. Pero si aparece por tercera vez, se convierte en un firme sospechoso.

—Yo solo he aparecido dos veces —dijo Viljar.

—Tres —corrigió ella.

—¿Tres...? ¿Qué coño estás diciendo? —exclamó, mirando a Lotte extrañado.

—Exacto. No solo eres el receptor de los correos, sino que también andas arrastrándote por el bosque junto a la casa de una persona que pensamos que podría ser la próxima víctima del asesino. Además, tu nombre aparece en la agenda de Rita Lothe. De hecho, hemos tenido a una patrulla buscándote toda la noche.

Viljar la observó con expresión confusa. Meneó la cabeza y se quedó mirando al vacío. Lotte no se inmutó. Esperó a que dijera algo, pero al cabo de un rato desistió.

—En el piso de Rita Lothe encontramos una agenda de bolsillo de las de antes. Yo ni siquiera creía que siguieran existiendo, pero al parecer la vida de esa mujer se estancó en la década de los setenta. Tu nombre figura en esa agenda en tres fechas diferentes. Y en cada ocasión, adornado con un corazón pulcramente dibujado.

—Ese no soy yo. Tiene que ser otro Viljar. Joder, tampoco soy tan imbécil... Ella tenía casi sesenta años y yo acabo de cumplir los cuarenta. Debes entender que no fui yo quien...

Viljar hablaba frenéticamente. Al final, Lotte alzó las palmas de las manos para detenerlo.

—Está bien. En cuanto compruebe tu versión de los hechos con Ranveig, te dejaré ir por esta noche, pero mañana vendrán los de la policía judicial y tendrás que estar preparado para más interrogatorios. ¿Entendido?

Lotte se levantó, se alisó las arrugas de la camisa y le miró con expresión severa antes de llamar a Ranveig Børve por teléfono. Cinco minutos más tarde, Viljar era un hombre libre.

La lluvia, que durante las últimas horas había estado anunciando su llegada, caía a cántaros cuando Viljar se detuvo para sacar la petaca de tabaco del bolsillo. Había buscado refugio debajo de la marquesina del centro comercial Victoriahjørnet, en la calle Haraldsgata. El interrogatorio seguía retumbándole en la cabeza. No conseguía alejarlo de su mente. Alguien que quería hacerle daño debía de haberle involucrado a propósito en todo aquel asunto. Y el hecho de que él siguiera metiéndose cada vez más a fondo, avanzando tambaleante como un juerguista borracho que después de un festival de música va en busca de un after, no hacía más que empeorar las cosas. Todo aquello había sido una estupidez por su parte. Él mismo tenía la culpa.

Tiró el cigarrillo a una alcantarilla y sacó la caja de snus. En ese instante, por el rabillo del ojo, se percató de la presencia de una sombra. Un hombre se acercaba por

la acera. De pronto, se detuvo y empezó a mirar con excesivo interés el escaparate de la librería Norli. Había demasiada distancia para poder distinguir su rostro en la oscuridad.

«¿Cuántas personas se paran a mirar las novedades literarias cuando está lloviendo a cántaros?», pensó Viljar, y echó a andar. Al llegar a la esquina giró rápidamente la cabeza y constató que el hombre le estaba siguiendo. Sonrió.

«Cuando uno es sospechoso, tiene que contar con estas cosas —se dijo—. Pero si vas a seguirme, vas a pasar una noche de lo más empapada y aburrida».

Aeropuerto de Haugesund, Karmøy

Miércoles por la mañana, 15 de octubre de 2014

El descenso hacia el aeropuerto de Haugesund, en Karmøy, parecía un ejercicio de acrobacias aéreas. El avión de Norwegian, con la imagen de Thor Heyerdahl en su cola, daba trompicones por el aire del mismo modo que debió de hacerlo la *Kon-Tiki* en el océano Atlántico hacía medio siglo. El inspector de la policía judicial Olav Scheldrup Hansen se sentía como un explorador que tal vez se hubiera arriesgado demasiado, mientras se aferraba al reposabrazos y miraba por la ventana las nubes blancas que nunca parecían acabarse. Cuando finalmente desaparecieron, la nubosidad cambió de blanco a gris. Por lo visto, la niebla matutina no era un fenómeno extraño en Haugesund en otoño. Según le habían contado, tampoco lo era el resto del año.

El avión aterrizó con un golpe brusco y aparatoso. Después de unos segundos de fuertes frenazos, el inspector pudo constatar felizmente que los pilotos habían conseguido encontrar la pista de aterrizaje en medio de aquel mar de niebla. Soltó el reposabrazos y respiró aliviado.

El jefe de sección de Olav le había enviado por correo electrónico un breve informe sobre la naturaleza de su misión. Ya tenía reservado el pasaje, de modo que sus protestas por tener que viajar en avión fueron recibidas con un encogimiento de hombros. Haugesund no podía esperar a que él cruzara como un machote todo el país, con todos sus puertos de montaña incluidos, en un puto autobús. La información disponible del caso dejaba mucho que desear, y Olav tenía la esperanza de que eso no significara que se había realizado un pésimo trabajo policial hasta el momento. Afortunadamente, el jefe de la judicial le había asegurado que quien llevaba la investigación era la mejor inspectora de la comarca. En otras palabras, se trataba de una investigadora curtida con muchos años de experiencia en el cuerpo. Por su parte, Olav acababa de cumplir cincuenta años y los últimos quince había estado asignado a la judicial. Gozaba de gran prestigio como investigador y con frecuencia había sido invitado a la Escuela Superior de Policía para impartir clases. Asimismo había escrito dos libros sobre tácticas de investigación y, en general, sabía manejar bastante bien a sus jefes.

La única desventaja era que, de vez en cuando, le mandaban a la periferia de Noruega para ayudar en casos de homicidio. Se encontraba más a gusto en Oslo y no

le gustaba nada la idea de verse atrapado en el asiento de un avión. Se había visto obligado a sustituir los dieciocho grados de la soleada capital por los siete grados y la niebla de Haugesund. Se arrepintió de no haberse traído la trenca.

Un pasillo corto y estrecho llevaba a la sala de llegadas, cuyo tamaño era aproximadamente como el de cualquier salón noruego. Una cinta de equipaje daba vueltas con dificultad en un lateral, mientras que el resto del espacio lo ocupaban los familiares y amigos que habían acudido a recibir a sus seres queridos.

Entre los presentes se encontraba un joven agente novato sujetando un folio de tamaño A4 en el que había escrito HANSEN con rotulador. Olav habría sido lo suficientemente inteligente como para ser capaz de identificar al policía, ya que el joven iba de uniforme.

Diez minutos más tarde, Scheldrup Hansen estaba sentado en el asiento del copiloto de uno de los coches patrulla del distrito policial, un destartado Volkswagen Passat totalmente «uniformado» por dentro, lleno de envoltorios de perritos calientes y botellas de refrescos vacías en el lugar donde debía poner los pies.

Olav permanecía callado y, por suerte, el agente tampoco parecía tener muchas ganas de entablar conversación. Dio una cabezada y, medio adormilado, reparó en que estaban cruzando un puente. La aglomeración de viviendas aumentó a medida que se acercaban al centro de Haugesund. El humor del inspector mejoró algo. Después de todo, aquella no era una zona tan rural. Sabía que la ciudad tenía alrededor de treinta y cinco mil habitantes y que además contaba con uno de los mejores equipos de fútbol del país. Sin embargo, se había imaginado un minúsculo núcleo urbano con poblaciones dispersas por los alrededores.

Cuando llegaron al hospital de Haugesund, se desviaron hacia el centro de la ciudad y avanzaron a través de calles pequeñas y desiertas. Poco después aparcaron el coche frente a la comisaria, junto al Smedasundet, y el agente se bajó con presteza para ayudarle con el equipaje. Olav lo interpretó como una señal de que todavía no habían sido capaces de encontrarle una habitación de hotel. Dos minutos después de personarse ante el mostrador, apareció Lotte Skeisvoll. Él se quedó mirando atónito su mano tendida durante demasiado tiempo antes de reaccionar. El hecho de que ella fuera la directora de la investigación cambió por completo todas sus previsiones respecto al caso. La reconoció al instante, y no fue un reencuentro precisamente agradable. Seguramente tampoco lo fuera para ella, pero se le daba mejor que a él ocultarlo.

Lotte Skeisvoll era la agente más joven a la que había dirigido en su carrera en la Escuela Superior de Policía. Entró como una estudiante engreída que, ya desde el primer día, pensaba que lo sabía todo. La recordaba como el tipo de persona excesivamente minuciosa que se pasaría todo un año reuniendo las pruebas suficientes para llegar a la conclusión de que, para que un huevo quede duro, necesita estar nueve minutos en agua hirviendo.

Solo podía hacer una cosa, pensó Olav cuando al cabo de un rato se levantó para

estrecharle la mano. Tenía que emplear todos los medios posibles para hacerse con el control del caso. De otro modo se embarcarían en una investigación improductiva en la que no ocurriría nada, no avanzarían en absoluto y nadie asumiría ningún riesgo para seguir las pistas antes de que estas se hubieran enfriado por completo. E imaginaba que los diez años transcurridos desde que Lotte Skeisvoll se graduara no la habrían hecho menos arrogante y meticulosa.

Olav no pudo evitar darse cuenta de que, durante el reencuentro, Lotte Skeisvoll tenía que hacer grandes esfuerzos para no echarse a reír. Sus pensamientos retrocedieron en el tiempo. Al momento en que conoció a aquella mujer de la costa oeste. A aquella pedante. La que siempre levantaba la mano intentando aleccionarle, cuando él era el profesor. Si no la conocía mal, llevaría diez años deseando que llegara este momento...

Comisaría de policía de Haugesund

Miércoles por la mañana, 15 de octubre de 2014

Lotte observaba al equipo de investigación. Era el equipo que iba a resolver el homicidio de Rita Lothe y, con suerte, detendría al asesino antes de que pudiera hacer más daño.

Cuando se encontraron una hora antes en la zona de recepción, Lotte se había percatado de la patente desconfianza en el rostro de Scheldrup Hansen. Sabía muy bien que él no soportaba que las mujeres como ella formaran parte del cuerpo policial. Mejor dicho, puede que sí soportara a las mujeres policía, pero no a las que pensaban y actuaban de un modo típicamente femenino. Hansen era perspicaz, expeditivo, decidido y sistemático. Por su parte, ella se centraba en las pruebas, era minuciosa, cauta y puntillosa. Y ambos caminos llevan a Roma. Lotte era consciente de ello, pero ansiaba demostrar que sus métodos funcionaba tan bien como los de Olav. Su porcentaje de detenciones no podía equipararse con el de su profesor, pero en cuanto al de sentencias condenatorias, ella le superaba con creces.

Lotte carraspeó para indicar a los presentes que había llegado el momento de empezar la reunión. Hizo las presentaciones por orden alfabético de cada uno de los miembros del equipo, notando por el rabillo del ojo que la paciencia de Scheldrup Hansen empezaba a agotarse. El hombre ponía los ojos en blanco mientras ahogaba teatralmente algún que otro bostezo.

A regañadientes, Lotte aceleró la velocidad predeterminada de la presentación de Power Point.

—Os doy quince minutos para leer los documentos que tenéis sobre la mesa. Se trata de una descripción detallada de lo que sabemos hasta el momento sobre el homicidio de Rita Lothe, además de otros aspectos interesantes relacionados con el caso.

Al cabo de quince minutos exactos, Lotte abrió el turno para comentarios, pero se arrepintió inmediatamente de no haber adoptado un sistema más riguroso.

—Tenemos que dejar de pensar como una panda de gallinas cacareadoras en un club de costura —dijo Scheldrup Hansen antes de que nadie hubiese abierto siquiera la boca. Miró fijamente a Lotte mientras hablaba—. Debemos priorizar nuestras fuerzas y apostar de una vez por un caballo ganador. Basándome en lo que he podido leer aquí y en toda mi experiencia anterior, tengo una idea de lo que debemos y lo que

no debemos hacer, bajo ninguna circunstancia, en una situación como esta.

»Empezaré comentando este último punto. Debemos prescindir de las reuniones largas y absurdas en las que todos se dedican a exponer sus teorías. No llevan a ninguna parte. Sé que suena brutal, pero no tenéis ninguna experiencia en casos de homicidio de esta naturaleza, y cualquier investigación está abocada al fracaso desde el momento en que los policías pasan más tiempo de cháchara tomando café que centrándose en la investigación.

Se detuvo para tomar un sorbo de café, pero enseguida alzó la palma de la mano para hacer callar a Lars Stople, que se disponía a decir algo. Scheldrup Hansen continuó:

—Soy de la firme opinión de que debemos concentrarnos en los datos que tenemos más a mano. Las respuestas casi siempre se esconden en los detalles más cercanos. Encontraremos al asesino de Rita Lothe si desentrañamos su vida amorosa. Al parecer, Lotte piensa que el periodista Viljar es una pieza periférica en todo este asunto, pero yo opino que descuidaríamos nuestra labor policial si no lo investigáramos a fondo. Su nombre aparece por todas partes. No digo que él sea el hombre que estamos buscando, sino que no es una casualidad que esté involucrado. Los periodistas suelen tener enemigos. Hay que comprobar todo lo que ha publicado anteriormente. ¿Ha metido la pata de algún modo, o ha desenmascarado a alguien que pueda tener motivos para vengarse de él?

»Además, no debemos eliminarle de la lista de sospechosos. Si no he entendido mal lo que pone en estos documentos, se trata de un periodista que gozó de gran prestigio, pero que ha caído en desgracia. Y, de repente, se encuentra en el meollo de un “misterioso asesinato”. —Olav dibujó las comillas en el aire con los dedos—. No podemos descartar que esté intentando crear una buena historia que pueda contribuir a restituir su renombre profesional. El sueño húmedo de cualquier puto periodista es que le caiga del cielo un asesino que quiera utilizarle como medio para difundir su voz. Pero resulta que ese sueño húmedo es, y seguirá siendo, un sueño, ya que el asesino nunca quiere salir a la luz ni dar pistas sobre sí mismo. Eso ocurre solamente en las películas y en las series. Siento tener que decepcionarles, pero esto es la comisaría de Haugesund y no la última temporada de *Bron/Broen*.

La mirada de Olav se encontró con cuatro pares de ojos incrédulos. Suspiró antes de continuar:

—No me digan que no han visto *Bron/Broen*.

Se levantó de la silla al tiempo que alzaba las palmas al cielo. Todos los presentes en la sala ya se habían resignado a escuchar su monólogo y nadie le interrumpió.

—Ahora nos dedicaremos a seguir de cerca al tal Viljar Ravn Gudmundsson. Al menos servirá para evitar que se meta en más problemas que puedan acabar perjudicándonos.

Se giró hacia la inspectora.

—Bueno, Lotte, ya puedes empezar a asignar las tareas que permitan poner en

marcha la investigación.

Lotte alisó el mantel que cubría la mesa. Acarició la tersa tela. Necesitaba tiempo para centrarse antes de tomar la palabra. Scheldrup Hansen iba a ser un hueso más duro de roer de lo que se había imaginado.

Rommetveit, Stord

Miércoles por la mañana, 15 de octubre de 2014

Beate Fredriksen estiró su cuerpo de manera felina. Las sábanas la abrazaron en un suave saludo matutino. El sol se abría camino entre los resquicios de las persianas y sus tenues rayos le hacían cosquillas en la cara. Se quedó muy quieta escuchando. Enseguida reconoció los sonidos familiares del Disney Channel en el salón. Eso quería decir que al menos Sander ya se había levantado. Beate sintió una punzada de fastidio. Su padre se había ido a trabajar, dejando que su hermano de seis años se preparara el desayuno en la cocina. Seguro que estaba todo muy desordenado. Pero se negó a permitir que la irritación arruinara la satisfecha tranquilidad que sentía bajo el cálido edredón.

Cuando se dio la vuelta en la cama, percibió el débil aroma a perfume en la ropa que había dejado tirada antes de acostarse. La apartó. No soportaba esos olores por la mañana. Se pasaría todo el día sola con sus hermanos Sander y Julie. No tenían colegio, y conocía lo bastante a su hermana pequeña para saber que se quedaría en la cama hasta las tantas.

Cuando abrió la puerta del dormitorio, descubrió que Julie ya se había levantado. El sonido de la ducha significaba que esa mañana se había arrastrado fuera de la cama más temprano de lo habitual. Beate ya se podía olvidar de disfrutar de una sola gota de agua caliente. En vez de empezar el día aporreando la puerta del cuarto de baño y discutiendo con la adolescente que había dentro, se puso un albornoz y fue al salón.

—¡Tata!

En cuanto la vio aparecer, Sander salió disparado del sillón rojo y corrió a su encuentro. La abrazó larga y efusivamente. Seguía en pijama, y su pelo rubio en punta presentaba un enorme remolino a un lado. Beate se percató enseguida de que a su limpio y blanco albornoz le habían salido dos bonitas manchas marrones procedentes de la boca llena de chocolate Nugatti de Sander. Se rio y levantó a su hermano en brazos.

—¡Ay, traviesillo! ¿Has comido pan con Nugatti? Si hoy no es sábado.

Sander la miró con aire de ser mucho más mayor para darle la mejor explicación del mundo:

—Pero, tata, hoy no hay cole. Y todos los días libres son sábado.

Beate se rio de nuevo y le revolvió el alborotado pelo de recién levantado.

Volvió a sentarlo en el sillón y se dirigió a la cocina. Comprobó que, en efecto, su hermanito había hecho estragos. Soltó un leve suspiro, pero se sintió compensada cuando descubrió que su padre había preparado café antes de irse a trabajar, así que podría tomarse una taza antes de empezar a limpiar y hacer las demás tareas.

Había sido educada para ello. No sabía hacer otra cosa. Su madre, la escritora Sandra Borg Fredriksen, era una nómada del desierto que apenas pasaba por el oasis de vez en cuando para proveerse de agua. Por lo demás no la veían mucho, excepto en la televisión. Beate era la hija mayor y tenía que asumir las obligaciones domésticas mientras el padre estaba fuera trabajando.

Con la taza de café entre las manos, se acercó al pasillo y se puso un par de desgastados Crocs azules. Quería disfrutar de un rato de relax matutino leyendo el periódico local, que con suerte ya estaría en la escalera. Era algo que parecía muy anticuado para una chica de diecisiete años con acceso a toda clase de ordenadores Mac, iPhones y iPads, pero se había convertido en su pequeña forma de protesta contra la vida aburguesada que llevaban.

«Pero qué retro llegas a ser», solía decirle Julie. Su hermana pequeña no había heredado ni una pizca de su rebeldía contra la opulencia en la que vivía la familia desde que su madre alcanzara un gran éxito con una serie de novela negra. Al principio había sido muy divertido, pero cuando los libros se convirtieron en una serie televisiva, que incluso había obtenido repercusión internacional, su madre desapareció prácticamente de sus vidas. Para Julie la existencia era una fuente inagotable de placeres de los que tenían derecho a disfrutar sin límites. Beate lanzó una mirada al teléfono de su hermana, que estaba tirado sobre un montón de ropa sucia delante de la puerta del baño. La pantalla mostraba las 09.40 horas.

El repartidor de periódicos no solía pasar hasta las diez, pero no estaba de más comprobarlo.

Cuando intentó abrir la puerta, había algo que bloqueaba la entrada. Beate vaciló, pero después de un par de intentos de colarse por el resquicio, desistió y decidió empujar con todo su peso. La puerta finalmente cedió y Beate trastabilló. Estuvo a punto de caer y se apoyó sobre lo que había en lo alto de la escalera. En ese instante un grito desgarrador brotó de su estómago. Todo su cuerpo se tensó y notó cómo le empezaban a temblar las piernas. Contempló lo que había sido la coronilla de su padre, convertida ahora en un cráter de sangre, esquirlas de hueso y masa encefálica. El chillido no llegó a su laringe hasta después de ponerse en pie y entrar retrocediendo en el pasillo. Gritó hasta que retumbaron las paredes, incapaz de apartar la mirada de aquella espantosa visión.

En ese momento oyó los pasos de unos pies pequeños que acudían corriendo hacia ella. Sander llamaba a su hermana una y otra vez mientras recorría los pocos metros que separaban el salón del pasillo. El crío se paró de golpe detrás de ella, y los chillidos desesperados de Sander se acallaron como si alguien los hubiera silenciado con un mando a distancia. Los siguientes segundos le parecieron una eternidad a

Beate. Un breve sollozo rompió el silencio antes de que el niño se acercara al cuerpo petrificado de su hermana.

Se oyó un sonido detrás de ellos, haciendo que apartaran la vista de aquella atrocidad. Beate no se giró. Sabía quién era. Julie susurró la palabra, pero sonó como si la hubiera gritado:

—¿Papá?

Apartamento de Viljar, calle Austmannavegen, Haugesund

Miércoles por la mañana, 15 de octubre de 2014

Se desató el infierno en el periódico. El demonio, encarnado en el director Johan Øveraas, estaba presente en toda su ira. El pecador, sin embargo, no había aparecido para asumir su justo castigo. Viljar Ravn Gudmundsson no había acudido al trabajo, y en la zona común de la primera planta, Øveraas estaba muy ocupado tratando de detener a los tres policías enviados a la redacción para buscar al periodista. Ese miércoles Ranveig Børve tenía guardia de noche, pero el director la llamó sobre las diez y media para informarla debidamente del caos y la maldición que habían caído sobre el periódico. Estaba furioso, y ordenó a Ranveig que localizara a Viljar cagando leches.

Ella intentó explicarle que estaba sola con su hija Victoria y que no tenía tiempo de hacer labores de detective. Como respuesta recibió una airada perorata con la que Øveraas le dejó claro que estaba al tanto del tema de los correos electrónicos, así como de las conversaciones que ella y Viljar habían mantenido al respecto. El director consideraba que el papel de Ranveig en todo aquel asunto constituía una flagrante deslealtad, algo en lo que ella no pudo sino mostrarse de acuerdo.

La niña fue enviada urgentemente a casa de la abuela materna, Ranveig aplazó su cita prevista en un café con una amiga, y luego le pidió a su marido que interrumpiera la caza de ciervos para ir a buscar a Victoria cuanto antes.

Por si no fuera suficiente, Rolf le echó una bronca monumental cuando le contó que ella y Viljar habían ocultado información importante a la dirección del periódico. Tenía todos los motivos del mundo para estar cabreado. Al fin y al cabo, aquello había afectado a su actividad cinegética.

Ranveig aparcó el coche junto al concesionario Opel en Karmsundgata y recorrió a pie el trecho que la separaba del último bloque de viviendas. Se trataba de un conjunto de cinco edificios rectangulares alineados uno detrás de otro, que se alzaban en medio del verde césped de la calle Austmannavegen, al sur de la ciudad. Cuando dobló la esquina para dirigirse al portal de Viljar, descubrió que había dos coches de policía frente a la entrada. Se acercó a ellos y tocó con los nudillos la ventanilla del primero. El rostro de un joven agente de pelo moreno fue apareciendo poco a poco conforme bajaba el cristal. Sus facciones eran muy marcadas y tenía un bonito hoyuelo en el mentón. La miró con gesto interrogante.

Después de que Ranveig se presentara y le explicara lo que quería, el policía negó firmemente con la cabeza.

—Nadie va a subir ahora. Estamos esperando el permiso de la abogada policial para entrar por la fuerza. Sabemos que está ahí. Hace un rato se asomó por la ventana del dormitorio, pero no nos quiere abrir.

El agente, que se había presentado como Knut Veldetun, se disponía a volver a subir la ventanilla cuando Ranveig lo detuvo.

—A vosotros no os va a abrir, pero a mí sí. Llamen a Lotte Skeisvoll. Ella me conoce bien —mintió Ranveig—. Y seguro que está de acuerdo en que yo intente hablar con él.

Veldetun la miró con aire inquisitivo y vaciló un instante antes de marcar el número de la inspectora. Al cabo de un momento le pasó el teléfono a Ranveig.

En la escalera se encontró con una cara conocida. Alexander estaba sentado en el último escalón, con las manos enlazadas en torno a las rodillas. Su mirada era vacía, apática.

—Mi padre no me abre la puerta.

Ranveig se sintió triste y cabreada al mismo tiempo. Ya era hora de que ese viejo zoquete hiciera un esfuerzo. Acarició la mejilla de Alexander y le pidió que volviera a casa de su madre. Pasó por delante del chico y llegó al rellano.

Ranveig no pulsó el timbre. Llamó suavemente con los nudillos y empezó a hablarle a Viljar a través de la puerta cerrada. Sin esperar ninguna reacción de dentro, empezó a contarle lo que había ocurrido esa mañana. Le dijo que debería abrirle si no quería que el asunto se enfangara todavía más, y que había encontrado a Alexander sentado en la escalera como un pobre niño al que habían echado de casa. Viljar no contestó, pero al cabo de un rato Ranveig oyó un chasquido en la cerradura. La puerta se abrió.

Una vez dentro, constató que Viljar se encontraba en unas condiciones lamentables. El piso desprendía un olor nauseabundo a cerrado. El suelo estaba cubierto de ropa sucia y todo tipo de objetos. Las pelusas, de un tamaño descomunal, se arremolinaban ante sus pies. En el pasillo había apiladas cajas de *pizza* vacías. Nadie había limpiado aquel lugar en semanas. En el trabajo quizá no resultara tan obvio que Viljar se había abandonado bastante, pero allí dentro no se podía ocultar.

«¿Qué cojones? ¿Tienes a un hijo viviendo en esta pocilga?», pensó Ranveig mientras intentaba evitar pisar los mayores núcleos infecciosos. Viljar la precedía en silencio en dirección al salón, sin más ropa que un pantalón holgado de chándal.

«He aquí un hombre en plena decadencia». Viljar retiró unos calzoncillos sucios y unos vaqueros arrugados de un sillón, y le indicó con un gesto que tomara asiento. A pesar de sentirse terriblemente incómoda, Ranveig se sentó.

Viljar se acercó a la ventana. Ella no tenía la menor idea de qué estaría mirando, pero supuso que observaba los coches patrulla de abajo. Se dio la vuelta y miró a Ranveig.

—¿Qué coño está ocurriendo ahí fuera?

Su expresión era desafiante, pero ella no cedió ni un ápice.

—En realidad soy yo la que debería preguntarte eso, ¿no crees? Faltas al trabajo, no coges el teléfono, no abres la puerta a la policía, dejas a tu hijo en la calle... ¿Hace falta que siga?

Viljar suspiró y se dejó caer en un sofá marrón de piel. Se frotó la frente con el dorso de la mano y miró al vacío. Al fondo del pasillo, Ranveig vio que Alexander entraba por la puerta y se metía en lo que debía de ser su cuarto.

—No tengo la menor idea, Ranveig. Esta mañana me he despertado con nubarrones oscuros en la cabeza. Intenté levantarme y entrar al baño para asearme, pero no pude. No me sentía con fuerzas para ir a trabajar hoy. Una hora más tarde, Øveraas me llamó y dejó un mensaje histérico en el contestador.

—Todo eso ya lo sé, Viljar. ¡A la mierda con eso! ¿Por qué no te has vestido? ¿Y por qué no le has abierto a la policía? No hay que tener un máster en psicología para sospechar que, si actúas así, es porque tienes algo que ocultar.

Viljar volvió a adoptar una expresión desafiante. La miró muy serio, sin decir nada. Al final buscó una colilla del cenicero e hizo grandes esfuerzos para encenderla. Exhaló el humo antes de volver a mirar a Ranveig.

—¡Ansiedad!

—¿Ansiedad...? ¿Qué quieres decir?

—Tengo ataques de ansiedad, Ranveig. Voy a una psicóloga, pero no consigo superarlo. Es una ansiedad oscura, densa, vergonzosa, paralizadora, muy jodida... Es tan sencillo y tan complicado como eso. Y me escondo debajo del edredón como un niño pequeño...

Ranveig lo miró. Escrutó su cara. Eso explicaba muchas cosas.

Se levantó y se acercó a él.

—No me toques, por favor...

Retiró la mano del hombro de Viljar, pero permaneció plantada ante él.

—Oye... ¿Y Alexander? ¿Vive aquí de forma permanente?

Viljar negó con la cabeza. Le explicó que actualmente vivía con su madre, pero que de vez en cuando venía a pasar la noche con él.

—No puedes tener esto así...

Desechó sus palabras con un gesto brusco. Por lo visto no le apetecía hablar del tema en ese momento. Tendría que volver a abordarlo más adelante. Pero aquello no podía seguir así. Ranveig se acercó a la ventana y abrió las persianas. Sin preguntar a Viljar, indicó a los agentes que podían subir.

—Cuéntale a la policía lo mismo que me has contado a mí —dijo Ranveig.

Era una orden, no una petición. Viljar se limitó a asentir. Apagó la colilla con fuerza en el cenicero ya rebosante. Ranveig buscó un cubo y algunos trapos en un armario de la cocina. Alguien tenía que tomar cartas en el asunto, y estaba claro que Viljar no podría hacerlo hasta dentro de un tiempo.

Rommetveit, Stord

Miércoles por la mañana, 15 de octubre de 2014

El aire otoñal era húmedo y frío. En Rommetveit los árboles se estaban tiñendo de tonos amarillentos. Lotte había descubierto hacía mucho que los árboles son muy parecidos a los seres humanos. El otoño le llega a todo el mundo, pero no al mismo tiempo. Lotte observaba a Johannes Fredriksen con interés. Este, por su parte, le devolvió la mirada con total indiferencia. Tampoco era de extrañar, ya que el hombre estaba muerto. La bala que le había perforado el cráneo estaba incrustada en la pared. Al salir por la parte posterior de su cabeza, se había llevado consigo gran cantidad de sangre y masa encefálica que ahora estaba adherida a la pared de madera blanquecina.

Lotte abrió su cuaderno de notas y fue hojeándolo hasta dar con el póliz verde que marcaba dónde empezaban las observaciones referentes a la escena del crimen. Se enfrentó a una página nueva e inmaculada. Anotó a toda prisa lo más evidente. El asesino era un hábil tirador. Indudablemente, el lugar del hallazgo correspondía al lugar de los hechos. A juzgar por el *rigor mortis* del cadáver, el homicidio debía de haberse cometido a primera hora de la mañana. Lotte Skeisvoll también se fijó en una serie de detalles que daban pie a distintas especulaciones. La llave de coche que Johannes Fredriksen llevaba en la mano indicaba que estaba saliendo o que acababa de llegar a casa. Debería haberse presentado en su trabajo en Leirvik a las siete, algo que evidentemente no había hecho. Llevaba un elegante traje de Riccovero, así como una bonita corbata azul de la misma marca. Un alfiler de corbata con el logo del concesionario de coches en el que trabajaba como vendedor. Unos zapatos relucientes.

—Estaba saliendo de camino al trabajo. Por lo tanto, podemos concluir que la muerte se produjo probablemente entre las seis treinta y las seis cincuenta —constató en voz alta.

Nadie la escuchaba. Estaba completamente sola en la zona acordonada por los técnicos forenses. Olav Scheldrup Hansen se encontraba a cierta distancia, conversando con Beate Fredriksen, la hija mayor del fallecido.

Esa mañana el sol bañaba el área de Rommetveit, pero sus rayos aún no habían penetrado en el bosquecillo circundante. Lotte sintió la leve punzada del fresco aire otoñal en las mejillas. La casa se alzaba aislada en una pequeña depresión del terreno,

rodeada por abedules en ambos extremos. Se accedía a ella por un estrecho camino de gravilla, un desvío del sendero turístico que seguía doscientos metros más adelante.

En cuanto recibieron el aviso, Lotte se había dirigido a la isla de Stord con todo su equipo. Johannes Fredriksen figuraba en su demasiado extensa lista de posibles víctimas. Lars Stople se acercó a la cinta policial mientras ella seguía agachada examinando el orificio de salida de la bala.

—Tienes que hacer algo, Lotte.

—¿A qué te refieres?

Miró interrogante al veterano policía. Este señaló con la cabeza hacia el lugar donde se encontraba Olav.

—El tipo ese de Oslo está intentando hacerse con las riendas.

—Lo sé —dijo Lotte suspirando. Se acercó un poco más a Lars y le susurró—: Es un incordio, pero está claro que tiene mucha experiencia en este tipo de casos. Además, solo lleva unas horas por aquí. Deja que se vaya habituando.

—Eso no quiere decir que siempre haya que darle la razón. Está haciendo preguntas capciosas a los testigos, y a los demás nos da órdenes como si fuera el encargado de dirigir la investigación. No creo que tenga ni que preguntarte si antes lo ha consultado contigo, ¿no?

Lotte entornó los ojos. Llevaba toda la mañana sospechándolo, porque los agentes iban de un lado a otro sin que ella tuviera siquiera ocasión de comentarles lo que debían hacer. No era inusual que los de la judicial tomaran el control cuando ayudaban a la policía local, pero lo que estaba haciendo Scheldrup Hansen parecía más bien un motín en toda regla. Lotte decidió hablar muy en serio con él cuando volvieran a Haugesund por la tarde.

A unos doscientos metros había una pequeña granja, que era el edificio más próximo. Lotte ya había comprobado si sus residentes habían visto u oído algo esa mañana, pero no había habido suerte, aunque la mujer afirmaba encontrarse fuera, en el establo, en el momento en que supuestamente se produjo el disparo. El distrito policial de Stord había avisado al de Haugesund al descubrir que la víctima tenía unos antecedentes bastante turbios. Lo que más había llamado su atención no eran los delitos por los que le habían condenado en su juventud, sino el hecho de haber sido absuelto en 2006. El año anterior había sido acusado de violar a una chica de diecisiete años a bordo de un yate durante el festival de *jazz* de Haugesund. Inicialmente, la acusación de violación contaba con el testimonio de una amiga de la chica. Sin embargo, esta renunció a testificar poco antes de que el caso llegara a los tribunales. Sin el testimonio de la amiga, se esfumó cualquier posibilidad de que la joven pudiera ganar el juicio. Cuando no existen más pruebas, la palabra de la víctima contra la del acusado rara vez lleva a una sentencia.

Durante largo rato, Lotte permaneció contemplando un espacio vacío en el que no había nada más. Lars se cuidó muy mucho de molestarla. Poco después, la inspectora asintió tres veces con la cabeza, como si estuviera manteniendo una conversación con

alguien en aquel vacío. Se colocó en paralelo a la entrada de la casa y miró hacia el bosquecillo, el lugar desde donde en su opinión habían disparado. Tras indicar a Lars que la acompañara, subieron por una pendiente que se elevaba a unos cien metros de la casa. Mientras avanzaba, Lotte miraba fijamente delante de ella para asegurarse de que no hubiera huellas, aunque dudaba de que el asesino hubiese corrido el riesgo que supondría bajar a la casa para comprobar que su misión había tenido éxito. El tirador en cuestión sabía muy bien que había alcanzado a su víctima. Además, la munición empleada era una apuesta segura. El agujero en la frente no era muy grande, pero el orificio de salida era una especie de cráter. «Munición expansiva», había confirmado Åse Fruholm nada más echar un vistazo a Fredriksen.

No resultó difícil encontrar el lugar donde se había apostado el asesino. No se había esforzado mucho por ocultar su rastro. Casi daba la impresión de que se hubiera ausentado un momento para ir a orinar. Había una mochila azul tirada entre unos matorrales. Junto a ella, un plato de cartón y unos cubiertos de plástico. Un escondrijo parcialmente oculto contenía un saco de dormir, una esterilla y una botella de Coca-Cola a medias. Cerca de un cojín inflable, había un libro de Jo Nesbø. Al parecer, una pequeña linterna Maglite le había servido para leer en la oscuridad.

—Ha pasado la noche aquí —dijo Lars Stople detrás de ella.

Era una obviedad, pero Lotte no hizo ningún comentario al respecto.

—Mmm... Y no tiene ningún miedo de que lo pillen. En el juicio vamos a disponer de tantas pruebas biológicas que apenas necesitaremos preparar a la fiscalía.

—¿Y qué nos estará diciendo con eso?

Lotte se dio media vuelta y miró a Lars Stople con curiosidad. El viejo policía era mucho más listo de lo que creía la gente.

—Dime lo que piensas.

Lars permaneció sumido en sus pensamientos durante un momento.

—Creo que hay dos posibilidades, Lotte. Es probable que no le importe dejar huellas porque está convencido de que jamás lo encontraremos. Quiero decir, que no tiene ningún miedo de poder convertirse en sospechoso en ningún momento. Y también está claro que este individuo no tiene antecedentes penales.

Lars se detuvo y examinó el lugar que les rodeaba antes de continuar:

—La otra posibilidad es que no tema que lo cojan. Sabe que lo encontraremos antes o después, y no tiene intención de negar sus delitos. De hecho, incluso es posible que quiera ser detenido para que se le reconozcan sus actos. Si fuera el caso, se trata de alguien que ha perdido el contacto consigo mismo y con la realidad de su entorno.

—Sabemos otra cosa más.

Lotte desafió con la mirada al veterano policía.

—¿Ah, sí?

—Sabemos que Olav Scheldrup Hansen anda muy desencaminado al querer que le pisemos los talones a Viljar Ravn Gudmundsson. Si hubiera sido él, no se situaría

en el centro de la investigación y al mismo tiempo iría dejando montones de huellas por ahí, ¿no crees?

Lars Stople esbozó una amplia sonrisa y asintió.

—¿En algún momento lo has dudado, Lotte? Hansen puede haber resuelto muchos casos, pero parece un tipo bastante disperso. Cualquiera idiota acierta de vez en cuando si dispara a lo loco en todas direcciones.

Lotte se rio entre dientes. El viejo policía cada vez le caía mejor. Bajaron rápidamente la pendiente y llamaron a Åse Fruholm para que se acercara.

Cinco años antes...

Habitación 306, hotel Rica Maritim, Haugesund

Jueves por la mañana, 19 de agosto de 2010

La sangre goteaba de la botella rota que Jonas sostenía en la mano. Pequeñas gotas oscuras penetraban en la moqueta. Se oía el crujido de los cristales al cambiar el peso de una pierna a la otra. Jonas no sentía dolor. Su mirada se clavaba en el hombre que tenía delante y que se protegía la cara con las manos. Un reflejo irracional, puesto que tanto el cuello como el torso eran puntos mucho más vulnerables. Jonas acercó el afilado borde de la botella rota al pezón izquierdo del hombre. El cristal se le enganchó como si fuera una púa. El hombre jadeó. Un fino reguero de sangre se deslizó desde su pecho hasta la sábana blanca. Jonas no dijo nada. Todo estaba dicho. Ya no quedaban palabras que pudieran herirle.

La habitación del hotel Rica Maritim era austera, desnuda. Despojada de alma. Unos colores fríos. Moqueta azul, sábanas blancas, cortinas grises, paredes de color amarillo intenso. Jonas tenía frío. Estaba desnudo y se le erizaba la piel con la corriente de la ventana. Agarraba con fuerza la botella rota mientras la acercaba cuidadosamente al cuello del hombre.

El hombre gemía e intentó moverse hacia el pie de la cama. Jonas le agarró del pelo y tiró brutalmente de él para que volviera. El hombre gritó cuando su cabeza impactó contra el cabecero. Jonas volvió a acercar la botella a su garganta, y en esa ocasión el trozo de vidrio penetró en el tejido blando. El hombre permaneció tumbado sin mover un músculo.

—¡Cierra la boca y no te muevas!

El rostro del hombre reflejó el pánico que sentía. Su pecho subía y bajaba más deprisa que antes.

La descarga de adrenalina hizo que Jonas viera la escena como a través de un túnel. El corazón le latía desbocado en el pecho y notó que estaba hiperventilando. Sus ojos se agitaban nerviosamente.

Intentó recuperar la ira que le había invadido cuando comprendió que el ministro de Transportes, Herman Eliassen, le había engañado. Solo de pensar en ello le entraban arcadas. Oscilaba entre la furia ciega y un desprecio paralizador por todo lo que había tenido que pasar. Recordaba todas las veces que se había obligado a fingir

que eran el deseo y la admiración los que le habían llevado a los brazos de aquel hombre. Recordaba todos los momentos en que había llorado y vomitado, todas las veces que se había autolesionado. Un año entero de promesas vacuas de formar parte del programa de becas de Nuevas Voces. Un año entero de mentiras. Un año entero de repugnantes servicios sexuales.

«Nuestra relación es demasiado personal para poder incluíros en el programa, resultaría muy sospechoso...».

Sus palabras todavía retumbaban en la habitación mucho tiempo después de haber sido pronunciadas. Jonas sentía que lo que más quería era hundir la botella hasta el fondo en el cuello de Herman Eliassen. Sin embargo, algo le impedía hacerlo. De alguna manera, el político parecía demasiado miserable, demasiado patético. Matar a un hombre desnudo e indefenso con el que hacía apenas media hora se había estado besando y acariciando ya no le resultaba tan tentador. Respiró profundamente y tuvo la sensación de que los pulmones le iban a reventar. En ese instante tomó una decisión y actuó en consecuencia.

Lanzó la botella contra la pared con todas sus fuerzas y el vidrio estalló en mil añicos. No le importó lo más mínimo el ruido, ni que los huéspedes de la habitación contigua pudieran llamar a su puerta o avisar al personal de servicio. De todas maneras, para cuando llegaran todo habría acabado. Además, Jonas no tenía ninguna intención de permanecer en aquel lugar, aunque estaba claro que Eliassen era el que tenía todas las de perder si lo encontraban desnudo y ensangrentado en una habitación de hotel con un chaval de diecisiete años encima.

Cuando, cinco minutos más tarde, las puertas del ascensor se abrieron y Jonas se encontró de frente con un vigilante de seguridad, ya estaba completamente vestido y tranquilo. Se apartó educadamente para dejarlo salir corriendo. Jonas entró en el ascensor y pulsó el botón de la planta baja. Sabía que el vigilante tardaría en poder entrar en la habitación donde se encontraba Eliassen. Que todos los rastros de sangre ya habían sido limpiados. Y que la única persona que podría revelar su implicación en los hechos era el propio ministro. Pero que este no diría nada, y seguiría guardando silencio como una tumba.

Comisaría de policía de Haugesund

Miércoles por la tarde, 15 de octubre de 2014

Viljar Ravn Gudmundsson sintió cómo cada nervio y cada fibra muscular de su cuerpo protestaban. Llevaba varias horas en un pequeño despacho convertido para la ocasión en sala de interrogatorios. El cuarto resultaba claustrofóbico. Desde que los policías fueran a buscarle a su piso tres horas antes, no había pasado gran cosa. Ni siquiera había tenido fuerzas para llamar a Øveraas. Sabía que, de todos modos, su puesto de trabajo ya era historia. Ranveig le había comentado que la policía creía que su implicación en los sucesos era muy sospechosa. Así pues, su situación era realmente grave. Viljar salió del cuarto para preguntar si podía tomarse una pausa para un cigarrillo, cuando de repente Lotte Skeisvoll se plantó ante él acompañada de un tipo de cincuenta y pocos años ataviado con un traje gris, que lo observaba con expresión apática y ojos tristes. Los dos inspectores le indicaron que diera media vuelta y volviera a entrar en el cuarto. Viljar se sentó en la misma silla en la que se había pasado la última hora. El hombre de mirada de San Bernardo tomó enseguida las riendas, algo que pilló desprevenido a Viljar, que creía que sería Lotte quien haría las preguntas.

—¿Por qué no has ido a trabajar hoy? ¿Y por qué no has abierto la puerta cuando ha ido a buscarte la policía?

El hombre hablaba de forma rápida y racional, con una monótona voz de robot. Del este de Noruega, constató Viljar.

—Estaba enfermo y no me apetecía hablar con nadie. Tampoco tengo ningún asunto pendiente con la policía.

—¿Sabes qué consecuencias puede tener la obstrucción en una investigación policial?

Viljar bufó mientras negaba con la cabeza.

—Bueno, pues entonces denúnciame.

—¿Dónde estabas entre las seis y las ocho de esta mañana?

—Estaba en mi casa durmiendo. O mejor dicho, intenté levantarme a las siete, pero no pude salir de la cama. Estaba demasiado enfermo para ir a trabajar.

—¿Qué enfermedad padeces?

Era una pregunta incómoda. No quería hablar de su ansiedad.

—Tenía el estómago revuelto. Diarrea. Cagalera. Llámalo como coño quieras...

Las comisuras de los labios de Lotte se elevaron imperceptiblemente. Su compañero del este noruego ni siquiera se inmutó.

—Tal vez ha llegado la hora de que empieces a tomarte esto en serio, Gudmundsson. Se ha producido un nuevo asesinato. ¿Hay alguien que pueda verificar que estuviste en casa entre las seis y las ocho de esta mañana? ¿Tienes alguna coartada?

Viljar asimiló la nueva información. Notó que la ansiedad llegaba de nuevo... y tuvo que hacer un gran esfuerzo para mantenerla a raya. Contaba con la mejor coartada del mundo y ellos deberían saberlo. Por lo visto, la comunicación interna dentro del cuerpo policial dejaba bastante que desear.

—No conozco el nombre de ese agente... que, por cierto, debería hacer urgentemente un curso para no ser visto cuando sigue a alguien. El caso es que anoche enviasteis a un hombre a seguirme cuando me marché de la comisaría. Supongo que en vuestros registros aparecerá quién estaba de guardia anoche, y por tanto el agente en cuestión podrá verificar que no me moví de mi piso desde que llegué a la una y media hasta la hora en que fuisteis a buscarme.

Lotte detuvo la batería de preguntas de Olav con un breve gesto de la mano. Se inclinó hacia delante y miró a Viljar a los ojos.

—¿Un agente de incógnito, Viljar? ¿Por qué crees que te seguimos?

—Pues no lo sé. Lo único que vi es que un hombre me siguió desde la comisaría hasta casa. Supuse que le habías mandado tú para vigilarme...

¿Quién coño iba a seguirle tan de cerca si no fuera de la policía?

—En efecto, mandamos a un agente a seguirte. Pero solo para comprobar que no te metías en más líos. En cuanto entraste en tu casa, volvió a comisaría.

Lotte estaba muy seria. En cambio, el tipo del traje gris pareció animarse.

—¿Quiere decir eso que no tienes coartada, Gudmundsson? —preguntó Olav Scheldrup Hansen con una amplia sonrisa.

Viljar negó con la cabeza. Cada vez entendía menos todo aquello. Como si hubiera quedado atrapado en una red de pesca.

—Podéis pensar lo que queráis, pero yo no soy vuestro hombre. ¿Se supone que he estado enviándome correos estúpidos para luego cometer unos asesinatos que he sugerido yo mismo? ¿Sois conscientes de lo demencial que suena eso?

—¿Y tú eres consciente de lo loco que está el individuo que ha hecho esto?

Scheldrup Hansen seguía con una amplia sonrisa en los labios.

—Está bien. Podéis hacerme todas las pruebas que queráis.

Viljar se arrancó un pelo y lo sostuvo colgando delante del investigador.

Scheldrup Hansen lo cogió. Se lo enrolló entre los dedos y volvió a la carga.

—Puedes tener la certeza de que vamos a hacer todas las comprobaciones posibles. Con todos los restos biológicos que ha dejado el asesino, existe una posibilidad muy remota de que los colocara allí solo para despistarnos. Y aunque no identifiquemos tus huellas dactilares y tu ADN, eso no significa que estés libre de

sospecha. ¿Desde cuándo conoces a Rita Lothe?

Por lo visto el inspector de la policía judicial no había acabado. Viljar suspiró profundamente.

—¿Cuántas veces voy a tener que decirlo? No tengo nada que ver con esto y nunca he conocido a Rita Lothe.

—Te equivocas, Gudmundsson.

Olav sacó una fotografía impresa.

Cuando Viljar vio la imagen, retrocedió instintivamente con un movimiento tan brusco que la silla arañó el suelo con un chirrido.

—¿Qué coño...?

Tuvo la sensación de que el corazón se le paraba, como si de repente se le hubiera desprendido del pecho y hubiera caído al suelo delante de él. En estado de pánico, miró de reojo a Lotte. Se encontró con su mirada. Tenaz. Dura. Vio una determinación en sus ojos que le asustó. Lentamente, volvió a dirigir la vista hacia la foto.

No podía creer lo que veía. Experimentaba un miedo real. Notó que las náuseas ascendían de golpe por su garganta. No quería mirar, pero aquella fotografía lo atraía como una tira de papel matamoscas. Viljar fue incapaz de emitir una sola palabra. Se tapó la boca para impedir que saliera todo el contenido de su estómago.

—Encontré esta foto en el Facebook de Rita Lothe.

La fotografía mostraba a Viljar y Rita sentados muy juntos mientras sonreían a la cámara. Era evidente que ambos estaban en un serio estado de embriaguez.

—La subió a su muro una semana antes del homicidio. Y ahora, ¿quieres cambiar tu testimonio?

Al parecer, aquello también era una novedad para Lotte, que se quedó mirando a su colega con las cejas alzadas. Viljar era totalmente incapaz de recordar cuándo ni dónde se había tomado aquella fotografía. Era obvio que se trataba de una juerga y que en la imagen ambos parecían una pareja. No contestó a la pregunta de Scheldrup Hansen, se limitó simplemente a negar con la cabeza.

—La mujer anotó tu nombre varias veces en su agenda. Afirmas no conocerla, pero sales en actitud íntima con ella en una fotografía reciente. Careces de coartada para ambos homicidios, intentas evitar a la policía y apareces cerca de una posible víctima número dos la noche anterior al segundo homicidio. Son tantos indicios que me resulta muy difícil creer lo que dices.

El investigador seguía salmodiando con la misma voz monótona, sin apartar la vista de él en ningún momento.

La cabeza de Viljar estaba en plena ebullición. Necesitaba aire. Aire y un cigarrillo. Lotte no salió en su defensa. Tenía la mirada clavada en sus notas. Casi parecía que se hubiera resignado por completo.

—Vamos a tenerte aquí esta noche, Viljar. —Scheldrup Hansen lo miró, recuperando la cínica sonrisa del principio del interrogatorio—. Hasta que

comprobemos tus movimientos de los últimos días, y hayamos registrado los dos ordenadores que tienes, te mantendremos bajo arresto.

Se levantó y salió, dejando allí a Viljar y Lotte. Esta pareció un tanto sorprendida al verse a solas con Viljar, pero al cabo de unos segundos reaccionó. Se puso en pie bruscamente. Se giró hacia él y le apuntó con el índice. Estaba temblando.

—Tú te quedas aquí, Viljar. ¡De aquí no te mueves, joder!

Salió del pequeño cuarto dando un portazo, mientras la oscuridad se apoderaba de la vulnerable mente de Viljar. Se derrumbó en la silla y, por primera vez en cuatro años, las lágrimas inundaron sus ojos.

Comisaría de policía de Haugesund
Miércoles por la tarde, 15 de octubre de 2014

Las paredes de la celda se cernían lentamente sobre él. Viljar podía ver cómo se le acercaban centímetro a centímetro. Estaba sentado en el catre sobre sus piernas dobladas, en una especie de postura fetal sedente. Sabía que, desde un punto de vista lógico, las paredes de hormigón no se movían. Sin embargo, estaba ocurriendo...

Durante los diez primeros minutos de su estancia allí, un ataque de pánico hizo que se desmoronara totalmente. Empezó a golpear la puerta de la celda y a sacar a gritos toda su rabia contra la sociedad actual. Resultó patético. Poco a poco se fue sosegando lo suficiente hasta lograr sentarse en el camastro. No obstante, la ansiedad seguía sacudiéndolo a oleadas. Viljar tenía los nervios a flor de piel y se sobresaltaba cada vez que oía el más mínimo ruido procedente del exterior.

No había ventanas. Únicamente paredes de ladrillo pintadas de un azul reluciente, que más que nada le recordaba al color de las camisas de la policía. Era un mito que el azul transmite calma y armonía a las personas.

—*Myth busted!* —dijo en voz alta, imitando la voz de Jamie Hyneman en el programa *Cazadores de mitos*.

El humor negro no sirvió de mucho. Las paredes azules seguían moviéndose. Empezó a recorrerle un sudor frío y notaba el cuerpo helado. Su cerebro estaba como paralizado. Cada vez que intentaba atrapar un fragmento de lo sucedido los últimos días, la ansiedad le inundaba de nuevo y tenía que esforzarse durante varios minutos para recomponerse. Concentrarse en respirar normalmente. Convencer a su cerebro de que los dolores del pecho no eran peligrosos. Vigdis le había enseñado esas técnicas para controlar mejor la hiperventilación y la ansiedad, y de ese modo había adquirido una mayor capacidad para alejar los oscuros pensamientos que provocaban los ataques. No obstante, en aquellos momentos todos sus esfuerzos eran en balde.

—¡Quedados quietas, coño! —les gritó a las paredes.

Eran capaces de moverse, pero al parecer no podían oír. Viljar se rodeó el cuerpo con los brazos en el camastro. Era consciente de su propia locura, pero no podía hacer nada al respecto. Toda sensatez estaba bloqueada. En su delirio, incluso le pareció oír música de un piano de cola procedente de la comisaría, del piso de arriba. Viljar no era más que un testigo impotente del implacable deterioro de su propia razón.

En un último intento de hacer desaparecer la locura, empezó a hablar en voz alta

con su ansiedad. Vigdis le había recomendado ese truco. Parecía algo rebuscado, pero ahora no le quedaba más remedio...

—Ven aquí —le dijo a su ansiedad—. No te tengo miedo. No eres peligrosa.

Fijó la mirada en un punto de la pared.

—No eres más que pura ilusión. Una farsa. ¡Así que ven! —repitió.

Poco a poco, Viljar notó que el pánico paralizador empezaba a abandonarle. Entusiasmado con el efecto del método, empleó palabras más ofensivas, pronunciándolas cada vez con más fuerza al dirigirse al punto en la pared.

—¡Vete a la mierda! No te quiero aquí, jodido parásito. ¡Desaparece!

Ante su propio asombro, descubrió que la ansiedad disminuía, obligando a las paredes a regresar a su sitio. Se concentró intensamente en pensamientos racionales y objetivos. Se sentía muy frágil, pero de alguna manera Viljar fue capaz de recomponerse. Incluso dejó de oír la música de piano.

«¿Por qué me encuentro en esta situación?». Aquella pregunta que se hizo a sí mismo abría una nueva perspectiva.

«Esto no es casual», se dijo.

«Estoy aquí porque el asesino así lo ha querido».

Alguien estaba intentando incriminarle, colocándolo en el centro de la colmena con las manos llenas de miel. Tenía que salir de allí, pensó, invocando a todas las fuerzas divinas.

Al cabo de diez segundos, se abrió la puerta de la celda.

Requiem – Sequentia

Me siento satisfecho. Cada mínima secuencia transcurre según lo previsto. La pieza musical está tomando forma. Ni un fraseo desafinado. Algunas pequeñas modificaciones en la composición aquí y allá. Un timbal en vez de un címbalo. Disfruto plenamente de la sensación. No de matar, eso es una simple necesidad, sino de crear...

Es hermoso ver cómo los distintos instrumentos confluyen a su debido tiempo. Cómo se solapan los unos a los otros. Los seres humanos actúan de un modo tan previsible... Cada mínimo movimiento, cada decisión que toman, forman parte de la obra de arte. Y está funcionando. Sonríe al sol vespertino. Me he buscado un cálido rincón en la terraza. Por el momento, los dolores son un simple murmullo sordo de fondo. Me relajo con una cerveza y un buen libro. He cortado el césped. De repente, caigo en la cuenta de que lo he hecho por última vez. Una nueva alegría. Es importante disfrutar de las cosas pequeñas. El día de hoy ha sido liberador.

Desde que empezó con aquel sordo estallido en Stord hasta que he podido sentarme aquí fuera al sol de otoño.

En la bolsa que tengo a mi lado, guardo la tercera columna de datos y todo el material necesario. El próximo paso resulta más complicado. Los dos primeros han ido como la seda y he logrado mantenerme a una prudente distancia de todo. Observando sin participar. Ver a los investigadores examinar el cadáver de Rita Lothe fue embriagador. En medio de todo el alboroto, yo me movía como flotando sobre almohadas de aire. Me vieron, pero me ignoraron tal y como había previsto.

Lo mismo hoy. Tan solo unas leves modificaciones. Todo el revuelo en torno a mi periodista supone un desafío, pero me divierte. Han descubierto la conexión mucho antes de lo que yo creía. Sin embargo, ahora falta por ver si encuentran la verdadera relación a tiempo.

El día de mañana y el siguiente serán una prueba de si tengo las agallas necesarias para esto. Pienso en Jonas. Me armo de valor. Para que la obra sea perfecta, es necesario pasar por esta parte del proceso. Al mismo tiempo, al dar el paso para salir de mi zona de confort, aumentará sin duda el riesgo de fallar. Hasta ahora todo ha sido un juego. Un ejercicio para ver si soy capaz de ir más allá, de desafiar mis propios límites, de introducirme en la obra de arte y convertirme en parte de ella.

Los próximos días entrará en acción toda la orquesta. Por cada instrumento que

surja del silencio, la presión sobre mí aumentará. Deben verme. Sentirme. Ser yo.

Será espectacular. Me regocijo solo de pensar en lo que escribirán los periódicos cuando encuentren a la tercera víctima. Entonces lo verán. Y algunos lo entenderán. De hecho, tienen que entenderlo. De eso se trata. No puedo evitar ser visible en el proceso que se inicia. Y en este contexto, toda mi inquietud no importa. Esto es mucho más grande que yo mismo, e infinitamente más grande que el dolor que me inflijo al llevar a cabo lo que está escrito...

Ha llegado la hora de entrar en la sala de conciertos. Ha llegado la hora de hacerse visible y vulnerable. Ha llegado la hora de mover la batuta, de blandir el martillo.

El Ejecutor...

Comisaría de policía de Haugesund

Miércoles por la tarde, 15 de octubre de 2014

Olav Scheldrup Hansen cerró la puerta de su despacho provisional y se dejó caer en una silla chirriante. El mecanismo de ajuste se había trabado y el asiento estaba demasiado alto, por lo que sus piernas quedaron colgando.

—¿Qué les pasa a las mujeres, con ese afán por controlarlo todo? —se preguntó en voz alta.

No podía entender por qué Lotte se había alterado tanto por la fotografía que había mostrado durante el interrogatorio. Era un indicio de que Viljar Ravn Gudmundsson y Rita Lothe se conocían, pero por lo visto Lotte opinaba que cualquier confrontación debería ser aprobada antes por ella. Era obvio que tampoco le pareció bien que él hubiera sido quien diera la orden de mantener arrestado a Viljar. Esos pequeños detalles evidenciaban lo que Olav había pensado desde el principio: que Lotte Skeisvoll era una maniática del reglamento y que si la dejaba manejar la palanca de mando todo acabaría saliendo fatal.

Lotte tendría que aceptar que ella no podía pilotar ese buque en solitario. Ya de entrada, el equipo de investigación que había seleccionado lo decía todo. La mayoría de sus miembros eran tan lentos como los participantes del triatlón Norseman cuando tienen que subir el último kilómetro para alcanzar la cima del Gaustatoppen.

Cuando el portátil acabó finalmente de arrancar, Olav procedió a investigar a Viljar Ravn Gudmundsson de forma algo más exhaustiva de lo que habían sido capaces de hacer los agentes locales hasta el momento. Tenía la certeza al cien por cien de que aquel hombre ocultaba algo. Lo había observado en varios momentos durante el interrogatorio. La pregunta era qué ocultaba, y por qué se enredaba cada vez más en su propia maraña. Con excepción del disparo que mató a Johannes Fredriksen en Stord, todo se había llevado a cabo con muy poca profesionalidad. El asesino no hacía nada para borrar su rastro.

El perfil de Facebook de Rita Lothe se abrió rápidamente en el navegador, ya que lo había rastreado hacía menos de una hora. Sabía que no había más material que aprovechar. El perfil contenía únicamente cinco fotografías, todas de fecha reciente, y solo una en la que apareciera Viljar Ravn Gudmundsson. Olav llamó a Lars Stople para que comprobara la autenticidad del perfil de Rita Lothe con su familia, ya que se había creado hacía apenas dos meses y, además de las cinco fotografías, tan solo

contenía siete actualizaciones de estado y una lista de amigos de catorce personas, ninguna de ellas miembros de su familia. Resultaba especialmente llamativo que hubiese ignorado bastantes peticiones de amistad, muchas más de las que había aceptado. Si el perfil era auténtico, indicaba que se trataba de una mujer que quería ser anónima en Facebook, pero que al mismo tiempo tenía el acceso abierto y resultaba visible para todo el mundo.

Olav pasó a investigar a Johannes Fredriksen. Sin embargo, por lo visto Fredriksen no tenía ningún perfil en Facebook, LinkedIn o Twitter. El inspector suspiró, rascándose el escaso pelo. Buscó los documentos sobre Viljar Ravn Gudmundsson que el equipo había recopilado a lo largo del día. Tendría que ponerse a leer, a la antigua usanza, para encontrar las respuestas.

Los documentos no desvelaban prácticamente nada que pudiera llevarle a averiguar qué era lo que Gudmundsson intentaba ocultar. Su historial como periodista resultaba bastante interesante. Una impresionante labor para desenterrar una serie de escándalos y estafas que la policía no hubiera sido capaz de destapar sin su ayuda. Pero, al parecer, en algún momento se había cansado. Después del descubrimiento que lo convirtió en una celebridad nacional en 2010, no había escrito más que artículos aburridos. Desde entonces, Gudmundsson parecía moverse en piloto automático. «¿Podría haber algo oculto en el caso del ministro de Transportes Eliassen?», se preguntó. Llamó a su departamento de Oslo y pidió que le mandaran todos los informes referentes a aquel asunto. En la misma llamada le confirmaron que Herman Eliassen todavía estaba encarcelado. «¿Puede que exista alguna otra conexión con el mismo caso?».

A medida que iba ahondando en los documentos sobre Gudmundsson, se percató de un detalle que le llamó la atención. Esa misma mañana uno de los agentes había realizado un interrogatorio rutinario al director del *Haugesunds Avis*. Durante el mismo, este había mencionado que la dirección del periódico había obligado a Gudmundsson a buscar ayuda psiquiátrica en el invierno de 2010. El periodista llevaba una larga temporada mostrándose irascible e inestable y se estaba convirtiendo en un lastre para su entorno laboral. Unos minutos más tarde, Olav estaba hablando por teléfono con el director del periódico. La conversación que mantuvieron proporcionó a Olav todos los datos que necesitaba. El director Øveraas era un idiota y un bocazas, y se notaba que no sentía mucha simpatía por su empleado. Estaba claro que la carrera de Viljar en el periódico podía darse por finiquitada.

Olav recogió las cosas de su mesa. Se llevó un cuaderno y un bolígrafo. Esperaba con ansia el momento de enfrentarse de nuevo a Gudmundsson. Al doblar la esquina, pasó por delante del despacho de Lotte Skeisvoll. Estaba vacío. Mejor así, porque no tenía ninguna intención de que ella lo acompañara.

Tras preguntar por los pasillos, encontró finalmente la celda y le pidió a un agente que pasaba por allí que le abriera la puerta. Cuando lo hizo, Olav se quedó totalmente

pasmado. Estaba vacía. Se giró hacia el policía y le preguntó si había otras celdas donde encerraran a los sujetos bajo custodia. El agente negó con la cabeza.

—Solo tenemos el calabozo donde metemos a los borrachos, pero allí no encerramos a los sospechosos de otros casos.

El inspector de la judicial regresaba a su despacho pateando con fuerza el suelo cuando le paró la abogada policial Synne Lie.

—¿Ocurre algo? —preguntó esta con una sonrisa artificial que no parecía ir mucho con ella.

La abogada contempló al individuo flacucho que tenía delante mientras este daba rienda suelta a su frustración.

—Pues claro que ocurre algo, joder. ¡Algún capullo ha dejado salir del calabozo a Viljar Ravn Gudmundsson!

Synne Lieladeó ligeramente la cabeza y se lo quedó mirando como un gorrión esperando migas de pan.

—He sido yo quien ha firmado los documentos de su puesta en libertad. A petición de Lotte Skeisvoll. Lotte tenía claro que acudirías a mí y me pidió que te comunicara que lo hemos soltado porque todas las huellas biológicas indican que el autor de los crímenes es otra persona. Además, me pidió que te recordara que las detenciones y el encarcelamiento no se encuentran entre tus funciones. Estás aquí para ayudar en la investigación, no para dirigirla.

Apartamento de Viljar, calle Austmannavegen, Haugesund

Miércoles por la noche, 15 de octubre de 2014

Hay días de mal karma. En los que cualquier decisión que tomes te lleva a una espiral descendente de la que parece imposible salir. Todo lo que dices, todo lo que haces, te acerca más al abismo. Hasta que Lotte apareció en la puerta de la celda para dejarlo salir, no fue capaz de cambiar el chip. La miró interrogante.

—¿No estoy detenido?

—No, creo que se ha producido algún malentendido.

Lotte no hizo ningún gesto que desvelara el motivo de su repentino cambio de opinión.

—¿Todas las sospechas descartadas?

Viljar sabía la respuesta, pero lo preguntó más que nada para provocarla.

—Te puedo prometer que durante los próximos días vamos a ser para ti como un grano en el culo. Cuando quieras cambiar de canal de televisión en tu casa, tendrás que enviarme una solicitud por escrito con tres copias. Aún no hemos acabado contigo, pero la próxima vez que estés encerrado en una celda será porque yo lo diga.

Viljar empleó el resto del día tal y como se había propuesto en el calabozo que lo haría a partir de ahora. Acudió a lugares que sabía que contaban con cámaras de seguridad, guardó los recibos de las tiendas en las que estuvo, se paró a hablar con el vecino en las escaleras antes de entrar en su piso. Por primera vez en una semana, incluso llamó a su padre. Suponía que su teléfono estaría intervenido. Nadie volvería a pillarlo porque no tenía coartada. Todavía recordaba el sentimiento de terror que había experimentado cuando veía acercarse las paredes de hormigón, y sus manos seguían temblando mientras permanecía sentado en el sofá. Viljar se metió una bolsita de snus bajo el labio y encendió un cigarrillo de tabaco de liar.

Al cabo de una hora de llegar a casa, se presentó un agente de policía para devolverle el ordenador que se habían llevado para examinarlo. De ese modo, Viljar pudo comenzar con las labores de investigación que le esperaban.

Buscó rápidamente el perfil abierto de Rita Lothe en Facebook. La fotografía de ambos era, de hecho, la última que había subido. Guardó todas las fotos en una carpeta. Copió las actualizaciones de estado y anotó los nombres de sus amigos en Facebook.

Viljar empezó a estudiar el entorno de la foto. Detrás de Rita y de él se veían unos

taburetes negros de piel alrededor de una barra hexagonal de caoba. Cúpulas redondas de luz suspendidas del techo. Papel pintado oscuro o pintura negra en las paredes. Al fondo se divisaba en penumbra un tresillo de estilo Winchester. Viljar sonrió y asintió con la cabeza en señal de reconocimiento.

—Bestastuå —dijo en voz alta.

El club nocturno tenía fama de «mercadillo de segunda mano» para señoras mayores consumidas por la vida en busca de nuevos pastos, pero Viljar no tenía nada claro que sus incursiones nocturnas las hicieran más felices.

Sabía que ese año había ido dos veces a ese local. En una ocasión, en marzo, había acudido a una fiesta de patrocinadores del club de fútbol Haugesund. Y la segunda vez fue hacía unas semanas, cuando Henrik Thomsen insistió en que Øystein Vindheim y él lo acompañaran después de haber coincidido por casualidad en el café MM un sábado por la noche. Viljar había protestado, pero al final se había dejado convencer por aquel imbécil.

Viljar abrió su cuenta bancaria en internet y buscó hasta encontrar los pagos realizados en el Bestastuå. El 20 de septiembre, constató. Era un domingo. Los pagos se llevaron a cabo a las 00.30, 01.03, 01.47 y 02.22. Los importes eran cada vez mayores. Era evidente que, conforme avanzaba la noche, se iba volviendo cada vez más generoso.

Recordaba muy poco.

Se acordaba de la llegada y de la primera copa con Henrik, pero después... Viljar recordaba que bailó, y también evocó vagamente una discusión en la zona de fumadores con un tipo enorme que afirmaba ser policía, pero nada acerca de ninguna Rita Lothe. Anotó en su lista que tenía que hablar con Henrik y Øystein sobre el tema.

Viljar empezó a comprobar la lista de amigos de Rita. Constató rápidamente que no compartían amistades y que los catorce contactos que tenía eran todos rostros desconocidos para él, excepto dos celebridades locales de las que «todos» los habitantes de Haugesund eran amigos en Facebook. Por supuesto, se trataba del periodista radiofónico Hans Indbjo y del presentador de TV2 Øyvind Fjeldheim. La mayoría de los demás contactos tenían perfiles cerrados y la búsqueda no dio ninguno de los resultados esperados.

Enseguida se despertó en él una sospecha. Miró los últimos mensajes. Ninguno de sus amigos había publicado RIP ni mensajes similares desde que su muerte se hiciera pública esa misma mañana. Ninguno de los catorce amigos. Tampoco ningún familiar —que seguramente debía de tener por ahí— había escrito nada. Aquello no cuadraba. Cuando la gente muere, en cuestión de pocas horas el muro aparece lleno de corazones y referencias con el último adiós al fallecido. Era imposible que aquel fuera el perfil auténtico de Rita en Facebook. Sin embargo, la fotografía de él y Rita sí era real. «Alguien está intentando convertirme en un chivo expiatorio», pensó Viljar.

Su reflexión fue interrumpida por unos sonidos que provenían del rellano. Viljar se quedó rígido, como paralizado.

La puerta del piso se abrió y oyó un golpe como si algo cayera al suelo. Viljar se puso en pie de un salto, pero se detuvo súbitamente al ver quién estaba en la entrada.

—¿Qué coño estás haciendo tú aquí?

Viljar miró al chaval flacucho de hombros encorvados en el pasillo. Era como si las piernas y los brazos hubieran decidido que el muchacho fuera jugador de la NBA, mientras que el resto del cuerpo se resistía con todas sus fuerzas. La mirada de Alexander pareció perderse en el vacío. Un gesto inseguro recorrió su rostro antes de volver a adoptar su habitual expresión apática.

—¿Es que tampoco me quieres aquí o qué? ¿Tienes visita de alguna follamiga?

Una pregunta con dos respuestas posibles. La primera le hacía desear abrir los brazos para darle un fuerte abrazo; la segunda le irritaba hasta tal punto que quería echarle una monumental bronca al muchacho. En cambio, su reacción no fue ninguna de las dos. Se quedó plantado como un pasmarote, balbuceando algo que se suponía que era un mensaje claro de que no pensaba consentirle que hablara de ese modo.

Alexander miró a su alrededor y arrugó la nariz. Se pasó la mano por el negro pelo grasiento y meneó la cabeza. Y como tenía la mano a la altura de la cara, aprovechó para reventarse un grano con las uñas.

—Joder, papá. Necesitas una asistenta polaca o lo que sea. ¡En serio! La tía con la que trabajas tuvo que ponerse a limpiar cuando se fueron los polis. Qué puta vergüenza.

Viljar lo miró desesperado. Aquel no era lugar para un chaval de dieciséis años. Ranveig tenía toda la razón al respecto. Según el acuerdo de separación, Alex debía quedarse con su madre entre semana y con Viljar los sábados y domingos. Así lo habían acordado, ya que a menudo ella tenía guardia los fines de semana en la cocina del geriátrico. Un sobresueldo necesario para suplir las penosas ganancias que le dejaba la peluquería que tenía en casa. Sin embargo, durante el último año Alexander había pasado olímpicamente de esos acuerdos, yendo y viniendo a su antojo.

El piso apestaba a humo y sudor rancio, a pesar de que Ranveig le había dado un buen repaso con la fregona. También había apilado las cajas de *pizza* vacías en un rincón del pasillo. En cambio no había recogido la ropa, que seguía tirada por todas partes. El muchacho miró a su padre y negó con la cabeza.

—Cualquiera diría que eres tú el del TDAH, no yo. ¿Es que nunca recoges cuando yo no estoy o qué?

La respuesta correcta habría sido no, pero Viljar evitó confirmar las sospechas de su hijo.

—Escúchame bien. No puedes aparecer por aquí y ponerte a echar pestes sobre mí. No lo voy a consentir, joder. Yo puedo vivir en este caos sin problemas, y ahora mismo tú deberías estar en casa de tu madre.

El muchacho se quedó de pie junto al fregadero, de espaldas a su padre, sin decir

nada.

—¡No soporto más a esa hija de puta! —gritó de repente, y lanzó con todas sus fuerzas un vaso de leche medio lleno contra la pared.

Viljar dio un respingo y supo que tenía que hacer algo. Decir algo. Se sentó en una silla. Los hombros de Alexander se agitaban convulsos. Transcurrió un largo rato sin que ninguno de los dos dijera ni hiciera nada. Viljar quería levantarse. Acercarse al muchacho y abrazarlo. Pero permaneció sentado, incapaz de encontrar el momento.

Alexander se dio la vuelta y se dirigió tranquilamente hacia la puerta del salón. Con la manga de su enorme sudadera con capucha se secó las lágrimas. Viljar intentó retenerlo agarrándole del brazo.

—Oye. Limpia el estropicio que has hecho. Hay cristales por todo el suelo.

—¡No me toques, joder! Límpialo tú. ¡De todas formas, esto es una puta pocilga! ¿Por qué voy a esforzarme yo si tú no lo haces?

Se oyeron varios portazos al paso de Alexander en dirección al pequeño cuartucho que Viljar se hacía la ilusión de que era una habitación adecuada para un adolescente. Unos segundos después «The Eternally Damned» de Einherjer retumbó por los castigados altavoces.

Viljar suspiró e intentó retomar la reflexión que le rondaba por la cabeza antes de que Alexander la interrumpiera:

«¿Quién está intentando incriminarme en estos asesinatos?».

Si tenía enemigos dispuestos a llegar tan lejos, debían de estar relacionados de alguna forma con el caso de Jonas.

A regañadientes, Viljar apartó la vista de la pantalla del ordenador. No podría hacer nada si no conseguía ordenar antes sus pensamientos. Y en aquel momento le resultaba imposible. La protesta de Alexander había alcanzado su máximo volumen en el equipo de música. Viljar cogió el móvil para llamar a Hilde. Por muy violento que le resultase, tenía que hacerlo. Ella tendría que venir a recoger a Alex. Sus dedos temblaron sobre los contactos de la pantalla. Tenía que concentrarse para marcar el número correcto. La relación que mantenían desde su separación no podía denominarse buena precisamente. Se armó de valor para recibir la retahíla de acusaciones que ella solía soltarle antes de que él pudiera siquiera pronunciar la primera palabra. Algunos días estaba convencido de que había procreado con el Anticristo.

Cuatro años antes...

Torvastad, Karmøy

Viernes por la mañana, 20 de agosto de 2010

Jonas miró furtivamente a su alrededor, como un ciervo que olfatea la presencia de un cazador entre la maleza. Sabía que nadie podía verles en aquel lugar, pero aun así sentía miedo. «¿Y si...?». No podía permitirlo. No podía permitirse aquel pensamiento.

Jonas se dejó abrazar por unos brazos extendidos hacia él. Notó que su pulso aumentaba cuando posó la cabeza junto al cuello de Fredric. Absorbió el olor de su colonia fresca y especiada. Disfrutó del cosquilleo que le recorría la espina dorsal cuando su barba le rascaba la mejilla. Fredric le acariciaba la espalda con una mano mientras con la otra le agarraba por la cintura.

El aire todavía era veraniego. Estaban casi a veinte grados. El sol calentaba los bronceados muslos de Jonas. Aflojó un poco su abrazo convulso y dejó que sus manos acariciaran los músculos en torno a la columna vertebral de su amigo. Cuidadosamente introdujo una mano por dentro del pantalón vaquero corto y notó que Fredric ahogaba un jadeo. Con besos tiernos y suaves fue descendiendo desde el cuello hasta su pecho.

Se enderezó y volvió a abrazarlo. Le besó. Al principio cariñosamente, después de un modo más voraz. Podía ver y sentir el deseo de Fredric. En aquel momento no existía nada más. Ninguna preocupación. Ningún temor. Ningún arrepentimiento. Ninguna vergüenza.

Herman Eliassen era historia. Todo lo sucedido el día anterior en la habitación del hotel había quedado borrado.

Fredric le tomó el rostro cuidadosamente entre las manos. Lo apartó con delicadeza y lo contempló. Le acarició las aletas de la nariz y por debajo de los ojos con el pulgar. Ladeó un poco la cabeza y jadeó cuando Jonas le agarró con más fuerza del culo. Fredric siempre adoptaba una mirada traviesa cuando estaba excitado. Jonas lo sabía y le encantaba. El deseo brotó en él, pero se contuvo. Quería disfrutar del momento. Sentir aquella maravillosa sensación de músculos desnudos agarrándole con fuerza. Mordió a Fredric en el lóbulo de la oreja y le susurró palabras cariñosas. Con la otra mano, le acarició el torso y el abdomen bronceados. De vez en cuando, le

rozaba el pantalón corto de modo provocador. Observó que Fredric estaba a punto de perder el control. Respiraba pesadamente contra su cuello y notaba los latidos de su corazón contra el pecho.

Cuando poco después le desabrochó el pantalón y le bajó la cremallera, fue como si toda la energía contenida saliera disparada del cuerpo de Fredric. Se aferró a Jonas, jadeando.

Jonas dejó que sucediera, sin importarle que le manchara. Esto era puro y bello. No era sucio como lo del día anterior. Entre ellos había equilibrio. Dos seres humanos que se tenían afecto. Acarició la espalda de su amigo y, finalmente, se dejó arrastrar por la ola de placer cuando Fredric logró que liberara toda la tensión que se había acumulado en su cuerpo las últimas veinticuatro horas.

El crujido de una rama le puso en estado de alerta. El corazón le dio un vuelco y empezó a mirar muy nervioso a un lado y a otro. De pronto tuvo la certeza de que alguien los había estado observando oculto en el bosque.

La inseguridad y el miedo se apoderaron de él. Por un instante todo había sido un mar de placer. Una cosa era lo que ocurría entre Fredric y él. Si llegaran a ser descubiertos, él tendría que abandonar la isla. Sabía cómo reaccionaría su padre... Pero otra cosa muy distinta eran las consecuencias de lo que había hecho el día anterior en la habitación del hotel. No se le había ocurrido pensar ni por un instante que también había puesto en peligro a su amigo. Hasta después de pasadas varias horas, no había caído en la cuenta de las repercusiones que podría conllevar su acto.

Por lo que él sabía, aquel podría ser el final. El final de todo lo hermoso y bello que compartían. A partir de ese momento, solo existirían la negación, la farsa y las mentiras. La suerte estaba echada. No había marcha atrás. Nada se podía deshacer.

Comisaría de policía de Haugesund

Jueves por la mañana, 16 de octubre de 2014

Cuando Lotte dobló la esquina camino de la sala de reuniones, la expresión de Olav Scheldrup Hansen le reveló que estaba preparado para la confrontación. En actitud chulesca, con los pies separados y bien plantados en el suelo. Trajeado como de costumbre y con el poco pelo que le quedaba repeinado hacia atrás. Sin aminorar el paso, Lotte se acercó al móvil a la oreja para fingir que estaba hablando con alguien. Cuando se acercó al inspector de la policía judicial, señaló el teléfono mientras pasaba de largo.

Todo el equipo de investigación estaba ya en la sala, esperando diligentemente a que Lotte iniciara la reunión. Tras finalizar su conversación ficticia, le hizo un gesto a Scheldrup Hansen para que entrara y ocupara su sitio. El inspector intentó tomar la palabra nada más sentarse, pero Lotte alzó la voz por encima de la suya.

—Aún no he empezado a dar el turno de palabra, Olav. Tenemos muchos asuntos en la agenda de hoy. En primer lugar, la abogada policial me ha pedido dejar muy claro cuáles son la organización y las líneas de mando para todo el equipo. Synne, ¿podrías empezar comentando esto?

Synne Lie se levantó y tomó la palabra. En términos muy rotundos y con mucha claridad, explicó cuáles eran las funciones de los distintos miembros del equipo y cuál era la jerarquía de mando. Nadie debía seguir órdenes de nadie que no fuera la directora de la investigación, y por su parte Lotte tenía la obligación de clarificar con la abogada policial todo lo relacionado con detenciones, registros, interrogatorios y confiscaciones. Synne hizo una pausa retórica tras pronunciar la palabra «detenciones» y miró directamente al inspector de la judicial. La estrategia que Lotte había urdido esa misma mañana había surtido efecto. Olav Scheldrup Hansen se quedó bastante descolocado: lo habían puesto en su sitio delante de todos. Lotte sintió cierta mala conciencia por haberlo reprendido indirectamente en público. Sin embargo, sabía que no tenía otra opción si quería recuperar el control del equipo y de la investigación.

—¿Y a quién acudimos si estamos en franco desacuerdo con el rumbo que está tomando la investigación? —preguntó Scheldrup Hansen, sonriendo burlonamente para dejar claro a todo el mundo que se había percatado de la maniobra.

—Llegado el caso, tendrías que acudir a mí —dijo Synne Lie, mirándolo con

expresión gentil y amable—. Yo atenderé tus críticas. La última vez que comprobé los documentos, se había pedido «ayuda» a la policía judicial, no que dirigiera la investigación.

Lotte se disponía a iniciar la revisión de las pruebas cuando el teléfono le vibró en el bolsillo. Tras echar un vistazo a la pantalla, pidió al equipo que hicieran un receso de cinco minutos. Tenía que contestar a la llamada.

Era Anne. Lotte maldijo en su fuero interno mientras salía de la sala de reuniones. Se le había olvidado por completo hacer algo respecto a la situación de su hermana. Sabía que la esperaba una nueva ronda de acusaciones y reproches, recriminándole su falta de cariño. Sin embargo, no ocurrió nada de eso. Ese día se presentó una versión más calmada de Anne. Los problemas que había tenido el martes habían caído en el olvido. Era un efecto de la heroína. Siempre surgían nuevos problemas que eclipsaban a los antiguos.

—Lotte... ¿Tienes tiempo para quedar conmigo hoy? Necesito hablarte de algo importante.

Siempre se trataba de algo importante.

—Antes del almuerzo voy a estar muy liada, pero tal vez podamos vernos más tarde —dijo Lotte para que su hermana no tuviera la sensación de sentirse rechazada.

Lotte vivía en un estado constante de mala conciencia por no hacer lo suficiente por su hermana, aunque sabía muy bien que, si proporcionas demasiado apoyo a un drogadicto, no haces más que ayudarlo a perseverar en su estilo de vida. La única motivación de un toxicómano para salir del infierno de la heroína es que su vida se convierta precisamente en eso, un auténtico infierno. Si le das dinero, comida, consuelo, trabajo y techo, no tiene ninguna razón para dejarlo.

—Más tarde me parece bien.

Lotte percibió cierta sensibilidad en la voz de su hermana que llevaba tiempo sin oír. Tal vez se tratara realmente de algo importante.

—De acuerdo, Anne. Intentaré ir por la tarde, pero no puedo decirte la hora exacta. ¿Está bien?

Después de colgar, Lotte respiró profundamente, apretó el interruptor mental que le servía para apartar la mala conciencia y entró de nuevo en la sala de reuniones.

—El primer punto de la agenda hace referencia a las distintas escenas del crimen. Lars, eso lo controlas tú, ¿verdad?

Lars Stople se levantó de la silla. A diferencia de la mayoría de los seres humanos de este siglo, Lars seguía manteniendo una fe ciega en el rotulador y el papelógrafo. Buscó una hoja en blanco y fue anotando los puntos principales mientras los iba exponiendo.

—Nos enfrentamos claramente a un hombre que no tiene intenciones de ocultar su rastro. Y el hecho de que dejara tantas huellas en las escenas de los crímenes llama tanto la atención que es posible que las colocara allí para despistarnos. Hemos registrado a fondo el apartamento de Rita Lothe y el cerro situado detrás de la

vivienda de Johannes Fredriksen en Stord.

»En el apartamento de Rita Lothe hemos encontrado huellas dactilares que no corresponden a la víctima en una copa de vino y en otra de coñac. Las mismas huellas se han encontrado también en el libro de Nesbø y en un vaso de plástico hallados en el bosque cercano a la otra escena del crimen. En otras palabras, no cabe ninguna duda de que la misma persona ha estado presente en ambos lugares.

»Además de las huellas dactilares, disponemos de numerosos restos biológicos, por lo que podremos obtener un análisis completo del ADN del homicida. No obstante, una vez que tengamos los resultados, estamos bastante seguros de que no se corresponderán con ningún perfil de nuestra base de datos.

Lotte se levantó y se acercó a Lars. Ajustó una de las patas del papelógrafo para que estuviera recto. Carraspeó nerviosamente y se giró de nuevo hacia el agente.

—¿Hemos conseguido algo de la investigación en farmacias?

—Por desgracia, no. Es una vía muerta. Debí de comprar el anestésico en otro lugar y no en esta ciudad. Ampliamos la búsqueda a otros municipios colindantes, pero también sin resultado.

—De acuerdo. ¿Existen más indicios que puedan revelarnos la identidad del autor, Lars? Si lo he entendido bien, tenemos suficiente para condenarlo en cuanto lo hayamos identificado.

—Correcto. Probablemente la cosa sea tan simple como lo que hablamos ayer. O bien se siente seguro de mantenerse al margen de toda sospecha. O bien le resulta completamente indiferente que lo detengamos.

Lars hizo una pausa, pero continuó cuando Lotte le hizo un gesto para que siguiera hablando:

—Sí... Bueno... Lo que voy a decir a continuación son simples especulaciones. A partir de la investigación de las escenas del crimen, podemos llegar a las siguientes conclusiones.

Anotó cuatro puntos en el papelógrafo.

—En primer lugar, todo apunta a que se trata de un hombre. Además del hecho evidente de que Rita Lothe mantuvo relaciones sexuales con él poco antes de morir, contamos con algunos indicios más. Cabellos cortos y canosos que no pertenecen a la víctima, y que también fueron encontrados en el saco de dormir en Stord. El tamaño de las huellas dactilares de ambos lugares revela que se trata de una persona con manos grandes. Finalmente, está claro que se necesita cierta fortaleza física para levantar a una persona inconsciente de setenta kilos y arrojarla por la barandilla del balcón. Así pues, todo indicaría que se trata de un hombre —dijo Lars para concluir el primer punto.

»En segundo lugar, existen bastantes indicios de que el hombre reside en Haugesund o en los alrededores. Ambos homicidios se produjeron en nuestro distrito y los correos electrónicos fueron enviados a un periodista local.

»En tercer lugar, creemos que el hombre tiene más de cuarenta años. No podemos

tener la certeza absoluta, pero algunos indicios apuntan a ello. Como ya he dicho, los pelos encontrados son canosos. Naturalmente, hay hombres jóvenes con canas, pero el cabello suele empezar a encanecer una vez cumplidos los cuarenta. En Stord dejó una cacerola con restos de comida, que no es lo típico que suelen comer los jóvenes. Además, encontramos colillas en el escondrijo de Rommetveit. No colillas de cigarrillos, sino de tabaco de liar. Ese tipo de fumadores son también una especie en vías de extinción. En general, solo las personas mayores y los adictos a las drogas duras siguen fumando tabaco de liar.

»El punto número cuatro, el último, son los correos electrónicos. Knut, creo que tú eres el que sabe más sobre ellos. ¿Cierto?

Knut Veldetun se levantó y se acercó al proyector. Insertó un *pendrive* en el ordenador conectado al mismo, y a continuación abrió un PDF con copia de los dos mensajes.

—Como veis, ambos correos cuentan con el mismo remitente. La dirección steinaamli@gmail.com es falsa. O mejor dicho, la persona detrás de la dirección es falsa. La cuenta está registrada con el nombre de Stein Åmli y fue creada hace tres semanas. No hubo ninguna actividad con esa dirección antes del lunes por la mañana, cuando se envió el primer mensaje.

Knut se aclaró la garganta y tomó un sorbo de agua antes de proseguir:

—Todos aquí sabemos lo fácil que es crear cuentas de correo electrónico. Por lo tanto, no vamos a detenernos en ello. Supongo que estarás de acuerdo, Lotte, en que tomemos como punto de partida que nuestro hombre actúa bajo un nombre falso.

Lotte asintió a modo de respuesta, al tiempo que se oía un pesado suspiro procedente de su lado derecho. Por lo visto, la paciencia de Scheldrup Hansen estaba a punto de agotarse. Knut Veldetun siguió hablando sin inmutarse:

—No obstante, resulta más importante lo que nos han ayudado a averiguar los expertos de Google, que han compartido su información con nosotros y nos han proporcionado algunas respuestas interesantes. En primer lugar, ya conocemos el origen de ambos mensajes. El primer correo recibido por Gudmundsson fue enviado desde la asociación juvenil Antiguo Matadero, aquí en Haugesund, el lunes a las 08.05 horas. El segundo fue remitido desde el hotel Rica Maritim el martes a las 16.02. Naturalmente hemos realizado las comprobaciones pertinentes en ambos lugares y hemos interrogado al personal que estaba de turno a esas horas. Hasta el momento no hemos obtenido ningún resultado, pero uno de nuestros responsables informáticos hizo una observación bastante lógica y nos pidió que comprobáramos el servicio de *wifi* abierto. Las redes de *wifi* para huéspedes.

Lotte lo interrumpió.

—¿Eso quiere decir que la persona que envió los correos no utilizó los ordenadores fijos de esos dos lugares, sino que llevó su propio dispositivo?

—Sí, puede que se tratara de un *smartphone* o una tableta. Es muy probable que ni siquiera estuviera en el interior de los edificios. Es perfectamente posible

conectarse a la *wifi* desde cualquier lugar en las inmediaciones; por ejemplo, desde un coche. Por desgracia, ninguno de esos lugares cuenta con cámaras de vigilancia. Si fuera así, podríamos buscar coches aparcados en la zona a la hora en cuestión.

Lotte volvió a tomar la palabra.

—Entonces dejamos por ahora el rastreo de los correos. Lo retomaremos si llegan nuevos mensajes. ¿Qué más tienes?

—Bueno... Me temo que no mucho.

Knut apagó el proyector y se sentó de nuevo. Lars Stople volvió a intervenir.

—¿Has descubierto algo relacionado con los códigos que aparecen en la parte inferior de los correos?

—No, estoy trabajando en ello, pero por el momento no son más que números y letras sin sentido. Por lo menos, podemos descartar que se trate de los códigos habituales de mensajería informática. Lo hemos comprobado.

Lars Stople añadió un quinto y último punto en el papelógrafo.

—Hay un tema sobre el que personalmente he estado reflexionando bastante y que considero que puede ser un buen punto de partida para proseguir con las investigaciones. —Hizo una pausa retórica, cogió aire y continuó—: Creo que nuestro hombre ejerce una profesión que le proporciona un mayor acceso a la información que el que pueda tener cualquier ciudadano de a pie. He intentado buscarlo por mi cuenta, pero me ha resultado imposible encontrar información sobre las absoluciones de Lothe y Fredriksen en la red o en las hemerotecas. De alguna forma, el asesino tiene acceso directo a los informes de ambos casos, e incluso a los de otros casos antiguos.

Lars se detuvo brevemente antes de exponer su hipótesis a los compañeros:

—Creo, y recalco que se trata solo de especulaciones, que el hombre que buscamos trabaja en la policía, en la judicatura, en los medios de comunicación o en un bufete de abogados. La información de la que dispone solo se puede obtener trabajando en esos lugares.

Olav Scheldrup Hansen no había dicho nada durante toda la reunión y, por primera vez, dejó oír su voz:

—¡Vaya, menudo equipo estáis hechos! Llevamos una eternidad escuchando todo tipo de obviedades y todavía no se ha mencionado una sola vez el nombre de Viljar Ravn Gudmundsson. Está bien... Puedo aceptar que tal vez no sea un asesino, pero en tal caso hay alguien ahí fuera pasándoselo en grande mientras trata de que su nombre aparezca por todas partes. ¿Quiénes son sus enemigos realmente? Por ejemplo... ¿Eliassen? Lo he comprobado y acaban de confirmarme que sigue encarcelado, pero ¿no podría tratarse de otra persona relacionada con aquel escándalo? ¿O tal vez Eliassen es tan poderoso que puede mover algunos hilos desde dentro de la prisión?

Olav Scheldrup Hansen no paraba de gesticular con las manos.

—Si seguimos el método de eliminación del señor Stople, supongo que eso nos

dejaría aproximadamente unos mil asesinos potenciales solo en esta comarca. Sin embargo, el elefante rosa en esta habitación se llama Gudmundsson, y al parecer nadie quiere verlo. Por favor, ¿alguien podría pedir bastoncillos de algodón a la sección de criminalística? Porque sabe Dios que los vamos a necesitar.

Sede del Haugesunds Avis

Jueves por la mañana, 16 de octubre de 2014

Cuando la tercera sentencia de muerte aterrizó en su bandeja de entrada, Viljar estaba inmerso en la redacción de un artículo sobre los dos asesinatos. Le incomodaba tener que escribir sobre un caso en el que estaba tan implicado. Era una flagrante violación del código deontológico del periodismo, pero al director del *Haugesunds Avis* le importó un carajo. Además, Johan Øveraas le había pedido que lo redactara a modo de reportaje personal. Dijo que quería «un recorrido por los recovecos más oscuros de los asesinatos». Viljar estuvo a punto de estrangularlo, pero no era el mejor momento para iniciar una trifulca.

Implicarse de esa manera en la noticia, actuando como una especie de guía que acompañara al lector por los sucesos, no solo era morboso e irresponsable, también significaba exponerse a unas críticas muy serias. Sin embargo, Viljar no pudo negarse. No le quedó más remedio que meterse de lleno.

Echó un vistazo a lo que había escrito. En un recuadro había hecho un resumen cronológico del desarrollo de los acontecimientos. Otros dos recuadros contenían una presentación de las víctimas. Facsímiles de los dos correos electrónicos que había recibido. Un cuerpo central de dos mil palabras con un texto de carácter personal en el que describía sus experiencias. Naturalmente, redactado en primera persona para aumentar el dramatismo. También se habían incluido fotos de gran tamaño de las escenas de los dos crímenes, todo ello bajo uno de aquellos titulares que prácticamente obligan al lector a leer todo el texto:

MI ENCUENTRO CON UN ASESINO

El hecho de calificar aquellos correos electrónicos como un «encuentro» era ir demasiado lejos, pero así lo había querido el director. El periódico empezaba a rezagarse en un caso en el que disponía de todos los requisitos para tomar la delantera a los demás rotativos, y así lo demostraría ante toda la prensa nacional en su edición del viernes. Disponía de una cantidad de información bastante más considerable de lo que ni siquiera el *VG* y el *Dagbladet* podrían soñar, y la iban a sacar con la tipografía

más sensacionalista posible.

El día anterior Ranveig había recibido una monumental bronca en el despacho del director, quien ahora la había cargado con unas tareas muy alejadas de las que solía desempeñar habitualmente en su trabajo. Viljar no comprendía por qué Øveraas se había empeñado tanto en implicarla en aquel asunto, cuando contaba con periodistas de sucesos más que capacitados para hacerlo. Pero, al fin y al cabo, así era aquel hombre. Ante la imposibilidad de ejercer la violencia física, los trabajos forzados le servían a Øveraas de sustituto para demostrar quién estaba al mando.

Había asignado a Ranveig las tareas de hablar con la policía, comprobar los datos y entrevistar a familiares o conocidos, además de redactar un breve artículo complementario en el que un conocido psiquiatra explicara cuáles eran los factores que llevaban a los seres humanos a cometer semejantes actos.

Ranveig tenía material más que suficiente para un día entero de trabajo, pero Viljar sabía que además debía escribir un artículo sobre una iniciativa emprendida por la Biblioteca Pública de Haugesund para fomentar la lectura. Øystein se lo había contado por teléfono la noche anterior. Viljar sospechaba que ella jamás delegaría ese artículo en Thomsen, puesto que este no había escrito ningún artículo de tono amable desde que la orquesta sinfónica de Nord-Rogaland interpretara el *Génesis* de Haydn a mediados de los años ochenta.

Las sospechas de Viljar se confirmaron unos minutos más tarde, cuando Ranveig y Øystein Vindheim lo saludaron al pasar por delante de su compartimento.

Definitivamente, los textos que aparecían en la pantalla de Viljar no eran dignos de un premio periodístico. Eran especulativos, bordeando los límites de la veracidad, una especie de refrito de hechos, suposiciones y descripciones que se alejaban completamente de lo que antes había sido su ética profesional. Por si acaso, y para evitar que la policía se le echara encima, Viljar decidió enviar por correo electrónico a Lotte Skeisvoll una copia de todo lo que había escrito. Las normas del periódico no le permitían hacerlo, pero consideró que ella debía estar al corriente.

Viljar sentía un desagradable regusto dulzón en la boca. Sabía que los críticos mediáticos se opondrían ferozmente al refrito que había redactado. Alzó la mirada y se encontró con la de Henrik Thomsen. El periodista cultural, con una amplia sonrisa burlona en la boca, levantó los pulgares en su dirección. Viljar lo ignoró. Se consoló pensando que a él todavía le quedaban algunos caminos que recorrer hasta tocar fondo como periodista.

En el momento en que Viljar enviaba a Lotte el correo con todos los archivos adjuntos, sonó un aviso tintineante en su bandeja de entrada. El ritmo de su corazón se aceleró rápidamente, y fue consciente de que una monstruosa oleada de aprensión le invadía ante la mera idea de abrir el mensaje. No obstante, decidió lanzarse de cabeza. Necesitaba saber.

Querido Viljar, por el momento todo va según el plan. El Estado es el poder legislativo. Yo soy el poder judicial y ejecutivo. Su papel, Viljar, es asumir la responsabilidad que le otorga ser el cuarto poder. El poder informativo... Pero hasta este momento no lo ha asumido, Viljar. Me ha decepcionado. Por lo tanto, me obliga a tomar medidas más drásticas para obtener su atención.

Le escribo porque sé que es usted un hombre honrado. Un hombre que condenará lo que estoy a punto de hacer, pero que, al mismo tiempo, será capaz de entender mi indignación y frustración ante unas leyes que protegen a sus infractores más que a la sociedad.

Tenemos unas leyes que supuestamente deben protegernos contra los abusos de los demás. No diré nada negativo sobre las personas que admiten su culpabilidad y asumen su justo castigo. Pero quiero centrar el foco de interés en la otra gente. En esas personas que, incluso a la hora del veredicto, eluden su castigo y escapan de la justicia. Esas son las hienas de nuestra sociedad. Cobardes, avariciosas y evasivas. Esas personas se merecen el castigo que yo les impongo, y, por mi parte, yo sí quisiera que se me castigara por mis actos. Cuando llegue el momento, asumiré mi castigo con la cabeza bien alta. Pero, hasta que llegue ese día, esa gente morirá por mi mano. Esas personas culpables que, por diferentes motivos, se libraron de su castigo legítimo.

Cada año mueren decenas de personas en Noruega por culpa de personas que conducen coches, motos o barcos en estado de embriaguez. Una y otra vez somos testigos de que estos culpables son puestos en libertad porque no se puede demostrar quién estaba al volante. En otras ocasiones, las analíticas se llevan a cabo demasiado tarde para demostrar que hubo consumo de alcohol y drogas. Se trata de personas que no están dispuestas a asumir la responsabilidad de sus actos. Se escabullen porque la sociedad les permite hacerlo. Ni siquiera cuando mueren personas inocentes por su culpa, están dispuestos a responsabilizarse de sus pecados. Desprecio a esta clase de individuos.

Uno de estos individuos es una mujer. Se la condena por haber ocasionado la muerte de otro ser humano por conducir en estado de embriaguez. No tiene antecedentes, pero eso no es una circunstancia atenuante. Su castigo le será anunciado y ejecutado mañana, viernes 17 de octubre de 2014.

16-10-2014

Stein Åmli

GS8-1

A medida que leía el texto, Viljar sintió cómo iba creciendo en él una profunda desazón. El autor parecía dirigirse a él de un modo cada vez más personal. Era evidente que estaba muy pendiente de lo que sucedía, ya que estaba al tanto de que, hasta el momento, el periódico había guardado silencio sobre los correos electrónicos.

Era necesario detener a ese hombre, pero estaba actuando con tanta velocidad que Viljar se sentía como un mero taquígrafo, incapaz de hacer otra cosa que registrar lo que sucedía sin conseguir hacerse una visión de conjunto. Todo iba demasiado deprisa.

—Vaya, vaya, Gudmundsson... ¿Hemos recibido más correos o qué?

La sensación de malestar se extendió por su nuca. Viljar se apresuró a cerrar la ventana en el ordenador. Intentó recomponerse antes de volverse lentamente hacia la inoportuna visita.

—¿Qué coño haces aquí, Hans? ¿Vuestros despachos no están en la otra punta del edificio? Ya tenemos más que suficiente con todos los vendedores de material que aparecen hasta en la sopa como para que vosotros también empecéis a hostigarnos.

El periodista radiofónico lucía una sonrisa bobalicona.

—¿Es que tampoco está permitido venir a saludar a los viejos amigos?

Hans Indbjo enfatizó la palabra «amigos».

—Tú y yo no estaremos de acuerdo en muchas cosas, Hans, pero creo que al

menos coincidiremos en que no nos profesamos mucho cariño, ¿verdad?

Viljar sacó un cigarrillo y se levantó. Quería que Indbjo desapareciera de su compartimento cagando leches.

—Oye, estaré en el aire dentro de diez minutos. Para hablar principalmente del doble asesinato. Tengo entendido que suele ponerse en contacto contigo antes de los crímenes. ¿No te gustaría responderme a algunas preguntas en directo?

Viljar observó al tipo diminuto que tenía enfrente.

—A ver, Hans, ¿quién es el imbécil que te ha llenado la cabeza de chorradas esta vez? No deberías creer todo lo que te cuenta el primer gilipollas que te llama para soplarte información.

—Yo no creo nada. Me consta. Mi fuente jamás me ha mentido y tampoco lo ha hecho esta vez. Además, tú y yo pertenecemos al mismo grupo mediático. De hecho, se supone que debemos compartir la información. Lo hemos hablado repetidas veces. Si no estás de acuerdo, puedo consultarlo directamente con Øveraas.

Viljar clavó una fría mirada en Indbjo, como deseando que el poder de su mente fuera capaz de disolver y hacer desaparecer a aquel hombre.

—En tal caso, solo tengo un único comentario para los oyentes de Radio 102. Me puedes citar si quieres...

Indbjo sacó entusiasmado su grabadora del bolsillo y la encendió. A continuación, tras emplear medio minuto en realizar una dramática introducción a su pregunta, plantó el aparato ante la cara de Viljar.

—Tenemos con nosotros al periodista de sucesos del *Haugesunds Avis*, Viljar Ravn Gudmundsson. ¿Qué puede comentarles a nuestros oyentes en relación con este caso de candente actualidad?

—¡Vete a la mierda! —gritó Viljar a la grabadora, observando con gran satisfacción cómo unas gotas de saliva acababan en los cristales de las gafas de Indbjo.

Lo único que le hubiese gustado más era que fuera una emisión en directo y no una grabación.

Plaza del Ayuntamiento, Haugesund
Jueves por la tarde, 16 de octubre de 2014

Lotte Skeisvoll contempló a Viljar con gesto condescendiente. En cuanto le comentó lo del tercer correo electrónico, no había tenido que obligarla a reunirse con él. «La gente debería dejar de quejarse del tiempo de respuesta de la policía», pensó Viljar. Estaban sentados en un banco en la plaza del Ayuntamiento. El agua de lluvia rebosaba entre los adoquines, haciendo que las juntas entre ellos se vieran relucientes y transparentes.

—Entonces crees que todo este caso es una conspiración personal contra ti, ¿es eso lo que intentas decirme?

Lotte Skeisvoll no trató de ocultar su escepticismo.

—Yo no creo nada, Lotte. Solo te lo comento. Es una hipótesis, no una verdad objetiva.

El periodista bajó la mirada y chapoteó con la suela del zapato en un pequeño charco.

—De acuerdo, Viljar. Supongamos que tienes razón. Que alguien esté intentando señalarte como sospechoso de esos asesinatos. Eso nos daría pie a dos cuestiones. ¿Quién haría algo así? Y, sobre todo, ¿por qué?

Viljar la miró brevemente. Luego dirigió la mirada a Scheldrup Hansen, que estaba sentado a su lado, pero la bajó enseguida.

—No lo sé...

Lotte suspiró. No era la primera vez que Viljar respondía con esas tres palabras.

—Has elaborado una estupenda teoría de la conspiración, pero ¿no tienes ni la más remota idea de quién es la persona que puede estar detrás de ella, ni tampoco de sus motivos? ¿Qué coño te pasa? ¿Es que tienes un puto complejo de mesías?

Viljar dejó vagar la mirada. Sentía como si llevara una capa de hostilidad sobre los hombros. Veía a la gente entrando y saliendo apresuradamente de los coches delante de la Casa de la Juventud. «Qué felices en su ignorancia», pensó.

—Quiere algo de mí... Se nota en los correos. Es como si quisiera implicarme haciéndome cómplice suyo. Me otorga un papel en su obra de teatro y quiere que yo lo interprete.

—Viljar, ¿quién lo está haciendo, y por qué lo hace? Al contrario que tú, yo trabajo habitualmente en casos como este. El móvil es el concepto básico en

cualquier crimen. Toda investigación trata de encontrar o corroborar el móvil del acto delictivo. A nadie se le ocurriría convertirte en chivo expiatorio sin tener un móvil para hacerlo.

Viljar negó con la cabeza, rascando nervioso la pintura del banco de madera. No respondió.

—Lo que nos estás contando en realidad resulta tan estúpido como si te levantas en plena noche y llamas a un colega aficionado al fútbol para contarle que dos equipos que no conoces de nada acaban de jugar un partido en alguna parte del mundo, pero que tampoco sabes cuál fue el resultado. ¿Entiendes lo que te quiero decir, Viljar? Lo que nos estás contando carece completamente de valor a menos que puedas relacionarlo con un nombre o un motivo.

Lotte se levantó bruscamente dispuesta a marcharse cuando Viljar la detuvo.

—Los códigos son diferentes, Lotte.

—¿Cómo?

—Las letras y los números al final de los correos varían cada vez.

Lotte volvió a sentarse, frotándose con fuerza una manchita en el chubasquero amarillo. Mantenía la boca apretada.

Con expresión obstinada.

—¿Es que no te habías dado cuenta hasta ahora, Viljar? Por lo visto no queda mucho del periodista de investigación que solías ser. Desde que llegó el segundo correo, nosotros ya hemos estado removiendo cielo y tierra con ese asunto.

Estaba a punto de levantarse cuando, de repente, Scheldrup Hansen pareció cobrar vida y posó una mano en su hombro.

—¿Puedo hacerle un par de preguntas, Gudmundsson?

Miró a Viljar, que asintió débilmente sin apartar la mirada de la punta de sus zapatos.

—Háblenos sobre el caso Eliassen. Si tenemos que buscar un motivo de venganza, deberíamos empezar por ahí.

La pregunta surtió efecto inmediato. Fue como si le hubieran puesto un corsé y su cuerpo encorvado se hubiera enderezado de pronto. Presa del pánico, la mirada de Viljar se movió nerviosamente a un lado y a otro antes de, finalmente, ser capaz de mirar a los ojos al policía que tenía al lado.

—¡Ni de coña!

Olav Scheldrup Hansen logró retener su mirada un instante más.

—¿Ni de coña quieres hablar de ello? ¿O es la mera idea de que Eliassen pueda estar implicado lo que te hace reaccionar así?

Viljar no respondió.

—¿Desde cuándo tienes problemas psicológicos?

Viljar abrió la boca un par de veces para contestar, pero volvió a cerrarla. Con manos temblorosas, sacó la caja de snus y se metió una porción debajo del labio. A los pocos segundos, pareció recuperar el control.

—¿A qué te refieres con problemas psicológicos?

Scheldrup Hansen se sentó de lado en el banco y miró a Viljar directamente.

—Puedo mencionar unos cuantos... Angustia, depresión, agresividad, manía persecutoria, pensamientos suicidas, aislamiento... Son conceptos con los que sin duda debes de estar familiarizado, ¿no?

Viljar no respondió. Se limitó a quedarse sentado con los brazos colgando a los costados, mirando al vacío.

Scheldrup Hansen continuó con las preguntas sobre la salud mental de Viljar, sobre los incidentes ocurridos en su vida y los bruscos cambios experimentados. Seguía sin obtener respuesta. Después de unos minutos desistió y los inspectores se levantaron y se marcharon.

Después de que desaparecieran, Viljar permaneció sentado en el banco durante un buen rato. La única persona que disponía de tanta información acerca de él era su psicóloga. Vigdis había traicionado la confianza que había depositado en ella. «¿Puede un psicólogo hacer algo así? ¿Revelar toda su vida a la policía?».

Ranveig escuchaba a medias. Desde que llegaron a la biblioteca, Øystein Vindheim no había parado de hablar sobre la próxima campaña de fomento de la lectura. Con vehemente entusiasmo, le mostró carteles y folletos publicitarios. El evento contaría como mucho con media página en el periódico del día siguiente. Sin embargo, el entregado bibliotecario ya había acaparado dos horas de su valioso tiempo. Era un tipo afable, agradable y divertido, pero Ranveig ya había tenido suficiente.

El fotógrafo hacía un buen rato que había acabado su parte del trabajo y había podido seguir con otras tareas. Ella, en cambio, estaba atrapada allí como un rehén. La campaña que Øystein llevaba planificando casi todo el verano tenía como objetivo aumentar el placer por la lectura entre los que se pasaban la vida pegados a una pantalla viendo series interminables. Vindheim quería reintroducir un espacio para la lectura en los hogares, un territorio que, en opinión del bibliotecario, había sido usurpado por los teléfonos móviles, las pantallas planas y las tabletas. Ranveig no estaba convencida de que una pequeña iniciativa institucional pudiera marcar una gran diferencia, pero sonrió aparentando optimismo.

Tras otro interminable monólogo del bibliotecario, Ranveig se vio en la necesidad de interrumpirlo. Vindheim puso ojos de cachorrito.

—De veras que lo lamento, pero me han encargado unos artículos sobre esos asesinatos para la edición de mañana. Supongo que estarás al tanto.

El bibliotecario asintió con la cabeza, mostrándose comprensivo, pero no dijo nada. Ranveig sintió la necesidad de seguir disculpándose.

—Es lo que nos pasa a los periodistas cuando ocurre algo así, que todo se nos junta. Siempre resulta desagradable tener que cortar a gente tan agradable como tú, con un entusiasmo tan sincero por sus proyectos.

—Entiendo muy bien lo que quieres decir. También suele pasarnos a nosotros algunos días, cuando hay mucho ajetreo. Un asunto horrible, ese de los asesinatos.

—Sí. De hecho, no comprendo qué puede llevar a un ser humano a hacer algo así. Debes de tener una mente muy retorcida para arrojar a una mujer desde el séptimo piso de un edificio.

Øystein Vindheim asintió.

—Son cosas que solo suelen ocurrir en los libros —dijo, y abrió la puerta

cortésmente para que ella saliera.

—Pues sí, aunque no sé si ni siquiera ocurren en los libros. Este caso presenta demasiadas lagunas —añadió Ranveig, y se giró en la puerta para darle la mano del larguirucho bibliotecario.

Él se rio.

—Entonces está claro que no lees mucha novela negra. En *El ángel oscuro* de Unni Lindell ocurre precisamente eso. Arrojan a una mujer desde un edificio.

El ávido lector que Ranveig tenía delante despertó en ella una sonrisa. Le caía bien aquel tipo.

—Conversar sobre novelas policíacas con un bibliotecario no es algo de lo que yo pueda salir muy airosa. Así que doy por hecho que es así —dijo estrechándole la mano.

—¿El artículo saldrá mañana? —gritó Vindheim cuando Ranveig ya iba por la mitad de la escalinata de la biblioteca.

Ella lo confirmó levantando un pulgar y despidiéndose con la otra mano.

Ranveig tenía menos de dos horas para redactar tres artículos. Comprendió que le sería imposible acabarlo todo dentro de la jornada laboral, así que tendría que hacer algunas horas extras en casa. Afortunadamente, su marido y su hija se habían ido a Grinde para visitar a los abuelos paternos y tendría la casa para ella sola. Se colgó el bolso al hombro y echó a andar lentamente hacia la plaza del Ayuntamiento. Llovía a cántaros, pero ni siquiera se percató de que se estaba empapando. Desde finales de agosto hasta finales de abril, los frentes de bajas presiones procedentes del mar del Norte hacían cola para entrar sin cesar en tierra. La única tregua la tuvieron durante el mes navideño, con las luces festivas revoloteando al viento. Con aquel pensamiento en mente, Ranveig sonrió a su ciudad. Esta le devolvió una caprichosa sonrisa.

Cuando llegó a su casa en Risøy, la periodista se acomodó en la *chaise longue* con el portátil en el regazo. Introdujo las claves de Citrix para acceder a la red interna del trabajo y abrió el procesador de textos. En la mesa del salón tenía una tetera con chai recién hecho. Incluso se había permitido una tableta de cien gramos de chocolate con nueces y frutas, que compró en el supermercado de vuelta a casa. La partió en trocitos y los dejó en un pequeño cuenco de cristal a su lado.

Se disponía a empezar a escribir cuando, por el rabillo del ojo, algo captó su atención. La librería estaba repleta de libros policíacos que ella nunca leía. En su casa Rolf era el amante de la novela negra. Descubrió el título desde donde estaba sentada. Unni Lindell era una de las escritoras favoritas de su marido. En realidad él nunca se lo había comentado, no solían hablar de ese tipo de literatura, pero en numerosas ocasiones ella había ordenado y recogido los libros de su mesilla de noche.

El ángel oscuro estaba en el extremo derecho de la librería. Dejó el ordenador sobre el sofá y se acercó a la estantería para coger el libro. La cubierta era tétrica. En primer plano aparecía una joven con una floreada falda veraniega. Sin embargo, la sombra de un hombre alto y fuerte se proyectaba sobre la superficie del río a su lado.

Un aparente idilio que quedaba ensombrecido por una oscuridad amenazante. Ranveig notó que se estremecía. No le gustaban ese tipo de libros.

«¿Por qué la gente no puede escribir sobre temas más agradables?», pensó mientras abría el libro por el principio. Leyó algunas páginas y entendió enseguida de qué iba aquello, ya que la mujer de la historia vivía en una de las plantas superiores de un alto edificio. Siguió pasando hojas hasta llegar al inevitable momento fatídico. Notó que la invadía una sensación de frío y calor al mismo tiempo. Øystein Vindheim tenía razón: en el mundo de los libros también ocurrían cosas así. Después de haber leído un poco más, comprendió que la cosa no acababa con ese asesinato y dejó que el comisario Cato Isaksen siguiera tranquilamente con sus peripecias novelescas. Ella ya había tenido muertes y miserias más que suficientes en los últimos días.

Ranveig volvió a sentarse con el portátil y trabajó intensamente para acabar los artículos. A medida que escribía, se iba formando en su mente una idea mucho más clara sobre el caso. Creía haber recordado algo importante, pero tenía que hablar con Viljar para comprobar si era cierto. Al sacar el móvil descubrió que le había quitado el volumen y que no se había enterado de que Viljar la había llamado tres veces. Suspiró frustrada y marcó su número. Le salió el contestador.

—Hola, Viljar. Acabo de ver que me has llamado. Por lo visto tenía el teléfono en silencio. ¿Puedes volver a llamarme? Creo que he descubierto algo importante en relación con el caso, pero necesito comprobarlo antes contigo. Ahora lo tengo con sonido.

Tal vez debería haber omitido este último dato, pero siempre se volvía muy torpe cuando tenía que hablar con contestadores.

En verano, la terraza del Café Espresso actuaba como un imán para las almas perdidas de la calle. Llamar «terrazza» a las cuatro mesas destartaladas dispuestas sin más sobre el pavimento adoquinado tal vez resultara algo exagerado. También era evidente que los ciudadanos de a pie con poder adquisitivo habían desaparecido rápidamente del lugar cuando descubrieron que la mitad de las mesas estaban ocupadas por yonquis desharrapados rodeados por una manada de feroces perros babeantes. Sin embargo, en el mes de octubre la clientela era más bien escasa.

«¡Dios mío, ya han pasado seis años!».

Lotte meneó la cabeza. Desde lejos divisó la desmejorada figura de su hermana, sentada sola en la terraza, encorvada sobre la minúscula mesa. Del todo impasible a la lluvia que caía a mares. Aquellos años pasados desde que la calle se tragara a Anne habían pasado volando. Al igual que el tiempo transcurrido desde la muerte de sus padres. Simplemente ocurrió, y luego se difuminó en la historia. A veces Lotte tenía la impresión de que se había olvidado de ellos por completo. Podían pasar semanas sin que pensara en ellos, y cada vez le costaba cada vez más recordar sus rostros y sus voces.

En cambio, pensaba constantemente en su hermana. Por la mañana, durante el día, por la noche... «¿Dónde estarás ahora? ¿Sigues viva? ¿Cuánto has tenido que denigrarte hoy? ¿Tienes frío? ¿Te duele algo? ¿Piensas en mí...?».

Las preguntas no paraban de dar vueltas en su cabeza. Sabía que nunca sería capaz de dejarla ir. Si Anne moría, se llevaría a Lotte con ella.

Lotte había perdido la cuenta de las horas que había pasado en urgencias con su hermana, consumida por no padecer otra cosa que los estragos de vivir en la calle. Siempre lo mismo. Anne se mostraba angustiada y agresiva, temblaba, blasfemaba. En un estado lo más opuesto posible al de Lotte. Sufría constantemente los prejuicios de ser toxicómana. La mayoría de la gente la despreciaba, no tenía ninguna prioridad en la sala de espera, donde era mal vista por el personal sanitario y por los demás pacientes, y donde era rechazada por los médicos, que nunca se tomaban en serio sus problemas. La lista de agravios era interminable. Toda la situación era denigrante.

Al acercarse a la cafetería, Lotte alejó aquellos pensamientos. Miró a su alrededor para ver si descubría a otros sospechosos habituales del mundillo de la droga, pero

por una vez no se les veía por ninguna parte. Habría preferido entrar con Anne dentro del local, refugiarse en el calor, pero sabía que no era posible. Así pues, se arrebujó bien en su chubasquero.

—¿Has echado a los demás o qué? —preguntó Lotte cuando se dejó caer en una silla al lado de Anne.

—Sí.

Lotte miró a su hermana y sonrió.

—Llegué a un acuerdo con Ingjerd, la de la cafetería —prosiguió Anne—. Me dijo que podía venir aquí siempre que los perros y todos los demás se mantuvieran alejados. No me fue muy difícil arreglarlo. —Permaneció un momento en silencio mirando los adoquines. De pronto, espetó—: Oye, que llevo mucho tiempo esperándote. ¿Tienes algo de dinero?

—No, Anne, joder. Ya sabes que no te voy a dar dinero para la mierda esa que te metes.

Para gran sorpresa de Lotte, Anne le sonrió. Era maravilloso volver a ver su sonrisa. Aunque solo durara unos segundos. La explicación de su gesto llegó enseguida:

—Esas cosas me las pago yo, ya lo sabes. Has llegado tan tarde que me entró hambre. Ingjerd me dio de comer si le prometía que se lo pagaría cuando llegaras.

Lotte se sintió aliviada y sacó un billete de cincuenta coronas de la cartera.

Cuando Anne regresó poco después, parecía más inquieta. Lotte era muy sensible a cualquier pequeño cambio en el ánimo de Anne. Sabía que eso podía implicar problemas.

—¿Pasa algo?

Anne miró brevemente a su alrededor antes de responder:

—No, nada. Solo que llevo unas horas sobria y empiezo a notarlo. Podría haberme metido un poco, pero no quiero hablar contigo estando puesta. Entonces no me tomas en serio.

Lotte alzó las cejas. Si su hermana había decidido mantenerse sobria a propósito pensando en ella, es que por una vez tendría algo importante que decir. No le cabía ninguna duda.

—Cuéntame.

Anna carraspeó un poco y se removió algo inquieta en la silla. A continuación se lanzó:

—Necesito dinero, Lotte. Pero no para lo que crees. No es para droga. Tampoco para pagar deudas.

—De acuerdo... Si no es para droga ni para saldar deudas, ¿para qué es? Los de la asistencia social te dan para pagarte la comida y el alojamiento, eso lo sé.

Lotte la miró con cierta severidad, en realidad sin pretenderlo, pero era una mala costumbre que había adoptado tras haber realizado innumerables interrogatorios.

—Quiero ingresar en un centro, Lotte. Desintoxicarme para siempre...

La primera vez. La primera vez que Anne expresaba el deseo de llevar una vida distinta a la que llevaba. Durante un instante, Lotte se quedó sin palabras, pero se aclaró la garganta y acertó a decir:

—¿En serio...? ¿No estás de coña? ¿Quieres dejarlo?

Anne la miraba muy seria.

—Sí que quiero. De verdad. Estoy jodidamente cansada, Lotte. Lo que pasa es que en los centros públicos hay una lista de espera de un año por lo menos, y no me queda tanto tiempo.

—¿Que no te queda...? ¿Estás enferma?

—No. Se trata de otra cosa. Pero olvídalo. Realmente no es muy importante. Lo importante es que quiero salir y quiero salir ahora, no dentro de un año. Pero eso cuesta dinero y no lo tengo.

—Bien. ¿De cuánto hablamos?

Lotte tenía bastante conocimiento de lo que implicaban los programas de rehabilitación como para no querer oír la respuesta, pero tenía que preguntarlo.

—Setenta y cinco mil.

Anne miró la mesa al decirlo. Lotte sabía que su hermana estaba haciendo un gran esfuerzo. Siempre había alardeado de manejarse muy bien sin su ayuda.

—Es muchísimo dinero, Anne. Si te inscribes ahora, puede que quede libre alguna plaza antes de que pase un año. Por Dios, la mitad de los que están en la lista de espera mueren de sobredosis antes de empezar el tratamiento.

—Sí. Precisamente por eso. La gente muere.

Las palabras de Anne se clavaron en el estómago de Lotte como una barra de hierro. Eso era exactamente lo que ocurría. Muchos morían mientras estaban en las listas porque no soportaban más la espera para recibir ayuda. Sin embargo, setenta y cinco mil coronas era mucho más dinero del que Lotte podría hacer aparecer de la chistera de su banco, ya que no disponía de una casa que poner como garantía. Y un crédito al dieciocho por ciento de interés no era una alternativa. Tendría que arreglarlo de otro modo.

—De acuerdo, Anne, pero ¿qué obtienes por ese dinero?

—Ingreso inmediato. Mañana mismo si quiero. Desintoxicación. Tratamiento. Seguimiento. Terapia. Seis meses con todo el tratamiento incluido, así como dietas y alojamiento. Además de un seguimiento en régimen abierto durante seis meses más si todavía no me siento convencida de poder conseguirlo.

—¡Caramba...!

Lotte ni siquiera tenía idea de que su hermana dominara ese tipo de vocabulario, y ahora lo empleaba con la naturalidad de quien se ha formado como trabajadora social. Era casi demasiado bueno para ser verdad. Una parte de Lotte se alegraba enormemente y no quería más que abrazar a Anne. Sin embargo, otra parte de ella se resistía. Un toxicómano necesitado de dinero haría cualquier cosa para conseguirlo. Setenta y cinco mil coronas era una cantidad muy considerable en esos círculos.

Además, el porcentaje de éxito de ese tipo de tratamientos era deprimente. Eran muy pocos los que lo conseguían, incluso eran muy pocos los que concluían su estancia.

—¿Y dónde está eso, Anne?

—El centro se llama Vangseter y está en Jevnaker, al norte de Hønefoss. Conozco a dos tipos que han salido limpios de allí. Cuentan con un programa mucho mejor que el de los centros públicos. Incluso podré devolverte el dinero. Voy a buscar trabajo.

—¿Quién diablos te ofrecería un trabajo ahora, de la manera en que has arruinado tu vida?

Lotte notó que su tono era innecesariamente virulento, y enseguida obtuvo la respuesta de Anne:

—¡Nunca has creído en mí, joder! —gritó inclinándose sobre la mesa y escondiendo el rostro entre las manos.

Lotte le pidió disculpas y le acarició el pelo para demostrarle que eran sinceras.

Antes de que Lotte se marchara un cuarto de hora más tarde, Anne le dio un cálido y efusivo abrazo y le prometió que trataría de ir bajando las dosis en los próximos días.

Cuatro años antes...

Kvalsvik, Haugesund

Domingo por la noche, 22 de agosto de 2010

Fredric dio un empujón a su amigo, que casi perdió el equilibrio y tuvo que agarrarse a una piedra para evitar caerse. Las rocas refulgieron cuando el sol hizo brevemente acto de presencia. Un último e intenso fulgor antes de que la bola de luz se hundiera en el mar.

—No estás bien de la cabeza. ¿Sabes lo que has hecho? ¿Lo sabes?

Una gaviota surcó el aire en dirección a ellos y no se desvió hasta acercarse casi al alcance de sus manos. Soltó un largo chillido al pasar por delante y ascender la altura suficiente para evitar los tejados de las obras en construcción detrás del mirador. El chillido hizo que Jonas alzara la vista. Descubrió que Fredric tenía los ojos llenos de lágrimas.

—La verdad es que no te entiendo, Jonas. Una cosa es que fracasara nuestro plan, un plan que creíamos infalible. Es una putada, pero llegar al extremo al que has llegado es una auténtica idiotez. Todos sabrán que hemos sido nosotros. Lo comprendes, ¿verdad?

—No, Fredric, no lo sabrán. Nosotros no somos los únicos. También tiene a otros.

Fredric giró la cabeza lentamente hacia Jonas. Sus ojos reflejaban incredulidad y se rio de modo nervioso e inseguro.

—Déjate de chorradas, Jonas. Esto no tiene ninguna gracia.

—Lo dijo el propio Eliassen. Me lo soltó sin darle la menor importancia. Ese cerdo pervertido tiene unos cuantos más en su club.

—¡Joder!

Fredric se levantó con un movimiento brusco. Le dio la espalda a Jonas y se quedó plantado de cara al mar. Repitió la imprecación, en voz más alta esta vez. Jonas lo dejó solo unos segundos antes de levantarse y armarse de valor para abrazarlo por detrás.

—No podía dejar que ese cabrón se saliera con la suya. Nos ha estado utilizando durante todo un año para, a la hora de la verdad, darnos de lado.

Permanecieron durante un largo rato contemplando el archipiélago de Rønvær, que lentamente fue engullido por las sombras nocturnas. Más allá apenas se vislumbraba

el contorno de Utsira. El último trozo de Noruega visible antes de sumirse en el horizonte marino.

—Por culpa de lo que hiciste en el hotel, nadie te creerá. Eliassen dirá que eres un loco, una persona violenta e inestable.

—No.

—¿Que no? Lo dejaste en el hotel en medio de un charco de sangre y lleno de cortes. Es un milagro que todavía no te haya denunciado y no estés pudriéndote en un calabozo.

—Piensa un poco, Fredric. No me ha denunciado. Pregúntate por qué. La respuesta es evidente. Si cuenta lo que ocurrió allí dentro, también tendría que admitir que estaba con un chaval de diecisiete años en una habitación de hotel a las seis de la mañana. Ese sería el hecho más relevante. La mejor defensa para Herman Eliassen es afirmar que no ha pasado nada.

Fredric meneó la cabeza. Dio una patada a un trozo de hierba que crecía entre dos piedras.

—Una revelación así supondría la muerte política de Herman Eliassen en el Partido de Centro. Negarlo no le servirá de nada —objetó Fredric.

—Te equivocas. No será así. Voy a contar mi historia anónimamente. El periodista te usará como fuente complementaria si tiene alguna duda. Eliassen no va a revelar nuestros nombres. No le interesa en absoluto, ya que lo que decimos es la verdad.

—¿Y ya tienes a alguien que quiera escribir sobre ello?

Por primera vez en mucho tiempo, Jonas sonrió. Agarró los hombros de Fredric con más fuerza, mientras el color del cielo se tornaba de un gris plomizo.

—He conseguido a Viljar Ravn Gudmundsson, del *Haugesunds Avis*, para escribir sobre el asunto. Ya podemos ir sacando las palas. Eliassen es hombre muerto.

Jonas...

Desde el momento en que recibió el primer correo electrónico, aquel nombre se había adherido al subconsciente de Viljar como una sustancia viscosa. Habían pasado varios años desde que Jonas acudiera a él para entregarle la fatídica carta. Sin embargo, recordaba cada mínimo detalle de aquel encuentro. Su ropa, el olor a hierba recién cortada, la lluvia torrencial, sus ojos melancólicos.

Todo permanecía allí. Imágenes nítidas en HD impregnadas en su retina. Aquel encuentro breve e intenso que había trastocado por completo su existencia.

Cuando el lunes Viljar recibió el primer correo, la imagen de Jonas volvió a aparecer de inmediato en su retina. «¿Podría tener algo que ver con aquel antiguo caso?». Al principio apartó ese pensamiento. Resultaba demasiado incómodo, pero ahora no le quedaba más remedio que comprobarlo. Y solo había un lugar donde podía empezar a desentrañar aquel misterio.

La jornada laboral había acabado, pero Viljar no se sentía aún con fuerzas para volver a casa. Tenía que empezar a buscar en los archivos información sobre aquel caso, y lo mejor sería hacerlo cuando todos, excepto los vigilantes nocturnos y los de la sección de guardia, hubieran abandonado la redacción. Al fondo se oía la emisión de Radio 102. Viljar no solía verse en la obligación de escuchar la programación de la emisora, pero justo aquel día era preciso tener a Indbjo bajo control, por si se le ocurría difundir la noticia de su relación con los asesinatos. Por extraño que pareciese, todavía no lo había hecho. Hans Indbjo aún no había filtrado la noticia de los correos electrónicos. Además, si hubieran llegado los rumores al centro periodístico de Akersgata, los tiburones de la prensa ya habrían llamado. En Oslo ya habían empezado a surgir los grandes titulares sensacionalistas. Un bombazo mediático de tal magnitud conllevaba la publicación de más y más portadas llenas de constantes especulaciones y teorías cada vez más atrevidas y absurdas. Todo lo que podía crear temor y pánico aumentaba la venta de periódicos y se convertía en oro.

Después de fumarse un pitillo en el aparcamiento, Viljar subió de nuevo en el ascensor. Mientras caminaba lentamente de vuelta a la redacción, no paraba de pensar en cuál sería la mejor manera de retomar el caso de Jonas sin remover demasiado las brasas que aún ardían. Sabía que sería complicado, pero no podía dejarlo estar, no

podía fingir que no pasaba nada.

Al doblar la esquina y abrirse ante él el amplio y diáfano espacio de la redacción, se llevó toda una sorpresa. El director del periódico, visiblemente nervioso, estaba sentado en la silla de Viljar, delante de su ordenador. Al verlo aparecer se levantó de golpe, pero no pudo evitar que Viljar se diera cuenta de lo que estaba haciendo. Visiblemente contrariado ante la situación, Øveraas optó por pasar a la ofensiva antes que pedir disculpas.

—Así son las cosas, Gudmundsson. Has metido la polla en un avispero y, joder, no te queda más remedio que aceptar que te controle.

Las palabras del director sonaron artificiales, torpes y prefabricadas.

—De acuerdo, lo acepto —dijo Viljar en tono calmado—. Pero ¿cuál es el verdadero motivo por el que estás fisgoneando en mi ordenador?

La expresión de Øveraas era de puro nerviosismo. Se notaba que su cerebro se esforzaba por buscar alguna genialidad que le salvara de la situación. Pero no se le ocurrió ninguna.

—Ya te lo he dicho. Tengo que comprobar si has hecho tu trabajo.

Y Viljar le dejó escapar con aquella pésima explicación, invitándole a marcharse con un gesto exageradamente cortés. Por suerte, Øveraas emprendió la retirada con paso bamboleante. Eso era lo único que importaba.

Sus ansias de ponerse a indagar en el caso de Jonas se esfumaron con la misma rapidez con que los camellos de la estación de autobuses Bytunet se esfuman en cuanto la policía aparece por la esquina. Sacó su móvil y vio que tenía una llamada perdida de Ranveig. Pulsó en «Devolver llamada», pero el monótono tono fue enseguida sustituido por un contestador igualmente monótono. Lo intentaría de nuevo más tarde. Viljar recogió sus cosas, se puso la gabardina y se marchó. Volvió a comprobar una última vez que el ordenador estaba apagado.

De camino al aparcamiento, hurgó en los bolsillos en busca de las llaves del coche. Entonces descubrió que no llevaba el móvil. Viljar se detuvo y comprobó todos los bolsillos, pero se dijo que seguramente se lo habría dejado en la redacción. Se disponía a dar media vuelta para ir a buscarlo cuando algo bastante raro llamó su atención en el aparcamiento. El periodista cultural Henrik Thomsen estaba inclinado sobre la puerta de un coche, hablando con alguien a través de la ventanilla. La distancia no le permitió a Viljar identificar bien a su interlocutor, pero no fue necesario. El coche le resultaba familiar: era el cacharro de Hans Indbjo.

Unos segundos más tarde, Thomsen rodeó el coche y entró por el lado del copiloto. Resultaba todo un misterio que aquel gigantón consiguiera meterse en el minúsculo Fiesta de Indbjo.

«No me jodas... —pensó Viljar—. ¿Ahora están conspirando el Gordo y el Flaco? Entonces no me extraña que Indbjo disponga de información que no debería tener bajo ningún concepto».

Comisaría de policía de Haugesund

Jueves por la tarde, 16 de octubre de 2014

Olav Scheldrup Hansen no se consideraba un hombre demasiado susceptible. No obstante, aquel equipo de investigación era el grupo más cerrado con el que se había topado. Acudiera a quien acudiera, no encontraba más que cinismo y reticencia. Estaba claro que lo consideraban superfluo. Una carga.

Habían pasado veinticuatro horas desde su llegada a la ciudad. Había llegado cargado de buenas intenciones y con la mente abierta, pero Lotte Skeisvoll parecía decidida a oponerse a él en todo. La superintendente había conseguido que el resto del equipo se uniera a ella en aquella absurda lucha de poder. Olav cavilaba sobre la manera de restaurar cierto equilibrio en la investigación. Puesto que todo el equipo parecía seguir a Lotte Skeisvoll en todas sus decisiones, debía ganarse su confianza poco a poco. Hacerles ver y comprender por qué ocupaba un importante puesto como inspector de la policía judicial, mientras que Lotte Skeisvoll seguía deambulando por los pasillos de una comisaría local.

A raíz de la llegada del tercer correo, las cosas se habían precipitado. Eran conscientes de que disponían de un máximo de treinta y seis horas para impedir que el asesino actuara de nuevo. Posiblemente, de menos tiempo. Lotte envió a su rebaño a investigar en todas las direcciones posibles y ordenó a Olav que comprobara los registros para localizar a conductoras borrachas que hubieran sido absueltas. Lo habían traído de Oslo para asesorar en las estrategias de investigación, y resultaba que había acabado revisando antiguos documentos jurídicos. Una tarea que podría desempeñar cualquiera. Supuso que Lotte hacía aquello para demostrar su posición de fuerza ante los demás, y se juró a sí mismo que la humillaría en cuanto tuviera ocasión.

Localizar a las conductoras borrachas en los registros resultó fácil, ya que la comisaría disponía de unas herramientas de búsqueda digital bastante eficaces y, además, la mayoría de los acusados resultaron ser hombres. En cambio, fue mucho más difícil identificar a las conductoras que habían sido absueltas. Para hacerlo tenía que teclear el número de cada informe y revisar uno por uno cada documento judicial. Debía repetir el mismo proceso en cada caso, y en cada uno tardaba una eternidad.

Cuando, dos horas más tarde, acabó de revisar todas las sentencias que se remontaban hasta el año 2006, la lista de conductoras borrachas absueltas era ya

bastante extensa. Olav se sentía como un imbécil. La labor que estaba desempeñando era completamente absurda. Al final había conseguido una lista de más de veinte mujeres. Basándose en ella, resultaría imposible intentar proteger a la próxima víctima del asesino. Había demasiados nombres. Cuanto más pensaba en ello, más convencido estaba de que le habían encomendado aquel trabajo de esclavo para mantenerlo al margen de la verdadera acción. Irritado, indignado y algo cabreado, concluyó la monótona labor y empezó a trazar un mapa de posibles líneas de investigación, en el que insertó minuciosamente todos los detalles de que disponían de los dos asesinatos. Envío la lista con los nombres a Lotte Skeisvoll. Podía hacer con ella lo que diablos quisiera. Era una completa pérdida de tiempo y recursos.

Al fin y al cabo, pensó, había vidas humanas en peligro.

Risøy, Haugesund

Jueves por la noche, 16 de octubre de 2014

Ranveig había intentado acostarse pronto, pero resultó inútil. No paraba de darles vueltas a los pensamientos que se arremolinaban en su cabeza. Puede que existiera cierta conexión entre los correos electrónicos que habían pasado por alto. Si fuera así, la policía tendría un punto de partida completamente distinto para proseguir con la investigación. Consideró llamar a Lotte Skeisvoll, pero decidió no hacerlo porque no estaba segura de recordar bien lo que ponía el primer mensaje. Todo resultaría más fácil si Viljar respondiera al teléfono. Tras quince minutos más sin conciliar el sueño, se rindió. Soltó un largo suspiro, se levantó y fue al salón, cuyas luces estaban apagadas. Se calentó una taza de té en la máquina Tassimo. El té era supuestamente calmante y adormecedor, pero sus efectos parecían nulos en ella. Esperaba que esa noche se produjera un milagro.

Ranveig volvió a sacar el libro de Unni Lindell y repasó de nuevo la descripción del primer asesinato. No le gustaba nada lo que leía. No concebía que hubiera seres humanos tan malvados y sedientos de venganza.

Por otro lado, tampoco comprendía cómo era posible que la gente disfrutara tanto leyendo sobre aquellos actos atroces y viendo películas y series en las que la violencia era el principal ingrediente. Ella jamás había sentido aquel morboso deseo, pero se había dado cuenta de que, dentro de su círculo de amistades, se encontraba tristemente sola en su postura. En sus momentos de ocio, la mayoría de sus conocidos se regodeaba con la sangre, los asesinatos, las violaciones y los macabros métodos de tortura. Sin embargo, serían incapaces de hacer nada similar a otras personas. «Ahí está la conexión».

Encendió la lámpara del techo y abrió las persianas. Fuera estaba muy oscuro. Por lo visto, un par de vecinos juerguistas habían montado una pequeña fiesta en un piso del bloque antes de salir de marcha. Vociferaban y se reían cuando cerraron la puerta y echaron a andar en dirección a lo que sería una noche empapada en alcohol en los locales nocturnos del muelle. Uno de ellos la vio allí plantada en la ventana y la saludó. Ella le devolvió el saludo. No lo conocía, pero entonces el tipo empezó a dar voces con una amplia sonrisa. Ranveig se dio cuenta enseguida del motivo. Estaba totalmente desnuda delante de la gran ventana panorámica. Se retiró rápidamente y se enfundó en un albornoz blanco.

Se acurrucó en un extremo del sofá, con las piernas dobladas bajo el cuerpo mientras sostenía la taza de té con las manos. Con ambas manos... Así era como se bebía el té. Con ambas manos alrededor de la taza, como un pájaro que abraza con sus alas al polluelo recién salido del cascarón. No sabía el motivo de esa costumbre, pero mientras no le supusiera ninguna molestia, ella no se oponía a que siguiera felizmente su curso.

Unos minutos más tarde se quedó dormida, con la taza de té descansando firmemente en su regazo.

Torvastad, Karmøy

Jueves por la noche, 16 de octubre de 2014

Las llamas se elevaban rugiendo hacia el cielo nocturno. La madera quejumbrosa crepitaba y chisporroteaba. Un auténtico infierno. Los bomberos gritaban y corrían de un lado a otro para conectar las mangueras a la boca de riego más próxima. Una de las vigas maestras de la antigua casa estaba a punto de ceder y se veía cómo la pared sur se inclinaba pesadamente hacia la chimenea. Hacía un buen rato que la casa estaba siendo pasto de las llamas y no había salvación posible. Sin embargo, los bomberos trabajaban como si hubiera vidas en peligro. Un gran número de personas se había congregado tras la zona acordonada provisionalmente por la policía. No hay nada que atraiga más a los curiosos que un incendio. Una muchedumbre que contempla en silencio lo que más teme que pueda ocurrirles a ellos mismos. Todo lo que uno posee en esta vida, devorado por las llamas. También había un equipo de cámaras de TV Haugaland, y un fotógrafo del *Haugesunds Avis* se había colado bajo el cordón policial para obtener mejores imágenes.

Lotte Skeisvoll echó un vistazo a la casa, que estaba a punto de derrumbarse en cualquier momento. No tenía nada que hacer allí. Resultaba absurdo quedarse. Aun así, permaneció como en estado de trance contemplando cómo las llamas devoraban el edificio.

—No tienes que quedarte, Lotte. Lo tenemos todo bajo control. La casa estaba vacía. Los buceadores de humos ya habían entrado cuando llegamos. André Ferkingstad llevaba cuatro años sin vivir aquí.

Knut Veldetun posó una mano con delicadeza sobre el hombro de Lotte Skeisvoll. Ella asintió distraída, aunque siguió sin moverse.

La casa le despertaba recuerdos muy tristes. Todavía se acordaba de aquel fatídico domingo de agosto de hacía cuatro años, cuando la vida de la familia Ferkingstad se vio completamente arruinada por un trágico incidente que llenó las portadas de todos los periódicos del país durante varios días.

Lotte se dio la vuelta y empezó a bajar la calle lentamente. Notaba el cansancio latiéndole en las sienes. Se detuvo ante el propietario de la casa. Al igual que hacía cuatro años, no pudo mirarle a los ojos. Había algo implacable en su mirada que siempre la hacía apartar la vista.

—Lo siento —dijo ella pateando la gravilla del suelo.

Al principio, André Ferkingstad no dijo nada. Era como si estuviera inmerso en una dimensión que nadie más percibía, que lo agarraba por la nuca haciéndolo mirar al frente con la fuerza de una contractura. De pronto pareció despertar. La cogió de las manos y sonrió.

—No pasa nada. Ya era hora de que Dios redujera a cenizas esa ciénaga del pecado.

Lotte se enderezó, retiró las manos y continuó andando hacia el coche. El reportero de guardia del *Haugesunds Avis* y el siempre molesto Hans Indbjo intentaron detenerla, pero pasó completamente de ellos. Que se buscaran la vida.

Una vez dentro del coche, apretó el mando del cierre centralizado, pero bajó un poco la ventanilla para poder oír y ver lo que ocurría. No era capaz de apartar la mirada del incendio. De repente, todas las vigas maestras cedieron a la vez y la madera se desplomó sobre sus cimientos formando una enorme hoguera centelleante.

Lotte observó extrañada cómo Ferkingstad alzaba los brazos por encima de la cabeza y empezaba a aplaudir. «Habrà que investigar a ese hombre por fraude al seguro —se dijo—, podría parecer que él mismo ha provocado el incendio». Arrancó y avanzó despacio con el coche por el camino de gravilla. Por el retrovisor vio cómo Ferkingstad blandía triunfalmente los puños por última vez, antes de entrar en un viejo Toyota Corolla aparcado junto a la carretera.

Risøy, Haugesund

Jueves por la noche, 16 de octubre de 2014

Ranveig se despertó por un zumbido procedente de la mesa del salón. Otra vez tenía el móvil en silencio, pero al menos lo había puesto en vibración. La pantalla mostró que se trataba de Øveraas. Antes de contestar, se preguntó qué querría a esas horas.

—¿Ranveig?

—Mmm...

—Oye, espero no haberte despertado, pero te necesito para cubrir un asunto.

—¿Ahora? Son las... —Giró la pantalla para echar un vistazo al reloj digital—. Son casi las once y media, Øveraas. ¿No hay nadie de guardia a quién se lo puedas pedir?

—Ranveig, ya conoces la ley de Murphy. Todo lo que pueda salir mal saldrá mal, y en el peor de los momentos. Thomsen está en Stavanger cubriendo a no sé qué artista en el auditorio. No me acuerdo de quién. Seguramente algo bastante bueno, porque parecía muy emocionado. Stiansen está de vacaciones, y hace media hora tuve que enviar al periodista de guardia y al fotógrafo a cubrir un incendio en Torvastad.

—De acuerdo... ¿Y qué es eso tan urgente que no puede esperar a mañana? El periódico ya está en imprenta, ¿no?

—La edición digital es lo que importa, Ranveig. Nunca lo olvides. Nos han llegado dos soplos de dos fuentes distintas que aseguran que Stein Vikshåland ha muerto. La policía no nos lo ha querido confirmar, pero nunca lo hacen cuando se trata de alguien famoso. Según los soplos, lo han encontrado en su casa. No contesta al teléfono ni a los mensajes que le hemos enviado, algo que nunca nos había pasado antes. A ese tío le pone tanto salir en los medios que tiene al periódico en marcación directa.

Stein Vikshåland era la mayor celebridad de Haugesund a nivel nacional. Había escrito dos libros muy polémicos que habían vendido casi cien mil ejemplares, en los que atacaba a las élites culturales noruegas con una crudeza que rozaba la falta de ética, sacando los trapos sucios de la gente de forma absolutamente provocadora. De la noche a la mañana, Vikshåland pasó de ser un don nadie a participar asiduamente en casi todos los debates de la televisión nacional. Había salido retratado de todas las maneras posibles en todos los periódicos, revistas y cadenas del país. Participó en un *reality* para famosos y era muy odiado por todo el mundo, especialmente por los

haters más recalcitrantes que enviaban sus comentarios a la redacción del VG. Pese a todo, era un personaje muy solicitado por los medios. Si uno quería vender periódicos o conseguir mucha audiencia, lo único que tenía que hacer era recurrir a Stein Vikshåland con cualquier pretexto.

Ranveig tuvo que recapacitar para asimilarlo. Aquello era lo último que podría haberse esperado. Era cierto que Stein Vikshåland era un vividor hedonista que hacía que sus compañeras escritoras Lindell y Ragde parecieran unas misioneras, pero le sorprendió mucho que la palmara tan pronto. Solo tenía cuarenta y pocos años. En todo caso, Ranveig comprendió que Øveraas no exageraba: era una noticia que realmente no podía esperar a mañana.

—¿Has dicho en su casa? ¿Te refieres a la miserable casucha que tiene en Tømmerdalen o a la lujosa mansión Se & Hør de Salhusvegen?

El chalet de Vikshåland había recibido ese nombre después de que, tras la fiesta de inauguración, la revista de cotilleos *Se & Hør* le dedicara el reportaje «En casa de...» más extenso de su historia. Nada menos que siete páginas.

—¿Y tú te llamas periodista cultural? Todo el mundo sabe que el tío jamás está en su lujosa mansión. Solo la tiene para aparentar.

—Ya lo sé, Øveraas. Pero has dicho que hemos recibido un par de soplos, y puede que tengan aún tan poca información como nosotros.

—Vale, vale, pero se trata de Tømmerdalen. Una de nuestras fuentes lo ha mencionado expresamente. ¿Subes allá a toda leche y me llamas cuando sepas algo más?

Ranveig le contestó afirmativamente y se vistió en un santiamén. Por esa noche tendría que olvidarse de la sensación de que las cosas no encajaban como debían en el caso de los asesinatos. Se echó al hombro la bolsa con la cámara y el teleobjetivo, cogió las llaves y salió a toda prisa.

Tømmerdalen, Haugesund

Viernes por la mañana, 17 de octubre de 2014

El café y el cigarrillo de la mañana eran por sí solos motivo suficiente para levantarse de la cama e ir al trabajo. Viljar disfrutaba de cada segundo de aquel ritual matutino en el aparcamiento del periódico. En muchas ocasiones salía más temprano de casa para asegurarse de poder estar allí solo. El hábito estaba tan arraigado en él que incluso lo echaba de menos los fines de semana y en vacaciones. Entonces lo compensaba en casa con las correspondientes dosis de veneno, aunque allí no tenían el mismo efecto tranquilizador. Viljar sabía que era el tipo de persona que jamás conseguiría dejar de fumar. Saludaba apreciativamente a los pacientes con graves afecciones pulmonares que salían con sus tanques de oxígeno para echarse un pitillo en el «garaje de los fumadores» del hospital de Haugesund. Era muy consciente de que él acabaría así también.

Reflexionó sobre los sucesos del día anterior. A fin de averiguar lo que se traían entre manos Henrik Thomsen y Hans Indbjo, los había seguido con el coche, como un vulgar detective de una serie de televisión americana de los setenta. Podía parecer un tanto paranoico, pensó, pero realmente había algo que no cuadraba. Sin duda esos dos capullos se merecían la compañía el uno del otro, pero hasta donde él sabía no tenían ningún trato.

Viljar se había mantenido a una prudente distancia de ambos, aunque lo suficientemente cerca como para poder controlar sus movimientos. Se detuvieron dos veces. En ambas ocasiones, Hans Indbjo permaneció en el coche mientras Henrik Thomsen salía con su andar desgarrado. La primera parada fue en la gasolinera Shell de Avaldsnes, justo al pasar el puente de Karmøy. Thomsen estuvo un buen rato hablando con una rubia de veintipocos años. En la segunda ocasión se detuvieron en Skåredalen, donde Thomsen le entregó un teléfono móvil a un adolescente. Naturalmente Viljar no pudo verlo desde la distancia, pero cuando unos minutos más tarde pasó por delante del chaval, vio cómo este intentaba insertar torpemente una tarjeta SIM en un *smartphone*.

Viljar siguió a Thomsen hasta su casa. Tras pasar Torgbakken y girar a mano izquierda en Strandgata, el hombre entró en una antigua casa de madera. La placa de la puerta mostraba que era allí donde vivía. Hans Indbjo había continuado con el coche. Para hacer tiempo Viljar estuvo viendo el fútbol en un *pub* y, cuando volvió a

pasar por delante de la casa, pudo ver tras las cortinas que Thomsen seguía sentado en la misma postura, mirando embobado la televisión.

Viljar apagó el segundo cigarrillo del día en un platillo que había llevado consigo, tiró las últimas gotas de café templado en la acera y suspiró satisfecho por la sensación de entumecimiento que el humo le había dejado en las venas. Por si acaso, se metió en la boca un chicle de nicotina antes de dirigirse a la cafetería para encontrarse con sus colegas del periódico. Una vez dentro, oyó el habitual barullo de voces matutino. Ese día, sin embargo, todos callaron al ver aparecer al despojo humano adicto a la nicotina que entraba con su gabardina ondeante procedente de la llovizna de fuera. El artículo que había salido publicado esa mañana sin duda había causado sensación. Viljar sonrió en su fuero interno. Se trataba probablemente del mayor reconocimiento que podía obtener un periodista en el mundo mediático contemporáneo: la envidia y el desprecio de sus compañeros.

Viljar se marchó y se dirigió a su compartimento. Comprobó que nadie había entrado en su ordenador desde la última vez y recogió el teléfono móvil que se había dejado en la mesa el día anterior. Tenía siete llamadas perdidas. Cinco de Ranveig, en distintos momentos de la tarde y de la noche, además de dos llamadas de Øveraas poco antes de medianoche. Viljar se preguntó qué querría el jefe a esas horas intempestivas.

Oyó cómo los miembros de la redacción se congregaban en la Sala de Propuestas para celebrar la reunión matutina. Viljar se estiró, se quitó la gabardina y decidió plantarse delante de sus compañeros luciendo una gran sonrisa. Después de todo, era el responsable de la portada del día, así que, por una vez, podía permitirse disfrutar de su triunfo. Había pasado mucho tiempo desde la última vez.

De nuevo el murmullo de las conversaciones se detuvo cuando le vieron aparecer, pero esta vez un amabilísimo Johan Øveraas rompió el silencio para darle todo el crédito que merecía:

—Vaya, aquí tenemos al héroe del día en carne y hueso. Toda Noruega está entrando en nuestra página web y los servidores apenas dan abasto. Hasta el momento, tanto el *VG* como el *Dagbladet*, TV2 y la NRK han colgado enlaces a tu artículo. Es lo que se llama una auténtica primicia.

Øveraas se bamboleaba de un lado a otro como un bolo tambaleante, por lo que en realidad Viljar solo pudo captar la mitad de sus elogios. Los aspavientos que hacía Johan Øveraas cuando se entusiasmaba resultaban tan cómicos que no te dejaban prestar demasiada atención a lo que estaba diciendo.

Viljar se fijó en que la silla de Ranveig estaba vacía. Ella siempre era de las primeras en llegar al trabajo. Cuando el director se disponía a empezar la reunión, Viljar le hizo un gesto para indicarle que Ranveig faltaba en la mesa. Øveraas miró la silla vacía y frunció ligeramente el ceño, como si quisiera eliminar un pensamiento incómodo de su mente. Carraspeó, pero Viljar no tuvo paciencia para esperar las explicaciones del director.

—¿Ranveig no debería estar ya aquí, Johan?

El redactor asintió con la cabeza y respondió algo titubeante:

—Sííí... Debería estar, pero...

—¿Pero...?

Johan Øveraas suspiró un poco frustrado antes de continuar:

—Es posible que se haya quedado dormida. Anoche a última hora tuvo que salir a cubrir un asunto y no creo que haya podido dormir mucho.

—¿Quedarse dormida? ¿Alguna vez se ha quedado dormida Ranveig en todos los años que lleva trabajando aquí? ¿Qué asunto tuvo que cubrir anoche?

—El fallecimiento de Stein Vikshåland.

Las cabezas de todos los reunidos se giraron bruscamente hacia el director. La noticia cayó como una bomba. Øveraas se dio cuenta de su metedura de pata y alzó las palmas antes de continuar:

—Perdón, compañeros. El «supuesto» fallecimiento de Stein Vikshåland. Pero debo deciros que el tipo goza de perfecta salud. Por desgracia, pensarán algunos. Anoche recibimos dos soplos telefónicos asegurando que Vikshåland había sido encontrado muerto en su casa. Ranveig acudió para comprobar si la información tenía alguna base, pero resultó que no era así. Me llamó desde Tømmerdalen alrededor de medianoche y allí todo estaba desierto y a oscuras. Lo mismo ocurrió en Salhusvegen.

Viljar sintió que un escalofrío le recorría la espalda. Allí había algo que no encajaba. Volvió a preguntar:

—¿Por qué Ranveig? Ella no cubre las noticias y tampoco estaba de guardia anoche.

Viljar observó que Johan Øveraas arqueaba la espalda, a punto de cabrearse. No le gustaba nada que cuestionaran su trabajo.

—¿Sabes qué? Eso es y seguirá siendo decisión y responsabilidad mía, ¿te parece bien? En primer lugar, el puto periodista de guardia estaba cubriendo otro asunto. En segundo lugar, te llamé pero no me cogiste el teléfono. Y, en tercer lugar, Henrik Thomsen había ido a Stavanger para cubrir un concierto. No tenía a nadie más, Gudmundsson. ¿Te satisface la respuesta?

Viljar fue a decir algo, pero se contuvo. Se limitó a levantarse para marcharse.

—¿Y adónde coño crees que vas ahora? —gritó Johan Øveraas mientras veía alejarse la espalda de Viljar.

Este se detuvo, se dio media vuelta y miró al director con gesto displicente.

—Te puedo garantizar una cosa, y es que Ranveig no se ha quedado dormida. Y puesto que no está aquí, pienso salir a buscarla. Si estuviera enferma, ya habría llamado.

Johan abrió la boca para decir algo, pero se quedó sin palabras y desistió. Hizo un gesto con la mano para indicarle a Viljar que estaba excusado y se podía marchar. Si se paraba a pensarlo un poco, se dijo Viljar, Johan Øveraas hasta tenía su lado

humano.

Jonas...

Desde el momento en que recibió el primer correo electrónico, aquel nombre se había adherido al subconsciente de Viljar como una sustancia viscosa. Habían pasado varios años desde que Jonas acudiera a él para entregarle la fatídica carta. Sin embargo, recordaba cada mínimo detalle de aquel encuentro. Su ropa, el olor a hierba recién cortada, la lluvia torrencial, sus ojos melancólicos.

Todo permanecía allí. Imágenes nítidas en HD impregnadas en su retina. Aquel encuentro breve e intenso que había trastocado por completo su existencia.

Cuando el lunes Viljar recibió el primer correo, la imagen de Jonas volvió a aparecer de inmediato en su retina. «¿Podría tener algo que ver con aquel antiguo caso?». Al principio apartó ese pensamiento. Resultaba demasiado incómodo, pero ahora no le quedaba más remedio que comprobarlo. Y solo había un lugar donde podía empezar a desentrañar aquel misterio.

La jornada laboral había acabado, pero Viljar no se sentía aún con fuerzas para volver a casa. Tenía que empezar a buscar en los archivos información sobre aquel caso, y lo mejor sería hacerlo cuando todos, excepto los vigilantes nocturnos y los de la sección de guardia, hubieran abandonado la redacción. Al fondo se oía la emisión de Radio 102. Viljar no solía verse en la obligación de escuchar la programación de la emisora, pero justo aquel día era preciso tener a Indbjo bajo control, por si se le ocurría difundir la noticia de su relación con los asesinatos. Por extraño que pareciese, todavía no lo había hecho. Hans Indbjo aún no había filtrado la noticia de los correos electrónicos. Además, si hubieran llegado los rumores al centro periodístico de Akersgata, los tiburones de la prensa ya habrían llamado. En Oslo ya habían empezado a surgir los grandes titulares sensacionalistas. Un bombazo mediático de tal magnitud conllevaba la publicación de más y más portadas llenas de constantes especulaciones y teorías cada vez más atrevidas y absurdas. Todo lo que podía crear temor y pánico aumentaba la venta de periódicos y se convertía en oro.

Después de fumarse un pitillo en el aparcamiento, Viljar subió de nuevo en el ascensor. Mientras caminaba lentamente de vuelta a la redacción, no paraba de pensar en cuál sería la mejor manera de retomar el caso de Jonas sin remover demasiado las brasas que aún ardían. Sabía que sería complicado, pero no podía dejarlo estar, no

podía fingir que no pasaba nada.

Al doblar la esquina y abrirse ante él el amplio y diáfano espacio de la redacción, se llevó toda una sorpresa. El director del periódico, visiblemente nervioso, estaba sentado en la silla de Viljar, delante de su ordenador. Al verlo aparecer se levantó de golpe, pero no pudo evitar que Viljar se diera cuenta de lo que estaba haciendo. Visiblemente contrariado ante la situación, Øveraas optó por pasar a la ofensiva antes que pedir disculpas.

—Así son las cosas, Gudmundsson. Has metido la polla en un avispero y, joder, no te queda más remedio que aceptar que te controle.

Las palabras del director sonaron artificiales, torpes y prefabricadas.

—De acuerdo, lo acepto —dijo Viljar en tono calmado—. Pero ¿cuál es el verdadero motivo por el que estás fisgoneando en mi ordenador?

La expresión de Øveraas era de puro nerviosismo. Se notaba que su cerebro se esforzaba por buscar alguna genialidad que le salvara de la situación. Pero no se le ocurrió ninguna.

—Ya te lo he dicho. Tengo que comprobar si has hecho tu trabajo.

Y Viljar le dejó escapar con aquella pésima explicación, invitándole a marcharse con un gesto exageradamente cortés. Por suerte, Øveraas emprendió la retirada con paso bamboleante. Eso era lo único que importaba.

Sus ansias de ponerse a indagar en el caso de Jonas se esfumaron con la misma rapidez con que los camellos de la estación de autobuses Bytunet se esfuman en cuanto la policía aparece por la esquina. Sacó su móvil y vio que tenía una llamada perdida de Ranveig. Pulsó en «Devolver llamada», pero el monótono tono fue enseguida sustituido por un contestador igualmente monótono. Lo intentaría de nuevo más tarde. Viljar recogió sus cosas, se puso la gabardina y se marchó. Volvió a comprobar una última vez que el ordenador estaba apagado.

De camino al aparcamiento, hurgó en los bolsillos en busca de las llaves del coche. Entonces descubrió que no llevaba el móvil. Viljar se detuvo y comprobó todos los bolsillos, pero se dijo que seguramente se lo habría dejado en la redacción. Se disponía a dar media vuelta para ir a buscarlo cuando algo bastante raro llamó su atención en el aparcamiento. El periodista cultural Henrik Thomsen estaba inclinado sobre la puerta de un coche, hablando con alguien a través de la ventanilla. La distancia no le permitió a Viljar identificar bien a su interlocutor, pero no fue necesario. El coche le resultaba familiar: era el cacharro de Hans Indbjo.

Unos segundos más tarde, Thomsen rodeó el coche y entró por el lado del copiloto. Resultaba todo un misterio que aquel gigantón consiguiera meterse en el minúsculo Fiesta de Indbjo.

«No me jodas... —pensó Viljar—. ¿Ahora están conspirando el Gordo y el Flaco? Entonces no me extraña que Indbjo disponga de información que no debería tener bajo ningún concepto».

Viljar estaba convencido de que había muchas cosas que no encajaban. Øveraas no había llamado a Henrik Thomsen porque pensaba que este se encontraba fuera. Al decirlo, le mostró las páginas de la sección de Cultura, donde aparecía una reseña del concierto celebrado la noche anterior en el auditorio de Stavanger. Pero estaba claro que Thomsen lo había escrito sin estar presente en la sala.

Al cabo de un rato, a Viljar no le sorprendió lo más mínimo comprobar que el coche de Ranveig no estaba en la plaza de aparcamiento fijo situada junto a su casa. Y, como era de esperar, tampoco contestó nadie cuando llamó a la puerta. Volvió a telefonarla al móvil por cuarta vez en lo que iba de mañana, pero seguía sin responder. Después de su breve conversación del día anterior, él había entendido que estaría sola en la casa hasta el sábado. Su marido y su hija habían ido a visitar a los padres de él en Grinde.

Viljar usó la aplicación 1881 para buscar el número de móvil de Rolf. Durante un largo rato se resistió a llamar, pero sabía que tenía que hacerlo. Tal vez a Ranveig se le habría ocurrido ir a Grinde después del fallido encargo nocturno, aunque no lo creía muy probable. Cuando Rolf finalmente contestó con voz somnolienta, Viljar escogió la opción más cobarde:

—Hola, buenas, ¿te he despertado, Rolf? Parece que el móvil de Ranveig está sin sonido. ¿Puedes avisarla? Tengo que consultarle una cosa.

A Viljar le remordía la conciencia tener que hacer aquello, pero no estaba de ánimo para intentar tranquilizar a un marido preocupado. Prefería esperar antes de dar la voz de alarma y sufrir las posibles consecuencias más tarde.

—Eh... Ranveig ya debe de estar en el trabajo. Nosotros estamos en Grinde y no la he visto desde ayer. Si llamas a la redacción, seguro que la pillas allí.

—De acuerdo. Y perdona las molestias.

Tras fingir que no había sucedido nada, Viljar se dio cuenta de que la inquietud empezaba a sacudirle todo el cuerpo. Ranveig había desaparecido y nadie, ni del trabajo ni de su familia, había tenido noticias suyas. Giró bruscamente para incorporarse a la carretera y condujo rumbo nordeste en dirección a Tømmerdalen. Llamó a Øveraas para preguntarle si Ranveig había aparecido por fin, pero no era así.

El ambiente era bochornoso cuando, poco después, se desvió para coger el atajo

hacia el colegio de Skåredalen, situado a la entrada de Tømmerdalen. Estacionó en el aparcamiento de la escuela y constató rápidamente que el coche de Ranveig tampoco se encontraba por allí. No obstante, decidió subir hasta la vivienda de Stein Vikshåland para echar un vistazo.

La antigua casa se erguía oscura y silenciosa ante él cuando llamó a la puerta. Oyó el timbre resonando en el pasillo. Ninguna señal de vida. Ningún movimiento. Todo estaba en silencio. Acercó el oído a la puerta para escuchar. Ni siquiera un crujido en el suelo. La casa tenía toda la pinta de estar vacía, y seguramente llevaba así semanas. Por lo visto el cartero ya se había rendido y los periódicos campaban a sus anchas tirados alrededor del buzón. Viljar los examinó por encima. La última edición era de hacía más de una semana. Se giró de nuevo hacia la casa.

«Anoche estuviste aquí, Ranveig. ¿Dónde te has metido...?». Viljar dejó la pregunta suspendida en el aire. Se encaminó de vuelta al coche dando pasos cortos y marcando el número de Ranveig por quinta vez. Y mientras se alejaba de la casa, allí, sobre la gravilla, el tiempo se detuvo.

El intervalo entre que oyó aquel sonido e interpretó lo que significaba apenas duró un segundo, pero a Viljar le parecieron diez. Todo iba a cámara lenta. En un mismo movimiento se detuvo bruscamente y se giró. Con el teléfono pegado al oído echó a correr a grandes zancadas hacia el lugar de donde provenía el sonido. Reconocía el tono de llamada de Ranveig como si fuera el suyo propio. Los sonidos digitales de «Angie» de los Rolling resultaban inconfundibles.

Viljar recogió el teléfono entre la hierba que crecía junto a una esquina de la casa. Al mismo tiempo apagó su propio móvil. La melodía de «Angie» dejó de sonar en mitad del estribillo. Viljar miró a su alrededor. No le quedaba la menor duda de que algo le había sucedido a Ranveig en aquel lugar.

Comprobó el móvil. No era el único que había intentado llamarla esa mañana. Johan Øveraas, Rolf, un número desconocido y una llamada de Øystein Vindheim de hacía apenas diez minutos. Viljar puso el móvil en silencio y se lo metió en el bolsillo.

Empezó a avanzar junto a la pared lateral de la casa. Se detuvo varias veces para escuchar. Tenía la sensación todo el tiempo de oír sonidos procedentes del interior. Las ramas desnudas de un abedul arañaban el cristal de una vieja ventana apoyada contra un árbol, emitiendo un sonido quejumbroso. Una vaca mugía en un pajar situado un poco más arriba. Viljar no había dado muchos pasos antes de descubrir la ventana rota del sótano. La abertura era demasiado pequeña para que pudiera colarse una persona por ella. Continuó avanzando hasta llegar al porche que daba a la parte trasera. Tenía que retroceder o subirse a él para seguir avanzando por allí. Escogió esta última opción.

Con gran esfuerzo logró encaramarse a la barandilla y se dejó caer al otro lado. Intentó aterrizar suavemente para no hacer ruidos innecesarios. Por lo que él sabía, podía haber alguien allí dentro que no esperaba que él irrumpiera de forma

estrepitosa.

Viljar alzó la vista y miró a través del doble ventanal panorámico. Su cerebro no fue capaz de interpretar bien la primera impresión visual. Debía de haberse producido algún fallo en las conexiones neuronales. En el interior de la casa vislumbró a un ángel hermoso y blanco que le miraba. Viljar sacudió la cabeza. No debía de haberlo visto bien, y volvió a mirar. El descubrimiento le golpeó como un mazazo en la frente. Ranveig estaba en el centro del salón, suspendida en el aire, llevando nada más que un vestido blanco. Lo único que diferenciaba aquella imagen de la que debieron de ver los pastores en Belén hacía dos mil años era que este ángel no volaba. Colgaba de una viga del techo con una cuerda alrededor del cuello.

Cuatro años antes...

Bar Samson, Muelle interior, Haugesund

Martes por la tarde, 24 de agosto de 2010

Aparte de un camarero alto y espigado que revoloteaba entre las mesas limpiándolas, solo había un matrimonio de mediana edad sentado en un rincón de la terraza del Samson. Con los cigarrillos humeantes y las cañas de cerveza a medias, estaban inmersos en una conversación profunda. En ese momento, frente a ellos, atracaba el barco exprés de la línea Flaggruten, depositando un nuevo cargamento de humanidad sobre el muelle adoquinado.

Jonas se apartó de la cara el flequillo aclarado por el sol y miró a la gente que pasaba apresurada. Se sentía desnudo e indefenso.

Diez minutos después de la hora acordada, Viljar Ravn Gudmundsson se presentó con aire despreocupado y se sentó a su lado. Con su cuerpo flacucho y el pelo largo y desaliñado, podría ser confundido con alguna de aquellas almas perdidas de la calle.

—Si te parece bien, voy a grabar la conversación.

A Jonas no le hizo ninguna gracia, pero asintió con la cabeza. Ya le parecía suficiente haberle pedido a Viljar que tomara él mismo las fotografías para ilustrar el artículo. No le apetecía que ningún fotógrafo conociera la identidad de la persona que estaba detrás de todo aquello. Viljar había acabado aceptando, aunque con cierta reticencia.

—¿Estás solo? Creí que erais dos.

Jonas se puso muy nervioso. Gudmundsson había parecido muy entusiasmado por teléfono, pero ahora el joven tenía la sensación de estar sentado en el banco de los acusados.

—Fredric llegará dentro de media hora.

Viljar se lio un cigarrillo, lo encendió y volvió a guardarse la petaca en el bolsillo delantero de la chaqueta vaquera. «¿Tabaco de liar? Dios mío, ¿este tipo es un vestigio de los años setenta o qué?», se dijo Jonas. Gudmundsson exhaló el humo por la nariz con el pitillo colgando de la comisura de los labios. De vez en cuando daba una calada y la brasa cobraba nueva vida. Sonrió. Tras desechar los restos de escepticismo que le quedaban, dejó a Jonas que hablara.

—Si te he entendido bien, afirmas que el ministro de Transportes paga a jóvenes

miembros del partido a cambio de servicios sexuales.

—No, no se trata de compraventa de sexo. Más bien engatusa a los chicos jóvenes prometiéndoles una carrera en el partido si mantienen una buena relación con él. Pero, al mismo tiempo, sus palabras conllevan una amenaza: si te niegas a ser su «amigo», te hace el vacío.

—¿De qué edades estamos hablando?

—La mayoría están, por así decirlo, dentro de la legalidad.

Viljar Ravn Gudmundsson abrió los ojos de par en par como una gallineta nórdica al emerger a la superficie del agua por primera vez. El cigarrillo amenazaba con caérsele de la boca.

—Dices que la mayoría están dentro de la legalidad. ¿Quiere eso decir que no todos lo están? ¿Que Herman Eliassen mantiene relaciones sexuales con menores?

—Sí, lo ha hecho en varias ocasiones.

—Eliassen suele verse con esos chicos durante los encuentros de Nuevas Voces del Partido de Centro, ¿no es así?

Jonas inspiró profundamente. Había estado a punto de meter la pata admitiendo que se había dejado utilizar por Eliassen en ese mismo contexto.

—Por desgracia, así es. Una de las historias que ha llegado a mis oídos es de un miembro de las Juventudes Centristas. Y lo que me contó cuadraba con lo que yo he vivido con el ministro en privado, por así decirlo. Así que la historia es verídica.

—¿Y tú eres uno de los jóvenes de los que ha abusado?

—Sí. De forma sistemática durante un año entero. Hasta este verano creí que teníamos una relación especial. Que había sentimientos de por medio.

—Entiendes que esto podría interpretarse como un acto de venganza por tu parte, ¿verdad? Que quieres vengarte de él por haberte dejado.

Jonas contestó a todas aquellas preguntas íntimas de Gudmundsson con los dientes apretados.

—¿Y qué más da? Nos ha utilizado conscientemente, a mí y a otros chavales, para aprovecharse sexualmente. Es del todo inaceptable que un representante electo haga algo así —concluyó Jonas, pasándose el dedo índice por el cuello.

Viljar cogió la grabadora y la apagó.

—¿Qué coño estás haciendo? Solo estoy dejando que me entrevistes, esto no es ningún juicio.

Viljar Ravn Gudmundsson se encendió un nuevo cigarrillo con la lumbre del anterior y miró a Jonas con una sonrisa maliciosa.

—Lo que estoy haciendo, Jonas, es salvarte el culo. Al hacerte las preguntas más críticas evitaremos que toda la prensa noruega te persiga para conseguir más respuestas. Lo que intento decir es que, antes de lanzarnos sobre uno de los principales políticos del país, es necesario obtener antes todas las respuestas.

Viljar dio una profunda calada al cigarrillo. Segundos más tarde, para su sorpresa, Jonas pudo constatar que no salía ni un hilo de humo de sus labios.

—Lo que quiero evitar es que los demás periodistas y los lacayos de Eliassen te persigan fuera del entorno de Nuevas Voces. Lo estoy haciendo para proteger a nuestra fuente. Aunque esté en el límite de lo éticamente defendible, lo estoy haciendo para protegerte a ti. ¿Lo entiendes?

Jonas asintió resignado con la cabeza. Contestó al resto de las preguntas tan bien como pudo y se prestó a que le tomara las típicas fotografías a contraluz que suelen hacerse cuando es necesario preservar la identidad del entrevistado. Lo único visible en las imágenes era la oscura sombra de un joven contemplando con los hombros encorvados el canal.

Tømmerdalen, Haugesund

Viernes por la mañana, 17 de octubre de 2014

Alfred Isvik era el vecino más próximo de Stein Vikshåland en Tømmerdalen. Trabajaba como granjero y acababa de subir a su tractor cuando los primeros gritos retumbaron en el aire. Bajó inmediatamente de un salto. Los alaridos procedentes de la casa del escritor continuaron. Otros vecinos también salieron corriendo de sus casas. El hombre que gritaba en la terraza de Stein Vikshåland aporreaba la ventana del salón con tanta fuerza que podía oírsele en todo el valle. Los gritos desgarradores y los aullidos de pánico indicaban que esa persona había perdido completamente el control.

Cuando Alfred y otro vecino granjero saltaron la valla para auxiliar al hombre, lo encontraron presa de una rabia que no era de este mundo. Tuvieron que reunir todas sus fuerzas para apartar al hombre de la ventana, que empezaba ya a resquebrajarse. Gritaba, mordía y arañaba a la vez. Era alto y delgado, pero el horror y la oscuridad que reflejaban sus ojos podrían derribar muros. Al cabo de un rato, Alfred consiguió agarrarle los brazos por detrás, impidiéndole que siguiera haciendo estragos. Su vecino tuvo que hacer grandes esfuerzos para intentar inmovilizarle las piernas. Poco a poco, lo tumbaron en el suelo y lograron que se calmara. Los jadeos histéricos se convirtieron en sollozos desgarradores. Alfred le soltó los brazos y otro vecino ocupó su lugar.

Jamás había sido testigo de una desolación tan profunda.

Se rascó la cabeza y miró al devastado hombre allí tendido sobre el porche. Sollozaba con la mirada perdida y repetía lo mismo una y otra vez:

—Ranveig...

Alfred alzó la vista para seguir la mirada del hombre. Entonces la vio.

—¡Dios, jodeer!

El exabrupto de Alfred hizo que los otros vecinos alzaran la vista. Sin previo aviso, el contenido del estómago del granjero salió disparado salpicando el suelo de madera del porche.

La visión de una mujer con aspecto angelical que colgaba de una cuerda dentro del salón resultaba grotesca. Unos ojos inyectados en sangre le miraban fijamente a través de la ventana, penetrando en su alma con la fuerza de un proyectil. Los ojos revelaban una muerte llena de dolor y angustia. El color azulado del rostro. La lengua

hinchada. Cada detalle denotaba una extrema crueldad. No obstante, lo peor de todo era el color blanco: el vestido blanco, los zapatos blancos, el cinturón blanco, la cinta blanca del pelo, las uñas esmaltadas de blanco...

Cuando la primera ambulancia se acercó lentamente al porche de Stein Vikshåland, Alfred permaneció junto a Viljar. Los vecinos le habían ayudado a tumbar al destrozado periodista delante de la casa. Su cuerpo se agitaba mientras, con mano temblorosa, daba caladas sin parar a un cigarrillo.

Tømmerdalen, Haugesund

Viernes por la mañana, 17 de octubre de 2014

El descubrimiento del cadáver de Ranveig produjo un apagón total en la mente de Viljar. No recordaba nada de lo ocurrido hasta que volvió en sí con un montón de gente forcejeando encima de él. Desde donde estaba tumbado seguía viendo su cuerpo, y comprendió que no había nada que hacer. No se trataba de una pesadilla de la que acabaría despertándose. Era la realidad. Tan desnuda, tan cruda, tan absorbentemente irrevocable. Contra aquello no existían pastillas. Nada podía deshacer lo que había ocurrido. Nada podría eliminar aquel horror. La oscuridad se instaló lentamente en cada ramificación nerviosa de su cuerpo. Cayó como un pesado velo sobre cada célula. Se sentía totalmente abatido y extenuado.

«¿Por qué tiene que doler tanto?». La sensación se extendía como la peste bubónica por sus entrañas. Bullía, supuraba, ardía...

Encendió un nuevo cigarrillo. Estaba tan débil que apenas fue consciente de que el personal de ambulancia y otras personas se le acercaban para ver cómo estaba, para hablarle y zarandearle suavemente. Él les respondió con apatía. Todo le daba igual. Ya nada importaba. Por su culpa había muerto otra persona inocente. Lo tenía claro. Era un ángel de la muerte. Lo mejor era mantenerse alejado de él. Para proteger a los demás.

No fue hasta que tuvo enfrente a una persona conocida que le sacudía por los hombros cuando por fin fue capaz de disipar la bruma interior que le había invadido y centrar la mirada.

—¡Coño, Viljar! ¡Despierta!

Parpadeó. Miró con aire desorientado a Lotte Skeisvoll, que permanecía de pie delante de él. En segundo plano observó cómo los técnicos sanitarios preparaban una camilla.

—¡Venga, Viljar! Ahora no puedo permitirme que pierdas la cabeza. Si no vuelves pronto en ti, tendrán que llevarte a urgencias. ¿Qué ha ocurrido aquí?

Viljar agarró el brazo de Lotte, se aferró a ella. Asintió con la cabeza, mirando aquellos ojos oscuros que le exigían con determinación que despertase cuanto antes.

Tømmerdalen, Haugesund

Viernes por la mañana, 17 de octubre de 2014

El dolor amenazaba con estallarle en la cabeza. Lotte se sentía agotada. Cansada, harta, enfadada, asustada, frustrada. Todos esos adjetivos podían aplicársele, contribuyendo a convertir aquel viernes en un verdadero infierno. El desaliento se había posado como un manto plumizo sobre todos los presentes en Tømmerdalen. Pese a todo, Lotte logró recomponerse. Reunió las últimas reservas de fuerza que le quedaban para poder mirar a los ojos a los miembros de su equipo y asignarles las tareas necesarias. «Aprende de la lluvia —decía Ole Paus en una de sus canciones—. Siempre queda una gota...». Debía encontrar esa gota en cada uno de ellos.

Tenía la sensación de que, hasta ese momento, la gente que la rodeaba no se había percatado de la gravedad de la situación. Tal vez porque hasta entonces no habían comprendido que el asesino no tenía ningún sentido de la justicia, por mucho que se jactara de ello en sus correos. Tal vez porque todos los implicados en la investigación habían podido comprobar con sus propios ojos lo imprevisible que era a la hora de escoger a sus víctimas. Sin embargo, probablemente fuera por el simple hecho de que así lo había querido el asesino. Había orquestado todo aquello tras dejar a su paso un rastro de tristeza y horror. Aquel era el punto de inflexión. El asesino había lanzado su órdago.

Cuando Lotte Skeisvoll vio a Ranveig suspendida en el aire, expuesta como un macabro maniquí, sintió que daba comienzo una nueva etapa en su vida. Sabía que aquella imagen permanecería con ella para siempre. Colgaba completamente inmóvil, con la cabeza inclinada hacia delante en posición reverente. El blanco transmitía la idea de pureza. El asesino recalcaba así que nadie estaría a salvo. El blanco reforzaba la dramaturgia. Se trataba de una decisión consciente de alguien que sabía exactamente lo que estaba haciendo. Una provocación. Una demostración de fuerza: «Si no os habéis espabilado antes, lo haréis ahora...».

Lotte no paraba de vociferar órdenes. Todo se haría según el manual. No se obviaría ni el más mínimo detalle. Cada huella dejada por el asesino tenía un objetivo. El hecho de que en todas las escenas del crimen se hubieran encontrado rastros evidentes del autor no se debía a dejadez o descuido. Eran hilos conductores. «No hace nada que no sea premeditado», pensó Lotte. La apariencia de vulgar aficionado le proporcionaba una tapadera magnífica, confiriéndole mucho más

margen de actuación del que tendría de otro modo. Porque, a pesar de que hubiera cometido dos asesinatos, no habían llegado a tomarle completamente en serio. Y ahora aquello se había acabado.

Ante ella tenía a Viljar Ravn Gudmundsson, que también había dado muestras de considerar todo aquello poco más que un emocionante juego. Por lo menos, si se tenía en cuenta toda aquella mierda que había publicado esa misma mañana en su periódico. La prensa sensacionalista se había desmadrado por completo a raíz del artículo en el que Viljar hablaba sobre los misteriosos correos que había recibido del asesino. A partir de ese momento habían pasado a apodarlo «el Verdugo». Los periodistas de sucesos de todo el país abandonarían los soporíferos tribunales y los aburridos casos en los que estaban trabajando para abalanzarse como buitres sobre Haugesund. A lo largo de esa tarde, el número de reporteros en la Ciudad del Arenque se multiplicaría por cinco. Y todos y cada uno querrían hablar con ella...

Después de pasarse un buen rato en cuclillas zarandeando a Viljar, pareció que este por fin empezaba a ser capaz de centrarse. Poco a poco, vio aparecer en sus ojos un brillo de determinación.

«Bien, Viljar. Necesito que te pongas las pilas», pensó.

Poco después lo soltó y consiguió que hablara. Viljar le contó lo ocurrido. Lotte se enteró así de que, en algún momento de la noche anterior, se había recibido un soplo que había llevado a Ranveig hasta Tømmerdalen.

«¿Cómo podía saber esa persona que la mandarían a ella?». Se levantó sintiendo las piernas doloridas. Constató que, por imposible que pareciera, la jaqueca había empeorado aún más y se frotó la frente con la palma de la mano. Más allá del cordón policial empezaban a congregarse bastantes curiosos. Sin embargo, el propietario de la casa no aparecía por ningún lado. Finalmente consiguieron localizarlo gracias a su agente. A través de una línea de teléfono crepitante, el escritor explicó desde Riga que llevaba una semana fuera de Haugesund, algo que también pudo confirmar su editorial. A la pregunta de si alguien tenía acceso a la casa, respondió que la llave estaba debajo del felpudo.

Lotte se pasó los dedos por el cuello de la camisa y volvió a mirar hacia la muchedumbre congregada delante de la casa. La sensación de irrealidad volvió a infiltrarse bajo su piel.

«Si esto fuera una serie americana cutre, el asesino se encontraría entre esa multitud», pensó. Lamentablemente, en la vida real las cosas no eran tan sencillas.

Requiem – Offertorium, Domine Jesu

Soy consciente de que, antes de que llegue el fin de semana, debería tomarme los analgésicos que me recetó el médico, pero no quiero hacerlo. Las pastillas me quitarían el dolor, pero también me adormecerían y me despojarían de la capacidad de actuar. De observar. De sentir la música...

Siento que la vida misma recorre todo mi ser con una excitación estimulante. Siento un hormigueo en los dedos de las manos y los pies. Siento vibrar todos los músculos. La sangre bombeando. El vello erizándose. Una erección.

El cordón policial me roza el abdomen como una caricia sugerente. Como el delicado roce de unos dedos femeninos alrededor del ombligo. Los dedos de Ranveig eran suaves. Incluso cuando me arañaban eran suaves. Tengo que ocultar los profundos y sangrantes rasguños de mis brazos, pero noto que están ahí. Siento un profundo anhelo en las entrañas cada vez que paso la mano sobre las frescas heridas. El mismo anhelo que se siente cuando las fuerzas gravitacionales te propulsan en una montaña rusa. Agradable, estimulante, excitante.

Las marcas de las uñas de Ranveig son el último vestigio de su energía vital, transferida desde sus dedos a mis brazos cuando me colgué de ella aferrado a la parte inferior de su cuerpo. Rodeé sus brazos y sus piernas con mi propio cuerpo, y me quedé oscilando como una prolongación de ella. El peso de dos personas hizo que la cuerda se tensara alrededor de su cuello con más fuerza. No tanto como para quebrárselo, pero sí lo suficiente como para que la vida escapara de ella con más rapidez de lo que lo hubiera hecho solo con su propio peso.

Mientras ella moría, me corrí. Fue algo incontrolable y repentino. Y es algo que me sorprende. Nunca he tenido fantasías sexuales morbosas. Nunca he relacionado la muerte con algo sexual. Mi sexualidad siempre ha sido bastante normal. Nunca he permitido que la más mínima fantasía aflorara a la superficie. Así que, literalmente, me llegó por sorpresa. El hemisferio lógico de mi cerebro me permite explicar por qué sucedió. La sensación de controlar la vida y la muerte. La excitación de hacer algo prohibido, combinada con un cuerpo tembloroso entre los brazos... Así es como puedo explicar el repentino orgasmo. Aunque supongo que en realidad no habría que calificarlo como tal. No fue como los que te sobrevienen en el clímax de un deseo ardiente. Tenía más que ver con una especie de descarga, de vaciado. Como los sueños húmedos que te despiertan de noche en la adolescencia.

Esa agradable sensación es un recuerdo dulce mientras observo a la policía corretear de un lado a otro como ratoncitos desconcertados. No ven al gato, pero ¿intuyen tal vez que está cerca? Veo que Lotte Skeisvoll nos está observando.

¿Acaso sabe algo? ¿Comprende lo que está a punto de ocurrir a su alrededor?

No lo sé. No puedo estar totalmente seguro. Aun así, creo saber bastante bien lo que está pensando justo ahora. Seguramente se está reprochando no haberme tomado más en serio. Está furiosa consigo misma. Furiosa por no haber comprendido que todo llegaba mucho más al fondo de lo que expresaban los correos electrónicos. Desesperada por no haber sido capaz de proteger a Ranveig, por no haber descubierto a tiempo lo que se estaba cociendo.

Seguramente se esté preguntando cómo podía saber yo a qué reportero enviaría el periódico aquí anoche. Lo más gracioso es que no podía saberlo. Tan solo tenía la esperanza de que así fuera, aunque por otra parte me aseguré de que los demás periodistas de guardia estuvieran «ardientemente» ocupados en otros asuntos.

Por si acaso, también tenía la llave del piso de Ranveig, por si el plan original no funcionaba.

Lo único que no entiendo es por qué la policía no había tomado medidas para proteger a Ranveig. Al parecer trabajan con más lentitud de lo previsto. En realidad me están facilitando la labor, aunque van a un ritmo un tanto desacompasado y no debería ser así. Es importante que haya armonía entre todos los instrumentos. Preferiría que siguieran la composición hasta el último detalle, pero no puedo hacer nada respecto a lo que ya ha pasado hasta ahora. No harán falta grandes cambios, únicamente unos mínimos ajustes en la partitura. Nada que tenga graves consecuencias cuando se produzca la entrada de mi *Domine Jesu*.

Veo que Viljar Ravn Gudmundsson se levanta por fin. Ya era hora. Debo tener un poco más de cuidado para que no se derrumbe del todo. Todavía no hemos llegado a esa parte de la partitura. Ya habrá tiempo de que se enfrente a sí mismo y a sus actos. Sin embargo, de momento lo necesito como primer violinista. Visto así, es una pena que fuera él quien la encontró, pero, bueno... al menos, ha incrementado el dramatismo.

Me retiro discretamente para que no me vea. Si lo hiciera, podría empezar a sospechar. Ahora mismo estoy moviéndome en el filo de la navaja. Soy consciente de ello, pero en todo momento he sabido que, cuando llegara el punto de inflexión, la línea que separa el éxito del fracaso sería tan fina y frágil como el velo de una novia.

Viljar es un animal herido. Es peligroso, pero incapaz de protegerse a sí mismo. Es el estado en que me lo imaginé mientras componía. Ahora no me queda más que mover la batuta correctamente y el resto irá saliendo solo.

Mientras estoy charlando con uno de los vecinos, siento unas punzadas dolorosas en la parte posterior de la cabeza y echo a andar para alejarme de allí. Utilizo los dolores reales para mostrar compasión y empatía. Me divierte.

Al oír unos murmullos que recorren a la multitud, me doy la vuelta. Alzo la vista

y descubro el motivo de la reacción. Están sacando por la puerta la camilla con el cuerpo de Ranveig. Naturalmente, está cubierto por una tela blanca. Tanto color blanco... De hecho, solo hay blanco. Tan blanco como lo estaba Ranveig. Blanco puro. Culpable o no. Me resulta totalmente indiferente.

Si pudiera cambiar algo, serían los próximos correos electrónicos que tengo que mandar. Resulta patético cuando tanto quien los envía como quien los recibe saben que no son más que chorradas, pero qué se le va a hacer. Cada pieza ocupa su lugar necesario en la obra de arte, aunque *a posteriori* me doy cuenta de que esta no es perfecta.

Reflexiono sobre algo que me enseñó mi antiguo profesor de arte en el instituto. Edvard Munch pintó muchas versiones de cada obra. Cada vez que terminaba un cuadro, encontraba algo de lo que no estaba satisfecho, así que hacía una nueva versión. Existen muchas variantes de *Madonna* y de *Las chicas en el puente*. Edvard Munch era un privilegiado. Yo solo tengo una única oportunidad para alcanzar la perfección. No puedo rehacer mi obra. Para mí solo existe una versión de *El grito*...

Tømmerdalen, Haugesund

Viernes por la mañana, 17 de octubre de 2014

Lotte Skeisvoll se dio la vuelta e hizo una fotografía mental de todo. Intentó fijar la mirada en los pequeños detalles. En las cosas que, de alguna manera, podían contar la historia de lo que había ocurrido en aquel lugar y, a ser posible, explicar el porqué. Lo que quedaba en el salón estaba allí porque se suponía que ella lo debía encontrar. En las anteriores escenas del crimen, los técnicos habían empleado una considerable cantidad de tiempo y recursos para asegurar las huellas físicas y los restos biológicos que podían vincular al asesino con el lugar. Lógicamente, también era preciso hacerlo allí, pero Lotte les pidió que no se esforzaran tanto y que, en cambio, se concentraran en buscar otros elementos que pudieran ofrecer nuevas pistas sobre el asesino. Se trataba de una orden muy poco habitual, y Åse Fruholm le preguntó cuáles eran exactamente sus prioridades. Lotte la miró durante un largo instante antes de decidir contestar con franqueza:

—Si algún día conseguimos llevar a este individuo ante un tribunal, lo contará absolutamente todo de principio a fin. Tendremos suficiente con vincularlo con la escena del crimen desde un punto de vista técnico. No necesitamos hilvanar un complejo entramado de huellas biológicas por cada mínimo paso que haya dado.

Åse Fruholm gesticuló con aire malhumorado y ofendido, pero acabó cediendo.

—Tú sabrás. Me ahorrarás un montón de trabajo que me lleva mucho tiempo. Pero serás tú quien cargará con la responsabilidad. Si resulta que te equivocas, ni de coña pienso dejar que me pillen con el culo al aire. Entonces te tocará a ti sufrir las consecuencias.

Lotte asintió y, veinte minutos más tarde, se encontró a solas en el salón. Estaba a punto de registrarlo minuciosamente cuando le sonó el móvil. Era Knut Veldetun, bastante alterado. El joven agente parecía estar en pleno examen oral, hablando con voz entrecortada y frases incongruentes. Lotte tuvo que calmarlo y pedirle que empezara de nuevo. Eso ayudó en algo.

—He comprobado los antecedentes de Ranveig Børve, tal y como me dijiste que hiciera esta mañana...

Se calló.

—¡Sigue!

—Pues eso, creo que he encontrado la conexión, pero no entiendo muy bien cómo

lo supiste.

—¿Qué quieres decir?

Notó que su voz adoptaba un tono más duro de lo necesario. Knut era joven y no era preciso mostrarse excesivamente autoritaria, pero Lotte se había puesto a la defensiva. ¿Es que se le había pasado algo por alto?

—En los archivos aparece que Ranveig Børve fue acusada de provocar un accidente mortal por conducir en estado de embriaguez en el año 2004, pero al parecer fue absuelta cuando no se pudo demostrar que era ella la conductora. Desde el principio sostuvo que era un amigo el que conducía, mientras ella dormía en el asiento delantero después de una noche bañada en alcohol. —Knut hizo una pausa retórica antes de continuar—: Quiero decir... ¿no deberíamos haberlo comprobado?

—¡Pero si lo comprobamos, joder! ¡Cada puta sentencia y absolución desde 1995!

Notó que Knut carraspeaba varias veces. Una señal de que su nerviosismo no había disminuido.

—De acuerdo. Entonces ¿qué ha ocurrido? ¿Por qué nadie...? Yo tenía entendido que... ¿Quién comprobó los archivos?

La última frase cayó como un rayo fulminante sobre un transformador. ¡Scheldrup Hansen! ¡Ese puto fósil de mierda!

—¡Joder, Knut! Scheldrup Hansen comprobó los archivos. Debió de hacer una chapuza, porque anoche me envió una lista con las absoluciones y el nombre de Ranveig no aparecía por ninguna parte. Eso te lo puedo asegurar.

Lotte se quedó mirando el móvil totalmente anonadada. La corroía el pensamiento de lo que podrían haber hecho por Ranveig si hubiera recibido la lista completa, y sintió una desesperación como no había experimentado desde aquel día en que encontró a su hermana tirada inconsciente en la calle y creyó que estaba muerta. Apartó aquel doloroso recuerdo. En aquel salón no cabían la rabia, la desesperación ni la mala conciencia. Ya se encargaría ella de sellar el destino de Olav Scheldrup Hansen cuando tuvieran el próximo encontronazo.

Lotte cerró los ojos e inspiró y espiró pausadamente varias veces. Vació la cabeza por completo de pensamientos. Dejó que transcurrieran unos segundos de silencio oscuro y solitario antes de volver a abrir lentamente los ojos y centrarse. Dejó que su mirada se posara sobre cada uno de los objetos del salón. Los inventarió y analizó. La mayoría estaban allí desde antes del crimen y presentaban una fina capa de polvo. Otros parecían haber sido usados no hace mucho o habían sido llevados expresamente a la habitación.

Entre estos últimos estaba la caja de bridas de plástico, que reposaba sobre la mesa del salón. Coincidían con las lesiones que presentaba Ranveig en las muñecas y en los tobillos. Si uno intentaba liberarse de unas bridas bien apretadas, estas se clavaban aún más profundamente en la piel. Ranveig se había fijado en que los técnicos habían encontrado huellas dactilares en la reluciente caja de plástico.

Al lado de esta había una manzana medio comida. El grado de oxidación indicaba que habían pasado unas horas desde que alguien la había mordisqueado. La manzana estaba mordida con una precisión exacta hasta su centro, algo que podía sugerir un comportamiento compulsivo de la persona en cuestión. Ella misma recordaba haber hecho cosas similares.

En el suelo, bajo el lugar donde había colgado Ranveig, descubrió un reguero horizontal de orina, lo que indicaba que probablemente había oscilado de un lado a otro en el momento de su muerte. Asimismo era una indicación de que no se había roto el cuello al caer bruscamente, sino que se había asfixiado mientras se balanceaba de un lado a otro. No obstante, aquello resultaba muy extraño. En circunstancias normales, Ranveig habría pataleado desesperadamente haciendo que la orina se dispersara formando un círculo más o menos grande, pero en este caso el reguero seguía un trazado bastante regular. El cuerpo se había mantenido quieto, a pesar de estar muriéndose.

Lotte examinó con la mirada el resto de la habitación. Un aparente caos que le desvelaba todo y nada. Una silla volcada. En la cocina, una tabla de planchar y una plancha. Obviamente, utilizadas para dejar impecable el vestido blanco que llevaba Ranveig. Periódicos, revistas, libros. ¿Y las manchas de sangre en el suelo? ¿Importaba realmente el lugar exacto en que se encontraban? ¿Si se trataba de la sangre de él o de ella? ¿Importaba realmente saber cómo colgaba Ranveig en el momento de morir? ¿Era realmente necesario anotar todos los detalles de esta escena del crimen y de las anteriores? ¿Podrían encontrar algo que el asesino no quería que encontraran?

De repente, comprendió que debía buscar aquello que el asesino no había plantado allí adrede. Todo lo demás no haría más que conducirles, paso a paso, al lugar donde él quería llevarles. Había llegado el momento de romper la baraja, de hacer algo imprevisible. Decidió dejar la escena del crimen como estaba y salió de la casa. Al traspasar la zona acordonada, los *flashes* la cegaron. Se detuvo y respondió a las preguntas.

«Ya estamos todos —pensó—. Al final, te has salido con la tuya».

Comisaría de policía de Haugesund

Viernes por la tarde, 17 de octubre de 2014

Hacía cinco minutos que Lotte había recibido una llamada de Lars Stople y ahora se dirigía a toda prisa hacia su despacho en el edificio de la comisaría. Todo lo demás tendría que esperar. Irrumpió a través de la puerta acristalada y se dejó caer en la silla frente a su mesa.

—¡Cuéntame!

Lars Stople alzó la mirada por encima de la montura cuadrada de sus gafas. Carraspeó brevemente antes de empezar a hablar, gesticulando con los brazos.

—¿Qué quieres que te diga? Ya te lo he dicho prácticamente todo por teléfono. Ayer Stein Åmli decidió cambiar de servidor de correo electrónico. Eso nos ha supuesto un grave contratiempo, ya que habíamos iniciado una buena colaboración con el servicio de correo de Google, el cual podría habernos proporcionado su localización en menos de una hora. Pero resulta que ahora Åmli se ha cambiado a Hotmail, por lo cual no hemos podido rastrear la localización emisora hasta este mediodía. Cuando la Interpol no está involucrada, los de Hotmail no se muestran tan dispuestos a colaborar como los de Google. Por suerte, después de todo, al final se han prestado a ayudarnos.

—¿Qué importancia puede tener encontrar la localización? Está claro que utiliza siempre redes abiertas.

Lotte miró a Stople. Observó que tenía los ojos enrojecidos y que sus manos temblaban ligeramente. Síntomas de estrés y falta de sueño. El hombre titubeó un poco antes de contestar:

—Pues... ¿qué implica? Que el mensaje fue enviado desde los servidores localizados en la sede del *Haugesunds Avis*. El periódico no dispone de una red abierta, lo cual significa que el correo se envió desde alguno de los ordenadores fijos conectados a la red que se encuentran en los despachos de la redacción, del departamento de *marketing* o de la emisora Radio 102. Sin embargo, según los expertos es muy difícil saber exactamente qué ordenador se empleó. Lo único que podemos afirmar con seguridad es que el asesino se encontraba en la sede del periódico a las 12.30 horas y que utilizó un ordenador fijo.

Lars Stople suspiró. Se reclinó en la silla y se quitó las gafas para frotarse los ojos.

—Con esto no es suficiente, ¿verdad?

—No, Lars, no es suficiente. Me temo que esto no acabará hasta que demos con él —dijo Lotte dirigiéndole una mirada frustrada.

El asesino actuaba con demasiada rapidez. No habían acabado de examinar una escena del crimen e iniciar la investigación preliminar cuando ya les caían encima nuevos correos y nuevos homicidios. Volvió a mirar a Lars y vio que estaba abstraído, con la mirada perdida en el vacío.

—¿Qué estás pensando, Lars?

Se giró hacia ella y estuvo a punto de decir algo, pero al final negó con la cabeza.

—Venga, Lars. ¿A qué le estás dando vueltas?

—No es asunto mío. Así que es mejor que mantenga la boca cerrada, ¿no?

—Déjate de tonterías. Nos conocemos desde mi primer día en esta comisaría. Puedes hablar conmigo de cualquier cosa que te preocupe.

—De acuerdo. Pero no destacas precisamente por saber distinguir entre lo que es objetivo y lo que es personal. Así que te pido que no me malinterpretes.

Lotte iba a contestarle, pero él la interrumpió levantando una mano.

—Escucha. Sé que Olav Scheldrup Hansen no es santo de tu devoción, y sabe Dios que, a pesar del cargo que ocupa, no es el tío más avisado del mundo. Pero creo que ya es hora de que entierres el hacha de guerra por un tiempo e intentes un acercamiento a medio camino. Le necesitamos a él y a su experiencia.

Lars Stople no podría haber encontrado un peor momento para sacar a colación el tema. El pobre ignoraba lo que había ocurrido en las últimas horas con Scheldrup Hansen. Lotte se puso hecha una furia y se levantó con tal brusquedad que la silla se volcó.

—¿Sabes qué te digo? ¡Que no te importa una mierda cómo llevo mi investigación, joder! Hansen es el individuo más incompetente que me he echado a la cara en toda mi vida. Puede que sus métodos os parezcan bien a ti y a otros vejstorios como tú, pero eso es solo porque todos sois unos putos fósiles con el culo estancado en 1973. ¡El mundo avanza, Lars! ¿Alguna vez te has quitado las gafas para darte cuenta de que esos métodos de investigación hace mucho tiempo que caducaron, al igual que tú, al igual que Hansen y todos esos putos vejstorios?

Lotte salió con paso furibundo y dio un tremendo portazo, haciendo que todos los objetos del despacho de Stople tintinearan en sus estantes. Varias caras se asomaron a lo largo del pasillo.

—¡Y vete a la mierda!

Su grito retumbó en todo el edificio.

Dos minutos más tarde, una sofocada Lotte Skeisvoll irrumpía en el despacho del jefe de policía Arnstein Guldbrandsen sin llamar siquiera a la puerta. Él la miró asombrado. No ocurría todos los días que alguien entrara en su despacho de aquella manera.

—¿Qué demon...?

—¡Quiero presentar una queja formal contra Olav Scheldrup Hansen por negligencia en el servicio!

Lotte habló con claridad y firmeza. Hacía horas que había tomado la decisión, aunque en realidad no tenía la intención de hacerlo así.

Guldbransen no pareció excesivamente sorprendido por su arrebato. Mantuvo la calma.

—Vale... ¿Y con qué motivos, si se puede saber?

—Su trabajo va en contra de la investigación, está tratando de enfrentarme con el resto del equipo para socavar mi autoridad, y tampoco realiza las tareas que se le encomiendan. Ayer, sin ir más lejos, cometió una grave negligencia que le ha costado la vida a Ranveig Børve.

Arnstein Guldbransen alzó las cejas y le pidió que tomara asiento. Tras algunos preámbulos, ella le contó la historia. Él se quedó pensativo y en silencio durante un rato, antes de responder con voz pausada:

—Supongo que no has hablado con Olav para que te dé su versión de los hechos.

—No, no soporto más a ese tío. ¡Hay que echarlo de aquí!

—Skeisvoll, me temo que eso no lo decides tú. A diferencia de ti, yo sí he hablado hoy con Olav. Se ha pasado horas en mi despacho en compañía del jefe de la policía judicial, Ove Fiskaa.

Lotte se quedó lívida.

—Antes de nada, quiero dejar constancia de que Olav Scheldrup Hansen me parece un capullo arrogante con el ego inflado. En eso estamos de acuerdo ambos, Lotte. Se ha presentado esta mañana aquí, acompañado por Fiskaa, porque había llegado a oídos del jefe de la judicial que la colaboración entre él y tú no funcionaba.

—Nos ha jodido...

—¡Para ya!

Arnstein Guldbransen golpeó con fuerza la mesa con la palma de la mano y miró fijamente a su subordinada.

—¡Ya basta! ¿Entendido? Tenemos tres asesinatos en serie, pero Scheldrup Hansen y tú parecéis más interesados en demostrar quién tiene las pelotas más grandes que en resolver el caso. Es una total falta de respeto a las víctimas y sus familiares. ¡Nosotros somos la autoridad policial, joder! Se supone que debemos trabajar juntos.

Lotte contuvo la respiración mientras contaba hasta diez.

—Sabe Dios que he intentado que nuestra colaboración funcionara, Guldbransen.

—Pues no, no lo has hecho, joder. He estado presente en las reuniones que has dirigido. Desde el primer momento has utilizado las técnicas de manipulación más mezquinas. ¿Te crees que los que estamos allí no nos damos cuenta de las miradas despectivas que le lanzas? ¿De que nunca le concedes la palabra cuando la pide? ¿De que siempre echas por tierra todas sus propuestas? Utilizando la ironía y el sarcasmo para hundirlo. Y lo de ayer... Te pasaste siete pueblos en tu afán de ridiculizarle. ¡Le

diste un encargo que podría haber hecho hasta la secretaria y asignaste las tareas de investigación al resto del equipo! ¿No te das cuenta de lo embarazoso que fue presenciar eso?

Lotte se había limitado a escuchar su monólogo en silencio, pero aún no se había dado por vencida.

—En efecto, la secretaria... Ojalá se lo hubiera encargado a ella. Entonces es posible que Ranveig Børve siguiera con vida. Pero él ni siquiera fue capaz de realizar una tarea tan simple.

—Tienes razón, Lotte. Si le hubieras encargado esa tarea a la secretaria, Ranveig seguiría con vida. Pero decidiste no hacerlo. Decidiste encargársela a otra persona. Fuiste tú quien decidió encargársela a alguien que la consideraba por debajo de su dignidad y su rango. ¡Así que fue tu responsabilidad! Déjame ponerte un ejemplo, Lotte. Si yo te encargara comprobar todos los pasaportes expedidos durante el último año para averiguar cuáles presentan un pequeñísimo error en un código de barras, ¿con qué minuciosidad lo llevarías a cabo?

Lotte se quedó sin respuesta. Comprendió que, si Guldbransen le pidiera hacer algo así, se pondría furiosa con él. Y que si llegaba a acabar la tarea, lo haría todo muy por encima. Notó las mejillas más enrojecidas que nunca, pero ahora era porque estaba abochornada.

—Entiendo... Y lo siento —reconoció—. Pero es que me cabrea tanto ese tío... Soy incapaz de trabajar con él.

—¡Pues no te queda más remedio!

—Perdona... ¿Cómo has dicho?

—He dicho que no te queda más remedio. A partir de este momento quiero veros a los dos trabajando juntos. Hasta ahora, lo que he visto de ti como directora de la investigación ha sido realmente nefasto. Está muy alejado de lo que se espera de alguien en tu posición. Scheldrup Hansen lleva dos días pidiéndote que revises los documentos judiciales para buscar una posible relación con los casos que Gudmundsson ha cubierto como periodista. Y no veo en tus informes que hayas hecho nada parecido. Confío en que a partir de ahora empieces a hacer una buena labor policial. Tienes unos días para demostrar que eres capaz de distinguir entre lo que es objetivo y lo que es puramente personal, y que colabores con la policía judicial como se supone que tenemos que hacer. Hansen es un imbécil, pero es uno de nuestros recursos. Y quiero que empieces a utilizarle para lo que realmente vale.

Lotte asintió brevemente, giró sobre sus talones y abandonó el despacho. El primer punto de su agenda era disculparse con Lars Stople. Luego tocaba reunirse con Olav Scheldrup Hansen.

Viljar se encontraba en la sala de reuniones de la redacción. No prestaba atención a sus compañeros, ni a nada de lo que ocurría a su alrededor. Con la mirada perdida, no hacía más que contemplar las paredes desnudas. Le parecía absurdo tener que reunirse de aquella manera apenas unas horas después de haber perdido a Ranveig. Los demás no compartían su opinión. Para ellos era reconfortante juntarse, encender velas y darse abrazos. Viljar solo quería que le dejaran en paz. Participar en aquel coro fúnebre no iba para nada con él. Tener que abrazar a gente a la que apenas solía saludar por los pasillos era transgredir por completo sus límites de la intimidad.

Cuando Øveraas terminó de hablar y secarse las lágrimas, después de lo que había parecido una especie de largometraje húngaro de arte y ensayo, Viljar se levantó. Se acercó a la fotografía que descansaba sobre la mesa, contempló durante unos segundos la vela encendida y luego dio media vuelta para abandonar la sala con paso decidido.

En la puerta lo paró Henrik Thomsen. Viljar intentó abrirse paso a la fuerza, pero Thomsen no era un obstáculo fácil.

—Viljar, ¡cuánto lo siento! Sé que erais muy amigos. Esto ha debido de ser una gran putada para ti.

Viljar lo miró con incredulidad.

—¿Una putada...? Perdona, pero ¿has dicho «una putada»? ¿De verdad tienes un encefalograma tan plano? Ranveig era posiblemente la mejor persona de toda esta ciudad. ¿Le has preguntado a su hijita Victoria si le parece a ella una putada? ¿Y a su marido? ¿Le has preguntado si para él es una gran putada?

—No... yo...

—Finges estar afectado, pero en el fondo lo único que te preocupa es que pueda haber pasado algo así en un pequeño periódico de provincias. Jamás has mostrado ninguna empatía hacia otros seres humanos, Henrik. Ni en tus columnas de opinión, ni en el trabajo, ni en tu vida privada.

—Joder, Gudmundsson. ¿Te estás oyendo hablar? Solo intentaba decirte que siento mucho lo sucedido. Tendría que haber estado yo allí cuando cogió a la pobre Ranveig. Quitarles la vida a mujeres inocentes e indefensas de esa manera... ¡Es un cobarde de mierda!

—¿Y tú dónde estabas?

Viljar miró agresivamente a los ojos de pececillo de Thomsen. La pregunta llevaba rondando por su cabeza desde que Øveraas le había dicho que el periodista cultural no había podido cubrir lo del soplo porque se encontraba en el auditorio de Stavanger. Lo cual no era cierto.

—¿Qué quieres decir? —preguntó Thomsen con mirada huidiza y visiblemente azorado.

—¿Dónde estuviste anoche?

—Estuve en Stavanger cubriendo el concierto de...

—¡No!

—¿Qué quieres decir? Pues claro que estuve allí.

—No, anoche no estuviste en Stavanger. Yo te vi aquí, en Haugesund.

Henrik Thomsen pareció agitarse lleno de inquietud, mirando angustiado a todos lados y carraspeando nerviosamente varias veces.

—Tuviste que ver a otra persona. Lee mi reseña, joder. Verás que estuve allí.

—Tengo ganas de leer la reseña, Henrik, pero eso no cambia el hecho de que Hans Indbjo y tú os pasarais la tarde tan a gusto dando vueltas en su coche. Y cuando unas horas más tarde pasé por delante de tu casa, estabas disfrutando tranquilamente de unas patatas fritas, una cerveza y la última temporada de *Mujeres desesperadas*.

Henrik Thomsen apartó bruscamente a Viljar y entró en la sala de reuniones.

Durante un breve instante, Viljar consideró seguir a Thomsen para intentar sacarle una respuesta a la fuerza, pero se contuvo. Carecía de importancia. En realidad, tal como estaban las cosas, todo carecía de importancia. Sacó el paquete de tabaco. Observó a sus compañeros, que iban de un lado a otro de la sala llorando sin ton ni son.

«Es una buena ilustración de toda esta historia —pensó Viljar—. El asesino ha creado un universo en el que todos andamos de aquí para allá sin saber qué hacer ni adónde ir». En ese instante, tomó una decisión. Tenía que salir de allí. No para mitigar el ansia de fumar, que cada vez era más intensa. No para estar solo. Tenía que abandonar aquel edificio para siempre. El nervio que había impulsado su vida y su carrera ya no existía en aquel lugar. Entró en la sala de redacción. Apartó la mirada al pasar por delante del escritorio de Ranveig. Sin embargo, después de andar varios pasos, se detuvo, dio media vuelta y se acercó a su mesa. Percibió ligeramente el olor a su perfume, procedente de una blusa que había dejado colgada del respaldo de la silla. La añoranza clavó en él sus fuertes garras. Luchó contra el nudo que se le formaba en la garganta y nuevamente tuvo que armarse de valor para no derrumbarse. El puesto de Ranveig todavía revelaba su presencia viva. La foto de familia le sonrió desde la mesa. Los pósits donde había anotado las pequeñas cosas que tenía que recordar. Su letra, las blancas pantuflas de lana que había comprado en un mercadillo navideño aquel invierno, el lápiz mordisqueado, los caramelos de regaliz sobre la mesa. Objetos y rastros de todo, menos de lo que había ocurrido aquella noche.

El ordenador no estaba apagado como solía estarlo cuando uno abandonaba su puesto de trabajo al finalizar la jornada. Estaba en modo hibernación, y en la pantalla una pequeña pelota iba rebotando de un lado a otro, dejando una estela de colores.

Viljar sabía instintivamente que no tenía permiso para tocar nada, ni siquiera debía estar allí. Aun así, la curiosidad venció a la sensatez. Apretó el botón del ratón que reposaba junto al teclado. La pelota detuvo inmediatamente su inquieto periplo y, con un parpadeo, apareció en la pantalla el último documento en el que Ranveig había estado trabajando. El artículo sobre la biblioteca. Lo había leído por encima en la edición impresa del periódico, justo antes de la reunión matutina. En él se veía a Øystein sonriendo junto a un rimero de libros.

Viljar despertó de su ensimismamiento cuando oyó carraspear a alguien a su espalda. Consciente de que no debería estar husmeando allí, se dio la vuelta rápidamente y descubrió a Johan Øveraas y Lotte Skeisvoll.

—¿Qué coño estás haciendo?

Lotte Skeisvoll dio un paso adelante para agarrarle del brazo. Viljar se zafó. Se abrió paso entre los dos y después ignoró todo intento de hacerle volver. Cuando llegó a la recepción cogió un sobre, metió el manojito de llaves, lo cerró y anotó en él el nombre del director. Dejaba el trabajo. Para siempre.

Comisaría de policía de Haugesund

Viernes por la tarde, 17 de octubre de 2014

El aroma a aftershave del jefe de la policía judicial, Ove Fiskaa, aún flotaba en el aire tiempo después de que se hubiera marchado del pequeño despacho provisional que le habían adjudicado a Olav Scheldrup Hansen. En la atmósfera viciada también se percibía un olor rancio a sudor. Olav se quedó mirándose las manos. Todavía temblaban ligeramente por el subidón de adrenalina experimentado cuando el jefe le había echado la bronca del siglo. Scheldrup Hansen había decidido humillarse. En primer lugar había dado el paseo a Canossa pidiendo clemencia a su superior, y minutos más tarde había mantenido una breve conversación con Lotte Skeisvoll. Ella había parecido igual de incómoda que él, pero le estrechó la mano y le pidió que se pusiera a trabajar cuanto antes en lo que era su especialidad: trazar el perfil del asesino.

Olav se acomodó y abrió en su ordenador el programa desarrollado por el FBI a tal fin. Introdujo todos los datos de que disponían hasta el momento. Cambió algunos parámetros, teniendo en cuenta que Lotte estaba muy segura de que los rastros habían sido plantados a propósito en las escenas del crimen, y no dejados allí por descuido. Introdujo también los datos de las víctimas, el arma homicida, los parámetros temporales, las numerosas descripciones de testigos y el grado de violencia de los asesinatos. Dedicó tiempo a añadir sus propias observaciones, así como las teorías e hipótesis del equipo de investigación. Por último incluyó los dos informes preliminares de las autopsias, además de los tres relativos a las escenas del crimen.

Scheldrup Hansen sabía por experiencia que el perfil que obtendría estaría lejos de ser fiable. Un programa informático se limita a interpretar los datos introducidos y a proporcionar respuestas a partir de unos parámetros preestablecidos. No piensa de manera lógica. No tiene en consideración los sentimientos, las razones o las casualidades. Olav había atrapado a asesinos que no se correspondían en absoluto con el perfil trazado, pero aquello le había enseñado a utilizar el programa para lo que había sido diseñado en un principio. Su propósito era aportar nuevas perspectivas e ideas al investigador, y especialmente llamar la atención sobre los detalles obviados entre la gran cantidad de datos que siempre se recopilaban en estos casos.

Le llevó un par de horas acabarlo todo. Aún le faltaba información de varios interrogatorios, además del informe preliminar de la autopsia de Ranveig Børve, que

tardaría aún algún tiempo en llegar. Mientras el ordenador elaboraba el perfil, salió a buscar un café a la máquina del pasillo.

Después, ya con la taza entre las manos, procedió a examinar los resultados. Notó cómo el calor se extendía desde las palmas al resto del cuerpo. Se acomodó en la silla y, a medida que iba leyendo en detalle el documento, fue dibujándose una sonrisa en su rostro. Se preguntó si no sería la primera sonrisa que se permitía desde que llegara a la ciudad el miércoles.

En el fondo, sabía que debería poder detectar lo que ahora aparecía justo delante de sus ojos sin necesidad de que un ordenador se lo mostrara, pero, bueno, para eso se había diseñado el *software*.

De forma un tanto inesperada, el programa informático apuntaba a un hombre minucioso. Un tipo analítico. No coincidía con la idea que él se había hecho. Era cierto que los hombres eran mucho más propensos a planificar y ejecutar asesinatos en serie. Sin embargo, el caos que este dejaba tras de sí en las escenas del crimen no sugería que se tratara de un hombre analítico.

Los homicidios señalaban a un autor muy meticuloso, que planificaba minuciosamente cada detalle de sus actos. Con la excepción de los correos electrónicos, que, tanto en su forma como en su contenido, no tenían en realidad mucha importancia. El caos en las escenas del crimen no era producto de la dejadez, sino que todos los rastros y huellas habían sido plantados intencionadamente. Conseguir que la policía creyera que se trataba de una persona descuidada requería sin duda una planificación muy detallada, así como unas capacidades analíticas extraordinarias.

«El asesino no solo planifica cómo llevará a cabo los asesinatos, sino también cómo quiere que reaccionemos —pensó Scheldrup Hansen, repiqueteando con el bolígrafo sobre la mesa—. De esa forma puede controlar ambos lados del tablero de ajedrez. Como un jugador experimentado que sabe en todo momento cuál será la jugada obligada del contrincante y, por lo tanto, puede planificar su próximo movimiento».

Scheldrup Hansen se giró en la silla para sacar un bloc de pósits. Anotó en la parte superior:

«¿Un policía?».

No sabía por qué lo había escrito, pero había algo en el *modus operandi* que encajaba. Los policías saben cómo piensan y actúan sus colegas en el marco de una investigación.

El resto del informe aportaba una imagen bastante sombría. Según el programa, era altamente probable que el hombre fuera soltero, sin hijos y con una visión megalomaniaca acerca de su propia grandeza. También afirmaba que no se detendría, salvo por la fuerza. Ese hombre no iba a actuar de forma esporádica. Lo único positivo era que seguramente no se esfumaría sin más como habían hecho otros asesinos en serie antes que él.

También era muy probable que el sujeto en cuestión presentara un coeficiente intelectual muy por encima de la media, así que posiblemente tuviera estudios superiores y ejerciera una profesión relacionada con el mundo académico. Médico, abogado, profesor, arquitecto, periodista, redactor, editor o algún cargo directivo. En el cuerpo policial había bastantes personas con formación en derecho.

No obstante, lo más interesante venía al final del informe. Basándose en el perfil, el programa proporcionaba algunos consejos plausibles con respecto a los puntos débiles de este tipo de asesino.

«Falta de flexibilidad. Falta de capacidad para adaptarse a los cambios bruscos. Falta de capacidad para improvisar», leyó Olav, asintiendo con la cabeza como si la pantalla del ordenador le ofreciera la respuesta de un oráculo. Pues claro que tenía que ser así. Mientras todo iba según lo previsto, el asesino se sentía invencible. «Tenemos que hacer una jugada de aficionado», pensó Olav acercándose a la impresora para sacar una copia del perfil. Era de sobra conocida la historia de aquel campeón de ajedrez al que un aficionado sacaba de quicio porque no llevaba a cabo los movimientos más lógicos y convenientes. Si el aficionado hubiera hecho lo que se esperaba de él, si hubiera jugado según el manual, no habría conseguido nada. Así pues, si a partir de ahora realizaban algunos movimientos imprevistos, el campeón tendría que empezar a improvisar, y en el caos subsiguiente era donde podrían encontrar su oportunidad.

Centro de Haugesund

Viernes por la tarde, 17 de octubre de 2014

El Captain's Cabin era el lugar ideal para las almas cansadas. Para unos seres que se habían rendido hacía mucho tiempo y de los que apenas quedaba espíritu en sus cuerpos vacíos y arrugados. Eso no significaba que la clientela del bar estuviera formada exclusivamente por borrachuzos y mujeres ajadas por la vida. Sería una exageración afirmar tal cosa, pero estaba claro que la mayoría eran este tipo de clientes asiduos, que parecían clavados a la proa de aquel buque a la deriva y que, con el paso del tiempo, habían acabado siendo considerados como parte del mobiliario. Otros acudían al Captain's de forma más esporádica. Entre ellos se encontraba Viljar.

Era más joven que sus compañeros de borrachera, pero eso le traía sin cuidado. Viljar opinaba que habría que buscar mucho para encontrar un lugar en el que la lealtad y la verdadera amistad tuvieran más valor que en aquel antro. Tal vez no pudieras fiarte de todos los que frecuentaban el bar, pero podías confiar en la franqueza y honestidad de la gran mayoría. Las paredes parecían estar impregnadas de ello. Estaba claro que lo que se decía en el Captain's no se quedaba en el Captain's, pero al menos todo se difundía con naturalidad. Eso ya era algo.

Viljar había entrado en el local hacia las tres, después de deambular sin descanso por la calle Haraldsgata. Los pensamientos no paraban de dar vueltas en su cabeza como en una ciénaga. Tuvo que esforzarse en un par de ocasiones para que la ansiedad no se apoderara de él. Pero la tercera vez le sobrevino con tal fuerza que no tuvo más remedio que intentar ahogar su angustia en alcohol. No había sido la mejor idea del mundo, según el sentido común, pero las circunstancias convertían la sensatez en algo secundario. Había escogido el Captain's por una sencilla razón. Nadie sabía que en ocasiones frecuentaba aquel bar cutre y supuso que allí dentro podría pasar desapercibido. No para el personal del local ni para los asiduos, evidentemente, pero ellos nunca hacían preguntas impertinentes que él no quisiera contestar. Para ellos era suficiente con que bebiera.

Unas cuatro horas después de franquear las puertas del local, Viljar consiguió librarse finalmente de la angustia, aunque la pena se había agarrado con fuerza a todo su ser, penetrando por la cabeza hasta instalarse en su pecho con el peso de un plomo. Viljar era consciente de que había perdido a la única persona a la que, con algo de

buena voluntad, podía llamar una buena amiga. Seguramente Ranveig no habría empleado esa palabra, pero para Viljar era lo que había sido. Una amiga. Nunca hubo nada romántico ni sexual entre ellos. Simplemente amistad, y una especie de comprensión mutua de la forma de pensar del otro.

Ahora ella ya no estaba y Viljar sabía muy bien que él había desempeñado un papel crucial en el rompecabezas que había llevado a su muerte. No cabía duda de que todo aquello tenía que ver con el caso de Jonas. Un asunto rodeado de miserias por todas partes, y él no creía en las casualidades. Toda aquella historia giraba en torno a él. Esa certeza le perseguiría el resto de su vida, pero en ese preciso momento y lugar no quedaba sitio para semejantes pensamientos. Solo cabía la pena. La pena y la rabia. Una vez más las lágrimas anegaron sus ojos. Una de las clientas habituales le acarició la mejilla con una mano arrugada, que desprendía un fuerte olor a tabaco de liar y a algo que sugería que no se había lavado las manos después de la última visita al baño. Él arrugó la nariz, pero no apartó la mano. La caricia, de alguna manera, le conmovió.

La mujer, que respondía al muy digno nombre de Magda, farfullaba palabras atrevidas al oído de Viljar para intentar excitarlo. Los dedos que hacía un momento habían acariciado suavemente su mejilla hicieron lo mismo en su entrepierna. Era una parte de él que tenía vida propia y Magda gruñó satisfecha al descubrir que no era inmune a su tacto. Sin embargo, aquello hizo saltar todas las alarmas en Viljar. Aquella no era una mujer con la que le apeteciera amanecer al día siguiente. Se levantó de golpe y se dirigió tambaleante al servicio de caballeros. Comprobó dos veces que la puerta estaba bien cerrada antes de situarse frente al urinario. Magda era muy capaz de seguirle hasta allí.

Cuando salió unos minutos más tarde, Magda había desaparecido. Constató que un grupo que parecía originario de Bergen y del este del país había ocupado su mesa. Viljar no tenía fuerzas para discutir sobre cuestiones de propiedad, así que se dirigió hacia la barra. Tras dar un par de pasos vacilantes, la camarera ya había registrado su pedido sin que él tuviera que hacer más que levantar el dedo índice. La jarra ya venía deslizándose por la barra cuando llegó a ella. Viljar era consciente de que ya había bebido demasiado, pero aquel día no tenía ánimos para tratar de experimentar nuevas sensaciones. No contemplaba otra salida que buscar el olvido mediante una borrachera monumental. Al día siguiente ya tendría suficiente de lo que arrepentirse.

En la edición de la mañana del *Haugesunds Avis*, Viljar había dado la imagen de ser una persona sensata y equilibrada. La historia de su correspondencia privada con el primer asesino en serie de aquella región del país había causado un gran impacto. El artículo, o el reportaje personalizado si se prefiere, podría haber aparecido perfectamente en cualquier revista seria. La ventaja era que él se había presentado como alguien que dominaba la situación, alguien que disponía de mucha más información que los demás. La desventaja era que la redacción había incluido una serie de fotografías que permitían que todo el mundo le reconociese. Sin embargo,

precisamente ese día, lo que más le apetecía era mandar a todo el mundo al carajo, pero por lo visto el mundo se empeñó en hacerle subir a su carro.

Los tipos de Bergen y del este le animaron para que se uniera a ellos. Le ayudaron a incorporarse y, con cierta dificultad, consiguieron llevarlo hasta su mesa. Viljar estaba en tal estado de embriaguez que tuvieron que hacerle tomar tres tazas de café antes de que se diera cuenta de que tenía compañía. Intentó farfullar algunas palabras, pero no lograron entender lo que decía. De pronto, dio un grito que resonó alto y claro por todo el local:

—¡Periodistas!

Las cabezas alrededor de la mesa se giraron hacia él como un resorte.

—¡Dios! ¿El héroe del día sigue vivo? —dijo uno de aquellos periodistas, el que por lo visto había asumido el rol de maestro de ceremonias y anfitrión de la tertulia de la noche.

El tipo parecía tener una necesidad imperiosa de hablar unos decibelios por encima del volumen recomendable, interrumpía sin parar a sus colegas y en todo momento ofrecía una anécdota más graciosa que la del orador anterior. De ese modo conseguía dirigir la fiesta a su antojo. Clavó su mirada en Viljar con pinta de estar disfrutando de lo lindo.

—Por cierto, hemos tenido que salvarte de la barra. Estabas a punto de caerte debajo del taburete. Y aun así, las camareras te seguían poniendo copas. Este local es realmente de lo más curioso —dijo el hombre, girándose a izquierda y a derecha para asegurarse de que tenía la plena atención de sus compañeros periodistas.

Y, en efecto, la tenía.

Viljar intentó pronunciar un «Gracias», pero era como si la lengua se le enredara en la boca y, más que una palabra, emitió un gruñido.

El hombre del este cambió de postura y se sentó al revés en una silla frente a Viljar. La jauría de sabuesos babeantes permaneció en segundo plano, observando atentamente a los dos hombres al final de la mesa.

—Ya que por lo visto tienes toda la información sobre este caso y también mantienes correspondencia con Jack el Destripador, ¿no sabrás por casualidad lo que ocurrió esta mañana?

—Pues claro.

Viljar logró esbozar una sonrisa que acabó convirtiéndose en una mueca torcida. El hombre del este guiñó un ojo a sus colegas alrededor de la mesa y acercó la silla aún más, inclinándose hacia delante para no perder detalle. Algunos de los sabuesos empezaron a toquetear ansiosos la función de grabadora del móvil. Intuían que tenían delante una presa fácil y se disponían a atacar. La mueca se había congelado en el rostro de Viljar, que miraba pasmado a su atento público.

—Venga, cuéntanos...

El hombre del este le zarandeó el hombro para que se arrancara.

—Lo que ocurrió esta mañana... —empezó Viljar, pero pareció que las palabras

no conseguían salir de su boca. Se recompuso y volvió a abrirla—. Lo que ocurrió fue que no acerté a ver que estaba poniendo en peligro a otras personas porque estaba demasiado metido en mi puto mundo egocéntrico.

El hombre del este y los otros cuatro tipos sentados a la mesa se miraron algo inseguros. ¿Había ocurrido algo durante el día de lo que ellos no se habían enterado?

—La mujer asesinada fue mi mejor amiga durante años. Era una persona maravillosa y... y...

Viljar se volvió a interrumpir. Las lágrimas inundaron de nuevo sus ojos e impidieron que salieran las palabras.

—Era una compañera de Viljar en el *Haugesunds Avis* —se oyó con claridad una voz desde el fondo del local.

Instantes después, la persona en cuestión se plantó delante de los periodistas. Colocó una mano grande y robusta sobre el hombro de Viljar y miró a los sujetos alrededor de la mesa.

—Como veis, Viljar se encuentra en un estado lamentable. Acaba de perder a una amiga y compañera y me parece intolerable que, en su situación, estéis intentando sonsacarle información.

El hombre del este se levantó con intención de agarrar al intruso.

—Ni se te ocurra tocarme. Sé muy bien de lo que vas. Que te llames Joar Mo y trabajes para el canal de noticias de TV2 no te da ningún derecho a actuar como te venga en gana. Solo tengo que hacer una llamada para que tu jefe sepa que andas de juerga sacando información a un testigo que está prácticamente en estado comatoso. Eso no está nada bien y lo sabéis perfectamente, tanto tú como tu jauría de sabuesos.

Ayudó a Viljar a levantarse de la silla. Parecía un gato cuando lo cogen por el pescuezo.

—Ahora voy a llevarme de aquí al pobre Ravn Gudmundsson —dijo con voz sombría—. Ya ha tenido suficiente por hoy. Si queréis saber algo, podéis preguntarle mañana. En este momento su credibilidad es la misma que la de un ministro de Cultura al que pillan en su habitación de hotel después del festival de cine.

Poco después, Viljar estaba medio tirado sobre la acera del Captain's. Cuando intentó levantarse, ni siquiera se percató de que estaba metiendo las manos en su propio vómito. Su salvador le ayudó a incorporarse. Le echó el brazo por el hombro y bajaron caminando la pronunciada cuesta de Strandgata, desde Imigården hasta el cruce de Kaibakken. Incluso pasaron por delante de un coche patrulla aparcado frente a un restaurante Egon. Sin embargo, el agente no se fijó en aquel individuo borracho como una cuba. Estaba buscando al asesino, no a una piltrafa ahogada en alcohol a la que un amigo ayudaba a arrastrarse por las calles.

Cuatro años antes...

Torvastad, Karmøy

Miércoles, 25 de agosto de 2010

Cuando su padre se mostraba demasiado serio y callado, a Jonas le entraba el miedo. Aunque generalmente era una persona taciturna, solía rodearle una especie de halo piadoso que enmarcaba su rostro afable de facciones suaves y ojos bondadosos. Las raras veces que adoptaba aquella actitud grave y severa, su gesto se tornaba distante, como si no estuviera presente en la habitación. Las tupidas cejas apuntaban hacia abajo, acercándose peligrosamente a los párpados. La expresión facial se volvía hosca y tensa, con movimientos secos y abruptos. En esos momentos, su familia sabía que lo más inteligente era mantenerse a distancia. Aquel día también era así. Rápidamente, su madre decidió adoptar las medidas de prevención oportunas y pidió a Jonas y a su hermana Ine que la acompañaran al centro para ir de compras. Su padre no dijo nada, pero cuando Jonas se disponía a salir por la puerta lo detuvo con un gesto brusco.

—Tú no —dijo.

Nada más.

La madre miró muy preocupada a su hijo y Jonas sintió ganas de salir corriendo por la puerta antes de que fuera demasiado tarde. Pero la mano de su padre sobre el hombro y aquellas dos simples palabras impidieron cualquier posibilidad de escapar. Era el cabeza de familia. No había nada que discutir. Cuando la madre y su hermana se marcharon con el coche, el padre soltó el hombro de Jonas. Sin decir nada, entró en el salón y se sentó en el sillón. Con gesto elocuente, cogió la Biblia y se puso las gafas de leer. Jonas no se dejó impresionar por aquella representación. Esperó pacientemente sentado en una silla de madera junto a la ventana.

Después de un largo rato, André Ferkingstad se levantó del sillón. Con gesto adusto y retraído, se acercó a la puerta de la terraza y la cerró. A continuación, hizo lo mismo con las ventanas de la cocina. Se dio la vuelta, sin dignarse mirar a su hijo, y se alejó por el pasillo. Jonas oyó que cerraba la puerta principal. Su corazón empezó a golpearle en el pecho como un mazo. Algo se le resquebrajó por dentro. Notó sabor a sangre en la boca. Se mordió la lengua, pero no sintió ningún dolor. «¿Qué coño hago ahora?».

Su padre se detuvo en el umbral entre el pasillo y el salón. Hablaba en voz muy baja, pero el silencio que les rodeaba era tan absoluto que le habría oído aunque susurrara.

—Estamos encerrados en casa. Estamos solos. Todo lo que ocurra aquí dentro tiene un único testigo: Dios. ¿Hay algo que quieres que Dios sepa, Jonas? Puedes desahogarte ahora, porque Dios se apiada de los que se arrepienten, y por tanto yo también lo haré.

Jonas dejó escapar un jadeo ahogado. La aparente calma y el autocontrol de su padre no auguraban nada bueno. Le observaba desde la distancia con mirada inflexible. Ladeó un poco la cabeza, como un perro guardián a la espera de que el intruso dé un paso en falso. Jonas no podía fingir que no tenía miedo. Su padre emanaba un halo de bestia depredadora y calculadora. Jonas no se iba a librar de aquella. Por fin consiguió aclararse la garganta lo suficiente como para ser capaz de pronunciar unas palabras. No precisamente acertadas, pero tenía la esperanza de que provocaran una réplica que le diera alguna pista sobre lo que su padre ya sabía.

—¿De qué estás hablando, padre? ¿He hecho algo que consideras inapropiado?

El padre se acercó más a él. Seguía callado, pero tenía los puños apretados. Jonas observó que los nudillos se le ponían blancos. Movía la cabeza de un lado a otro como si tuviera una contractura en el cuello.

—No soy yo quien decide lo que está mal, Jonas. Lo decide Dios. ¿Has hecho algo que va en contra de su ley? ¿Lo has hecho, Jonas?

Jonas notó como si su vejiga fuera a vaciarse. Lo que más le aterrorizaba era la demencial calma de su padre. Si hubiese gritado, chillado, golpeado la mesa... Lo que fuera. Esas eran reacciones normales que él sabía manejar.

—Yo tengo la conciencia limpia ante Dios, padre. No he pecado contra ninguno de sus diez mandamientos, si es a eso a lo que te refieres.

André Ferkingstad impidió que su hijo dijera algo más llevándose el dedo índice a la boca. Murmuró las palabras «a lo que me refiero...».

—Sabes muy bien lo que opinamos en Abraham de los diez mandamientos, Jonas. Son simplificaciones hechas para que los niños pequeños los entiendan y los recuerden. Ahora eres un hombre. ¿Por qué iba Dios a dictar un libro entero si fuera suficiente con diez simples mandamientos?

Su padre se acercó un paso más y Jonas pudo sentir su cálido aliento en la cara.

—¿Qué es el pecado, Jonas? El pecado es infringir la ley de Dios. ¿Alguna vez has pecado contra Dios? Si has cogido algo que no te pertenece, eres un ladrón. Si alguna vez has odiado a alguien, Jesús dice que lo has matado en tu corazón. Si has mirado a otra persona con deseo sexual, entonces has sido infiel en tu corazón. ¿Debo entender que vives sin pecado en este mundo, Jonas? ¿Es esa la mentira que estás intentando transmitirle a tu padre?

Unas lágrimas traicioneras asomaron a sus ojos sin que Jonas fuera capaz de detenerlas. Sabía lo que era capaz de hacer su padre en el estado en que se

encontraba. La sumisión era la única salida para obtener su misericordia, pero se negaba a pedírsela. Esta vez no.

—¿Qué es lo que he hecho? No entiendo de qué me hablas, padre.

Un atisbo de duda recorrió la mirada de su padre, como si un espíritu hubiera atravesado la habitación. Fue un breve destello, pero lo suficiente para avivar una pequeña esperanza en Jonas. Su padre no sabía nada, solo lo suponía.

—Alguna gente de nuestra congregación me dice que debo rezar por ti, Jonas. Que debo leer para ti. Afirman que es posible que desconozcas lo que dice la Primera Epístola a los Corintios. El capítulo 6, los versículos 9 y 10. ¿Sabes lo que dicen, Jonas?

El muchacho negó con la cabeza. Un acto reflejo de negación, aunque lo sabía perfectamente.

—¿Sabes lo que dicen? —gritó su padre, y unas gotas de saliva fueron a parar a la cara de Jonas.

Su máscara de tranquilidad había desaparecido. Su rostro irradiaba desesperación e ira. Para Jonas fue un alivio. La ira impredecible del padre era más fácil de manejar que su frío cálculo.

Lo agarró por el cuello de la camisa y lo empujó contra la pared.

—Así reza la palabra del Señor: «¿No sabéis que los injustos no heredarán el reino de Dios? No os dejéis engañar: ni los fornicarios, ni los idólatras, ni los adúlteros, ni los afeminados, ni los que se echan con varones, ni los ladrones, ni los avaros, ni los borrachos, ni los maldicientes, ni los estafadores heredarán el reino de Dios».

Jonas se agarró al clavo ardiendo que le ofrecía la cita bíblica.

—Sí, padre. Estoy arrepentido. No debería haber bebido alcohol en la fiesta con mis compañeros de clase. Sé que estuvo mal. Sé que he pecado. Y he rogado a Dios que perdone mis pecados.

Jonas no tenía ni idea de dónde le salieron aquellas lágrimas de cocodrilo. Seguramente fueron producto del puro espanto.

El padre le soltó la camisa y, de repente, pareció algo desconcertado, tal y como Jonas había esperado. Al admitir otro pecado, tal vez podría librarse de lo que su padre creía que había hecho.

—¿Has... has bebido alcohol? ¿A eso se referían ellos?

—¿Quiénes son «ellos», padre? ¿La congregación? Sabes igual que todos los demás que siempre van a ver pecado en cada una de tus palabras y en cada uno de tus actos. ¿Recuerdas lo que dijeron de mamá este invierno? ¿Lo recuerdas? Que estaba cometiendo adulterio porque había ido sin ti a la fiesta de Navidad de la empresa.

Jonas sabía lo que se hacía. Toda la familia estuvo a punto de ser expulsada de Abraham cuando su padre había salido en defensa de su mujer.

—Mi madre no había hecho nada malo. Pero yo sí. He bebido alcohol, pero ya he pedido perdón a Dios. No puedo consentir que me afecte lo que digan en la

congregación. Tengo que responder ante Él, no ante ellos.

Su padre lo miró con cierto recelo. Era como si toda la energía acumulada le hubiese abandonado. De pronto pareció cansado. Agotado. Carraspeó.

—Vete, hijo mío, y no vuelvas a pecar.

Jonas salió del salón caminando hacia atrás. Apenas podía creer que se hubiera librado. Pero alguien en la congregación lo sabía. Solo era cuestión de tiempo que dejaran de hacerle insinuaciones a su padre sobre lo que Jonas había hecho y se lo dijeran claramente a la cara. Y cuando eso ocurriera, ya no habría rastro de perdón o indulgencia en la mirada de su padre. Solo quedaría condenación.

Calle Austmannavegen, Haugesund

Sábado por la mañana, 18 de octubre de 2014

El sol le molestaba en los ojos y Viljar fue a girarse para evitar que le alcanzaran sus rayos. Enseguida se dio cuenta de que no podía. No estaba en su cama y no podía girarse hacia ningún lado. Su espesa masa cerebral trató de establecer algunas conexiones, sin éxito. Viljar intentó abrir los ojos con la esperanza de resolver el misterio. Al momento se arrepintió. Un dolor punzante recorrió los circuitos nerviosos desde las cuencas oculares hasta el cerebro. Cerró los ojos en el acto.

Intentó desesperadamente volver a dormirse, pero el resto de su cuerpo había descubierto que estaba despierto y le transmitió un mensaje clarísimo. Tenía tres necesidades básicas y urgentes: una vejiga llena que había que vaciar; un organismo que necesitaba agua, y, por último pero no menos importante, una zona lumbar a punto de fracturarse por una postura terrible. En otras palabras, no le quedaba más remedio que levantarse, y cuanto antes mejor.

Viljar intentó abrir la boca, pero a lo largo de la noche la saliva reseca le había pegado los labios y notó cómo se agrietaban al forzar las mandíbulas para separarlos. Consiguió incorporarse a duras penas, aún con los ojos cerrados. Poco a poco, logró ponerse en pie. Con cierto asombro, comprobó que llevaba puesta la ropa y los zapatos del día anterior y que se había quedado dormido en el minúsculo sofá del salón.

«Por lo menos estoy en casa», pensó, y se dirigió tambaleante al cuarto de baño. Tuvo que agarrarse al lavabo mientras dejaba vaciar la vejiga. Una breve mirada al espejo le bastó para confirmar sus sospechas: tenía una enorme contusión en la frente, pero fue incapaz de recordar cómo se la había hecho. Cuando el goteo finalmente cesó, percibió el fuerte olor a orina que se extendía por el minúsculo baño. No hizo falta nada más para que las náuseas tomaran el mando y le hicieran arrojarse de cabeza sobre el lavabo. Con los pantalones por las rodillas, agarrándose convulsamente a los laterales del lavamanos de porcelana, los últimos restos de la noche anterior salieron al exterior. Comprendió que ese día lo iba a pasar infinitamente peor que en otras resacas anteriores. La próxima parada sería, sin lugar a dudas, la cama.

De camino al dormitorio, Viljar se percató de algo raro por el rabillo del ojo. Un

detalle que no pertenecía a su salón. Se detuvo y, lentamente, se dio la vuelta. Del sillón de cuero negro sobresalían unos enormes zapatos por debajo de una manta. ¡Había alguien allí! Había un hombre en el sillón. Completamente inmóvil.

Se le erizó el vello de la nuca y, durante un instante, se preguntó si no debería hacer otra visita al lavamanos de porcelana del baño contiguo. No obstante, se armó de valor para acercarse al cuerpo que había debajo de la manta. Lo único que vio fueron unos mechones ralos que sobresalían por la parte superior y los zapatos en el lado opuesto. El cuerpo estaba en una posición retorcida muy poco natural. El cerebro de Viljar emitió unas señales para advertirle de que no le iba a gustar lo que había debajo de la manta. Aun así, la retiró de golpe. Luego se dejó caer en el sofá y sacudió la cabeza.

«¿Qué coño ha ocurrido?». Viljar volvió a mirar el cuerpo que tenía enfrente. Suspiró con fuerza y se pasó los dedos por la contusión de la frente. Viljar sabía que iba a tener serios problemas para explicar aquello. Miró desesperado a su alrededor. Comprendió que no tenía mucho sentido seguir ocultándolo. El cuerpo estaba allí y, en breve, tendría que responder por él. En ese instante, el cuerpo inerte empezó a murmurar de modo incoherente. Viljar se puso a zarandear a su colega.

Henrik Thomsen abrió primero un ojo, luego el otro. Al contrario que Viljar, no parecía tan desconcertado ni mortificado por la situación. Incluso fue capaz de esgrimir una untuosa sonrisa antes de incorporarse. El viejo sillón se lamentó en protesta por el enorme peso que sostenía. Thomsen miró a Viljar y meneó la cabeza.

—Caramba... ¿Ya ha resucitado el fantasma? ¿Hay café o algo para un caballero que ha tenido que pasar la noche en el sillón más incómodo del mundo?

—Ahórrate las bromitas, Henrik. El sillón me da más pena que tú. ¿Qué coño haces aquí?

Henrik Thomsen miró a Viljar fingiendo un gesto ofendido.

—Vaya, vaya... De desagradecidos está el mundo lleno, por lo que veo. Para tu información, anoche estabas en tal estado de embriaguez que si yo no te hubiera recogido te habrías despertado en alguna cuneta en vez de en tu casa. Quién sabe siquiera si te habrías vuelto a despertar.

Viljar miró a su colega con recelo. Se dirigió tambaleante a la cocina y, con manos temblorosas, puso en marcha la cafetera. Volvió al salón y entregó a Henrik una taza de café humeante, mientras buscaba el tabaco palpándose los bolsillos.

—Toma —dijo Henrik, tendiéndole un paquete de cigarrillos—. Se te cayó anoche mientras subías las escaleras. Supuse que te haría falta para calmar los nervios cuando te despertaras.

Viljar lo cogió, recogió el cenicero rebosante que había debajo de la mesa y encendió un pitillo a medio fumar que guardaba dentro del paquete. La primera y profunda bocanada recorrió todo su organismo hasta el tuétano, provocando un ataque de tos digno de un tuberculoso octogenario.

—No entiendo cómo las autoridades sanitarias afirman que fumar es malo —dijo

Henrik.

Viljar no se rio.

Tomaron el café en silencio. No parecía que ninguno de los dos tuviera muchas ganas de hablar sobre lo inevitable. Se miraban con desconfianza, como dos vaqueros preparándose para iniciar un duelo al amanecer. Si llegara el caso, Henrik asumiría el papel de Bud Spencer. Viljar fue el primero en disparar, aunque seguramente fue mucho más lento que Terence Hill.

—¿Me puedes explicar por qué te molestaste en recogerme anoche de la calle y traerme a casa?

Henrik suspiró pesadamente, como si llevara mucho tiempo con un peso encima que finalmente iba a poder descargar de su conciencia.

—No sé si me vas a creer, pero en realidad fue una casualidad. Anoche me di una vuelta por el Captain's Cabin. No es que suela frecuentar ese lugar muy a menudo, pero mi hermana sí va por allí de vez en cuando y la estaba buscando. —Hizo una pausa. Tomó un sorbo de café antes de continuar—: Allí te encontré en muy mal estado, por decirlo de un modo suave, y dispuesto a desvelar todos los secretos del mundo a toda la prensa amarilla noruega. Pensé que lo mejor sería salvarte de esa difícil situación. Así que te saqué del local para llevarte a casa. Al principio pensé en dejarte en el portal, pero cuando te caíste de bruces y te golpeaste en la cabeza contra las baldosas, comprendí que seguramente necesitarías ayuda y que alguien te echara un vistazo. Así que te subí y te tumbé en el sofá.

—Y entonces descubriste todo esto —dijo Viljar señalando la mesa del salón.

Estaba repleta de papeles que no debería ver nadie más que el propio Viljar. Henrik asintió con aire pensativo y se pasó una mano por el cabello ralo y canoso.

—Entonces descubrí esto —confirmó.

Viljar meneó la cabeza con frustración y bajó la vista al suelo de *parquet*, evitando la mirada de Thomsen. Sabía que, en lo que se refería a guardar secretos, Henrik Thomsen era tan impermeable como una red de pesca de malla gruesa. De modo que no le cupo la menor duda de que todo aquello iba a acabar en un bombazo sensacionalista.

—¿Y qué piensas? —murmuró Viljar, y si no hubiera sido por el pesado silencio que se había instalado en el salón, Henrik ni siquiera le habría oído.

—Pienso que tienes problemas muy graves y que has actuado como un completo idiota. Lo que hay sobre esta mesa no solo es material inflamable... ¡Es de combustión espontánea, joder!

Viljar asintió, pero no dijo nada. Todas las notas y recortes de prensa que guardaba sobre el caso Jonas desde hacía cuatro años no debían ser vistos por ojos ajenos. Y menos aún la carta que le escribió Jonas.

—No tengo ni idea de cómo has podido mantener todo esto oculto a la redacción y a la opinión pública durante tanto tiempo, pero no me cabe ninguna duda de que te va a estallar entre las manos como una granada.

Viljar conocía muy bien la naturaleza humana y podía ver que, en el fondo, Thomsen estaba disfrutando con la situación.

—De todas formas, mi carrera como periodista está acabada. Y si te soy sincero, me importa una mierda. Después de lo que ocurrió ayer, no voy a poder seguir en esto, y también creo que ya es hora de que salga a la luz toda la verdad sobre mi implicación en el caso de Jonas.

Henrik Thomsen entornó los ojos y miró fijamente al despojo humano que tenía delante.

—Ahí te equivocas, Gudmundsson. De momento, tú y yo somos los únicos que sabemos todo esto, y creo que ha llegado el momento de que nos rasquemos un poco las espaldas mutuamente.

Viljar alzó la mirada. «¿Qué querrá esta sabandija?».

—Por ahora tienes que mantenerlo oculto. Yo también tengo mis secretos, unos secretos que tú, sin saberlo, estuviste a punto de descubrir el otro día. Hans Indbjo y yo tenemos un chanchullo que, de vez en cuando, nos permite disfrutar de algunos ratos libres muy bien pagados. Un concierto en Stavanger, un festival en Dinamarca, una velada cultural en la isla de Stord... Con sus correspondientes horas extras pagadas, unas horas que, además, podemos descontarnos más tarde.

Henrik Thomsen se rascó con fuerza la barba que le cosquilleaba en la papada, por debajo del mentón.

—Verás, tenemos un par de ayudantes jóvenes que están más que encantados de tomar algunas fotos, contarnos algo del concierto y hacer un par de buenas grabaciones de audio. Y solo por unas quinientas coronas y una entrada gratis para algo que les gusta. Todos salimos ganando, ¿sabes? Así que nosotros dos podemos echarnos una mano para salir de esta situación tan incómoda, Viljar. Si tú guardas silencio sobre mi poco ortodoxa reseña de Stavanger, yo mantendré la boca cerrada acerca de lo que hay sobre esta mesa. Nadie tiene por qué saber que, de vez en cuando, me tomo esas licencias en el periódico, y tampoco nadie tiene por qué saber lo que ocurrió realmente para que el caso de Jonas se fuera a la mierda hace cuatro años.

Viljar meneó la cabeza. ¡Aquello parecía un puto chiste sin gracia! No podía creer que las cosas estuvieran así. Ya había tenido suficiente. Suficientes mentiras. Suficientes secretos. Suficiente angustia. Había que pararlo aquí y ahora. Henrik Thomsen suspiró. Se pellizcó el puente de la nariz. Se masajeó el cuero cabelludo detrás de la oreja. Por lo visto Viljar no era el único con dolor de cabeza en aquella habitación.

—Además —prosiguió—, tengo un pequeño as en la manga. Verás, creo que he descubierto algo respecto al caso del asesino en serie. Algo que podría hacer que la policía estuviera un paso más cerca de atraparlo. Si me prometes mantener la boca cerrada, lo compartiré contigo. Si no, en realidad me importa una mierda que anden tan desencaminados en la investigación.

Henrik tiró el sedal y Viljar mordió el anzuelo.

—¡Joder, Henrik! Si sabes algo tienes que contarlo. Se trata de Ranveig.

Al parecer sus palabras no provocaron ningún efecto en Henrik Thomsen, que se limitó a encogerse de hombros, indiferente.

Viljar desconfiaba, pero no podía dejar escapar aquella oportunidad. En el fondo tampoco tenía ningún interés en informar a Øveraas de que Thomsen se tomaba ciertas libertades en el desempeño de su trabajo y que, probablemente, le filtraba información al imbécil de Radio 102. En realidad, Viljar no tenía nada que perder haciendo un trato con Thomsen.

Miró al grandullón durante un momento antes de suspirar, resignado.

—De acuerdo, Henrik. Si te sigo en esto, tengo todas las de ganar. A ver, ¿qué has descubierto que se supone que la policía no ha averiguado ya? Puede que tú lo pienses, pero no eres tan brillante como te crees.

—Vale, Viljar. Intenta conectar tu torpe cerebro para escuchar bien lo que voy a contarte. No me interrumpas antes de que termine, ¿de acuerdo?

Viljar no contestó. Se limitó a asentir brevemente y encendió lo poco que le quedaba de la colilla del cenicero.

—El homicidio de Ranveig. Por lo que tengo entendido, estaba colgando en el salón ataviada con un vestido completamente blanco. Lo que me extraña es que nadie en el periódico se haya dado cuenta de la clara referencia que implica eso. Tampoco los investigadores parecen muy interesados en descubrir por qué el cuerpo apareció colgando de esa manera. Lo único que hacen es indagar en su relación contigo y tratar de averiguar si conocemos a gente que pudiera querer vengarse de ella.

—¿Su relación conmigo?

Viljar miró al enorme tipo del sillón con renovado interés.

—A la mierda con eso. Están todos en las nubes. La pregunta es: ¿cómo es posible que no vean la conexión con la película?

Viljar se inclinó hacia delante en el sofá. Tenía la sensación de que el dolor de cabeza iba a estallarle en las sienes. No tenía ni la menor idea de lo que estaba hablando Thomsen.

—¿Película...? ¿Qué película?

Thomsen miró extrañado a Viljar un instante, antes de inclinarse para coger el móvil de la mesa y ponerse a buscar el tráiler de *Ángeles caídos*, una de las películas sobre Varg Veum de hacía unos años.

Varg Veum, encarnado por Trond Espen Seim, apareció en la pantalla del móvil ante los ojos de Viljar, quien, al ver aquellas imágenes, pudo vislumbrar el contorno de lo que sin duda tenía que ser una conexión. Los vestidos blancos. Las mujeres ahorcadas. El asesino había copiado una escena de una de las películas de terror más vistas en Noruega, y aun así nadie parecía haber descubierto la relación. Por lo visto, nadie más que aquel tarugo de Henrik Thomsen.

Biblioteca Pública de Haugesund

Sábado por la mañana, 18 de octubre de 2014

La Biblioteca Pública de Haugesund. Antigua y venerable, integrándose en el paisaje por encima de la iglesia de Nuestro Salvador en el centro de la ciudad. Viljar todavía sentía la jaqueca de la resaca como una pesada losa sobre su cabeza. Tenía pocas ganas de entrar. Se detuvo delante de la puerta principal para concederse el tercer cigarrillo del día. Se percató de que, al pasar junto a él, la gente le miraba con expresión irritada. Por un momento se preguntó qué olería peor, si el cigarrillo o la ropa sudada con la que había dormido. Probablemente fuera la combinación de ambos lo que provocaba que la gente torciera el gesto.

Poco después se entreabrió la puerta detrás de él y un tipo alto y flacucho asomó la cabeza.

—Oye, no está permitido fumar aquí en la entrada. ¿Te importaría bajar al aparcamiento?

—¡Hola, Øystein!

La cabeza tras la puerta sobresalió un poco más. Esta vez con expresión inquisitiva.

—Ah, hola... ¿Eres tú, Viljar? No te había reconocido. ¿Puedes hacer lo que te he dicho?

Su tono no era agradable ni interrogativo. Hay personas con esa capacidad. Te preguntan algo pero al mismo tiempo te lo ordenan, sin variar la entonación.

Viljar no contestó. Se limitó a lanzar de un capirotazo el cigarrillo, que trazó un arco sobre los resecos arbustos otoñales antes de caer al asfalto. Se dio la vuelta y entró en el edificio con Øystein Vindheim.

—Qué bien que te haya encontrado, Øystein. —Viljar se aclaró la voz antes de continuar—: ¿Te acuerdas de la noche que acabamos juntos en el Bestastuå, después de encontrarnos con Henrik Thomsen en los muelles?

El bibliotecario se quedó mirando a Viljar antes de asentir levemente con la cabeza.

—Mmm... No fue hace mucho. Lo que me asombra es que tú lo recuerdes. ¡No parabas de beber como una esponja!

Viljar desechó sus palabras con un gesto de la mano. Ya tenía bastante resaca

como para encima ponerse a recordar otras noches bañadas en alcohol.

—Esta mañana he tenido una charla con Henrik Thomsen. Le he preguntado si nos hizo fotos aquella noche. Me ha dicho que no. ¿Las hiciste tú?

Øystein Vindheim alzó las cejas muy por encima de la montura de sus gafas.

—¿Me preguntas si tomé fotos? Yo me fui a casa a los diez minutos, Viljar. No soporto al grandullón ese y no tenía el más mínimo interés en pasarme la noche libre con ese imbécil.

—Entonces... ¿te fuiste?

—Je, je... Tal y como me imaginaba. No te acuerdas de nada. Incluso subiste conmigo las escaleras para acompañarme, después de que pidiera el taxi. Pero, si no recuerdo mal, te paraste a medio camino cuando te encontraste con unas tías a las que conocías.

Viljar tenía un vago recuerdo de haber estado en aquellas escaleras con Øystein, pero no eran más que *flashes* borrosos que no habían llegado a fijarse en su memoria. Dejó aquel asunto de lado para centrarse en el verdadero motivo por el que había acudido a la biblioteca.

—Bueno, no sería la primera vez que Thomsen se inventa cosas. En fin, pero no es esa la razón por la que estoy aquí. Verás, necesito ayuda con un asunto y sospecho que tú eres el hombre indicado para pedírsela.

Viljar se detuvo delante del mostrador y esperó a que Øystein se abriera paso entre carritos y estanterías para colocarse a salvo detrás del mismo. Miró a Viljar con una sonrisa.

—Muy bien. Si tiene que ver con libros, estoy seguro de que podría ayudarte, pero eso dependerá de si quiero hacerlo.

Øystein esbozó una agria sonrisa y clavó una mirada fría en Viljar.

—¿Qué coño...?

Viljar le miró sin comprenderlo. Øystein Vindheim siempre había sido la amabilidad personificada. Eran amigos. ¿De dónde venía esa repentina hostilidad?

—Precisamente hoy no sé si me apetece mucho hablar con el *Haugesunds Avis*. Tengo ciertos asuntos pendientes con la periodista que escribió sobre nosotros ayer. Me ha citado incorrectamente y ahora se ha puesto en plan arrogante y ni siquiera se digna contestarme cuando la llamo. No parecéis lo que se dice muy serios últimamente.

Viljar se quedó sin palabras. Su rostro adoptó una expresión grave y distante, y Øystein se percató de ello.

—¿Qué te pasa? ¿He dicho algo malo o qué? Tendréis que aceptar alguna crítica cuando...

El bibliotecario no pudo decir nada más antes de que se oyera un puñetazo en el mostrador delante de él. Una pila de libros devueltos amenazaron con volcarse, pero cambiaron de idea en el último momento. Ahora le tocó a Vindheim abrir los ojos de par en par.

—La periodista que te entrevistó fue asesinada hace dos noches, Øystein. Estoy bastante seguro de que te habría cogido el teléfono y se habría disculpado por haberte citado incorrectamente si no fuera porque murió colgada de una soga.

—Oh, Dios mío, Viljar. ¿Fue Ranveig la que...?

—¡Sí! —lo interrumpió, y se pasó la mano por la cara luchando tenazmente para no perder los estribos.

Øystein se había quedado sin color en el rostro. Su habitual sonrisa se borró en un segundo y se agarró al mostrador con tanta fuerza que los nudillos se le pusieron blancos.

—Lamento haberme puesto brusco —dijo Viljar—. En fin... El caso es que necesito ayuda.

Øystein se quedó paralizado durante unos segundos antes de volver en sí de repente.

—Claro, claro... Lo que sea... Lo siento de verdad. Tiene que haber sido un mazazo tremendo...

Intentó torpemente darle unas palmadas en el hombro a su amigo. Viljar le apartó la mano con gesto amable.

—En realidad he venido por este asunto. Tengo indicios de que el asesino está imitando escenas de libros o películas para llevar a cabo los asesinatos.

—¿Libros...? ¿Quieres decir en plan *copycat*?

Viljar se quedó mirando al larguirucho bibliotecario. Él no habría empleado ese término, pero resultaba realmente apropiado. *Copycat*... Alguien que imita los actos de los demás. O en este caso, si daba crédito a las palabras de Henrik Thomsen, alguien que imita lo que «escriben» los demás.

—Ranveig vestida con un camisón blanco y colgando de una cuerda en el salón... ¿Te suena de algo?

Viljar sabía la respuesta, pero quería que Vindheim se lo confirmara. Este lo miró consternado. No sería humano si no le afectaran ese tipo de detalles. Era un tipo de información que la policía no solía compartir con los medios.

Øystein negó con la cabeza, y luego se detuvo antes de empezar a asentir. Viljar constató que no había tardado más de diez segundos en llegar a la misma conclusión a la que habían llegado Henrik y él. La similitud era evidente. Aun así, la policía llevaba más de veinticuatro horas sin percatarse de ella. O... bueno, tampoco sabía si lo habían descubierto.

—Pues sí... Estás pensando en Gunnar Staalesen, ¿no? *Ángeles caídos*. El asesino cuelga a las víctimas después de matarlas. Y todas llevan vestidos blancos.

—Correcto, Øystein, pero Thomsen afirma que lo de los «ángeles» colgando con vestidos blancos solo pasa en la película. ¿Es así?

—¿Cómo? Ni de coña. Staalesen no consentiría que introdujeran unos cambios tan importantes en su obra, ¿no crees?

Viljar se limitó a encogerse de hombros. No lo sabía y, en realidad, tampoco le

importaba mucho. Øystein Vindheim se quedó pensativo un momento.

—Y, claro, luego está lo del primer asesinato.

Viljar se quedó mirando fijamente al bibliotecario sin decir palabra. El sistema de arranque de su cerebro iba algo lento esa mañana y le llevó su tiempo hacer las conexiones adecuadas. Su expresión interrogante hizo que Vindheim continuara:

—Sí, ya se lo mencioné a Ranveig Børve... El primer asesinato de la mujer que se precipitó por el balcón. Más o menos el mismo rollo.

Finalmente el cerebro de Viljar arrancó a funcionar. Comprendió que aquello era importante. Significaba que Ranveig ya había descubierto la conexión el jueves.

—¿Cómo? ¿Es que ese asesinato también está sacado de un libro o una película?

Vindheim no respondió. Se limitó a darse media vuelta y dirigirse a las estanterías del lado derecho del mostrador. Con dedos rápidos y experimentados buscó un libro en el estante. Se lo entregó a Viljar. Unni Lindell. *El ángel oscuro*. Viljar echó un vistazo a la contraportada y comprendió por el texto de la solapa que habían dado en el blanco.

—La novela empieza con una mujer que es arrojada por el balcón de su apartamento. Fue lo primero que me vino a la cabeza cuando leí sobre el asesinato en el periódico, pero pensé que era una coincidencia.

—¿Se te pasó por la cabeza... y no le dijiste nada a la policía?

—Je, je... Entiendo tu reacción, pero todos los asesinatos cometidos en Noruega presentan muchas similitudes con los que puedan aparecer en cualquier novela negra. Los autores hacen sus investigaciones, ¿sabes? Pero esto es demencial...

Øystein Vindheim se quedó con la mirada perdida. Sus brazos cayeron a los costados, como si le hubieran colgado en un tendedero para que se secara.

Viljar le ofreció los datos del segundo asesinato: el del vendedor de coches muerto en las escaleras de su casa tras recibir un disparo en la cabeza desde gran distancia. Vindheim negó con la cabeza. Así de entrada no recordaba nada parecido a ese crimen en la literatura policíaca. Viljar estaba a punto de desistir cuando Øystein le pidió que esperara un momento.

Un par de minutos más tarde volvió con los dos compañeros bibliotecarios, un hombre y una mujer, que estaban de guardia ese sábado. Les expuso la trama del asesinato y les pidió que intentaran recordar si habían leído algo parecido en un libro últimamente.

Los tres se quedaron pensando un rato hasta que la mujer, menuda, morena y vivaracha, pronunció las palabras liberadoras que hicieron que Viljar se levantara de la silla en que se había sentado.

—¿Podría ser de Jo Nesbø? ¿No fue en uno de sus libros donde mataban de un simple disparo a larga distancia a un abogado corrupto o algo así, en las escaleras de su casa? El asesino llevaba toda la noche apostado, esperando. Empleó una de esas armas antiguas de la Segunda Guerra Mundial...

El rostro de Øystein se iluminó.

—¡Pues claro! Eso es. Aparece en el primer tomo de la trilogía de Oslo, la de Harry Hole. Es la novela del viejo combatiente... ¿Cómo se llamaba? ¿*Némesis*? No... Era la anterior...

—¿*Petirrojo*? —respondió con rapidez la morena vivaracha.

—¡Sí! *Petirrojo*. Gracias, Ruth. No estoy completamente seguro, pero es posible que sea lo que estamos buscando.

Se dirigió nuevamente a los estantes para buscarlo. Al regresar, añadió:

—Creo recordar que el asesinato ocurría bastante avanzado el relato. No al final, pero al menos pasada la mitad del libro.

Le entregó el ejemplar a Viljar. Este le dio rápidamente las gracias, se colocó los libros bajo el brazo y se dirigió hacia la puerta. Al ir a cruzarla, la alarma empezó a pitar de modo infernal. Øystein acudió corriendo y apagó el mecanismo.

—¿Tarjeta de socio?

—No tengo —murmuró Viljar, mirando abochornado al suelo.

Le avergonzaba reconocer ante su amigo lo poco familiarizado que estaba con el sistema de préstamos de la biblioteca.

—¡Pues entonces ya es hora, joder! Ven conmigo —le ordenó Øystein, y empezó a preparar la tarjeta de socio para Viljar Ravn Gudmundsson.

Una vez fuera, Viljar se detuvo un instante y echó un vistazo hacia el centro urbano de la Ciudad del Arenque. En el aparcamiento del Europark avistó a un individuo con el que había estado hacía apenas una hora. Henrik Thomsen se dirigía a su coche acompañado de otro hombre que le resultó vagamente familiar.

Viljar había entrevistado a aquel hombre en relación con un robo cometido hacía varios años. Se llamaba Arve no sé cuántos. No recordaba su apellido, pero el tipo era bastante conocido en la ciudad. Henrik abrió el maletero de su coche para que el otro metiera la enorme caja que llevaba.

Viljar seguía absorto en sus propios pensamientos cuando el coche pasó por delante de la biblioteca. Entonces se acordó. El músico regional que ocupaba el asiento del copiloto resultaba inconfundible. Tocaba con la orquesta sinfónica del norte de Rogaland desde que Viljar era un chaval.

«Típico de Thomsen. Siempre le han ido las bellas artes».

Juzgado de Haugesund

Sábado por la mañana, 18 de octubre de 2014

Siempre que Lotte Skeisvoll se encontraba delante del nuevo juzgado de Haugesund, le venía a la mente el mismo recuerdo de la infancia. Anne y ella estaban tiradas en el suelo del salón de su vieja casa en Solvang. Llevaban leotardos. A su alrededor se esparcía un auténtico caos de piezas de Lego, un Ragnarök apocalíptico. Recordaba que ella siempre se aseguraba de que Anne tuviera las mejores y más bonitas piezas, mientras que ella se conformaba con las sobras. Con unos bloques casi imposibles de juntar para armar una casa. El resultado solía ser una construcción extraña, con unos postes desnudos en un extremo y en el otro unas ventanas estrechas y alargadas de diferentes tamaños. Anne siempre se echaba a reír cuando veía las raras edificaciones que Lotte armaba con las piezas sobrantes.

El edificio blanco del juzgado parecía una de aquellas construcciones de su infancia. Normalmente estaba cerrado los sábados por la mañana, pero Lotte sabía que ese día estaban celebrando una vista preliminar y esperaba tener la oportunidad de poder hablar con algún funcionario.

Hacía mucho viento y la lluvia azotaba el asfalto cuando cruzó la calle Knut Knutsen OAS y la plaza del Ayuntamiento en dirección al juzgado. Buscó refugio bajo la marquesina del edificio. Ahuecó las manos frente a las ventanas situadas junto a la entrada para mirar al interior. Acertó. El funcionario André Ferkingstad estaba en el vestíbulo, conversando con uno de los abogados defensores más prestigiosos de la ciudad.

Dio unos golpecitos en el cristal para llamar su atención. Ferkingstad la reconoció de inmediato y acudió a abrirle la puerta. El abogado ya se alejaba cuando ella entró y se sacudió un poco el agua.

—No creo que sea necesario que acudas a la vista, Skeisvoll —le dijo—. No estás en mi lista.

—No, no... No he venido por eso. —Luego se dirigió a Ferkingstad—: Quería saber si tú o alguna otra persona podríais responderme a un par de preguntas. Tienen que ver con los casos de asesinato en los que estamos trabajando.

Lotte se percató de que el hombre, tan devoto y comedido, se ponía lívido y miraba con nerviosismo a su alrededor.

—¡Yo no sé nada de eso!

Lotte vaciló. No había ido allí para acusarle de nada. Al mismo tiempo, sintió un hormigueo bajo la piel al recordar la imagen del señor Ferkingstad exultante delante de su propia casa en llamas. El recuerdo la hizo estremecerse. Ese hombre no parecía estar muy en sus cabales.

En vez de hacer algún comentario acerca de su reacción, sacó el cuaderno de notas. Al ver que se había mojado en una esquina, experimentó una irritación inmediata.

«Estoy descuidándome. Ni siquiera consigo mantener el orden en las cosas más simples».

—No sé cuánto sabrás por los periódicos, pero nos enfrentamos a un asesino que, evidentemente, tiene acceso a información procedente de documentos judiciales. Lo que me gustaría saber es: aparte de los que trabajamos en la policía y el personal del juzgado, ¿quién podría tener acceso a todos los detalles referentes a juicios y sentencias?

André Ferkingstad la miró extrañado.

—Todas las sentencias son públicas, así que en teoría podría tener acceso cualquiera.

Lotte suspiró. Por lo visto Ferkingstad no era muy avisado. Ella no necesitaba que le dijera obviedades.

—Sí, eso ya lo sé. No me refería a eso. Pero tú y yo sabemos que es imposible encontrar información en Google sobre si a tu vecino le han condenado por conducir borracho o si es un agresor sexual. Aparte de la policía y de los que trabajáis aquí, ¿quién podría tener acceso a ese tipo de datos? ¿Abogados, periodistas, empresas de seguridad...?

—Los de seguridad no, eso está claro. Los medios de comunicación y los bufetes de abogados podrían acceder a ese tipo de información, pero...

—¿Pero...?

André Ferkingstad se rascó pensativo la poblada barba antes de hacer un gesto frustrado con las manos.

—Para ello tendrían que venir aquí y pedir acceso a los documentos de las sentencias. En nuestro sistema solo están registrados los juicios más recientes. Si buscan documentación de casos anteriores, tienen que ponerse en contacto directo con nosotros. Con nosotros... o con vosotros. Todos los documentos están archivados en la comisaría.

—¿Es algo que la gente solicite a menudo?

—No, casi nunca. Pero si te refieres a aquel asunto del periódico, es cierto que hace unos años el periodista ese era de los que venía con más frecuencia. Un tipo burdo, un auténtico pelmazo.

—¿Gudmundsson?

—Sí. Y ahora su sonrisa presuntuosa adorna todos los expositores de prensa de la

ciudad. ¡Es una hiena que huele la sangre y la mierda a la legua!

Lotte observó que las mejillas de Ferkingstad se encendían arrebatadas. No era la única persona que había reaccionado con repulsa al reportaje de mal gusto que había aparecido en el periódico el día anterior. La gente estaba muy indignada por el enfoque sensacionalista.

—¿Existe un registro de esa clase de peticiones? ¿Es posible saber quién ha revisado qué sentencias?

Ferkingstad asintió.

—Sí, pero necesito el número de registro de los casos en cuestión, y tardaría unos días en poder proporcionar una lista completa. No están digitalizados, al menos los casos anteriores a 2010.

Lotte cerró los ojos. Otra puerta cerrada. Y ya no les quedaba tiempo. El asesino actuaba a intervalos demasiado cortos y apenas les dejaba margen para desarrollar estrategias de investigación.

Era probable que también formara parte de su plan. Seguramente quería mantenerles en constante acción para que no tuvieran ocasión de pensar demasiado.

—De acuerdo. Consígueme esto lo antes posible —dijo Lotte, entregándole los tres primeros números de registro al funcionario.

Cuando Ferkingstad le abrió la puerta para dejarla salir, vieron acercarse a un individuo muy alto. Tenía la cabeza agachada y se cubría la cara con las manos para protegerse de la lluvia pertinaz. Era Øystein Vindheim.

Ferkingstad sonrió ampliamente y le dio una palmada en el hombro cuando llegó a la entrada.

—¿No estás en la biblioteca, hermano?

Vindheim se sacudió el agua de la cabeza.

—He salido a almorzar temprano. Y pensé en pasarme a recoger el chubasquero que me dejé aquí el jueves pasado. Por lo visto hoy me va a hacer mucha falta.

—¿Sois hermanos? Pero tenéis apellidos diferentes...

Vindheim se giró hacia Lotte y sonrió.

—¿No ves el parecido? —Øystein Vindheim se pegó a Ferkingstad—. Somos hermanastros. Misma madre, padres distintos. Yo acabé siendo la bella y este de aquí la bestia.

Øystein le dio un codazo a Ferkingstad. A este no parecían hacerle especial gracia las bromas de su hermanastro.

Lotte habría querido preguntarle al bibliotecario sobre su encuentro con Ranveig Børve de hacía dos días, pero no quiso mencionarlo en presencia de Ferkingstad.

Al salir por la puerta, fue a cerrar el cuaderno de notas y, para su sorpresa, descubrió que solo había anotado una palabra durante su conversación con el funcionario: «¿Policía?».

«Tengo que prestar más atención. No estoy haciendo bien mi trabajo».

Alisó el papel que se había arrugado en la esquina, dejó que la puerta se cerrara

tras ella y echó a andar en dirección a la comisaría. Apenas había llegado al Antiguo Matadero cuando, de repente, un coche de policía con las luces encendidas se detuvo junto a ella. Knut Veldetun se bajó de un salto, visiblemente alterado.

—¡Joder, Lotte! ¿Tienes el móvil en silencio o qué? —Se acercó corriendo a ella—. Métete en el coche, te llevo al hospital. Se trata de Anne. Una sobredosis.

Lotte Skeisvoll se agarró del brazo de Knut. Le flaquearon las piernas, pero el fornido policía logró mantenerla en pie.

—Ven, Lotte. Sube al coche. Olav se ha hecho cargo del caso. Tenemos que llevarte al hospital.

En aquel instante toda la investigación policial del mundo careció de importancia. Habían encontrado a Anne medio muerta, le pudo contar Knut. No sabía si seguía con vida.

Cuatro años antes...

McDonald's, centro comercial Oasen, Norheim

Sábado por la mañana, 28 de agosto de 2010

Las manos le temblaban, pero Jonas las mantenía debajo de la mesa. Le costaba respirar. El restaurante apestaba a fritanga y grasa requemada. Su corazón desbocado no quería calmarse. Ante él tenía el amplio reportaje del *Haugesunds Avis*. Cinco páginas interiores. Además de la página doble sobre él mismo, había otra dedicada por entero a Herman Eliassen y otras dos que marcarían su condenación política. Todo ello firmado por Gudmundsson. En principio, era lo que había soñado. Era su venganza definitiva. Un sólido clavo en el féretro político de Eliassen. Los posteriores artículos de seguimiento lo sellarían para toda la eternidad.

No obstante, todo se había ido totalmente a la mierda. A Gudmundsson se le había escapado un pequeño detalle. Un detalle mínimo, pero con unos efectos devastadores. En la fotografía no era posible reconocer a Jonas, pero en la esquina izquierda de la imagen se veía la mesa donde habían mantenido la entrevista. Sobre la mesa había un cuaderno de notas abierto. A simple vista apenas se veía, pero mediante una lupa podía leerse lo que aparecía en él.

ENTREVISTA CON JONAS FERKINGSTAD, ponía con letras mayúsculas en la parte superior del cuaderno. El resto era ilegible. Sin quererlo, Viljar Ravn Gudmundsson había delatado su nombre. Había descuidado el aspecto más importante: el de proteger a su fuente.

Para más inri, Viljar no respondía a sus llamadas. Saltaba el contestador. Por el momento, solo le quedaba la esperanza de que nadie en su casa o en su círculo de amistades leyese el periódico con lupa. De haber podido, habría recogido todos los ejemplares de todos los comercios y los habría quemado. Aquello era una auténtica pesadilla. Tenía la sensación de que la gente se le quedaba mirando. Que cuchicheaban a sus espaldas. De repente, se levantó con un movimiento brusco, haciendo que su vaso de Coca-Cola cayera al suelo. No se percató de ello, simplemente salió corriendo del restaurante. Necesitaba aire. Necesitaba pensar.

Se sentó temblando en un banco junto a la iglesia de Norheim. Intentó descifrar la letra del cuaderno sin lupa. No era posible. Cruzó los dedos para que los periodistas de Oslo no desvelaran su nombre, que tuvieran en consideración que él era una

víctima. Pero fue una vana esperanza.

Poco después recibió un mensaje de voz de un número sin identificar. Alguien que afirmaba ser reportero del VG y que quería darle la oportunidad de refutar las afirmaciones de Herman Eliassen, quien alegaba que todo aquello no era más que un bulo, un acto de venganza de un candidato frustrado a entrar en Nuevas Voces. Alguien molesto por no haber sido elegido para formar parte del núcleo de jóvenes promesas del partido.

Dado que el VG ya había descubierto su nombre en la fotografía, Jonas comprendió que, en cuestión de horas, el mundo se derrumbaría a su alrededor.

No había vuelta atrás. Todo se haría público por la noche. «Tengo que tomar el control de la situación —pensó—. Tengo que ganar tiempo. Necesito tiempo hasta mañana para escapar».

Jonas cogió el móvil y buscó la primera llamada perdida del periodista. Con dedos temblorosos, pulsó la tecla de «Devolver llamada» y rezó en su fuero interno para que su plan funcionara.

—Sandgren, VG.

—Soy Jonas Ferkingstad. Tengo una propuesta para usted. Si espera hasta mañana por la noche antes de hacer público mi nombre, le concederé una entrevista en exclusiva en la que lo contaré todo. Solo hablaré con el VG, con nadie más.

Hospital de Haugesund

Sábado por la mañana, 18 de octubre de 2014

La habitación era blanca. Paredes blancas, techo blanco, sábanas blancas, piel blanca. Por una vez, Anne parecía estar en paz. Su pelo rubio ondeaba suavemente alrededor de las mejillas y los hombros. Pálida e inerte. Todos los pequeños surcos y arrugas de su rostro habían desaparecido. Era como mirar a una pequeña y hermosa muñeca. Una muñeca que, de repente, podría abrir los ojos y exclamar un mecánico «¡Mamá!». Pero Anne no abrió los ojos. Estaba en paz. No tenía ningún botón en la espalda que pudiera hacerla resucitar en un momento. Las pilas estaban agotadas.

Lotte miró a su hermana con otros ojos. Por primera vez en muchos años volvió a ver a la pequeña niña indefensa, la que siempre había sido la más alegre y vital de las dos. La que siempre tenía a punto un chiste o una anécdota divertida. La que siempre se preguntaba cómo las cosas encajaban entre sí. La que siempre mostraba curiosidad por la vida, sin tener en cuenta que el mundo también albergaba peligros y maldad. Cuando era pequeña, era vulnerable como un polluelo que no ha salido aún del nido. La más mínima cosa la podía decepcionar, herir o doler. Anne siempre pensaba lo mejor de todo el mundo y nunca concibió que la pudieran engañar. Cuando murieron sus padres, la vida la golpeó con todas sus fuerzas. Como un coche que impacta a gran velocidad destrozándose la piel, los huesos y la carne, convirtiéndolos en un amasijo sanguinolento sin vida. Ocurrió ante los ojos de Lotte sin que ella se diera cuenta. Anne se le escurrió de entre las manos. Poco a poco. Al principio, problemas pequeños, banales. Después fueron aumentando en importancia, aunque aún resultaban comprensibles. Y, finalmente, problemas mucho más graves y peligrosos que hicieron saltar todas las alarmas.

Lotte no se dio cuenta de lo bajo que había caído su hermana hasta que vio las marcas de las jeringuillas. Y comprendió que Anne estaba perdida. Desde el día en que la vergüenza tocó a su puerta y ya no quedaban más excusas y justificaciones, Lotte empleó casi todas sus fuerzas para protegerse a sí misma. No a su hermana. Ocultó la desesperación, la pena y la impotencia en un rincón de su cerebro cerrado con cadenas y candados dobles. No permitiría a nadie acceder a aquel lugar.

Hasta ese momento de inocencia y pureza, no había dejado que saliera todo a la superficie. Ella había dejado que sucediera aquello. Las lágrimas caían mientras

repetía el nombre de su hermana, una y otra vez, en susurros. Lotte comprendió que había llegado a un punto de inflexión. Nunca más volvería a mantenerse indiferente respecto a lo que le ocurriera a Anne. Ya no tenía sentido pretender que no la afectaba.

Los médicos habían conseguido a duras penas restablecer sus constantes vitales. Había sufrido un paro cardíaco y su corazón llevaba un rato sin latir cuando el personal de la ambulancia había empezado la reanimación.

—No sabemos si el paro cardíaco le ha ocasionado alguna lesión —le explicó una enfermera—. Pero parece que la cosa ha ido mejor de lo que nos temíamos en un principio. Ahora respira sin ayuda y presenta movilidad en las extremidades. De momento la mantendremos dormida. Hasta que no la despertemos no podremos decirte nada más acerca de su estado.

La incertidumbre eclipsó la alegría de saber que seguía con vida. ¿Sería posible que Anne se quedara postrada en una cama para el resto de sus días? Lotte se sintió avergonzada cuando sus pensamientos se convirtieron en divagaciones sobre el hecho de que ella no tenía ni espacio ni tiempo para ocuparse de una hermana necesitada constantemente de cuidados.

«¿Hasta qué punto puedo llegar a ser egoísta?», pensó, y al momento se propinó una bofetada imaginaria.

Mientras estaba sumida en aquellos oscuros pensamientos, el teléfono no paraba de emitir zumbidos una y otra vez. Decidió no mirarlo mientras estuviera acompañando a Anne. Tenía que dejar de anteponer su profesión a la familia.

Poco después, un remolino de batas blancas invadió la habitación. Cabizbajos. Murmullos. Gafas en la punta de la nariz. Uno de ellos se acercó a Lotte y le pidió que hiciera el favor de esperar fuera hasta que la visita médica hubiera concluido. Lotte podría volver a entrar más tarde, pero seguramente los médicos decidirían que Anne debería descansar algunas horas más, así que hasta entonces no podría regresar junto a su hermana. Tal vez ni siquiera entonces. Era un caso que podía requerir mucho tiempo.

Lotte salió y se sentó en un pequeño grupo de sofás situado junto a la sala de estar común de los pacientes. Sacó el móvil y empezó a revisarlo. Había bastantes más mensajes de aliento de lo que se había esperado, y tampoco nadie cuestionaba el hecho de que no estuviera al mando de la investigación en aquel momento.

«Puede que tenga una visión demasiado cínica de la naturaleza humana».

El pensamiento la hizo sonreír un poco. Abrió un mensaje tras otro, notando cómo las lágrimas se abrían paso. De repente, un mensaje de Viljar iluminó la pantalla. Lotte había reparado en que también la había llamado un par de veces, pero en ese momento no se sentía con fuerzas para dedicarse a sus problemas.

Cuando leyó el mensaje, cambió de idea de inmediato.

«Hola, Lotte. He descubierto algo importante. Nuestro hombre está copiando los asesinatos de algunas novelas policíacas. He ido a buscar ayuda a la biblioteca.

Hemos encontrado los tres asesinatos en diferentes libros. ¡Lláname cuanto antes!».

¿Sería eso posible?

Lotte suspiró frustrada y se esforzó por recordar si había leído sobre algo parecido en algún lugar. El asesino debería estar pensando que la gente de la comisaría no era más que una panda de ineptos por no haber descubierto aquello antes. Llamó a Viljar. Contestó después del primer tono.

—¿Puedes pasarte por aquí, Lotte? No creo que pueda explicártelo por teléfono. Tienes que verlo con tus propios ojos.

Lotte se mordió el labio. No debería irse. Anne la necesitaba. Sería mejor que enviara a Scheldrup Hansen o alguna otra persona.

—Mira, ahora estoy realmente ocupada. Mi hermana está en el hospital. ¿Te parece bien que envíe al inspector de la judicial?

—Solo si me dejas que le dé una patada en las pelotas...

Lotte suspiró profundamente. Al parecer no era la única que mantenía una tensa relación con Scheldrup Hansen.

Lotte cedió. Tal vez fuera mejor que se ocupara ella misma. Al tomar la decisión sintió una punzada de mala conciencia, pero tampoco podía pasar de ese asunto. Le aseguró a Viljar que estaría allí en media hora.

Lotte inspiró profundamente y exhaló el aire muy despacio. Era un truco que había aprendido en las clases de yoga. Se suponía que ayudaba a eliminar del cuerpo las preocupaciones y los pensamientos y sentimientos dolorosos.

«Ahora debo mantenerme centrada —se dijo—. Es muy probable que Anne no se despierte hasta mañana. Ni siquiera se da cuenta de si estoy aquí. Me paso por casa de Viljar para escuchar lo que me tiene que contar. Después voy al servicio médico del cuerpo y solicito la baja inmediata. Está fuera de toda cuestión seguir dirigiendo una investigación al tiempo que trato de ayudar a Anne a recuperarse».

Calle Austmannavegen, Haugesund

Sábado por la mañana, 18 de octubre de 2014

Tras la visita a la biblioteca, Viljar dejó que la apatía se apoderara de él nuevamente. No le había dicho nada a Lotte por teléfono, pero había un correo electrónico sin abrir en la bandeja de su dirección del trabajo. El asunto del mensaje no dejaba lugar a dudas sobre el contenido.

«Sentencia n.º 4»

Viljar no había querido abrirlo. No tenía el más mínimo deseo de leer más mensajes macabros de aquellos. El anterior había sido sobre Ranveig. El hecho de presentarla como una especie de delincuente merecedora de la pena de muerte resultaba tan espeluznante como sumamente injusto. Por lo menos, su acto había convencido a Viljar de una cosa. El asesino no buscaba a delincuentes que merecían un castigo. Buscaba a personas a las que había decidido matar, y luego trataba de justificarlo de algún modo.

El centro periodístico de Akersgata había despertado de su letargo. La prensa sensacionalista se regodeaba con unos titulares histéricos. En los periódicos que había recogido a toda prisa cuando volvía a casa destacaban a toda plana las fotos de Tømmerdalen. El VG provocaba con el titular «La última víctima del Verdugo» y una gran foto de Ranveig. El *Dagbladet* se había decidido por una variante más «seria»: «Nuevo asesinato en Haugesund — La gente huye de la ciudad». Cada emisión de noticias y programa de actualidad trataba sobre «el Verdugo», un apodo que implicaba que Ranveig había cometido un delito por el que había sido castigada.

Ranveig le había contado la historia en una fiesta de empresa con mucho alcohol de por medio. Se había dormido en el asiento del copiloto de un coche y no se despertó hasta que se produjo el accidente. El conductor huyó a pie del lugar del siniestro, dejando puestas las llaves. Incluso llegó a afirmar que ella le había robado el coche. La acusaron de conducir bajo los efectos del alcohol, pero la absolvieron por falta de pruebas. Nadie pudo demostrar que era ella la que conducía.

Emplear ese incidente como un pretexto de que ella merecía morir era algo absolutamente ridículo y, en el fondo, el asesino también lo sabía. Había escogido a Ranveig para hacerle el mayor daño posible a él.

«Este caso tiene que ver conmigo. Lotte puede pensar lo que quiera. Es una

vendetta. Cuando yo desaparezca, habrá acabado todo».

Abriría el correo cuando llegara Lotte, pero a partir de ese momento sería ella la que se encargase de leerlos. No tenía intención de permanecer mucho más tiempo en la ciudad. Compartiría con Lotte las teorías a las que habían llegado Øystein Vindheim y él. Luego ella y la policía tendrían que ocuparse de todo lo demás. Aquel juego se había vuelto demasiado peligroso.

«Tengo más que suficiente con mis propios fantasmas», pensó cuando llamaron a la puerta.

Lotte estaba en el rellano. O, mejor dicho, lo que quedaba de ella. No intercambiaron palabra alguna. Viljar se limitó a abrir la puerta de par en par para que ella entrara. Se dio cuenta de que había estado llorando. Había surcos de lágrimas en sus mejillas y sus ojos enrojecidos traslucían su dolor. Presentaba un aspecto descuidado, desaliñado.

Pasó por delante de él y entró directamente en el salón sin quitarse el abrigo. Se dejó caer en el sillón más cercano y soltó un suspiro profundo e intenso. Fue como si la hubieran despojado de su identidad, de toda su personalidad. Apenas quedaba nada de ella, un zombi a plena luz del día. Viljar se sentó en el sofá y orientó el portátil hacia ella. Señaló el correo.

Un destello de desesperación recorrió su mirada. Miró fijamente la pantalla y abrió el correo. Lo leyó atentamente.

Cuando terminó, Lotte meneó la cabeza con expresión consternada. Pronunció las primeras palabras desde que entrara en el piso de Viljar:

—Y bien... ¿Lo has leído?

Viljar negó con la cabeza. Sacó la petaca de tabaco pasando olímpicamente de la mirada reprobatoria de Lotte. Era su casa. Sus reglas. Si a ella le molestaba que fumase, tendría que marcharse. Lotte carraspeó, mirando a su alrededor para localizar una ventana que pudiera abrir. Se levantó a duras penas del sillón para arrastrarse hasta la que había junto al pequeño cuarto que albergaba la cocina.

—En esta ocasión su objetivo es alguien metido en asuntos de contrabando. Utiliza el mismo nombre, pero ha vuelto a cambiar de servidor de correo.

Sacó su teléfono para comunicar la información a la comisaría. Prometió enviar inmediatamente el correo a la dirección de Olav. Viljar permaneció callado hasta que hubo acabado.

—No servirá de mucho —dijo—. No vais a encontrarle por la información que proporciona en el mensaje. Podría ayudar a reducir la búsqueda de algún modo, pero acabará consiguiendo su objetivo. Lo más interesante deben ser las letras y los números que aparecen en la parte inferior. ¿Cuáles son?

Lotte lo miró interrogante antes de volver a dirigir la vista a la pantalla. Fue bajando por el texto hasta encontrar lo que buscaba.

—AH1-2.

—Muy bien. Entonces pronto sabremos cómo llevará a cabo su asesinato —dijo

Viljar.

El caso resultaba tan extenuante que ni siquiera sentía ninguna satisfacción por haber descubierto parte de la solución.

—Los acertijos me gustan tanto como los periodistas oscuros y decadentes —dijo Lotte—. Si hay algo que no tenemos ahora mismo, es tiempo.

—El código hace referencia a un asesinato concreto de alguna novela negra. Una novela escrita por alguien que responde a las iniciales AH. En esta ocasión se trata del segundo asesinato que aparezca en el primer libro de ese autor o autora.

—¿Anne Holt?

—Por ejemplo, pero podría haber otros. Habría que comprobarlo para asegurarse. Si es Anne Holt, estáis de suerte. Tengo toda su obra aquí mismo.

Viljar señaló con el pulgar hacia atrás, donde una enorme librería cubría todo el ancho de la pared del suelo al techo. Aunque el resto del piso parecía una guarida de yonquis, allí reinaba el orden.

—No sabía que leyeras libros...

Viljar obvió el comentario con un gesto de la mano.

—Se los dejó mi ex.

Lotte se levantó y se acercó a la librería. Pasó el índice cuidadosamente por los lomos.

—¿Cuál es el primero?

—*Diosa ciega*. Están colocados por orden cronológico.

Lotte no dijo nada. Se limitó a asentir pensativa y sacó el título mencionado del estante. Empezó a hojearlo, pero después de un par de páginas se detuvo.

—¿Tengo que leerlo o ya sabes la respuesta? —preguntó volviendo la cabeza hacia Viljar, que seguía en el sofá.

—No tengo ni idea. Tendrás que buscarla tú misma.

Lotte volvió a sentarse en el sillón. Llevaba la novela en las manos.

—¿Y los otros tres? ¿Qué libros eran?

—El primero era *El ángel oscuro*, de Unni Lindell. Una señora es arrojada por el balcón de su piso. El segundo resultó más difícil: *Petirrojo*, de Jo Nesbø. Disparan a un abogado en las escaleras de su casa con un rifle. El último no creo que haga falta mencionarlo. Todos hemos visto la película...

—*Ángeles caídos*...

Lotte susurró las palabras al aire. Las escenas de las víctimas que parecían ángeles en camisón blanco colgando del techo se encontraban entre las más aterradoras filmadas jamás por el cine noruego.

Viljar apartó la mirada. El recuerdo de Ranveig permanecería para siempre, inexorablemente, ligado a esas escenas.

El embarazoso silencio no duró más de un par de segundos. Viljar extendió la mano. No para coger la de Lotte, sino para que le entregara el libro. Ella se dio cuenta. Se lo pasó y volvió a llamar a la comisaría.

Diez minutos más tarde tenía la respuesta.

—Aquí está... Disparan a un tipo a quemarropa con una pistola de grueso calibre en la entrada de su propia casa. Breve y brutal. Un tiro en la cabeza y fuera de juego. Si Anne Holt es la autora en cuestión, ya tenéis la respuesta.

—¿Podría tratarse de otro autor?

Lotte apartó la mirada de Viljar para dirigirla a la librería.

—Tendréis que comprobarlo bien. En *Ángeles caídos* se basó más bien en la versión cinematográfica, pero creo que en este caso se trata sin duda de Anne Holt. Todos los demás son autores noruegos muy conocidos: Gunnar Staalesen, Unni Lindell y Jo Nesbø.

Lotte asintió. Si fuera así, tendría las respuestas a las preguntas del qué y el cómo. El problema era que les faltaban el quién, el dónde y el cuándo.

Viljar miró disimuladamente a Lotte. Parecía abstraída, y sintió pena por ella. Era la responsable de resolver un caso que no se dejaba resolver. El asesino actuaba con demasiada rapidez para ello.

Comisaría de policía de Haugesund

Sábado por la tarde, 18 de octubre de 2014

Tres horas después del encuentro entre Lotte y Viljar, el ambiente en la central de operaciones de la comisaría estaba muy cargado. Cuando Lotte regresó de casa de Viljar, informó a Scheldrup Hansen y luego se marchó. Resultaba de lo más inoportuno que tuviera que estar pendiente de su hermana en el hospital, pensó Olav, pero decidió dejarla en paz. Estaba contento de tener la oportunidad de quedarse solo al mando de la nave. Tenía muy claro qué era lo que había que hacer e intentó dar órdenes concisas y directas al equipo.

—Knut... Tú te encargarás de identificar a los acusados de contrabando absueltos en el juzgado de Haugaland desde 2002 hasta el día de hoy. Llévate a los dos agentes que quieras. Hemos suspendido todos los permisos de fin de semana, así que tienes donde elegir. Le he pedido a André Ferkingstad, un funcionario del juzgado, que os atienda personalmente. Él os ayudará a buscar las sentencias en cuestión con más rapidez.

A continuación, Olav miró a Lars Stople.

—¡Lars! Tú conoces a la gente de la calle, ya que te has pasado años con ellos. Y supongo que también conocerás a algunos de los tipos que están metidos en chanchullos de contrabando. Olvídate de los traficantes de droga. En el correo deja ver claramente que va detrás de un contrabandista que elude sus responsabilidades para con la sociedad, evadiendo impuestos y tasas por la venta de alcohol y tabaco. Ya sabes a qué tipo de gente me refiero. Intenta hablar con algunos de ellos. A ver si pueden proporcionarnos nombres interesantes. Llévate a un par de hombres que conozcan bien ese tipo de ambientes. ¿De acuerdo?

El inspector de la judicial no se tomó siquiera la molestia de esperar algún gesto afirmativo por parte de Lars Stople. Tenía muy claro que el veterano agente haría lo que se le ordenara.

—Yo voy a reunirme con un equipo de la policía judicial de Oslo para ponerles al corriente del caso con todo detalle. El resto de vosotros seguirá investigando los asesinatos ya cometidos, pero debéis permanecer alerta por si en cualquier momento ocurre algo que requiera de vuestra intervención.

Todos los presentes asintieron y luego se fueron cada uno a lo suyo.

Dos horas más tarde, Scheldrup Hansen ya tenía la lista. Siete nombres y

direcciones. Siete víctimas potenciales.

«Tengo que eliminar algunos nombres, no podemos estar en siete lugares a la vez», pensó, y llamó a Lars Stople para que acudiera a su despacho. El viejo policía tal vez podría ayudarle.

—Tenemos siete nombres, Lars. ¿Puedes contarme algo sobre a qué nos enfrentaríamos a la hora de proteger a cada uno de ellos?

Lars se rascó la cabeza y miró la lista de direcciones. Se tomó su tiempo, minucioso como de costumbre. A Olav le entraron ganas de sacudirlo. Cuando estaba a punto de perder los estribos y cogió aire para empezar a increparlo, Lars carraspeó.

—Este será fácil —dijo, y señaló el tercer nombre de la lista.

Johan Gundersen. Fjellvegen 8H, Haugesund. Olav fue soltando el aire mientras esperaba la explicación. Al cabo de unos segundos, llegó:

—Gundersen vive en el octavo piso del edificio donde vivía Rita Lothe. Solo hay un portal en el edificio y una patrulla de dos hombres no tendría ninguna dificultad en controlar a la gente que entre y salga de allí.

—Muy bien, Lars. Así es como quiero que pienses. Así pues, creo que podemos eliminar con seguridad a Gundersen de la lista. El hombre podrá dormir tranquilo esta noche.

—¿Seguro...? —preguntó Lars, mirando con escepticismo a su superior.

Olav sonrió.

—Nuestro hombre no es estúpido. Nadie ha empleado nunca la misma escena del crimen dos veces. Sabe que los residentes de la zona estarán nerviosos y alertas. Se mostrarán mucho más atentos y vigilantes con respecto a la gente que entre y salga. Es un riesgo demasiado grande.

Lars Stople asintió.

—Este —dijo, colocando un dedo sobre el último nombre—. Ivar Staurseth. También lo puedes tachar. Está en paradero desconocido.

—¿Paradero desconocido? ¿A qué te refieres...?

—Está en búsqueda y captura desde hace dos semanas. Íbamos a detenerlo por un asunto de drogas, pero desapareció antes de que pudiéramos arrestarlo. Hemos estado vigilando su casa y no ha aparecido por allí. La persona del «entorno» con la que hablé me aseguró que «Ivers» había volado y que en estos momentos se encuentra en un lugar mucho más cálido, disfrutando de cócteles exóticos.

El inspector asintió satisfecho. El viejo tal vez fuera algo lento en disparar, pero cuando lo hacía disparaba con balas de grueso calibre. Estaba superando todas sus expectativas. Ya solo quedaban cinco nombres.

—Reidun Samland... No podemos descartarla, pero al menos podemos protegerla con más facilidad que a los demás —dijo Lars, señalando la dirección que figuraba junto a su nombre.

—¿Røvær? ¿Dónde es eso?

—Es una pequeña isla situada a diez kilómetros al oeste de la ciudad. Para

acceder a ella hay que ir en *ferry* o disponer de tu propio barco. Resulta completamente imposible atracar allí sin ser visto. Podríamos detenerlo con un par de observadores en la isla, que nos avisaran en cuanto vieran algo raro.

—¿Quieres decir que solo habría que enviar dos hombres a la isla y que podríamos utilizar al resto para vigilar las cuatro direcciones restantes?

Lars asintió, trazando una equis junto a los cuatro nombres que quedaban.

—Y supongo que activaremos un dispositivo de vigilancia pero no iremos de incógnito, ¿no?

Incluso Olav Scheldrup Hansen comprendió que, en aquella situación, lo más seguro era la visibilidad plena. No podían permitir que el asesino consiguiera llegar fácilmente inadvertido hasta su víctima. Una presencia policial visible haría que se lo pensara muy bien antes de actuar.

—En efecto, así lo haremos. Todas las patrullas se apostarán en las proximidades de las viviendas señaladas.

Lars volvió a asentir. Olav se preguntó por un momento si no sería una estrategia ensayada para hablar con un superior: primero una pregunta cautelosa, después un asentimiento de cabeza.

—Entonces ¿no vas a evacuarlos? ¿No vas a poner policías dentro?

—Si hacemos eso, le obligaríamos a esperar y eso echaría al traste cualquier oportunidad de capturarlo. Con la estrategia que acabamos de plantear, cabe la posibilidad de que, con su enorme ego, se arriesgue a intentar burlar el dispositivo de seguridad. Se siente muy confiado y, si vislumbra cualquier esperanza de tener éxito, lo intentará.

Lars no parecía muy convencido. Carraspeó y se aclaró la garganta antes de hacer una nueva pregunta:

—¿Me estás diciendo que vamos a utilizar a estas cuatro personas como carnaza? Me cuesta creer que Lotte haya dado el visto bueno a esto...

Olav no estaba dispuesto a aceptar que aquel vejestorio pusiera objeciones a su táctica y sus planes. Decidió hacerle un serio recordatorio.

—Escucha, Lars... Lotte y yo estamos de acuerdo en la estrategia que hay que seguir. Lo que tú estás haciendo es sembrar dudas. Son este tipo de actitudes las que ponen obstáculos a una investigación: el enfoque negativo y la falta de cooperación. ¿Lo entiendes?

Olav esperó una respuesta del viejo Stople, pero en esa ocasión no volvió a asentir ni a preguntar nada más.

Requiem – Offertorium, Hostias

Lo único que siento ahora es el pulso sereno. Unas pequeñas descargas eléctricas que palpitan suavemente. Estoy presente en mi propio cuerpo. Siento cada leve matiz en el ambiente cambiante que me rodea. La brisa del mar que me cosquillea en la nuca. El olor a la gente con la que me encuentro en Haraldsgata. Los kebabs, las salchichas con cebolla y salsa de ajo. Cada sensación se multiplica. Nada se me escapa. Soy un depredador al acecho. Intuyo una presa más adelante en mi camino.

Acabé los últimos preparativos por la mañana. Después siguió una espera insoportable de casi diez horas. Al principio disfruté de esa sensación expectante. Me excitaba de una manera que jamás había experimentado. Pero poco a poco fue siendo sustituida por la impaciencia y la inquietud. No quiero esperar más. Lo único que ansío es volver a sentir que una vida se apaga entre mis manos.

El elegido de hoy será el más sencillo. Todo acabará en tres segundos. Una puerta que se abre, un tiro seguido de un estallido. Lo más fácil es una simple pistola.

La policía sigue felizmente ignorante con respecto a mi identidad, y hasta el momento he conseguido mantenerme alejado de su radar. Algo que de por sí resulta bastante ridículo. Todavía nadie ha hecho ninguna pregunta incisiva ni ha alzado una ceja crítica. Esos cabezas de chorlito se comportan como... pues eso, como chorlitos sin cabeza.

La imprevista incompetencia de la parte contrincante me obliga a hacer un trabajo extraordinario. Tengo que volver a ajustar la partitura. Añadir y suprimir. Sigue funcionando, de alguna manera, pero me gustaba más el original.

No ha sido todo tan previsible. Ha habido elementos de sorpresa.

Sonríó ante esos pensamientos. Me he estado preparando a fondo para esto. Porque trabajo con seres humanos. Y los seres humanos no son como títeres en un teatro de marionetas. Hacen cosas inesperadas. Toman decisiones irracionales. Actúan con el corazón en vez de con la cabeza. Aun así, me considero satisfecho. Aunque todo no haya transcurrido según el plan previsto, las notas son tan previsibles en su armonía como los movimientos de ajedrez en una partida magistral. Puedo mover las piezas a donde quiero. A lugares donde puedo ir derribándolas una tras otra. Y cuando acabe el juego, los movimientos quedarán para siempre en los libros de historia. Inalterables para toda la eternidad.

La casa de Arnfred Simonsen parece hecha a propósito para mi misión. Se

encuentra en la parte baja de un bosquecillo situado frente al cementerio de Nuestro Señor. Es un juego de niños entrar y salir inadvertido de la propiedad a través de esa pequeña zona boscosa. Voy corriendo por el sendero y, unos doscientos metros más arriba, podré desaparecer fácilmente sin que nadie se percate. A nadie le extrañará la presencia de un corredor por el sendero, y el acceso al bosquecillo está oculto por el paso subterráneo a lo largo de Karmsundsgata.

Miro por encima de mi hombro cuando me acerco al paso subterráneo. No hay nadie en los alrededores. Sigo trotando tranquilamente en dirección al paso subterráneo y, cuando estoy fuera de la vista desde la calle, echo a correr rápidamente hacia el bosquecillo. Una vez entre los árboles, me tumbo entre la hojarasca otoñal y espero. Unos cinco minutos transcurren lentamente sin que nadie pase por allí. La arboleda no es muy densa y resulta fácil acercarse a la casa. Puedo ver su tejado rojo, reflejándose bajo la luz de las farolas de Salhusvegen. Pero, al llegar al final del bosquecillo, me detengo. Me siento sobre las rodillas y respiro larga y profundamente. Retrocedo arrastrándome silenciosamente, porque he visto que no estoy solo. Noto que el sudor empieza a brotar en mi frente y que se aceleran los latidos de mi corazón.

En la calle, junto al cementerio, hay aparcados dos coches de policía con las luces azules girando. Definitivamente, eso no forma parte del plan y noto que el pánico se apodera de mí. La calma que he sentido hasta ahora guardaba una estrecha relación con el control. Pero, en menos de un segundo, se ha esfumado. Estoy furioso. No con la policía, ellos solo hacen su trabajo, sino conmigo mismo. Debería haber esperado para enviar el correo electrónico por la tarde, tal y como había planificado. ¡Me puse demasiado ansioso! He dejado tiempo suficiente a la policía para tomar medidas preventivas. Estoy descuidándome demasiado. Demasiado ansioso. Impaciente e imprudente. Todo lo que me prometí que no sería.

Con la cabeza descansando sobre la hojarasca, respiro. Trato de normalizar el pulso y la respiración. Mi cerebro necesita oxígeno para pensar con claridad. Debo pensar con claridad para recuperar el control. Debo recuperar el control para llevar a cabo mi misión. Debo llevar a cabo la misión para no estropear mi obra de arte. Es así de simple. Lógico. Racional. Miro nuevamente hacia los coches de policía. Hay dos hombres en cada vehículo. Los transeúntes pensarán que son controles policiales esperando a algún conductor borracho para detenerlo en la carretera de Salhusvegen. Pero yo sé que no es así. Están allí para evitar que acceda a la casa. Para impedir que Arnfred Simonsen se convierta en mi próxima víctima.

Me siento tentado de seguir con el plan original, pero eso es algo que me dicta el corazón, no la mente. Después de hacer unos ejercicios para controlar la respiración, logro sintonizar mis pensamientos. La estrategia está clara. Si la policía está aquí, también estará en otras posibles escenas del crimen. Ha llegado la hora de pasar al plan B. Sonríe cuando me levanto y regreso caminando. Me encanta el plan B...

Centro de Haugesund

Sábado por la noche, 18 de octubre de 2014

Lotte Skeisvoll estaba muy incómoda. Estaba en el asiento trasero de un coche policía, apretujada contra la portezuela y mirando por una ventanilla de la que tenía que limpiar el vaho cada dos por tres. Por lo visto el aire acondicionado había pasado a mejor vida y solo era capaz de mantener libres de vaho las lunas delantera y trasera. Le dio un toque con el dedo a Scheldrup Hansen, que estaba sentado en el asiento del copiloto.

—¿Podemos volver a repasar brevemente la operación? Hay un par de detalles que no he entendido bien.

Él no hizo ademán de darse la vuelta, sino que se limitó a carraspear levemente antes de repetir el plan que le había explicado hacía solo un par de minutos. Más despacio esta vez, como si Lotte no tuviera muchas luces y necesitara su tiempo para entender bien todos los detalles.

—Hemos restringido la vigilancia a cuatro escenas del crimen potenciales. No vamos de incógnito, sino que hemos optado por mostrarnos visibles, con las luces azules encendidas. Lo hacemos para truncar sus planes de modo que tenga que empezar a improvisar. ¿Me sigues hasta ahora?

Olav la miró brevemente por encima del hombro. Lotte asintió con la cabeza.

—Las cuatro direcciones que estamos vigilando son dos de aquí del centro, una en Salhusvegen, cerca del cementerio, y otra en Skudeneshavn. Además hemos enviado a dos hombres a Røvær para hacer de canguro de una mujer que también podría estar en la mira del asesino. Aquí estamos vigilando la vieja casa que se ve al otro lado de la calle, justo al lado del Palestine Restaurant. Ahí vive Jomar Palsgård, «Jompa» para los amigos. Tiene cincuenta y cinco años. Es alcohólico. Ha sido condenado repetidas veces, pero también absuelto en un par de ocasiones. Muy aficionado al contrabando de aguardiente polaco y cigarrillos. Tenemos otro coche apostado en el centro, en la zona del estadio de fútbol. Allí vive un inmigrante llamado... Espera...

Olav Scheldrup Hansen sacó un *smartphone* del bolsillo de su chaqueta y buscó entre sus notas. Encontró el nombre.

—¡Aquí está! Heilu Manstrawi. Cuarenta años. Acusado de importación ilegal y venta de cigarrillos de Nigeria... ¿Quién coño querría fumar cigarrillos nigerianos?

En fin... Fue absuelto del cargo de venta porque, no sé muy bien cómo, consiguió convencer al tribunal de que eran para consumo propio. ¡Cuarenta y dos cartones! Le multaron por importación ilegal, pero lo absolvieron del cargo de venta y se libró de la prisión.

Lotte estaba francamente desconcertada ante aquella táctica, pero no sabía hasta dónde podía estirar la goma sin que se rompiera.

—Lo pregunto por pura curiosidad, pero ¿por qué has decidido esta estrategia de vigilancia? Quiero decir... mi primer impulso habría sido proteger a las posibles víctimas dentro de sus casas, o trasladarlas a un lugar seguro.

Scheldrup Hansen se incorporó en el asiento. Lotte sabía por experiencia que le disgustaban esa clase de preguntas, pero al menos esa vez le dio una respuesta satisfactoria sin alterarse:

—Tenemos que ponerlo nervioso. Con una presencia visible, le obligamos a actuar de modo irracional. Esto lo sacará de su zona de confort y así le forzamos a jugar según nuestras reglas. Simplemente le estamos devolviendo la jugada.

Lotte entendía la lógica de su razonamiento, pero no le gustaba. Era un juego muy arriesgado en el que no se podían permitir ningún fallo. Estaba a punto de seguir haciendo preguntas, pero cambió de idea. Se sentía demasiado cansada.

Se miró las manos. Le temblaban ligeramente. La inquietud. La preocupación. La vergüenza. Faltaban solo unas horas para que reanimaran a Anne en el hospital, y ella estaba allí, haciendo lo que se había prometido que iba a dejar de hacer. Había antepuesto el trabajo a la familia. «¿Y qué más da? —pensó—. No supone ninguna diferencia que yo esté o no aquí esta noche».

Las lágrimas brotaron sin previo aviso y tuvo que girarse para que el agente que estaba al volante o Scheldrup Hansen no la vieran por el espejo retrovisor. En aquel instante sintió que su hermana estaba más cerca de las puertas doradas del cielo de lo que ella estaría jamás. En un día como aquel, Lotte había preferido la descarga de adrenalina a atender a su hermana. No creía que el Señor tuviera en muy alta estima esa forma de actuar.

Se secó las lágrimas con el dorso de la mano y se prometió que pasaría por el hospital una vez que terminasen con la operación de vigilancia. Tenía que hacerlo. No podía traicionar a Anne de aquella manera. Era importante que pudiera demostrarle a su hermana que podía confiar en ella. La cuestión era si, realmente, podía confiar.

El agente y Olav hablaban tan bajo que a Lotte le era imposible captar lo que decían. Incluso tenía la sensación de que lo hacían adrede. Se sentía ignorada allí, en el asiento trasero. Como si no estuviera participando plenamente... Aquello evocó en ella uno de sus recuerdos de infancia más íntimos, una voz que le retumbaba en los oídos. Una voz que escuchaba siempre que jugaban en la calle a patear la lata, al pillapilla o al tú la llevas. Y que le decía que ella no quería participar de verdad. Porque implicaba que podía perder, y eso no le gustaba. ¿Le seguía pasando lo mismo? ¿Se había distanciado de la investigación en cuanto había surgido el primer

contratiempo? ¿Le resultaba más cómodo dejar que los chicos grandes y duros tomaran las riendas para que ella participara solo a medias? Lotte apartó aquel pensamiento. Ella todavía tenía el control. Era la directora de la investigación. Solo que ahora estaba en el asiento trasero...

Sus divagaciones se vieron interrumpidas cuando la radio empezó a crepitar. Era un aviso de otra de las patrullas.

—¡Se oyen disparos! Repito. Estamos oyendo disparos. No en la zona del estadio, sino por el área de Fjellvegen, creo. Hemos podido oír las detonaciones desde aquí. Dos disparos. Repito. Dos disparos. ¿Debemos abandonar nuestra posición o enviar a otras patrullas?

—¿Estáis seguros de que se trata de disparos? —preguntó el inspector de la judicial—. ¿Has dicho Fjellvegen? ¿Eso no es donde se encuentran las malditas torres de viviendas?

—Correcto. No sabemos si los disparos provienen de allí, pero concuerdan tanto la dirección como la distancia.

—¡Todas las patrullas... repito... todas las patrullas! Diríjanse de inmediato a las torres de viviendas de Fjellvegen. Se han producido disparos. Hay una potencial víctima en el piso número 8H.

Lotte se quedó boquiabierta en el asiento trasero. ¿Una posible víctima en las torres de viviendas?

¿Desprotegida?

—¿Qué coño está pasando, Olav?

—Eliminamos a esa víctima potencial de nuestra lista. Vive en uno de los pisos más altos del bloque y consideramos improbable que el asesino se atreviera a regresar al mismo lugar donde ya había cometido otro crimen, y que además sería fácilmente descubierto al entrar o salir del edificio. Sobre todo después de efectuar un disparo.

—¡Joder, eres el mayor imbécil que he conocido en mi vida! —gritó Lotte, y le propinó una colleja en la nuca que sin duda debió de dolerle.

Poco después, cuando llegaban a la zona de Fjellvegen, se oían sirenas procedentes de todos los puntos cardinales.

Dos coches patrulla entraron derrapando simultáneamente en el aparcamiento situado delante de las torres. Justo detrás aparecieron las luces azules de otros vehículos policiales. Un puñado de residentes se habían congregado delante del portal de uno de los edificios. Lotte, Scheldrup Hansen y el agente salieron rápidamente del coche y se parapetaron detrás del mismo. El inspector de la judicial gritó a la gente que se alejara del bloque, pero nadie se movió.

Un minuto más tarde seguían llegando coches de policía y se oían más sirenas acercándose por Fjellvegen. Knut Veldetun llegó en uno de aquellos vehículos y gritó a la gente por el megáfono que se alejara del edificio. Poco a poco la multitud empezó a dispersarse, pero nadie parecía dar muestras de pánico o nerviosismo. Uno de los curiosos se acercó caminado tranquilamente hacia los coches patrulla. Lotte

hizo ademán de levantarse, pero Olav la agarró bruscamente para que volviera a agacharse.

Sintió que la invadía una sensación extraña. Había algo que no cuadraba. En circunstancias normales, la gente habría salido corriendo para buscar refugio huyendo del peligro, pero allí lo único que reinaba era un sentimiento de curiosidad. La manera en que el hombre se acercaba a ellos indicaba lo mismo. Se detuvo justo delante y miró a los policías agachados detrás del coche.

—Se ha largado —dijo escuetamente, señalando en dirección a la residencia de estudiantes que había un poco más allá.

Lotte hizo un nuevo intento de incorporarse y esta vez nadie se lo impidió.

—¿Qué ha ocurrido? ¿Y quién se ha largado? —preguntó haciendo señas a los demás para que también se levantaran.

El hombre volvió a mirar hacia el portal del edificio.

—Entró un tío, disparó dos veces y después desapareció en una bicicleta por allí —dijo, y volvió a señalar hacia el lugar donde Fjellvegen traza una curva junto a la residencia de estudiantes y sigue hacia Geitafjellet.

Lotte lo agarró del brazo para llevarlo aparte.

—¿Le ha visto?

—Bueno... —Vaciló un poco—. Le he visto fugazmente de espaldas cuando se marchaba en la bicicleta, pero ya estaba bastante lejos cuando he salido a la calle. En cualquier caso iba todo de negro, con una chaqueta con capucha que le cubría la cabeza.

—Entonces ¿cómo puede saber que era un hombre?

—Bueno, pues... En realidad no lo sé. Solo me dio esa impresión.

—¿Sabe si hay alguien herido dentro?

Las pupilas del hombre se dilataron al percatarse de que evidentemente cabía esa posibilidad.

—Ay... Por Dios, es posible, pero...

—¿Pero...?

—No, no lo sé. La gente salió en tromba de todos los apartamentos, así que no creo que haya sucedido nada. En ese caso alguien habría avisado, o nos habríamos dado cuenta si hubiera disparado a alguien.

—Usted se queda aquí. Tendré que interrogarle después de que hayamos registrado el edificio. ¿Ha podido oír de qué planta procedían los disparos?

El hombre pareció confuso. Negó con la cabeza y miró interrogante a Lotte.

—¿Planta...? No, no creo que procediera de ningún piso de arriba. Más bien fue en el portal. Yo vivo en la planta baja y salí corriendo enseguida. Y él ya se estaba alejando en la bicicleta, así que no creo que pasara más allá del portal.

Lotte no comprendía absolutamente nada. Si la persona que disparó solo había entrado en el portal, su objetivo no habría sido el de matar a alguien. Cruzó corriendo el aparcamiento hasta la entrada, adonde ya habían llegado varios agentes para

comprobar si había heridos. Scheldrup Hansen estaba junto a la puerta gritando órdenes:

—Subid primero al apartamento 8H. Comprobad si hay alguien allí.

—¿Quién vive ahí? —preguntó Lotte.

—Johan Gundersen. Soltero, cuarenta y tres años. Absuelto por contrabando hace cuatro. Estaba en nuestra lista.

—Y aun así, ¿estaba sin protección esta noche?

El inspector de la judicial parecía azorado. En su expresión alternaban la rabia y el desconcierto. Lotte no alcanzaba a entender que hubiese podido cometer semejante fallo. Pensaba que habría escarmentado tras lo ocurrido con Ranveig.

—Es una idiotez intentar disparar a alguien en el octavo piso. Sabe que seguramente lo verán cuando vuelva a bajar.

—¡No, Olav! Una idiotez es presuponer que nuestro hombre piensa de modo sensato y racional. También lo es actuar y poner en riesgo la seguridad de la gente basándonos en meras suposiciones. Somos policías, Olav. Estamos aquí para proteger a la gente, no para ponerla en peligro. ¡Joder, tío!

Pasó por delante de Scheldrup Hansen y empezó a subir las escaleras hasta el octavo piso. Iba ya por la mitad cuando se arrepintió amargamente. Había un maldito ascensor en el edificio. Suspiró, pero continuó subiendo los últimos pisos. Se cruzó con varios policías interrogando a algunos residentes de las plantas superiores. En la puerta del 8H estaba Knut Veldetun, hablando con un hombre que no podía ser otro que Johan Gundersen.

La peste a alcohol que desprendía Gundersen la alcanzó ya cuando subía el último tramo de escalera, y a juzgar por su cara estaba claro que no se había tomado solo una copa esa noche. Tampoco debían de ser los primeros tragos de su vida. Una harapienta chaqueta de punto cubría holgadamente el torso desnudo y una barriga abultada que seguramente no había visto muchos días mejores se desparramaba en todo su esplendor, dejando claro que Gundersen llevaba bastante tiempo sin verse la polla. En cualquier caso, el hombre estaba vivo y eso era lo importante. Lotte meneó la cabeza. Le hizo una seña a Knut para indicarle que volvía a bajar.

Los impactos de disparo eran visibles en la pared blanca entre la planta baja y el primer piso. Parecían totalmente aleatorios. Lotte intentó pensar qué podría haber hecho actuar al asesino de aquella forma. ¿Querría asustarles? ¿Demostrarles que todavía tenía el control y que podía elegir a sus víctimas?

Regresó al coche patrulla. Se sentía tremendamente cansada. ¿Tal vez no fuera su hombre el que había disparado en el portal? ¿Tal vez aquello solo fuera una puta coincidencia? La respuesta llegó dos minutos más tarde, cuando ya estaba sentada en el asiento del copiloto del coche policial. Ni de coña iba a dejar que Scheldrup Hansen ocupara ese asiento ni un minuto más, estaba pensando en el momento en que crepitó la radio.

—Central llamando. ¿Alguien me puede contestar?

Lotte suspiró y sacó el transmisor de la funda del salpicadero.

—Aquí coche 554. Skeisvoll. ¿De qué se trata?

—Acaba de llegarnos un aviso de disparos en Djupaskarsvegen, justo al lado del estadio. ¿Estáis cerca?

Se quedó helada, como si la sangre hubiera abandonado su cabeza. La patrulla de vigilancia había estado allí toda la noche, salvo en la última media hora. Con todas las fuerzas policiales concentradas en un mismo lugar, el asesino tenía vía libre para actuar a su antojo. Le extrañaría mucho que el inmigrante del 21B de Djupaskarsvegen siguiera con vida. Se abalanzó sobre el claxon para avisar a los demás, aunque en su fuero interno sabía que era demasiado tarde.

Cuando las sirenas llegaron al lugar tres minutos más tarde, la escena que se encontraron frente a la casa de Manstrawi era muy distinta a la que habían encontrado en las torres de viviendas. También se había congregado una multitud de curiosos, pero había miedo en sus rostros. Algunos gritaban. Otros lloraban. Muchos permanecían apáticos con la mirada perdida. La puerta del chalet estaba abierta de par en par y en el recibidor yacía el cuerpo del contrabandista nigeriano.

Lotte se rindió finalmente. Comunicó a Lars Stople que no iba a estar localizable por teléfono y abandonó el lugar del crimen sin dar explicaciones. En aquel momento el trabajo le importaba una mierda. Podría pasarle el mando de la investigación al primero que se lo pidiera. No le importaba que la acusaran de negligencia en el servicio. Así al menos el jefe de policía tendría a alguien a quien echarle la culpa cuando al día siguiente tuviera que cubrirse las espaldas delante de toda la prensa de la capital, pensó Lotte mientras caminaba hacia el puente peatonal. El hospital estaba a apenas dos minutos a pie y allí había alguien que la esperaba. Alguien que seguía viva, aunque a duras penas...

Calle Austmannavegen, Haugesund

Sábado por la noche, 18 de octubre de 2014

Esa noche Viljar se encerró en su apartamento en compañía de Johnnie Walker, un tipo relamido y poco hablador, con cierto aroma a viejo. Después de que Lotte se marchara de su casa a toda prisa unas horas antes, Viljar había hecho lo que se había propuesto por la mañana. Consiguió localizar a su psicóloga en su despacho. Tenía que averiguar qué le había contado a la policía. Sin embargo, Vigdis había negado rotundamente haberles informado de nada en absoluto. Aseguró que ni siquiera la habían llamado. A raíz de la conversación que mantuvieron, la psicóloga había comprendido que algo iba muy mal y, después de que Viljar la pusiera brevemente al corriente de lo sucedido, le concedió cuatro semanas de baja laboral por estrés emocional prolongado.

En los últimos años, aquella oscuridad absoluta había llenado de angustia la vida de Viljar, pero siempre había conseguido salir de ella con mucha voluntad. Además, no le quedaba más remedio. Debía pensar también en Alexander. Aunque el chaval vivía con su madre, Viljar no podía desmoronarse de aquella manera. Y en esos momentos añoraba una voz interior que le dijera que todo saldría bien, que pronto habría pasado todo.

La imagen del cuerpo de Ranveig suspendido en el aire volvía a su mente una y otra vez, y al parecer no había *whisky* suficiente en el mundo que pudiera hacerla desaparecer. Se había fijado en su retina como una estampa eterna.

Viljar se sirvió otro *whisky*. En un vaso de leche.

Como un puto alcohólico, bebía *whisky* en un vaso de leche mientras no dejaba de autocompadecerse. Entonces decidió ponerse las pilas y hacer lo que tenía que hacer. En primer lugar, enviar un mensaje al director del periódico con la clave para acceder a su correo. A continuación, hacer el equipaje...

Cuando veinte minutos más tarde volvió a sentarse en el sofá, Viljar lo tenía todo preparado. En el suelo del salón había dos bolsas de viaje llenas de ropa escogida sin demasiado criterio. También había metido el pasaporte y la cartera con las tarjetas de crédito. Había enviado el correo electrónico. Lo único que le faltaba era decidir adónde ir.

Buscó varios destinos para el día siguiente, según los billetes de última hora

disponibles. En realidad, Viljar no era una persona muy viajada y le resultaba totalmente indiferente su posible paradero. Solo quería dejarlo todo atrás. Ir a un lugar donde a nadie le llamase la atención que tomara copas muy cargadas al mediodía y que se mostrara bastante antisocial. «¿Alicante? ¿Por qué no?».

Viljar compró el billete, lo imprimió y lo guardó en una de las bolsas junto con el pasaporte y la cartera. Después se recostó en el sofá. Buscó la función de despertador en el móvil y lo puso para las diez de la mañana del día siguiente. Así le daría tiempo a tomarse un par de tragos antes subir al autobús para ir al aeropuerto de Stavanger. Antes de quedarse dormido, rezó para no encontrarse a nadie conocido en el vuelo. Solo quería marcharse. Olvidar. Poner tierra de por medio respecto a toda aquella infamia.

En un estado difuso entre la vigilia y el sueño, Jonas acudió a él. Su rostro joven, hermoso e inocente. La melena rubia. La prudente sonrisa que Viljar malinterpretó cuando recibió la carta. Solo lo había visto en dos ocasiones, pero desde entonces Jonas le había perseguido como una pesadilla todos los días de su vida. Cada minuto consciente del día y cada noche en sus sueños. Jamás desaparecería, y aquella noche lo sintió más cerca que nunca. Se acercó a la puerta de Viljar con una nueva carta en las manos. No era la misma que la última vez. Esta vez la carta iba dentro de un sobre rosa. Poco a poco, Viljar se dio cuenta de que Jonas no venía solo. A su lado estaba Ranveig, cogiéndole de la mano. Estaba muy hermosa, pero la simple visión del vestido blanco hizo que el corazón de Viljar se pusiera a latir desbocado.

Se despertó sobresaltado cuando sonó el timbre. Estaba empapado en sudor frío. Viljar intuía, aunque no podía estar completamente seguro, que durante su sueño había estado gritando cuando vio a Ranveig y a Jonas ante su puerta.

Fue a abrir tambaleándose. Todavía en un estado semiinconsciente, su mente desvarió hasta el punto de pensar que iba a encontrarse realmente a Jonas y Ranveig en la puerta. No fue así...

Si Viljar hubiera estado algo más despejado, quizá habría estado más alerta. Quizá... Antes de que pudiera abrir la boca, la persona que había llamado entró en el apartamento. Con una fuerza descomunal, le agarró por la cabeza y se la estampó violentamente contra la pared. Un segundo más tarde, su cerebro desconectó de todo dolor físico.

Cuatro años antes...

Torvastad, Karmøy

Domingo por la mañana, 29 de agosto de 2010

Las dudas atenazaban a Jonas. Sabía que debía marcharse, salir huyendo a toda prisa, mientras tuviera la oportunidad. Pero le costaba abandonar la casa.

—¡Date prisa, Jonas! No tenemos todo el puto día. Tu padre puede aparecer en cualquier momento.

Fredric daba pataditas impacientes a su lado.

—Nunca viene antes de que acabe el refrigerio después de misa, ya lo sabes.

—Ya no queda nadie que no esté al tanto de los rumores, Jonas. Volverá a casa en cuanto escuche cualquier comentario a la salida de la iglesia.

Jonas vaciló. Sabía que Fredric tenía razón, pero la casa que había odiado con todas sus fuerzas de repente se le antojaba un lugar seguro. Era como si se inclinara hacia él para susurrarle que allí no podría pasarle nada malo.

Agarró la maleta que tenía a sus pies. Miró la carta que había escrito a su madre y a su hermana. Pidiéndoles perdón. Pidiéndoles que conservaran los buenos recuerdos. Pidiéndoles que recordaran lo bonito que había sido todo antes de que la congregación les arrastrara a su mundo de profecías apocalípticas, antes de que el miedo al pecado se infiltrara por las paredes de la casa, eliminando todo calor humano.

Incluso les pidió que cuidaran de su padre. Que intentaran hacerle comprender. En el fondo sabía que era inútil. Jamás perdonaría el hecho que su propio hijo hubiera escogido una vida de pecado y perdición antes que el regazo seguro y protector del Señor.

No le quedaba otra salida que huir. Cuando su padre volviera de la iglesia, tendría la certeza de lo que había estado ocurriendo a sus espaldas. Después de meter el equipaje en el maletero del coche de Fredric, Jonas se giró y se quedó contemplando la casa. Quería rezarle a Dios, pero al mismo tiempo sentía que ya estaba bien de tanta hipocresía. Así que lo dejó correr.

La artimaña mediática con el VG del día anterior le había proporcionado el tiempo que necesitaba. Les había prometido una entrevista en exclusiva para ese domingo por la noche, a cambio de que mantuvieran oculto todo aquello que pudiera

revelar su identidad. «Necesito algo de tiempo para preparar a mi familia», les había dicho. Y le creyeron.

Esa noche se desataría un infierno cuando descubriesen que les había engañado. Era muy probable que cuestionaran su credibilidad, pero esa misma mañana le había llegado una ayuda inesperada. Un joven de Surnadal se había puesto en contacto con la NRK para confesar su experiencia de cuando era miembro de las Juventudes Centristas, y con solo dieciséis años, había sido seducido por el actual ministro de Transportes. En aquel entonces Eliassen era un simple dirigente regional, pero de todos modos la historia no dejaba lugar a dudas acerca de su catadura moral y de los muertos que guardaba en el armario.

Ahora se trataba de escapar antes de que su padre se enterara de los rumores que corrían por el pueblo. Seguramente ya los había oído, y era muy probable que Fredric tuviera razón al afirmar que ya estaría de camino.

—¡Joder, Jonas! ¡Tenemos que largarnos!

Mantenía el motor en marcha, esperando impaciente a Jonas, que continuaba inmóvil contemplando la casa. No reaccionó ante la llamada urgente de su amigo. No despertó de su ensimismamiento hasta que Fredric se acercó corriendo a él y le puso una mano sobre el hombro.

—¿Qué coño haces, Jonas? Tenemos que marcharnos. Pueden volver en cualquier momento.

—Ine... La pequeña Ine. Se quedará aquí completamente sola, Fredric. A solas con mi padre. No me tiene más que a mí y lo poco que queda de mi madre. Se sentirá tan sola...

Jonas luchaba contra el llanto. El amor que sentía por su hermana pequeña era lo único que le había mantenido unido a la casa paterna.

—Ella saldrá adelante, Jonas. Tú, en cambio, estarás acabado si te pilla. Y lo sabes. Tenemos que irnos. ¡Por favor!

Jonas miró aturdido a su novio. Se dejó arrastrar hasta el coche y entró como si fuera un muerto viviente. Fredric se montó a toda prisa y aceleró haciendo que la gravilla saliera despedida bajo las ruedas. Esquivó por poco la cancela de la entrada cuando pasó derrapando con el coche.

No habían avanzado más de cien metros cuando ocurrió lo que no debería haber ocurrido nunca. El Opel Corsa negro del padre giró para tomar el mismo camino de gravilla y venía directamente hacia ellos. No había espacio para los dos coches a menos que uno de ellos se apartara metiéndose por la hierba. Fredric frenó en seco y golpeó el volante.

—¡Joder! ¡Joder! —gritó con todas sus fuerzas.

No había escapatoria. Tenían que enfrentarse a la ira de André Ferkingstad. Vieron cómo la portezuela del conductor se abría y el padre de Jonas bajaba del coche. Permaneció un momento junto al vehículo, con los puños cerrados a los costados. Luego empezó a caminar lentamente hacia ellos.

Iba muy despacio. Cada segundo transcurrido contenía una eternidad de sueños rotos. Ellos se quedaron paralizados, esperando lo inevitable. La figura de su padre iba creciendo paso a paso. No cabía la menor duda. Lo sabía. Su rostro pétreo, la mirada inexorable. Una corneja graznó y pasó aleteando frente a ellos, pero por lo demás solo había silencio. Aun así, Fredric apenas oyó las palabras que susurró Jonas. Un siseo casi mudo. Una exhalación.

—Arranca, Fredric.

—¿Cómo?

Fredric no podía creer lo que oía.

—¡Arranca! —dijo Jonas en voz mucho más alta ahora—. ¡Arranca, arranca, arranca! Gira a la izquierda y súbete a la hierba. ¡Tú solo arranca el coche!

Fredric reaccionó de inmediato. Pisó el acelerador a fondo y soltó el embrague. Avanzaron hacia el hombre a toda prisa y lo esquivaron por el lado izquierdo. Oyeron sus gritos y lo que probablemente fuera un puñetazo contra el maletero cuando pasaron a su lado a gran velocidad.

No fue hasta que esquivaron el coche del padre y las ruedas se adentraron en la hierba del prado cuando se percataron de la catástrofe inminente. La puerta trasera del Opel Corsa estaba abierta y, dos metros más adelante, había una niña que empezó a chillar. Ninguno de ellos tuvo tiempo de reaccionar. Tan solo oyeron el golpe cuando el coche impactó contra la pequeña a la altura de las rodillas y la levantó por los aires trazando un arco. La niña se estrelló contra el parabrisas, siguió volteando por encima del techo y aterrizó en una posición torcida detrás del coche antes de que a Fredric le diera tiempo a pisar el freno. El coche se deslizó por la hierba antes de detenerse. Durante unos breves segundos, hubo un silencio absoluto. Luego estallaron los gritos. La madre de Jonas salió del coche y se dirigió corriendo hacia la figura inmóvil que yacía en el suelo. La sangre formaba un charco debajo de la pequeña. El padre bramaba mientras echaba a correr. No hacia la niña, sino hacia ellos.

Fredric volvió a arrancar y aceleró a fondo. Jonas estaba paralizado a su lado. No protestó. No gritó. No había lágrimas que pudieran transmitir la desesperación que sentía. Cuando el coche salió a la carretera, vieron por el espejo retrovisor que el padre se detenía finalmente. Amenazaba con el puño, gritándoles algo que no oyeron. Jonas no prestaba atención a lo que hacía su amigo. Permanecía con la mirada perdida, contemplando el vacío. Había desaparecido el color de su tez y, sin previo aviso, empezó a vomitar sobre su camisa y su regazo.

Fredric se secó las lágrimas y gimió mientras aceleraba hacia Karmsundbroa. Una mujer que se disponía a cruzar la carretera junto a la escuela secundaria de Bø se apartó asustada. Fredric ni siquiera se percató de su presencia. No había vuelta atrás. Nada de lo que pudieran hacer ayudaría a Ine. Nada podría ayudarles a ellos.

Djupaskar, Haugesund

Noche del domingo, 19 de octubre de 2014

Olav Scheldrup Hansen se sentía terriblemente agotado. Casi al borde de la apatía. Tenía que admitir que él y todo el equipo de investigación habían hecho el ridículo más espantoso. Habían entrado directamente al trapo. Y con la estrategia de distracción más simple de la historia. A ninguno de ellos se le había pasado por la cabeza que pudiera tratarse de una trampa. Cayeron en ella y todos se precipitaron hacia sus coches cuando se oyeron las detonaciones en las torres. La maniobra había dejado vía libre al asesino. Un tiro en la cabeza a quemarropa en el umbral de la puerta. El nigeriano no fue consciente de lo que le estaba ocurriendo antes de que su cerebro se desconectara para siempre.

Había poca sangre, lo que indicaba que el corazón había dejado de latir en el momento en que la bala penetró en la masa encefálica.

«Soy el responsable de esta muerte», pensó Olav.

Lo que más le cabreaba era que había tenido razón. Había identificado a una de las víctimas más probables. También había previsto que matar a Johan Gundersen conllevaría un riesgo tan grande para el asesino que se decidiría por otro objetivo. Todo el plan parecía correcto. Sin embargo, se habían dejado engañar y seguramente se habían equivocado también en la mayoría de las decisiones que habían tomado esa noche.

Un solo hombre vigilando la zona de las torres habría sido suficiente. Si los agentes hubieran estado dentro de las casas en vez de fuera habrían engañado al asesino para que intentara atacar a una víctima protegida por la policía. El traslado de los objetivos potenciales habría permitido salvar una vida. Podría haber ordenado una estrategia de protección de incógnito. Sin embargo, se había decidido por las luces azules, la intimidación y la teoría del estrés. Había pensado que la movilización policial podría agobiar al asesino y llevarle a cometer errores fatales. Sin embargo, no había cometido ningún error. Dos disparos en el portal de una de las torres y... ¡zas! Todo el cuerpo policial fuera de juego.

Resultaba vergonzoso y denigrante, pero Scheldrup Hansen no pensaba actuar como Lotte. Él daría la cara. No se acobardaría y escondería el rabo entre las piernas cuando las cosas se ponían feas. ¿Realmente creía aquella mujer que podía liderar un

equipo y luego huir de la responsabilidad cuando este cometía un error? El capitán debe hundirse con el barco, pero Lotte Skeisvoll había demostrado de qué madera estaba hecha al ser la primera en embarcarse en el bote salvavidas.

El intento de poner nervioso al asesino había dado algunos frutos, ya que habían podido recabar alguna información sobre él. Había sido visto por dos testigos en una bicicleta. Además, el vecino más cercano de la casa en Djupaskar había presenciado el asesinato desde la ventana de su salón. Por primera vez, el asesino se había dejado ver. ¡Y no solo una, sino tres veces! Había sido imprudente y había corrido riesgos. Aquello les había permitido averiguar algunos datos que podrían ayudarles en la investigación. Dos fuertes pisadas en la blanda arena del exterior de la casa del nigeriano les proporcionaron el número de pie y, tras algunas pesquisas, seguramente podrían saber también el tipo de calzado. Y, basándose en las observaciones de los testigos, había sido posible determinar su altura y peso aproximados.

En ambos casos se trataba de información muy útil que contribuiría a reducir considerablemente la lista de sospechosos. De ese modo solo quedarían cinco o seis sospechosos entre los individuos que se encontraban en la sede del periódico cuando se envió el tercer correo electrónico y cuyo número de pie, altura y peso correspondieran con los del asesino. Scheldrup Hansen pensó que no costaría demasiado obtener una prueba de ADN de todos ellos.

Miró el caos que había a su alrededor. Observó la multitud de curiosos que se habían congregado en los alrededores del cordón policial. La mayoría de ellos regresaban a casa tras una lúbrica noche en el muelle interior. Hablaban en murmullos. Bajaban la voz como si tuvieran miedo de molestar al fallecido.

Mientras dejaba que fluyeran sus pensamientos, se fijó en un hombre que estaba algo apartado de la muchedumbre. Un hombre con chaqueta negra y una bicicleta. Al inspector se le encendió la luz al momento.

«¿Podría ser él?». Sin duda era un cliché manido de las novelas policíacas eso de que el asesino siempre vuelve al lugar del crimen. Sin embargo, todo aquel caso parecía una copia barata tramada por un guionista hastiado y muchas veces rechazado. Olav se dio la vuelta con calma y preguntó a uno de los técnicos forenses si había tomado fotos de los curiosos que seguían los acontecimientos desde fuera de la zona acordonada. El técnico lo miró y frunció las cejas despeinadas. Un cómico tordo peludo le cubrió el puente de la nariz.

—Pues no. ¿Debería?

—Sí, pero tienes que hacerlo discretamente. Sin que se den cuenta de que les estás haciendo fotos a ellos. Asegúrate de tomar alguna del hombre que está al fondo con una bicicleta, el que se encuentra a unos diez metros por detrás del gentío, a la derecha. Tenemos la descripción de un testigo que coincide.

Las cejas despeinadas regresaron al lugar donde la gente suele tenerlas. Rápidamente, el inspector de la judicial agarró con una mano el brazo del forense para impedirle que se girara hacia donde estaba el hombre.

—¡No...!

El técnico asintió brevemente. Poco después deambulaba por detrás de la multitud, aparentemente tomando fotos de las pisadas halladas cerca del cordón policial. No se acercó hasta el lugar donde estaba el ciclista, pero Olav supuso que había ajustado el objetivo y que, al girarse para cambiar de postura, había disparado disimuladamente con la cámara.

Unos minutos más tarde, el técnico forense regresó. Señaló hacia el lugar donde supuestamente estaban las pisadas, gesticulando con los brazos, y luego le enseñó la pantalla digital a Olav. La serie de fotografías mostraba unas imágenes claras y nítidas de los curiosos congregados más allá del cordón policial. Olav constató satisfecho que también había captado al ciclista.

Su rostro estaba totalmente cubierto por una capucha, pero, de alguna manera, su aspecto le resultaba familiar. No podía determinar si se trataba de su actitud, su porte o alguna otra cosa. Pero no había duda. Había conocido a esa persona en algún lugar, pero... ¿dónde?

Olav Scheldrup Hansen se movió con cautela hacia el lugar donde estaba el hombre, pero no llegó a acercarse lo suficiente antes de que este se montara en la bicicleta y se alejara a toda prisa hasta el cruce para girar en Karmsundsgata. Desapareció en la dirección de Flotmyr. El investigador llamó a una de las patrullas para que le detuvieran, pero diez minutos más tarde aún no habían podido dar con él. Olav Scheldrup Hansen maldijo en voz alta:

—¡Joder! ¿Será posible?

Golpeó la pared de la casa con el puño. «Ni de coña pienso contarle esto a Lotte Skeisvoll. Me estrangularía», pensó el inspector de la judicial.

Comisaría de policía de Haugesund
Domingo por la mañana, 19 de octubre de 2014

Hacía menos de una semana todo iba perfectamente en la comisaría. Nadie sospechaba nada de lo que se les venía encima. Todo era como un placentero y seguro paseo dominical cuando, de repente, un tráiler les había salido de frente por una curva cerrada a toda velocidad. El jefe de policía Arnstein Guldbrandsen carraspeó un poco y suspiró. Meneó la cabeza frustrado y le devolvió el certificado médico a Lotte Skeisvoll.

—Eres mi mejor investigadora, Lotte. De hecho, te considero imprescindible. Pero actuando como lo has hecho, me has puesto las cosas muy difíciles. Este trozo de papel te salva el pellejo y me impide suspenderte del servicio, pero los dos sabemos que lo que ocurrió anoche es realmente imperdonable. Uno no abandona el escenario de un crimen de esa manera.

—Arnstein, me puse enferma de repente...

Lotte no tenía ninguna intención de refutar lo que decía su certificado médico. Era lo único que le permitía mantener una legítima esperanza de conservar su trabajo cuando volviera.

El jefe de policía volvió a suspirar.

—De acuerdo... Veo que mantienes la versión oficial. Eso está bien. También me permitirá cubrirme las espaldas cuando decidas regresar. Pero no nos engañemos: todos sabemos, y me refiero a todos, que esto no es más que una vulgar excusa.

—No puedo preocuparme de lo que piense la gente, jefe. Me puse enferma y necesité ayuda médica urgente. Si alguien piensa otra cosa, no puedo hacer nada. Ni tú ni yo podemos tomar decisiones basadas en rumores, suposiciones o chismes.

Las comisuras de los labios de Arnstein Guldbrandsen temblaron ligeramente y miró a Lotte por encima de la montura de sus gafas.

—Si no fuera porque eres tan jodidamente astuta...

La invitó a marcharse de su despacho, y luego ordenó a Olav Scheldrup Hansen que se reuniera con Lotte para ponerse al corriente del curso de la investigación.

Lotte respiró aliviada cuando logró salir sana y salva del despacho de Guldbrandsen. No había tenido muy claro que el jefe de policía aceptara sus explicaciones sin más ni

diera por válido el certificado médico. Probablemente Guldbransen sabía que Lotte había conseguido la baja de uno de los médicos del hospital, aprovechando que había estado allí para cuidar de su hermana.

Las horas transcurridas después de que Lotte abandonara el lugar del crimen estaban envueltas en una densa bruma. Poco después de llegar, Anne se había despertado y todas las pruebas habían resultado favorables. Mantuvieron algunas breves conversaciones a lo largo de la noche, pero Lotte apenas podía recordar de lo que habían hablado. La vergüenza le impidió registrar nada de lo que se había dicho. Lotte se quedó dormida en el sillón sobre las tres y no se despertó hasta que Anne se sentó en el borde de la cama y, con manos temblorosas y ojos de cordero degollado, se puso los harapos que llevaba cuando la encontraron tirada en la calle.

No hay nada que pueda detener a un drogadicto con síndrome de abstinencia. Desaparecieron las lágrimas, el arrepentimiento y la desesperación. Desapareció toda promesa de que iba a mantenerse limpia y rehacer su vida. Desapareció la necesidad de tener a Lotte a su lado. Solo había una cosa que pudiera curarla y no se encontraba en el hospital.

Los pequeños momentos de felicidad de hacía unas noches se habían esfumado. De la radio de la sala de espera salieron las conocidas estrofas de una canción de Johnny Cash, como un presagio que recorrió el pasillo cuando Anne se marchó:

«... The needle tears a hole — The old familiar sting...».

Comisaría de policía de Haugesund

Domingo por la mañana, 19 de octubre de 2014

Olav Scheldrup Hansen jamás se había sentido un hombre pequeño. Su ego era demasiado grande para ello. Sin embargo, esa era exactamente la sensación que le invadió cuando iba caminando detrás de Knut Veldetun. Lo de aquel hombre no era normal. Parecía incluso artificial. Era como una escultura florentina del Renacimiento. Pese a su envergadura, el hombre se movía con una agilidad casi felina. Olav sintió una repentina añoranza de su pasada juventud mientras observaba a aquel hombre que, para más inri, le abrió la puerta como si estuviera impedido.

—Knut, ¿has intentado por todos los medios hablar con Gudmundsson? ¿Qué te han dicho en el periódico?

El joven agente le miró por encima del hombro antes de contestar:

—Se ha cogido una baja de cuatro semanas y no ha ido a trabajar.

Ya fuera de la comisaría, se subieron a uno de los coches patrulla. Olav se alegró por el hecho de que el enorme policía no hubiera decidido tomar el coche de san Fernando, pero aun así no pudo evitar pensar que la situación resultaba bastante cómica. El descomunal agente apenas podía meter las piernas cuando se sentó en el asiento del conductor. Presentaba un aspecto patético detrás del volante, y le recordó al grandullón Bubba Smith en el papel de Moses Hightower en la primera película de *Loca academia de policía*.

Cuando pararon ante los bloques de viviendas de la calle Austmannavegen, tuvieron que hacer frente a las miradas de curiosidad de la gente. Era domingo y los residentes del vecindario disfrutaban de una agradable mañana de buen tiempo otoñal al aire libre. Los niños jugaban en la zona ajardinada situada a la izquierda del edificio B y sus padres permanecían sentados contemplando pacientemente a sus retoños. Los dos policías salieron con dificultad del coche y fingieron no reparar en las miradas de la gente. Últimamente, cada movimiento de la policía se relacionaba con el «caso del Verdugo». Había una gran cantidad de periodistas y cámaras de televisión pululando por toda la ciudad.

Knut Veldetun y Olav se acercaron al portal de Viljar Ravn Gudmundsson y llamaron al timbre. Tras intentarlo un par de veces más sin éxito, Olav decidió recurrir al viejo «truco de entrar en un edificio sin llaves»: llamó a todos los timbres del portal. Enseguida se oyó el zumbido de la puerta, no solo una, sino dos veces.

Tenían vía libre. Viljar vivía en el primer piso. Olav respiró aliviado. «Knut no cogería el ascensor ni aunque viviera en la planta veinticinco», pensó con cierta acritud.

Oyeron sonar el timbre dentro del piso, pero nadie salió a abrir. Knut aporreó la puerta hasta hacer retumbar las paredes del rellano. Seguían sin obtener respuesta. Estaban a punto de marcharse sin haber conseguido nada cuando una mujer asomó la cabeza por la puerta del piso de enfrente.

—No está.

No dijo nada más, solo se quedó mirando a los dos policías. Cuando quedó claro que no tenía intención de proporcionarles más información por iniciativa propia, el inspector de la judicial tomó las riendas.

—¿De veras? ¿Y cómo lo sabe? ¿Lo ha visto salir hoy?

La mujerladeó ligeramente la cabeza. Miró fijamente a Knut, no a Olav, con una expresión de avidez lasciva que apenas consiguió ocultar. Vaciló un poco.

—Nooo... No sé si ha estado por aquí hoy. Por lo menos yo no lo he oído, ni tampoco lo he visto. Pero anoche estuvo en casa. Hubo un gran alboroto en el recibidor. Me desperté, y cuando me puse algo encima y me asomé al descansillo para comprobar si todo iba bien, solo lo vi brevemente de espaldas cuando salía por el portal.

—De acuerdo. ¿Y está segura de que era él? Quiero decir, como solo lo vio de espaldas...

—Claro, ¿quién iba a ser si no? El alboroto venía de su piso, y después de marcharse no se oyó nada más.

—¿Podría decirnos algo sobre la ropa que llevaba? ¿Si estaba borracho o algo así?

La mujer del umbral hizo un gesto elocuente con la cabeza y sonrió.

—¿Que si estaba borracho? Me sorprendería mucho que estuviera sobrio, por así decirlo. Normalmente la gente sobria no derriba el perchero de su casa al salir y lo deja sin recoger.

—¿Usted vio cómo tiraba el perchero? Creí que había dicho que solo le vio de espaldas cuando salió por el portal.

La mujer suspiró frustrada y salió al descansillo, revelando unas esbeltas caderas desnudas debajo de una camiseta corta de seda. Knut puso los ojos en blanco esforzándose en mirar a todas partes menos a ella.

—Echen un vistazo —dijo la mujer y, a modo de demostración, pegó un ojo a la pequeña mirilla de la puerta—. Ahí se ve el perchero, tirado contra la pared.

Les invitó a que se acercaran y se aseguró de conseguir el mayor contacto físico posible cuando Knut se agachó para atisbar por la mirilla.

—¿Se acercó a la puerta después de que él se marchara?

La mujer de la camiseta de seda miró al inspector como si fuera idiota.

—Por supuesto. Tenía que comprobar si todo estaba en orden. Ahí dentro hubo un

gran alboroto, ¿sabe?

Olav Scheldrup Hansen sospechaba que la encantadora vecina era bastante más fisgona de lo que intentaba aparentar.

—¿Se acercó a la mirilla para comprobar que Viljar estaba bien después de haberle visto salir por la puerta de abajo?

La mujer adoptó una expresión hosca, suspiró y empezó a hablar articulando con mucha más claridad, como si estuviera dirigiéndose a un sordo.

—Yo no sé si era Viljar el que salió por la puerta. Solo supuse que era él. Vi a un hombre con una chaqueta negra con capucha. Parecía que llevaba una bolsa bastante grande. Mañana pasan a recoger la basura, así que pensé que bajaba para tirarla.

Scheldrup Hansen tiró de la manga a su compañero para indicarle que era hora de marcharse.

Knut miró sorprendido al inspector y bajó las escaleras detrás de él. Se sonrojó un poco cuando la mujer le lanzó una mirada claramente insinuante.

Una vez fuera, Olav llevó a Knut a un lado y le pidió que buscara al portero o al presidente de la comunidad de vecinos.

—Esto no me gusta. Desde el primer momento Gudmundsson ha estado más ligado a este asunto que la cuerda para atar el asado del domingo.

—Necesitamos una orden de registro para entrar en el piso. No debería haber problemas, teniendo en cuenta el testimonio de la vecina, el perchero tirado y el hecho de que no abra la puerta. Mientras tú buscas a alguien que tenga las llaves, yo me ocuparé de las formalidades.

Knut se dirigió a toda prisa hacia los bancos donde los padres y las madres contemplaban a sus hijos. Alguno de ellos debía de saber quién tenía la llave maestra.

Cuando media hora más tarde volvieron al piso de Viljar, lo hicieron en compañía de los técnicos de la Científica. Un portero bastante nervioso metió la llave en la cerradura. La puerta se entreabrió unos centímetros antes de quedarse atascada. Olav no tuvo paciencia para esperar y empujó con fuerza. Finalmente consiguió pasar por el resquicio. A los pocos segundos de entrar, asomó la cabeza. Sus palabras fueron más que suficiente para que todos comprendieran la gravedad del asunto:

—¡Da la voz de alarma, Knut! ¡Voz de alarma...!

La habitación olía levemente a madera alquitranada de cubierta de barco, a mar salada, algas laminarias y pescado recién destripado. Recuerdos de la vida soleada y apacible de su infancia.

Los viejos tablones crujían. Fuera se oía el suave chapoteo de las olas. Leves gemidos de una cuerda luchando contra la marea. Un motor de dos tiempos pasó resoplando a velocidad pausada. Chillidos estridentes de gaviotas perforaban el aire de vez en cuando. «¿Un barco amarrado?».

Estaba tumbado sin moverse. El suelo no se mecía. Era una habitación en la que se olía y se oía el mar, pero no se sentía. En otras palabras, seguía en tierra firme.

El subconsciente captó algo que fue registrado por el cerebro sin que pudiera interpretarlo. Un sutil olor a sudor. Un sonido. Irradiación de calor, como si hubiera alguien cerca. ¡Hay alguien aquí! El olor a deseo carnal... ¿o era miedo?

El ser humano moderno suele estar despojado de estos instintos. Solo aparecen en muy raras situaciones de la vida, sobre todo cuando nos vemos obligados a prescindir de alguno de los sentidos. Por ejemplo, la vista. O... bueno, sobre todo la vista. La vista es nuestro medio de relación con el entorno más poderoso y dependemos tanto de ella que, cuando nos falta, es preciso agudizar los demás sentidos para sobrevivir. Leer con los dedos. Interpretar los movimientos corporales con el oído. Calcular las distancias a partir de las resonancias y el eco. Reconocer a la gente mediante el sentido del olfato. Percibir el peligro con la intuición.

Un animal siempre camuflará su discapacidad en lo posible. Ocultará su vulnerabilidad. Pero, con una venda negra cubriéndole los ojos, es difícil para un ser humano disimular que no puede ver. El depredador que le acecha es muy consciente de la discapacidad de su presa, está convencido de ser invencible.

En muchos aspectos, esa certeza era mucho más difícil de gestionar para Viljar Ravn Gudmundsson que el mismo hecho de no poder ver. La certeza de que había alguien en la habitación observándole. Un extraño silencioso, pero que estaba muy presente... Allí mismo, en alguna parte, entre el crujido de los viejos tablones y el olor a alquitrán.

Tenía una idea muy clara de quién podía ser. Ahora le había llegado el turno a él. Al fin y al cabo, el destino le había atrapado y le estaba preparando para el último

viaje. En el fondo lo había visto venir. El pasado le había alcanzado.

El dolor de cabeza era insoportable, y los efectos de la botella de *whisky* que se había bebido la noche anterior no contribuían a aliviarlo. Por si no fuera suficiente, estaba tumbado boca abajo en un duro suelo de madera con las manos y los pies atados por detrás. Tras horas y horas de permanecer en esa postura, las costillas le dolían casi tanto como la cabeza, pero solo casi.

Viljar pensó que la ansiedad se iba a apoderar de él, que le paralizaría y le haría sucumbir, pero en esa ocasión no fue así. La realidad era mucho peor que todos los temores que se pudiera imaginar. El dolor físico era tan intenso que ahuyentó todos los pensamientos sobre lo que pudiera ocurrirle. Un disparo en la cabeza sería una auténtica liberación, y entonces ya no tendría nada más que temer. Por primera vez se había encontrado con algo que sobrepasaba la ansiedad.

Viljar permaneció en silencio. Inmóvil. Respirando silenciosamente. No quería que la persona que había en la habitación se diera cuenta de que había recuperado la conciencia. Tenía que ganar tiempo. Tiempo... ¿para qué? Tenía que haber una solución para escapar de todo el dolor y la completa oscuridad que le rodeaba. Tenía que haberla. Si permanecía tumbado un rato más, le llegaría.

Siempre le había llegado. Durante toda su vida, la solución se había presentado de la nada así sin más, permitiéndole salir airoso de todos los problemas. O mejor dicho... casi siempre. No con Jonas. No en la ocasión en que más lo necesitó.

Con la venda cubriéndole los ojos era imposible saber si era de día o de noche, o cuánto tiempo llevaba en aquel lugar. No se oían voces fuera. No se oían coches. Ni los sonidos vibrantes de una pequeña ciudad. Seguramente se encontraba en una de aquellas construcciones de madera junto al canal. Pero no podía ser una de las que había en el muelle interior de Haugesund. Si fuera así, oiría el rumor de la gente. Incluso de noche, podría oír tanto a la gente como los coches. Cuando lo habían traído a ese lugar, había estado totalmente inconsciente.

Intentó recordar algo de los momentos anteriores a perder el conocimiento en el recibidor de su piso, pero las imágenes eran vagas y borrosas. Recordó la cara de su atacante, pero comprendió que su memoria debía de haber invocado ese rostro simplemente porque era el agresor más plausible.

Viljar recordó que oyó el timbre. Que fue a abrir la puerta. Después todo se oscureció. De hecho, no le vio la cara. Ahora lo recordaba. Tenía la cara envuelta en una especie de pañuelo o braga de cuello. Una capucha negra ocultaba el resto de la cabeza. Y lo siguiente que recordaba era el chapoteo de las olas, el olor a alquitrán y un intenso dolor.

Mientras todos aquellos pensamientos daban vueltas en su cabeza, se percató de un nuevo sonido en el cuarto. Unos pasos. Alguien que caminaba allí cerca. Tuvo que luchar contra las ganas de gritar. Las pisadas eran silenciosas, pero estaban allí. Viljar tenía razón. Había alguien más en la habitación. Los pasos se alejaron. Se oyó el chirrido de unas bisagras oxidadas.

Viljar esperó un par de minutos. Entonces se aventuró a intentar moverse. Al desplazar las piernas, notó un agudo pinchazo en un pie. Lo retiró rápidamente y luego, con cautela, resiguió el contorno hasta comprender que debía de ser un clavo sobresaliendo de la pared que había detrás de él.

Se arrastró hacia atrás centímetro a centímetro y, finalmente, consiguió retorcer el torso hasta acercar las manos al lugar donde había notado el clavo contra la planta del pie. Notó el punzante metal entre los dedos. Respiró aliviado. Tenía la esperanza de que la cuerda que ataba sus pies y sus manos estuviera hecha de un material que cediera a una precisa combinación de presión y fricción. Escuchó atentamente durante un rato. Aquello le llevaría su tiempo.

Finalmente consiguió agarrar un trozo de cuerda entre el dedo índice y el pulgar. Supuso que sería como la que se emplea para atar el pavo antes de hornearlo. Por cada tirón que daba, la cuerda se le clavaba cada vez más en la piel. Estuvo varias veces a punto de rendirse. El sudor le caía a chorros por la espalda. El largo flequillo se le pegaba a la cara. Se obligó a mantenerse centrado. Frotaba, sudaba y blasfemaba. Notó por fin que la cuerda cedía ligeramente cuando, de pronto, oyó de nuevo el chirrido de las bisagras. Se quedó quieto como una araña al tiempo que apretaba los puños. El sonido de pasos que se apresuraban hacia él le hizo tirar de la cuerda con todas sus fuerzas. Pero no se rompió.

Viljar gritó cuando el hombre lo levantó como si pesara cinco kilos y no setenta y cinco. El familiar sonido de unas bridas de plástico oprimiéndole las muñecas por detrás le despojó de toda esperanza. Después les tocó a los tobillos. El hombre resoplaba en la oscuridad. Viljar notó el calor de su cuerpo cuando se sentó muy cerca de él.

—Llevo mucho tiempo esperando estar a solas contigo, Viljar. Ha llegado la hora de saldar cuentas por tus antiguos pecados, ¿no crees?

Cuatro años antes...

Apartamento de Viljar, Haugesund

Martes por la noche, 31 de agosto de 2010

Viljar Ravn Gudmundsson no podía quitarse de la cabeza el hecho de que, después de la entrevista publicada el sábado en el periódico, al día siguiente Jonas hubiera huido precipitadamente con su amigo. No podía entender qué mosca les había picado.

Primero le llegó la noticia de la tragedia ocurrida en Torvastad. Luego, una nueva conmoción cuando se enteró de que, antes de que ocurriera aquello, Jonas había decidido que iba a salir en los medios para desvelar su identidad. Entonces ¿para qué había exigido ocultarla en el periódico del sábado si de todas formas tenía la intención de entrevistarse con el VG al día siguiente? ¿Por qué huir de la familia si de todos modos había pensado revelar su identidad?

Habían pasado cuarenta y ocho horas y aún no habían podido localizar a los chicos. Unas horas después del accidente, habían encontrado su coche en el aparcamiento del centro comercial Amanda, pero era como si se los hubiera tragado la tierra. No había ni rastro de Jonas ni de Fredric. Ningún testigo los había visto. El rastreo de sus móviles no había dado ningún resultado. Se habían esfumado.

Para Viljar, había sido muy angustioso encontrarse en Londres y tener que seguir las noticias de Noruega por internet. Y, por esa razón, el puente con Alexander no había resultado tan bien como se había imaginado. Johan Øveraas estaba furioso y quería que regresara para cubrir los acontecimientos. Podía soportar la ira del director, pero sufría al pensar en aquel pobre joven que en cierto modo le había confiado toda su vida y que ahora estaba huyendo de todo el mundo. Viljar sabía que no era culpa suya, no podía serlo, pero de alguna manera sentía que era su responsabilidad. Y desde Londres poco podía hacer. Tenía que centrarse en intentar que pasaran el fin de semana soñado que su hijo llevaba esperando tanto tiempo.

Hizo cuanto pudo por conseguirlo, pero incluso inmerso en el ambiente de euforia del Stamford Bridge, cuando Alexander se abrazó a él en pleno éxtasis de celebración, los pensamientos de Viljar estaban en Noruega. Con otro chico al que no le importaba lo más mínimo que el Chelsea acabara de ganar por dos a cero al Stoke City. Y con una niña pequeña de nueve años que ya no estaba en este mundo. Y cuyo último pensamiento en esta vida había sido, según sus padres, intentar evitar que su

hermano huyera de casa.

Cuando su vuelo aterrizó en el aeropuerto de Haugesund ese martes por la tarde, Viljar sabía con lo que se iba a encontrar al día siguiente. Toda la prensa noruega y una impresionante dotación policial habían emprendido una frenética caza del zorro, y Viljar era una de las presas más codiciadas por los informativos. Todos lo consideraban un experto en el tema que podría arrojar luz sobre la clase de chavales con los que estaban lidiando. Él los conocía. Había mantenido conversaciones confidenciales con ellos. Había escuchado su historia de primera mano.

Viljar estaba tan sumido en sus reflexiones sobre lo que iba a contarles a los medios al día siguiente, que apenas oyó que alguien llamaba a su puerta. Transcurrieron varios segundos antes de que saliera de su ensimismamiento y arrastrara las pantuflas por el pasillo hasta el recibidor. Lo que encontró al abrir la puerta le pilló totalmente desprevenido. En el descansillo había un chico larguirucho, con mechones de pelo empapado por la lluvia cubriéndole la cara como harapos. Le entregó una carta. De nuevo las conexiones cerebrales de Viljar tardaron en reaccionar. Se quedó un largo rato con la carta en la mano, antes de darse cuenta de lo que ocurría.

—¡Jonas!

Viljar llamó a gritos a la espalda flacucha que ya iba bajando por las escaleras. Quiso seguir al chaval, pero recordó que si salía tras él la puerta se cerraría sola al soltarla y no podría volver a entrar en casa. Fue corriendo a ponerse los zapatos y a coger las llaves antes de bajar las escaleras de tres en tres. Cuando salió disparado por el portal, fue como adentrarse en una catarata. Llovía a cántaros y quedó totalmente empapado. Miró alrededor, pero no vio a Jonas por ninguna parte. ¿Dónde se habría metido? Viljar no había tardado más de medio minuto en ponerse los zapatos y coger las llaves. No podía andar muy lejos.

Lo llamó a gritos un par de veces, pero el muchacho había desaparecido. Realmente no era difícil esconderse en aquel caos de edificios, coches, escaleras de sótanos y calles entrecruzadas. Justo detrás de su bloque había un bosque y una zona de esparcimiento. Viljar se dio por vencido: sabía que lo estaba llamando en vano. Volvió a su casa y cerró la puerta tras de sí. La carta que le había entregado Jonas estaba en el suelo del recibidor, en un sobre sencillo sin cerrar. Viljar observó que estaba escrita a mano. Se dejó caer en el sillón negro del salón y desplegó la carta. Con la mente totalmente vacía, cogió un cigarrillo y lo encendió con la lumbre del que se estaba fumando cuando habían llamado a la puerta un par de minutos antes.

Viljar experimentó una punzada de mala conciencia por no llamar de inmediato a la policía. Sin embargo... había algo en la mirada de Jonas que se lo impidió. La persona que se había presentado en su puerta era un animal herido a la fuga.

Viljar leyó la carta muy despacio. Se detuvo varias veces para comprobar que estaba entendiendo bien lo que decía allí. Que no estaba malinterpretando su pésima letra. No lo hacía. En el sobre había también un recorte de prensa con la foto que le

había tomado en la terraza del Samson y a la que había dado el visto bueno antes de salir a toda prisa para tomar a tiempo el vuelo de Ryanair a Londres. «No puede ser». Examinó la fotografía una y otra vez, pero no era capaz de ver lo que, según Jonas, ponía allí. Al final buscó las gafas de leer que le había encasquetado un empleado muy entusiasta de Interoptik tras un examen oftalmológico gratuito. Las empleó como lupa, y entonces pudo ver con sus propios ojos cómo se precipitaba en un abismo que solo podía calificar como la antesala del infierno.

Aquella prueba, junto con las últimas palabras de la carta, hicieron que Viljar se agarrara el pecho. Notó cómo el dolor se le extendía por los brazos. Se quedó lívido y se le formó un nudo en la garganta. No podía respirar y el dolor fue creciendo en intensidad. Con un último movimiento convulso, agarró el teléfono y llamó al 113. Mientras permanecía tumbado en el suelo esperando la llegada de la ambulancia, no paraban de darle vueltas en la cabeza las últimas palabras de Jonas. No quedaba más por decir. Realmente merecía morir del infarto que estaba sufriendo. Casi tenía la esperanza de que los hombres de amarillo llegaran tarde.

«Prometiste protegerme. No lo hiciste. Ha muerto mi hermana. Y yo también moriré pronto».

Calle Austmannavegen, Haugesund

Domingo por la tarde, 19 de octubre de 2014

En cuestión de seis días, el número de agentes, investigadores de la policía judicial y técnicos forenses se había multiplicado por tres. Lotte Skeisvoll se vio obligada a abrirse paso para acceder al bloque de Viljar. El despliegue de los medios de comunicación había aumentado conforme pasaron los días y, para su asombro, observó que en una de las cámaras que seguían sus movimientos ponía «BBC».

Lotte evitó cualquier contacto con la prensa. Cuantos más reporteros había, menos conseguían sacarle. Durante toda esa semana Hans Indbjo se había encontrado en su salsa, y naturalmente había cambiado la programación para llenarla con seis horas diarias de cobertura en directo. Pero esa vez no fue Indbjo el que rondaba por allí micrófono en mano. Una joven casi adolescente con granos, que apenas podría haber acabado los estudios de comunicación audiovisual en el instituto de Vardafjell, le había sustituido.

Lotte no podía comprender que Hans Indbjo hubiera dejado a una novata al cargo de un caso como aquel, pero el bajito periodista radiofónico se había convertido en una celebridad nacional a raíz de todas sus «revelaciones», y seguramente no podría dar abasto para seguir inflando su ego. A Lotte no le extrañaría que ese otoño apareciera en algún *reality show*.

Una vez en el piso de Viljar, el caos parecía estar algo más controlado. Lotte estableció enseguida contacto visual con Scheldrup Hansen, quien le indicó que se acercara.

—No creemos que abandonara el piso voluntariamente. Hay bastantes indicios de que fue agredido en la puerta y que se lo llevaron a la fuerza.

Lotte dirigió a Scheldrup Hansen una mirada interrogante.

—¿Se lo llevaron?

—Efectivamente. Tenemos el testimonio de una vecina que anoche vio a un hombre de espaldas en el portal y que probablemente llevaba algo grande cuando se marchó.

Lotte notó una punzada en el pecho.

«Si llevaba a alguien de esa manera, debía de estar inconsciente o muerto. En cualquier caso, esto no augura nada bueno sobre la situación de Viljar».

—Veamos... —dijo Scheldrup Hansen—. Contamos con el testimonio de alguien

que lo vio anoche, hacia las veintidós horas. Tenemos que comprobar si lo vieron otros vecinos. No era demasiado tarde, alguien tuvo que ver algo. —Eché un vistazo a sus notas antes de proseguir—: Si partimos de la base de que se trata de un nuevo ataque de nuestro hombre, eso quiere decir que le dio tiempo a hacer esto, efectuar los disparos en la zona de las torres y cometer el asesinato junto al estadio. La cuestión es por qué está actuando tan deprisa y por qué era tan importante eliminar a Gudmundsson, tanto si está vivo como muerto.

Lotte no dijo nada, pero le indicó que continuara.

—Se produjo una pequeña pelea en el recibidor. Encontramos un perchero tirado y un pesado jarrón en el suelo, además de algo de sangre en el *parquet*.

Scheldrup Hansen suspiró levemente y meneó la cabeza.

—¿Hay algo más? —preguntó ella.

—Mmm...

Lotte miró a su compañero. Este señaló el resto del piso.

—Bueno, ahí tenemos un ordenador. Estaba encendido. Hemos encontrado una carpeta con bastantes notas acerca del caso. Es evidente que nos ha ocultado bastantes cosas y que tenía sospechas sobre el motivo de su implicación en todo este asunto.

—Vale...

Lotte se acercó al portátil que estaba sobre la mesa, junto a la ventana.

—Mira aquí —dijo Scheldrup Hansen, haciendo doble clic en una carpeta.

En la pantalla aparecieron una serie de archivos de imagen y documentos de Word.

—¿Imágenes?

—Bueno, no son muy interesantes. La mayoría son capturas de pantalla de los correos electrónicos que recibió, así como la foto con Rita Lothe en un bar. Lo que más me llama la atención es lo que escribió en los documentos. Son sus ideas acerca de por qué ocurrían tantas cosas raras a su alrededor. Por ejemplo, averiguó dónde y cuándo se tomó la foto, y quién le acompañaba.

—¿Estás de coña? —preguntó Lotte acercándose más a la pantalla.

Viljar no les había comentado nada de eso.

—Cree que la foto fue tomada en el club Bestastuå de Strandgata, en septiembre, que fue allí con un amigo y que estaban acompañados por un tal Henrik Thomsen. Si no recuerdo mal, es uno de los nombres que tenemos en nuestra lista, ¿no es así? ¿Ese periodista grandullón?

—¡Joder, sí! El periodista cultural del periódico.

—Aquí dice: «No recuerdo nada». Y aquí: «¿Quiénes eran las tías con las que ligamos?». Creo que debemos mantener una conversación con el tal Thomsen, porque es posible que él hubiera tomado la foto que encontramos en el perfil falso de Rita Lothe en Facebook.

—¿Algo más?

Olav señaló con el índice otro documento de la carpeta.

—Aquí —dijo, y lo abrió.

Lotte miró nuevamente la pantalla y se fijó en el nombre del archivo, pero no fue capaz de relacionarlo con nada. Solo decía «Jonas».

No cayó en la cuenta hasta que empezó a leerlo. Se refería al caso de Jonas Ferkingstad. Tiró a Olav de la manga.

—Aquí está: la última pieza del rompecabezas, Olav. Este caso tal vez nos explique por qué Gudmundsson está tan estrechamente ligado a los asesinatos. Tenemos que hablar cuanto antes con el padre de Jonas, André Ferkingstad. Tiene motivos para vengarse de Viljar.

—¿Ferkingstad? ¿La persona con la que hablaste en el juzgado?

—Es funcionario. Trabaja en el juzgado y el jueves se comportó de una forma muy extraña, por decirlo suavemente, cuando su antigua casa de Torvastad estaba siendo devorada por las llamas. El tipo no parece estar demasiado equilibrado. Cuando hablé con él ayer también se puso visiblemente nervioso.

—Perdona, Lotte, pero ¿por qué nadie me ha informado antes sobre este asunto? Deberíamos haber comprobado a ese hombre hace días.

La expresión de Lotte Skeisvoll se tensó alrededor de la boca y llevó aparte al inspector de la judicial para que los demás no la oyeran.

—Vamos a ver... Eras tú quien, a toda costa, quería investigar a fondo la pista del caso de Eliassen. ¿Me estás diciendo que no lo has hecho?

Scheldrup Hansen miró estupefacto a la superintendente. Meneó la cabeza, como si tuviera dificultades para empezar a responder.

—Esto... ¿Qué quieres decir? Pues claro que he comprobado a Eliassen. Sigue en prisión por las agresiones sexuales, pero ¿qué tiene que ver su caso con Ferkingstad?

Lotte se quedó pasmada, allí de pie junto a los sillones. Lo que más quería era dejarse caer en uno de ellos. Había vuelto a descuidarse una vez más. Había dado por sentado que Scheldrup Hansen estaba al tanto de la conexión entre Eliassen y Jonas. Resultaba obvio para todos los habitantes de Haugesund, pero no para un inspector de la policía judicial de Oslo sin demasiado interés por todo lo que ocurría más allá de la circunvalación 3 de la capital.

Ella le dio una palmada en el hombro y asintió silenciosamente. No podía hacer más que admitir que, una vez más, se había equivocado.

—De acuerdo, Olav. De acuerdo...

Lotte envió una patrulla para ir a buscar a Ferkingstad y luego siguió examinando en profundidad el resto de los recortes de prensa, las imágenes y los documentos de Word.

«No hay duda. Todo esto está relacionado. Tiene que estarlo», pensó.

—¡Joder, Viljar! —dijo en voz alta al tiempo que cerraba la tapa del portátil de un golpe.

Requiem – Sanctus

Me encantan los domingos. Son tan puros. Tan blancos. Tan refrescantes en su inocencia. Aun así... ¡sé que se acerca la hora! No debe de quedar mucho para que dispongan por fin de toda la partitura. Me excedí en mi entusiasmo por encaminarles en la dirección correcta y ahora tengo que bajar el ritmo. Lo que hasta el momento han sido pequeños ajustes, ahora se han vuelto mucho más laboriosos y amplios. Hay notas falsas en mi réquiem que hay que suprimir. Eliminar. Es necesario poner firme a la orquesta para ejecutar los movimientos que quedan.

El sudor se acumula en la parte baja de mi espalda y en las axilas. Los pequeños atisbos de duda y temor hacen que mi cuerpo reaccione de modo irracional. Dedico mucho tiempo a los ajustes y eso implica menos tiempo para los preparativos. En la siguiente ronda todo conlleva un riesgo mucho mayor. La idea de fracasar ahora que estoy tan cerca de mi meta resulta insoportable. Estoy inquieto e impaciente. Las dos cosas que me había prometido que no estaría. El tiempo iba a ser mi aliado, no mi enemigo. Necesito un *glissando* perfecto para llevar a cabo el cambio de movimiento. Hay que aumentar la velocidad para crear caos y desesperación, pero no había previsto que eso también implica que todo resulte menos previsible y, por consiguiente, exige unos ajustes mayores. Hacer que toda la orquesta acometa un *crescendo* es difícil y aumenta el peligro de que alguien se equivoque, de que se rompan las cuerdas.

Contemplo las últimas modificaciones de mi obra de arte y, por ahora, me siento satisfecho. Pero la certeza de que no es la última vez que tendré que hacer variaciones es algo que me disgusta más de lo que me gusta. Lo que en principio había sido algo intencionado se ha convertido ahora en una distracción. Debería alegrarme cada vez que levanto la batuta. Alegrarme de que sigan mis instrucciones. Que así sea. Ahora hay otra cosa que me impulsa. El impulso hacia un clímax en el que todo se funda al unísono en un tono celestial. La ejecución me llena mucho más que los preparativos. Las leves sacudidas eléctricas que recorren mi cuerpo cuando inhalo el último aliento de mis elegidos constituyen una experiencia erótica. Una ebriedad que trasciende todo lo que haya experimentado hasta el momento. Mi inquietud aumenta solo de pensarlo.

Puedo hacerlo aquí y ahora. Todo lo que necesito lo tengo delante de mí, sobre la mesa. Tengo acceso al elegido. Se encuentra en esta misma habitación. Si no fuera

porque mi obra de arte todavía aspira a la perfección y aún conservo un atisbo de autocontrol, lo haría en este preciso instante. Dejaría de lado todas mis inhibiciones y me quedaría con la embriaguez, el deseo y el placer de su último estertor. Durante una fracción de segundo soy consciente de que eso sería una locura, y finalmente mis defensas resisten. El arte me obliga a ser racional y a ejecutar mis acciones por necesidad, no por deseo. Dirijo mis pensamientos en la dirección que les corresponde. El enfoque. Hay que respetar el cronograma, aunque tengo la sensación de que mis sentidos se debilitan. Que todo se ralentiza. Los movimientos, los razonamientos, la memoria, como una secuencia de tonos más prolongados. Posiblemente se deba a la falta de sueño tras una noche sin dormir, pero el reposo tendrá que esperar. Hay que enviar el correo electrónico. No lo puedo posponer más.

Meto el portátil en la mochila junto con el resto de los pertrechos que necesito. Pienso una última vez en lo que debo hacer antes de abandonar el cuarto. Todo está en su sitio. Un nuevo remitente y un nuevo receptor. Todo está preparado, y esta vez a la policía no le servirá de nada reducir el espectro de posibles víctimas. Ya me he ocupado de ello. Una pequeña e ingeniosa artimaña que les sorprenderá. Hacerlo así no formaba parte del plan original, pero ahora lo es. Solo faltaba un trino. Ya está. No puedo arriesgarme a que interfieran en mi elección, por lo que conviene adelantarse a los acontecimientos. No sabrán lo que se les viene encima hasta que sea demasiado tarde.

Cruzo sigilosamente el chirriante suelo y salgo por la puerta. Respiro la fresca brisa del mar mientras contemplo el canal de Smedasundet. Me siento protegido y seguro. El elegido ya sabe lo que le espera. De hecho, al apresarlo pude sentir el olor a puro terror. Fue agradable y liberador.

Unas horas más tarde, el olor se disipó y fue sustituido por otro más intenso que inundó el cuarto. Por lo visto, su vejiga no aguantó más y acabó aliviándose. La presa ya ha caído y aquí fuera el aire se siente fresco y renovado. Como si también se hubiera purificado y preparado para un nuevo día lleno de nuevos pecados. Me dirijo al muelle interior. Donde una larga serie de redes *wifi* abiertas y desprotegidas me esperan bajo el sol.

Me encantan los domingos. Son tan puros. Tan blancos. Tan refrescantes en su inocencia.

Gjøvik

Domingo, 19 de octubre de 2014

Tumbado en el sofá, el editor Harald Madsen concluyó que el café ya debía de estar listo en la cocina. Un minuto antes había oído los últimos gorgoteos en la Moccamaster. Tenía grandes planes para disfrutar plenamente del último día de las vacaciones de otoño. Todavía notaba en el cuerpo las secuelas de su estancia en la lluviosa Escocia, aunque unas horas de sueño en su cama le habían hecho mucho bien.

En realidad, su intención había sido la de viajar a una región más meridional, pero no había reservado los billetes a tiempo. Al final se dio por vencido en su intento por conseguir unos rayos de sol a precio barato, y se decidió por emprender un recorrido turístico por la Escocia otoñal. La ruta del *whisky*...

Escocia era húmeda. Tanto sus huesos como sus ropas habían regresado pidiendo a gritos una secadora, y tenía la esperanza de que sus ojos inyectados en sangre recuperasen la normalidad antes del día siguiente, cuando tuviera que volver al trabajo. Le quedaba un único día para restituirse y ahora su cuerpo reclamaba un café fortísimo y una buena cantidad de paracetamol.

Un pálido sol trataba de abrirse paso entre las nubes. El tiempo era ideal. Los dieciséis grados eran una temperatura mucho más alta de la que había disfrutado durante una semana en el ventoso norte de Escocia, contemplando las granjas que se extendían más allá de la ventana. Si hubiera sido el propietario de una mínima parte de una de aquellas granjas, podría haber multiplicado por mucho el sueldo que le proporcionaba la editorial que había fundado en Gjøvik hacía diez años. Había soñado con ganar grandes cantidades de dinero. Encontrar un nuevo *Harry Potter* o un Dan Brown. Algo que arrasara el mercado e hiciera desaparecer todas sus preocupaciones económicas para siempre. Pero la realidad había sido muy distinta. Cada vez que se oía algo que podría llegar a ser grande, Aschehoug, Gyldendal o Cappelen Damm acababan fichándolo. A él y a sus tres empleados de la editorial Alfa Madsen no les dejaban más que las migajas.

Aunque a la nave le vendría bien una buena renovación, conseguía mantenerse a flote. Principalmente, gracias a un acertado fichaje realizado durante el segundo año de la editorial. Recibieron un manuscrito de un escritor novel, que incluso había seguido la recomendación de no mandarlo a más de una editorial a la vez. Era una

recomendación absurda, pero para Alfa Madsen tenía un gran valor, ya que el nombre de la editorial encabezaba todos los listados alfabéticos. Hacía ya mucho que el escritor había volado a Aschehoug con sus siguientes libros, pero su primera obra seguía vendiéndose muy bien y cada vez llegaba a más mercados internacionales. Los ingresos que generaba contribuían a garantizar la liquidez de la empresa, pero no dejaban lugar para extravagancias ni grandes apuestas editoriales. En un par de ocasiones, Aschehoug y el escritor habían intentado volver a comprar los derechos de aquella primera obra, pero Harald Madsen ya sabía de qué iba aquello. El dinero que sacaría sería como mearse en los pantalones para mantenerse caliente. Una buena situación económica durante un par de años y luego... a echar el cierre si no aparecía algún manuscrito salvador en su buzón.

Harald Madsen se acomodó en el sofá. Apiló varios cojines detrás de su espalda y se arrellanó con la taza de café, los cigarrillos y el cenicero al alcance de la mano. Sostenía el iPad que había adquirido a nombre de la empresa, pero que rara vez utilizaba para otra cosa que no fuera navegar por la red en su tiempo libre. Llevaba una semana entera en el limbo. Arrancar la jornada con cuatro *whiskies* en alguna granja de la campiña escocesa había convertido el resto de sus días en una neblina de la que no era capaz de recordar gran cosa. Excepto el hecho de despertarse cada día en un hotel distinto con los mismos compañeros de viaje para poner rumbo a nuevas destilerías.

Como de costumbre, empezó leyendo los periódicos digitales y enseguida constató que Noruega se había puesto patas arriba mientras él se atiborraba de *whisky* al otro lado del mar del Norte. Los titulares sensacionalistas reclamaban su atención sin darle opción a pasar tranquilamente de largo. Mientras leía, iba tomando sorbitos de café. Después del primer artículo, se encendió un cigarrillo. Aquel caso tenía algo que despertaba poderosamente su curiosidad. Sentía una pequeña vibración en la nuca, como algo que tiraba levemente en su memoria, pero no conseguía determinar lo que era.

Cuatro asesinatos cometidos en una semana, al parecer por un mismo hombre. Después de repasar por encima los primeros artículos de la prensa nacional, empezó a leerlos en profundidad. Había algo en todo aquello... Algo que reconocía. Algo que se remontaba a un tiempo atrás, pero que no era capaz de ubicar. Harald Madsen se levantó y sintió inmediatamente que la resaca amenazaba con estallar entre los ojos. Engulló otro paracetamol que cogió del blíster que estaba sobre la mesa del salón, antes de abalanzarse de nuevo sobre la pantalla. El enfoque era tan sensacionalista que no lograba captar la esencia. Propaganda del miedo para intranquilizar y poner nerviosa a la gente.

Harald dejó de lado la prensa nacional para centrarse en la versión digital del *Haugesunds Avis*, el diario de la región. En el momento de abrirlo, cayó en la cuenta. ¿Cómo tenía tan claro que el periódico local se llamaba *Haugesunds Avis*?

Empezó a leer los artículos, pero rápidamente decidió buscar un reportaje más

genérico donde se hacía un resumen de los cuatro asesinatos, especificando el lugar, la fecha, la víctima y el método utilizado para cometer el homicidio. Harald Madsen se detuvo en medio de la lectura. Sintió un estremecimiento por todo el cuerpo. La verdad le impactó con toda su fuerza. Intentó convencerse a sí mismo de que aquello no podía ser cierto, pero en cuanto el pensamiento trataba de arraigarse en su mente aparecían nuevas imágenes en el álbum de fotografías de su memoria.

A medida que Harald iba leyendo, se confirmaban cada vez más sus sospechas. Tenía razón. Al final hasta sabía lo que iba a contar cada artículo antes de leerlo. Sin embargo, Harald no comprendía que nadie hubiera acudido a la policía para explicar aquello. Era tan evidente que incluso un hombre de Toten como él, medio atontado y con una bruma resacosa de *whisky* ante los ojos, se había dado cuenta de inmediato.

«¿En qué coño estará pensando la policía para no ser capaz de ver algo tan obvio?», pensó mientras volvía a reclinarse en el sofá.

Con manos temblorosas sacó un cigarrillo del paquete.

No tuvo que leer más artículos. Sabía muy bien de lo que hablaban. También sabía muy bien lo que iban a escribir en los periódicos al día siguiente. Volvió a coger el iPad para conectarse con el servidor del trabajo. Tras una breve búsqueda, obtuvo la respuesta que sabía que se guardaba en la base de datos de la editorial.

Harald Madsen sacó el móvil y buscó el número de la comisaría de policía de Haugesund. Después de tres tonos, una voz al otro extremo de la línea preguntó insistentemente en qué podía ayudarlo.

—¿Podría pasarme con una inspectora llamada Skeisvoll? Tengo una pista sobre el caso que está investigando.

—Bueno, resulta que nos llama muchísima gente para darnos información, y quienes están al frente de la investigación no pueden hablar personalmente con todos. ¿Podría decirme su nombre y a qué hace referencia su información?

Se produjo un breve silencio. Madsen se preguntó cómo podría expresarse sin que lo tomaran por un chiflado. Se decidió por la versión más pura y dura. Directo al grano.

—Mi nombre es Harald Madsen y creo saber el nombre del asesino que están buscando.

Viljar sintió una oleada de náuseas subiendo y bajando por su garganta. Al final, no pudo contenerla más. Le pudo el sabor a bilis que rezumaba por el esófago e inundaba su boca como agua podrida. Tuvo la sensación de que todo el contenido de su estómago salía de golpe. No tuvo posibilidad de apartar la cabeza. Estaba amarrado con bridas de plástico a una de las vigas de soporte. Con las manos atadas por detrás. La cabeza sujeta por otra brida colocada por debajo del mentón, lo suficientemente apretada para que no se deslizara cuello abajo. Las piernas amarradas por los tobillos. El único camino libre para el vómito fue el torso y el regazo.

El olor agrio que le asaltó segundos después de la primera oleada de vómito provocó inmediatamente otra aún mayor. La brida de plástico de debajo del mentón se movió ligeramente hacia atrás, oprimiéndole la nuez. Las arcadas no cesaron hasta que el último remanente de bilis y acidez hubo salido afuera. Viljar se sintió totalmente desamparado, cubierto en su propio vómito y esperando el juicio final. Intentó mantener lo que le quedaba de dignidad, evitando pensar en su aspecto y en los charcos amarillentos que se derramaban por su regazo. En cierto modo le sorprendía que todo fuera a acabar así. Incluso con todos sus problemas de ansiedad, siempre se había imaginado un final más digno.

Las piezas del rompecabezas encajaron cuando tuvo la confirmación de quién estaba con él en el cuarto. Al menos tres personas, quizá cuatro, habían tenido que perder la vida solo para que el asesino disfrutara de aquel grandioso y dramático momento final con Viljar. El asesino podría haberlo hecho todo mucho más sencillo, podría haber evitado llevarse por delante vidas inocentes, pero no había sido así. Al parecer, había querido que las manos de Viljar se llenaran con más sangre de la que ya tenían. Tan solo para conseguir su arrepentimiento. Para que sintiera lo que realmente había hecho el día que traicionó a Jonas.

¿Por qué no había dado la cara para asumir su responsabilidad cuatro años atrás? ¿Por qué no había admitido toda la culpa y había dejado su maldito trabajo en el periódico? Si lo hubiera hecho, nada de esto habría ocurrido. Y Ranveig estaría viva todavía.

Viljar intentó apartar todos los pensamientos negativos de su cabeza. Por muy desesperanzador que fuera todo, debía mantener el ánimo. Sabía que le sería

imposible desatarse, pero al menos estaba solo. Su captor se había marchado. Reinaba un gran silencio a su alrededor. Viljar había intentado gritar varias veces. Solo en tres ocasiones había oído algo fuera que podría proceder de una actividad humana. Gritó hasta quedarse ronco, pero no le sirvió de nada.

Si alguien iba a ayudarle, tenía que ser en esos momentos. Y necesitaba lo que le quedaba de voz por si oía a alguien fuera. Así pues, tenía que hacer algo para emitir algún sonido. De un modo que no le agotara. La postura en la que estaba sentado le dio la solución. Tenía que «gritar» con las piernas. Tres golpes cortos. Tres largos. Pausa... Repetición... Pausa...

Viljar se concentró al cien por cien en marcar bien las señales del código morse. Parecía algo totalmente estúpido, pero de alguna manera renovó en él la esperanza y el valor. Si alguien pasaba, lo oiría. La señal de SOS era conocida por todo el mundo. Incluso por los niños... Se convenció para seguir a pesar de notar las piernas muy cansadas. Aquellos pequeños golpes eran su último resquicio de esperanza y le daban otra cosa en que pensar que no fuera lo que le esperaba. Tal vez todo acabara en unos minutos, o en unas horas. Tal vez fuera de noche. No lo sabía, y en realidad lo prefería así. Sería peor saberlo. Por lo menos aún tenía algo de tiempo, un clavo ardiendo al que aferrarse, y gracias a aquellos golpes seguía en contacto con el mundo exterior.

Viljar entró en una especie de trance autohipnótico. Los golpes parecían cada vez más lejanos, como un eco de un mundo paralelo que no le incumbía. De modo que al principio no se percató de los ruidos que se oyeron fuera. Unos pasos sobre la gravilla que se detuvieron para escuchar.

Viljar no se despertó del trance hasta que volvieron a oírse los pasos en la gravilla. Todas las terminaciones nerviosas de su cuerpo reaccionaron al mismo tiempo. ¡Tensó el cuerpo y gritó con todas sus fuerzas! Los pasos sobre la gravilla continuaron. La persona que estaba allí fuera no podría evitar oírle. Sin embargo, sus pasos comenzaron a alejarse. Viljar volvió a gritar desesperado. Cuando ya no le quedaba aliento, se paró a escuchar. Fuera todo estaba en completo silencio.

No fue capaz de detener el llanto que lo desgarró por dentro, abriéndose paso por su dolorida garganta. No hasta que, unos minutos más tarde, oyó un chasquido de algo que debía de ser una cerradura en el piso de abajo. Su corazón latía con gran intensidad. Volvió a gritar con todas sus fuerzas. Se oían pasos en la escalera. Cada escalón crujía. La brida de plástico que llevaba alrededor del cuello le impidió girar la cabeza hacia el lugar de donde procedía el ruido.

Los pasos se detuvieron en el umbral. En ese momento, Viljar sollozaba más que gritaba. ¿Por qué no se acercaba a ayudarle la persona que había llegado? Tres segundos más tarde, obtuvo la respuesta. El individuo de la puerta rompió a reír a carcajadas.

Viljar se derrumbó. Y, hasta cierto punto, le pareció bien. Por fin había acabado todo. Era el principio del fin, y tendría lo que se merecía. Solo tenía que esperar la

sentencia y después su alma sería libre. Una libertad que nadie le podría arrebatar...

Sede del Haugesunds Avis

Domingo por la tarde, 19 de octubre de 2014

Olav Scheldrup Hansen se secó el sudor de la frente con el dorso de la mano. Aunque la nueva sede del *Haugesunds Avis* tenía un buen sistema de aire acondicionado, el sol se colaba por la ventana cerca de donde estaba sentado. El inspector estaba tomando muestras de saliva a los empleados. Tras el fiasco del día anterior, la fiscalía también se había puesto muy nerviosa y exigía resultados. Los titulares sensacionalistas clamaban desde los expositores de prensa y las páginas web. De repente, ya no había impedimentos para autorizar las pruebas de ADN de las personas que se encontraban el jueves en la sede del periódico. Los bastoncillos de algodón se alineaban ante él como soldados. Un contenedor con bastoncillos ya marcados y otro para los que estaban sin usar. Scheldrup Hansen se concentró en la tarea. Tomó los datos de los empleados a medida que entraban y les raspó la cavidad bucal con un bastoncillo. Les interrogó para averiguar dónde habían estado en el momento del envío del correo. Pero hasta el momento no había conseguido ninguna información nueva que pudiera arrojar algo de luz a la oscuridad del túnel en el que estaban inmersos.

Cuando estaba tomando las últimas muestras, Johan Øveraas se presentó en la puerta con la evidente intención de hablar con el inspector. El director del periódico parecía muy nervioso. Scheldrup Hansen decidió acabar las últimas dos pruebas y le dijo que le esperase fuera. El hombre se sentó en una silla y empezó a teclear en su móvil.

Cuando Olav terminó diez minutos más tarde, siguió a Øveraas hasta su despacho. El director le indicó que se sentara en su propia silla y se quedó de pie detrás de él. Abrió una enorme pantalla de ordenador frente al inspector. En el salvapantallas aparecieron unas figuras psicodélicas que se desplazaban en todas direcciones. Øveraas movió el ratón y después hizo clic en el icono de Outlook.

Con dedos expertos buscó un correo electrónico con un encabezamiento ya familiar. Se trataba de él. Ante los ojos de Olav Scheldrup Hansen y Johan Øveraas, el asesino dictaba una nueva sentencia.

Scheldrup Hansen había leído tantas veces aquellos mensajes que lo único que le interesaba era el tipo de «pecado» que pretendía castigar y el código de letras y números de la parte inferior que podría indicarles cómo lo llevaría a cabo. Se

desplazó por la página hasta encontrar lo que quería.

El código era HM5-1. Lo anotó en su móvil. El pecado mortal por el que la próxima víctima sería condenada era totalmente absurdo. El inspector negó con la cabeza antes de mirar a Johan Øveraas.

—No puede ir en serio... Por mentir... ¡Por mentir! ¿Cómo coño va a acabar con la vida de alguien por el simple hecho de haber mentido en alguna ocasión? ¡No tiene sentido!

Øveraas carraspeó, pensativo.

—No sé si os habéis percatado de ello, pero estos mensajes no parecen tener ningún fundamento lógico. El autor ni siquiera intenta aportar argumentos de peso. Es como si le aburriera escribirlos.

—Tienes mucha razón en lo que dices —convino Scheldrup Hansen—. No creemos que se trate de un hombre con el más mínimo sentido de la moral. Sus sentencias ficticias no son más que una excusa para... Yo...

Olav Scheldrup Hansen se interrumpió al percatarse de la aviesa sonrisa del director.

—¡Ni se te ocurra usar lo que acabo de decir en tu periódico! ¡Joder! ¡Ni se te ocurra!

Scheldrup Hansen derribó la silla al levantarse bruscamente y abandonó el despacho de Øveraas en estado de cólera. En cuanto salió al pasillo, llamó a Lotte.

—Soy Olav. ¿Han detenido ya a Ferkingstad? Si es así, hay que comprobar si tiene cerca algún móvil u ordenador. Acabamos de recibir otro correo electrónico. Esta vez le ha llegado a Øveraas.

—¿Ah, sí? Pues ya puedes olvidarte de Ferkingstad. Tengo algo mejor. Tengo un nombre.

—¿Un nombre?

—Sí, ya sé a quién estamos buscando. Tengo su nombre delante en este mismo momento.

Comisaría de policía de Haugesund

Domingo por la tarde, 19 de octubre de 2014

La llamada del editor Harald Madsen había desatado el nudo gordiano. Era la clase de llamada con la que siempre sueña un investigador, pero que lamentablemente solo se da una vez cada año bisiestos. Una persona ajena al marco de la investigación que posee la respuesta y la solución. Un mínimo detalle casual que hace que todo empiece a desenredarse. Lotte había albergado la esperanza de que tarde o temprano encontrarían al asesino, pero no de aquella manera. No gracias a la repentina llamada de una persona que se encontraba a gran distancia y que les había revelado el nombre. Era algo increíble y maravilloso. Lotte exhaló el aire lentamente. Ya habían tenido bastantes fracasos. Lo habían subestimado una y otra vez, pero ya sabían quién era el interlocutor que estaba al otro lado de la mesa.

Su móvil sonó. Era Madsen de nuevo. Ya había llegado a la terminal Helganes y había tomado un taxi en dirección a Haugesund. Después de haberle dado toda la información por teléfono, Lotte le había pedido que cogiera el primer vuelo disponible desde Gardermoen. En el equipaje llevaba lo que posiblemente iba a darles todas las respuestas que necesitaban. El manuscrito. Lo más fácil hubiese sido enviarlo por correo electrónico, pero a él le había llegado la copia en papel. Y en el registro informático de la editorial constaban únicamente el número de archivo, el título y el autor.

Lo que tanto les había costado entender estaba escrito desde hacía tres años. Harald Madsen había reconocido los hechos en cuanto leyó las noticias. Todo cuadraba. Los asesinatos se habían llevado a cabo de la misma manera, y en el mismo orden, que en el manuscrito que él había recibido en su editorial. Al parecer, se trataba de un manuscrito muy malo. Harald Madsen no había dudado a la hora de rechazarlo por ser una auténtica «chapuza», tal como lo calificó. La historia era muy poco creíble y estaba redactada con un estilo mediocre. Madsen dijo que los clichés se sucedían como objetos *kitsch* en una desvencijada tienda de segunda mano.

Lotte no se sentía con ánimo de frivolar ante lo que había sucedido en su ciudad durante la última semana. Había sido algo sangriento, terrorífico y muy real. Tras realizar algunas búsquedas en internet, descubrió que no había rastro ni de la obra ni del autor. El libro no había sido publicado. Por lo visto, Madsen no era el único que había rechazado el manuscrito. Era evidente que el asesino se había propuesto

demostrar al mundo que su relato criminal sí estaba a la altura. Él era su propio *copycat* y estaba siguiendo un plan desconocido por todos... hasta ahora. Gracias al sistema de archivo de la editorial Alfa Madsen, en breve ellos también tendrían el texto en sus manos. Era algo que el asesino no se podía esperar. «Eso nos dará una ventaja», pensó Lotte.

Hasta donde recordaba Madsen, el manuscrito y los hechos coincidían tanto en la escenificación como en los tiempos. En la práctica, se trataba casi de un calco.

Cuando una hora más tarde Harald Madsen se presentó en el despacho de Lotte, esta escuchó solo a medias la perorata que le soltó sobre cuánto le había costado conseguir un billete para el vuelo de la tarde de Norwegian y llegar a tiempo al aeropuerto de Gardermoen. Lo único que le importaba a ella era lo que guardaba en la mochila que llevaba al hombro. Madsen le había comunicado el nombre del autor por teléfono, pero ella necesitaba los detalles del texto.

Aparte de al editor de Gjøvik, Lotte había convocado en su despacho a Olav, Knut, Lars y el jefe de policía. Era suficiente para empezar. Tratar de reunir a todo el equipo, que actualmente contaba con diecisiete personas, habría supuesto un gran esfuerzo logístico, y además Lotte tenía sus razones para no divulgar todavía aquella información. La prensa no debía enterarse de lo que había averiguado Madsen. El asesino no debía saber por nada del mundo que conocían su identidad.

Además, era probable que tuviera retenido a Viljar en algún lugar desconocido, así que habían decidido no arrestarlo todavía y someterlo a una vigilancia estricta y constante.

Tenían a varios agentes de paisano que no se alejaban en ningún momento más de cincuenta metros de él. Habían efectuado un registro secreto en su casa, donde Lotte había albergado la esperanza de encontrar a Viljar. Sin embargo, allí no habían hallado nada que permitiera desenmascararlo. Debía disponer de otro lugar desde el que dirigir todas sus operaciones.

Colocaron a Madsen convenientemente en medio, sentado en una silla de madera con una taza de café en la mano, y ya se disponía a sacar el manuscrito de la mochila cuando uno de los agentes del equipo asomó la cabeza por la puerta. Lotte constató que era el mismo novato que la había acompañado a Fjellvegen hacía apenas una semana.

—Oye, Lotte, ¿puedo hablar contigo un momento?

Ella suspiró, pero logró fingir una sonrisa.

—Como puedes ver, andamos algo ocupados por aquí. ¿Crees que es algo que pueda esperar?

Lotte fue incapaz de ocultar su sarcasmo.

El agente miró algo confuso a cada una de las personas reunidas como sardinas enlatadas en el minúsculo despacho, asintiendo con la cabeza para saludar a Lars y Knut, antes de contestar:

—Creo que la sala de reuniones del otro extremo del pasillo está libre, si

necesitáis más...

El agente se interrumpió al percatarse de la torva mirada que le lanzaron Lotte y el jefe de policía.

—Aun así... —prosiguió—, me temo que la cosa no puede esperar. Creo que hemos descifrado el código del correo electrónico que nos mandó Øveraas, lo cual quiere decir que sabemos cómo...

La expresión de Lotte se suavizó. Eran muy buenas noticias. Le hizo un gesto con la cabeza para indicarle que continuara. El joven agente carraspeó un par de veces.

Visiblemente nervioso.

—Eh... Hemos tardado un poco porque no encontrábamos a ningún autor de novela negra que respondiera a las iniciales HM. Sin embargo, es posible que el asesino no solo utilice a autores noruegos, y de ser así pensamos que las iniciales HM podrían corresponder a Henning Mankell.

Echó un nuevo vistazo al grupo como para obtener una confirmación de que estaba bien encaminado. Todos asintieron, salvo el hombre de aspecto fatigado sentado en el centro con una mochila.

—En tal caso, el código se referiría al primer asesinato que aparece en el quinto libro de Henning Mankell. Hemos tomado como punto de partida la enciclopedia sobre el género policíaco que el asesino ha usado en anteriores ocasiones. La quinta novela de Mankell se llama *La falsa pista* y la escena a la que se refiere es...

—El incendio en el campo de colza.

El hombre de la mochila interrumpió al agente antes de que terminara.

—Correcto. Una chica se prende fuego para quitarse la vida en medio de un campo de colza.

Lotte sintió que el corazón se le subía a la garganta. De todas las formas horribles de morir, aquella era sin duda la peor.

—Debe de estar de coña... ¿De verdad pretende prenderle fuego a alguien?

El exabrupto de Knut Veldetun retumbó como un eco de los pensamientos de los demás. El único que no parecía conmocionado era Harald Madsen.

—Me temo que eso es exactamente lo que pretende hacer. Lo ha escrito aquí —dijo Madsen, y sacó de la mochila un fajo de papeles atados con una goma elástica.

Lo colocó sobre la mesa. Como polillas a la luz, todos los ojos se dirigieron a la portada del manuscrito, donde podía leerse en letras mayúsculas:

EL EJECUTOR, de GEIR TANGEN.

Comisaría de policía de Haugesund

Domingo por la noche, 19 de octubre de 2014

Ahora que tenían el nombre ante ellos, de repente todo parecía de lo más normal. Un nombre corriente. Un hombre corriente con una profesión corriente. Un profesor de instituto. Muy alejado del perfil que Olav Scheldrup Hansen había trazado. Un padre de familia con esposa e hijos. Un tipo simpático, una cara conocida dentro de la comunidad local. Un declarado aficionado al fútbol, con un pasado en la política y que aparecía cada dos por tres en la televisión local.

—Se le debe de haber ido la pinza.

Lars Stople rompió el silencio que se había extendido por el despacho cuando Harald Madsen colocó el manuscrito sobre la mesa. Dos de los presentes miraron con gesto interrogante a Lars. Como era lógico, Olav Scheldrup Hansen y Harald Madsen no tenían ni idea de quién era aquel hombre. Para ellos no era más que un nombre escrito en un papel.

—¿Quiere decir que ya sabéis quién es? —le preguntó el editor a Lotte con expresión sorprendida.

Por supuesto, él no podía saber que se trataba de una especie de celebridad local.

—Sí, Geir Tangen es una persona muy conocida en Haugesund —contestó Lotte.

—Llevamos siguiéndolo toda la tarde, desde que nos revelaste su nombre —añadió Knut Veldetun—. Tenemos la esperanza de que nos conduzca al lugar donde mantiene retenido al periodista.

Harald Madsen pareció algo irritado durante un instante y carraspeó varias veces antes de hablar:

—Creo que deberíais dejarlo en paz... ¿No escuchaste lo que te dije por teléfono, Skeisvoll?

—¿A qué te refieres?

—Te dije que el asesino nos envió un manuscrito bajo el seudónimo de Geir Tangen.

—¿Y eso quiere decir...?

—Un seudónimo es un nombre falso que utilizan algunos escritores para ocultar su verdadera identidad. Maria Amelie fue muy popular hace un par de años, pero no era su nombre real. En la literatura clásica encontramos algunos autores que publicaron con seudónimo, como por ejemplo George Orwell. Su verdadero nombre

era Eric Arthur Blair.

Lotte notó que le ardían las mejillas. No solo era embarazoso, sino absolutamente catastrófico.

—¿Me estás diciendo que, después de todo, seguimos sin saber el nombre real del asesino? ¿Que estamos siguiendo a una persona inocente, mientras que el hombre que buscamos probablemente esté a punto de prenderle fuego a alguien en algún campo?

Harald Madsen le sostuvo la mirada durante un buen rato, aunque finalmente la bajó. Sin embargo, no era él quien había perdido la batalla. Sin duda había sido ella.

—Eh... Sí.

—¡Joder! ¿Es que eres idiota? —gritó Lotte—. ¡Deberías saber que yo quería el nombre real del asesino, no su puto nombre artístico!

Todos los presentes en la habitación se encogieron en sus asientos. Los segundos transcurrieron en silencio. Lotte se quedó mirando la mesa durante un momento, alisó una punta del mantel y luego tomó aire para pedir disculpas. Un par de minutos más tarde, el despacho empezó a vaciarse. El jefe de policía también se fue después de cerciorarse de que Lotte había recobrado el control. En el despacho quedaron un aturdido Harald Madsen y una algo exhausta inspectora Skeisvoll.

—Lo siento, pero creí que sabías...

Harald Madsen no dijo nada más durante unos instantes, luego se aclaró la garganta. Se dio cuenta de que la investigadora seguía luchando para controlar su frustración y decidió que no tenía sentido ahondar en el malentendido. Escogió otra estrategia.

—Si consigo acceder a mi antiguo correo electrónico, podremos averiguar quién está detrás de ese seudónimo. Mañana es lunes y mi secretaria volverá al trabajo, y a lo mejor ella...

Lotte se lanzó sobre el teléfono. Esperar a mañana no era una opción. Si dependía de la secretaria, iría a buscarla la policía de Gjøvik con las sirenas aullando.

—Muy bien, Madsen. Como sabes, no tenemos hasta mañana para salvar a la próxima víctima. Enviaremos una patrulla para ir a buscar a tu secretaria.

—¿A España?

—¿A España? ¿Qué quieres decir?

—Está pasando las vacaciones de otoño con sus nietos en El Albir. Regresa mañana por la mañana.

Lotte lo contempló con mirada cansada. Habían vuelto al punto de partida. El asesino seguía siendo un fantasma que se movía entre las sombras. Con suerte, tendrían un nombre al día siguiente...

Lotte se esforzó por recomponerse. Tenía que cambiar de actitud y de manera de pensar. Estaban a punto de cogerlo. Se estaban acercando a él, no había duda de ello.

—Creo que deberíamos echar un vistazo al manuscrito de este tipo. ¿Describe el asesinato de la mujer en el campo de colza de algún modo que nos permita localizarla y salvarla?

—No es una mujer. Es un hombre. El autor copia el suicidio de *La pista falsa* de Mankell, pero en el manuscrito no se suicida una mujer sino que el asesino mata a un hombre. Si no recuerdo mal, se trata de un periodista que llevaba años difundiendo mentiras y medias verdades.

Lotte había albergado una secreta esperanza cuando oyó que la víctima de la novela de Henning Mankell era una mujer. En ese caso implicaría que, de momento, Viljar Ravn Gudmundsson estaría fuera de peligro. Sin embargo, el pequeño hilo de esperanza se desvaneció como la llama de una vela agonizante. Le había llegado el turno a Viljar.

Harald Madsen pareció haber leído sus pensamientos.

—Deberías leerte el capítulo. Hasta ahora el asesino se ha esforzado por actuar de manera fidedigna respecto al lugar de los hechos. Aunque en lo que respecta al último asesinato, el del disparo... Debería haberse producido en un lugar que él llama Karmsundet, pero según he leído en los periódicos de internet no fue así.

—¿Qué me estás diciendo? ¿Se mantiene tan fiel a los detalles? Quiero decir, ¿se pueden reconocer los lugares y esas cosas?

—Podría decirse así —contestó Madsen—. Me he pasado todo el vuelo hasta Haugesund con el manuscrito en una mano y las noticias del iPad en la otra. Casi todo cuadra. Las escenas del crimen. Las víctimas. Los nombres. Los métodos...

—¿Los nombres? ¿Te estás quedando conmigo? ¿El tipo usa nombres reales?

Harald Madsen esbozó una sonrisa.

—Supongo que ese es el motivo por el que emplea un seudónimo. Os conoce, o por lo menos sabe quiénes sois. Si lo hubiera publicado con su propio nombre, todo el mundo se le habría echado encima. Así que ha decidido ocultarse detrás de un nombre que todo el mundo conoce, pero al que nadie puede atacar.

Lotte meneó la cabeza. Había estado segura de atraparlo por fin, pero ahora volvía a escapársele de las manos.

—¿Eso está permitido? ¿Un autor puede escribir sobre quien quiera utilizando un nombre falso?

—No olvides que estamos hablando de un escritor aficionado, Skeisvoll. No tienes ni idea de cuántos manuscritos recibimos cada año en el que resulta que el autor emplea nombres de personas reales. Conocer o saber quiénes son los diferentes personajes le facilita la labor, pero nosotros eliminamos esas referencias en cuanto empezamos a trabajar el texto.

Harald se levantó, cogió las primeras páginas del manuscrito y hojeó hasta encontrar el primer párrafo.

—Mira aquí —dijo señalando.

Lotte se quedó perpleja. Las palabras parecían oscilar delante de sus ojos. No se lo podía creer.

«Aquella mañana, cuatro días antes de que se apagara la luz, el periodista Viljar Ravn Gudmundsson estaba plantado en el centro de la sala de reuniones, con las

piernas separadas, disfrutando del ambiente que le rodeaba. En el lugar predominaban las sonrisas amplias, las miradas ansiosas y las risas altivas. Tal y como debía ser».

—¡Dios mío! ¡Esto es una locura! ¿Hay más?

Al cabo de unos segundos, Harald Madsen había avanzado hasta el primer asesinato, unas páginas más adelante. Lotte se llevó la mano a la boca al leer su propio nombre y el de la víctima, Rita Lothe. Tenía la sensación de que una goma elástica estaba a punto de romperse en su cabeza. «No es posible».

—¿Cómo puede ser? ¿Es que es vidente? ¿Ha planificado cada mínimo detalle? ¡Es una completa locura! Salvo por el hecho de que no acierta en las condiciones meteorológicas, de que Lars Stople no aparece en la escena y de que acude al lugar del crimen con un policía veterano en vez de con un agente novato, esto es prácticamente una copia exacta de lo que sucedió aquella mañana.

Harald Madsen recogió las hojas del manuscrito y le dio la vuelta.

—¿Por qué crees que se titula *El Ejecutor*?

Comisaría de policía de Haugesund

Domingo por la noche, 19 de octubre de 2014

Tras la reunión en el minúsculo despacho, Lotte dio orden de ponerse en contacto con las editoriales de todo el país. Si el hombre había enviado el manuscrito a una editorial de mierda en Toten, seguramente también lo habría mandado a otras. Y ninguna aceptaba los seudónimos sin que el nombre y la dirección verdaderos constaran también como datos de contacto.

«Espero que todas las secretarias no estén de vacaciones en España», pensó Lotte.

Harald Madsen le había dicho que era bastante probable que las otras editoriales también hubieran guardado tanto el manuscrito como los datos de contacto. Así que acompañó a Lars Stople para pasarle algunos nombres de gente del mundo editorial con la que poder ponerse en contacto en privado un domingo por la noche.

Lotte se quedó en el despacho. Su principal prioridad era leer el manuscrito en profundidad para ver si podía obtener más información sobre la próxima víctima y sobre dónde, según el relato, iba a ser ejecutada. El método ya lo sabían. Lotte era consciente de que tenía poco tiempo y debía dar prioridad a las páginas que trataban de ese asesinato. Se estremeció a medida que avanzaba en el texto. Reconoció los nombres, los lugares, las escenas del crimen. Y aunque sabía que no debería hacerlo, se detuvo en la descripción del asesinato de Ranveig Børve. Todo había sido tan calculado, tan logrado... El relato respondía a muchas de las preguntas que habían surgido durante la investigación. Ella misma era el personaje principal, y la persona que se escondía tras el seudónimo debía de tener un conocimiento alarmantemente profundo de su psique, ya que la descripción de sus pensamientos en el libro se correspondía bastante bien con lo que había pensado ella cuando se encontraba en la escena del crimen. Lotte se había considerado una investigadora genial y brillante cuando decidió no demorarse en los detalles y concentrarse en todo lo que el asesino no había dejado allí a propósito. El autor describía en términos muy similares el razonamiento de Lotte. No con todo detalle, pero las similitudes resultaban inquietantes. Un pensamiento le rondó por la cabeza: ¿se convertiría ella misma en una víctima más adelante en la trama? Lotte no se atrevió a comprobarlo.

Una sensación de estar siendo observada le recorrió la columna vertebral. Alguien podía saber que estaba leyendo aquello. Conocer todos los detalles de su vida. Incluso sus pensamientos más íntimos. Le costaba creer que aquello pudiera ser real.

«¿Lleva tanto tiempo observándome? ¿Desde hace tres años? ¿Lo sigue haciendo?».

Lotte se negaba a aceptar su propia paranoia. Simplemente debía de tratarse de alguien con un conocimiento casi autista de la labor y la mentalidad policiales.

¿O era posible que cada detalle del relato tuviera como propósito obligarla a pensar de la manera en que lo estaba haciendo? ¿Para que tomara las decisiones que él había escrito de antemano que ella debía tomar?

Las palabras de Harald Madsen retumbaron en su cabeza: «Mira el título... ¿Por qué crees que se titula *El Ejecutor*?».

Un ejecutor. Un director de orquesta. Un maestro que lo dirige todo y a todos en una gran orquesta para que sigan sus instrucciones y ejecuten su arte musical.

«Se esforzará al máximo para seguir las notas de su partitura —pensó Lotte—. Cualquier pequeño cambio le frustrará y le obligará a corregirnos para que volvamos a encaminarnos en su senda. En otras palabras, seguirá ciñéndose a su manuscrito hasta que vislumbre el momento de ejecutarlo exactamente como está escrito. Aquí tenemos nuestra oportunidad de detenerlo».

Fue pasando páginas hasta llegar a la parte que buscaba. El asesinato estaba previsto para última hora de la tarde o primera hora de la noche. El autor no indicaba el momento exacto. Y tampoco desvelaba el nombre de la víctima.

—¡Joder!

Lotte vio a Harald Madsen en el pasillo y lo llamó para que entrara.

—¿Recuerdas a quién mató en ese campo? ¿Fue a Viljar? ¿Puede que revele su nombre hacia el final del manuscrito? —preguntó Lotte blandiendo las hojas delante del editor.

—No, de eso se trata... La novela no es exactamente brillante. Si fuera así, la habríamos publicado. Hacia el final del relato abundan los cabos sueltos. Es posible que el nombre aparezca en alguna parte, pero creo recordar que uno de los fallos de lógica narrativa era, precisamente, saber quién era la persona a la que el asesino prendía fuego. Una planificación argumental pésima para un escritor de novela policíaca, pero es evidente que el autor no tiene ni pizca de talento, así que...

Lotte suspiró. Ya no pudo contenerse más.

—Sí, eso ya lo veo, pero ahora tenemos que actuar. No nos queda mucho tiempo y, por desgracia, tus consideraciones literarias tendrán que esperar. —Ella misma se dio cuenta del tono agresivo que estaba usando, pero no se reprimió—. ¿El nombre de Viljar aparece hacia el final?

Madsen pareció ofendido.

—Oye, hace tres años que leí el manuscrito. No recuerdo todos los detalles.

Lotte se levantó y agitó la mano para indicarle que se marchara, como si fuera un cachorrito que se había hecho sus necesidades dentro de casa. Cuando el editor salió del despacho, Lotte cerró de un portazo y volvió a concentrarse en el manuscrito. Toda aquella tensión la impedía avanzar. Como si estuviera en medio de una pesadilla

en la que no se movía del lugar.

«Céntrate, Lotte», se dijo con voz estricta. Leyó sobre cómo el asesino pretendía transportar a su víctima en barco desde un embarcadero en las afueras de la ciudad hasta un campo situado justo detrás del puerto deportivo de Lindøy. Según el manuscrito, una vez allí ataría a la víctima a un poste y la rociaría con gasolina, además de verter un amplio círculo de líquido inflamable a su alrededor. Suficiente para provocar un gran incendio que atrajera la atención de la gente del lugar. Cuando la mecha casera llegara hasta el cerco de gasolina y prendiera la llama, él ya estaría cruzando el canal de Røyksundet de vuelta a la ciudad.

Solo se podía hacer una cosa para intentar salvar a Viljar, y era tratar de truncar los planes del asesino. Colocar algunos obstáculos que le impidieran seguir la trama original de su novela, pero al mismo tiempo sin revelarles que ellos estaban al tanto de la misma. El único problema era que tal vez ya fuera demasiado tarde. Era probable que en aquel momento Viljar Ravn Gudmundsson ya estuviera amarrado a un poste en Lindøy. Pero si no conseguían salvar a Viljar, al menos podrían capturar al asesino. Lo detendrían una vez que su barco atracara en Haugesund.

Lotte llamó por el intercomunicador a todos los miembros del equipo y los convocó con carácter urgente. En esta ocasión decidió seguir el bienintencionado consejo del agente novato. Escogió la sala de reuniones del ala oeste como central de operaciones para la caza final.

Requiem – Benedictus

Mientras lo llevo en brazos, noto su aliento jadeante contra mi cuello. Pesa bastante, y se retuerce sin parar. Me da igual. Lo tengo bien agarrado por la cintura, de manera que no puede escapar. Además está atado de pies y manos, así que sus forcejeos resultan inútiles. Está aterrado. Presa de la angustia, la desesperación y el miedo. Sé cuánto duele experimentar esas sensaciones. Sin embargo, lo peor es la esperanza. Ese pequeño atisbo de esperanza de que todo se resolverá finalmente. De que alguien te liberará y te salvará. De que, después de todo, la muerte no te espera justo a la vuelta de la esquina. La esperanza es lo que crea el pánico. La adrenalina hace que la sangre bombee con una fuerza incesante. Afortunadamente para él, dispongo de todo lo necesario para acabar con su pánico. Todo lo necesario para sustituir la inútil y terrible esperanza por una sensación mucho más cómoda: la resignación.

No es hasta que muere ese último resquicio de esperanza cuando los que deben ser sacrificados encuentran la paz. Entonces la calma se cierne sobre ellos como las primeras nieves que caen por la tarde antes de Nochebuena. Antes del tañido de las campanas. Silenciosa y suave. La certeza de lo inminente también es así. Silenciosa y suave. El pulso que disminuye. La mirada que baja lentamente. La resignación...

En unos minutos le llegará a él también. Cuando finalmente comprenda que la ayuda no va a llegar. Que no va a poder escapar. Cuando por fin entienda lo que va a ocurrirle, y que no voy a concederle el indulto. Entonces llega la resignación.

Los gritos son sustituidos por sollozos. Los músculos tensos se calman. Lo sé porque lo he visto anteriormente. Así fue con Ranveig... Luchó desesperadamente contra lo inevitable, hasta que de repente se derrumbó y cayó en un estado de completa resignación apática. La rendición... Saboreo la palabra. Se la susurro al oído mientras lo llevo en brazos: «Rendición».

Todavía no ha llegado a ese punto, pero lo hará pronto.

El sonido del agua chapoteando contra las rocas de la playa aleja todos esos pensamientos durante unos segundos. Este lugar es tan apacible. Silencioso. No hay nada discordante que estropee la estampa. Solo estamos el agua y yo. Aunque él sigue conmigo, sus gemidos ya no me llegan. No oigo sus protestas, sus maldiciones. En gran medida se debe a la mordaza, claro, pero aun así... Tampoco creo que le oyera si pudiera gritar. Ni aunque tocase todos los cuernos de Heimdal. No puede llegar a mí. Estoy fuera de su alcance. Solo estamos el susurro del agua en las rocas y

yo. El gorgoteo del bidón de gasolina que llevo. Yo soy. Él no es. Así de simple.

—Está en las Escrituras —le susurro cuando llego al poste.

Descubre el bidón rojo de gasolina y, por su mirada, entiendo que sabe lo que vendrá a continuación. No será una muerte tranquila. Pues no, esta vez no. No será un salto en estado inconsciente desde un séptimo piso, una bala que revienta y lo apaga todo en una centésima de segundo, una pérdida de conocimiento tras la falta de oxígeno en el cerebro... Pues no, esta vez habrá dolor. Piel que se derrite lentamente entre las llamas y que hace implosionar el cuerpo en un infierno de dolor. Sangre que bulle, el olor a carne quemada, antes de que el cerebro se colapse y todas las terminaciones nerviosas griten en un aullido simultáneo de dolor. Unos breves instantes después, se produce la muerte, cuando las llamas penetran en la piel y se detiene el flujo sanguíneo. Unos minutos más tarde, lo único que queda es ceniza y carbón. Lo que eran pensamientos, sentimientos, olores, sabores e impulsos volverá de nuevo a sus orígenes. Ceniza y carbón.

Noto un hormigueo en los dedos ante la posibilidad de ser testigo de ese paso a la eternidad. Ver los últimos instantes de un ser humano abandonando su cuerpo. Es una pena que no pueda quedarme. Me arrepiento de haber escrito la escena así. Ahora comprendo que no me supondría ningún problema contemplarlo todo antes de volver al barco, pero me ciño al plan. Mi réquiem debe llevarse a cabo a rajatabla. Rocío gasolina sin cesar. Por encima de él y a su alrededor. Una espiral en torno al poste. Me deleito sintiendo la hierba seca bajo mis pies. Será un espectáculo grandioso. Incluso desde el mar.

Espero que le invada la resignación, pero al parecer se ha ocultado detrás del miedo. ¿Tal vez no resulte tan fácil rendirse cuando el final conlleva tanto dolor? Pienso en mi propio dolor. Hacia el final dolerá de una manera indescriptible. Lo sé. Pero merecerá la pena. Cuando ocurra, la gente ya me habrá visto. Habrá descubierto mi talento. Me marcharé con la certeza de que no seré olvidado. Se acerca el momento, pero todavía nadie lo sabe. Nadie lo comprende. Nadie puede ver el cuadro tal y como lo he pintado. Llegará cuando se hayan quemado todos los puentes y la última nota salga deslizándose por el oboe melancólico. *Piano pianissimo*... Un último movimiento de batuta y todo lo que es y será desaparecerá.

La mecha blanca casera es lo que retardará el brutal desencadenamiento de la fuerza potencial de los noventa y cinco octanos de combustible fósil. En realidad no es necesario. Ese tipo de mechas no se consumen con más rapidez de la habitual, pero reducen el riesgo de que se apaguen durante el recorrido hacia la espiral trazada sobre la hierba seca. Al menos eso era lo que aseguraban las instrucciones de fabricación. La levanto para que la vea. Él sacude desesperadamente la cabeza e intenta gritar. Parecen los mugidos de un alce en celo. Rabia. Desesperación. Miedo. Nada de resignación todavía. Eso me irrita. ¿Es que los periodistas aguantan más que los demás? ¿Tienen más cosas pendientes en la vida que la gente en general? ¿Tienen una especie de esperanza intrínseca que les dice que todo puede cambiar en el último

segundo? ¿Que las fechas límite se pueden posponer? Mis pensamientos me hacen sonreír.

«La fecha límite», murmuro para mis adentros. La fecha límite. Levanto la mecha otra vez y se lo grito:

—¡Hemos llegado a la fecha límite!

Entonces veo cómo se paraliza. Un sentimiento de orgullo me colma el pecho. Puedo ver que agacha la cabeza. Sus hombros se sacuden. Está llorando. Por fin, pienso. Por fin ha encontrado la paz.

Enciendo el mechero y lo acerco al cabo de la mecha. Él apenas reacciona. Arquea la espalda cuanto puede. Sus rodillas se doblan. Antes de que la mecha prenda, saltan algunas chispas. Una refulgente luz blanca. La coloco en su sitio y me doy media vuelta. Me dirijo al barco. Sé que tengo dos minutos para llegar a él y rodear el estrecho. Lamento no poder ver el momento culminante, pero intuyo que podré oírlo.

Acabo de subir al pequeño barco y, al principio, no me percató de lo que ocurre a mis espaldas. Me doy la vuelta una última vez y, totalmente estupefacto, observo que hay movimiento en el campo. No entiendo cómo es posible. Dos coches de policía han entrado a toda velocidad en el puerto deportivo y, mientras me acerco al estrecho por el lado norte de Lindøy y Røyksund, veo que varias personas se dirigen corriendo hacia el poste. Es imposible que lleguen a tiempo. Y si lo consiguen, sería fatídico para ellos. Me obligo a aminorar la velocidad. Tengo que ver el desenlace antes de doblar el cabo.

Están a menos de cincuenta metros, y entonces siento que mi pulso se calma. La mecha ha alcanzado su objetivo y el fuego cobra impulso. Y, en menos de cinco segundos, sucede. El cuerpo empieza a arder y las llamas se elevan a varios metros. Unas llamaradas infernales que se abalanzan sobre los policías que casi han llegado hasta el poste. Casi... Un grito de otro mundo ahoga el sonido del motor. Un dolor limpio, puro y hermoso resuena en el aire.

Las llamas se elevaban casi cinco metros por encima del poste. Lotte oyó el demencial grito de dolor desde el coche policial. Apartó la mirada. No podían hacer nada para salvarlo. El grito se convirtió en un aullido estremecedor antes de cesar definitivamente. Todo pasó en cuestión de segundos, pero a Lotte le pareció una eternidad. El hecho de presenciar cómo las llamas devoraban al hombre fue la aceptación definitiva de su derrota.

«Sea cual sea el final de todo esto, hemos perdido», pensó ella mientras se acuclillaba junto al coche y escondía la cabeza entre las manos. La desesperación y la desesperanza se apoderaron de ella, mientras la gente vociferaba y gritaba a su alrededor. Cuando volvió a alzar la mirada, pudo ver que habían conseguido derribar el poste al que estaba amarrado el cuerpo y que intentaban en vano apagarlo arrojándole agua de mar. Lotte se dio la vuelta hacia el coche. No quería ver más. No quería oír. Con manos temblorosas, cogió el micrófono de la emisora policial e informó de lo ocurrido. Pidió que enviaran una ambulancia y a los técnicos forenses, así como a los bomberos para apagar los rescoldos del incendio. Lo hizo todo de modo mecánico. Sin apenas pensar.

Se quedó mirando a los tres policías que corrían de aquí para allá por el campo como pollos descabezados. «¿Por qué se siguen afanando? De todas formas, ya es demasiado tarde».

Poco después se percató de que algo raro ocurría allí abajo. Un hombre había llegado corriendo desde el puerto, haciendo señales como un loco a dos de los agentes. Lotte se obligó a salir de su estado de apatía y echó a andar lentamente hacia ellos.

—Cuando empezó el incendio estaba cerca del cabo —oyó decir al hombre en voz alta cuando se acercaba, mientras señalaba hacia la entrada del muelle.

Lotte se acercó corriendo los últimos metros hasta llegar a donde estaban.

—¿Quién? ¿Has visto a alguien?

La voz de Lotte rompió la barrera del sonido, haciendo que los otros tres se encogieran.

El tipo del puerto se giró hacia ella y repitió lo que acababa de decirles a los dos agentes. Había visto desaparecer a un hombre en un barco por detrás del cabo más o

menos en el momento en que empezó el fuego.

—Se dirigía hacia Røyksundet —puntualizó.

—¿Y dices que eso fue hará unos cinco minutos?

Lotte se había calmado un poco para no asustar más al pobre hombre, que asintió.

—Incluso menos... quizá tres minutos. Tenía que venir de la playa, si no le hubiese visto desde mi barco.

Lotte llamó a sus compañeros. Tenían que actuar rápidamente. Si estaba yendo hacia la ciudad en el barco, todavía había esperanza de coger a aquel cabrón.

—Knut, tú te vienes conmigo en el coche. Vosotros dos os quedáis por aquí vigilando el lugar. No dejéis que nadie entre antes de que lleguen los forenses. ¿De acuerdo? Ni siquiera los paramédicos, si podéis evitarlo. Viljar está muerto y lo que menos necesitamos ahora es un montón de gente pisoteando el campo a su alrededor.

Volvió al coche corriendo. En cuanto había vislumbrado la posibilidad de detener al asesino, había recuperado toda la energía. Se sentó al volante y a Knut apenas le dio tiempo a meter sus largas extremidades antes de salir derrapando por el estrecho camino con la gravilla salpicando bajo las ruedas. Los bajos del coche chocaron contra el suelo al pillar el primer bache. Lotte ordenó a Knut que se comunicara con la central para pedirles que buscaran un barco blanco con un hombre a bordo que se dirigía hacia el norte por el Karmsundet.

—¡Qué rabia que no tengamos un barco patrulla, joder! Si fuera así, podríamos interceptarlo antes de que llegara a tierra.

Les quedaba la esperanza de que el asesino pensara seguir fiel a su manuscrito. De ese modo, podría esperarle una gran comitiva de bienvenida al llegar a tierra. Lotte llamó a la comisaría y pidió que le pasaran con Harald Madsen, que se había acomodado en su silla cuando ella le dijo que podía disponer de su despacho.

—¡Harald! Soy Lotte. Comprueba de nuevo la ruta de huida que toma el asesino desde Lindøy. ¿Qué hace y dónde desembarca? Sabemos que decía en Haugesund, pero repasa los detalles.

Harald carraspeó y ella oyó cómo hojeaba las páginas junto al teléfono. Pasaron unos instantes eternos antes de que volviera a carraspear. Había encontrado algo.

—En el libro deja a la víctima antes de que empiece el incendio, y luego vuelve a Haugesund, a un lugar que llama... espera... el muelle de Bakarøy.

Sabía que era arriesgado jugárselo todo a una sola carta, pero dadas las circunstancias no tenía elección. Si el asesino seguía el plan trazado en el manuscrito, Lotte podría tener un equipo de intervención listo en el muelle para detenerlo. Según sus cálculos, tardaría algo más de treinta minutos en realizar el trayecto hacia el norte en el pequeño barco. Si no seguía el plan previsto, lo perderían. ¡Otra vez!

Lotte aceleró al máximo, con los arbustos y los bordes de las cunetas rascando los costados del coche, antes de desviarse bruscamente hacia la carretera principal en la nueva intersección viaria en forma de T. Knut Veldetun la miró asustado, agarrándose del cinturón e intentando aferrar con una mano el asidero sobre la puerta.

Se veían los intermitentes de los coches incorporándose desde todas las direcciones, y se abrían huecos milagrosamente donde hacía un momento solo había tráfico. Lotte no comprendió que había un límite de velocidad incluso en casos de emergencia como aquel hasta que el coche que conducía casi se salió de la carretera en la rotonda de Raglamyr. El BMW M3 no era el vehículo estandarizado de la policía. Aun así, aceleró temerariamente sorteando las numerosas rotondas que llevaban hacia el centro. Esta vez nada la iba a detener. Por primera vez desde que empezó todo aquello, iban por delante del asesino. Por primera vez, ella era la cazadora y él la presa. A través de la radio, Lotte organizó un dispositivo de emergencia en el muelle de Bakarøy. Sin embargo, debían ser discretos para que las luces y las sirenas no se vieran desde el mar. Las patrullas tenían que aparcar fuera de la vista y mantenerse ocultas. Todos los efectivos debían ir armados. Iban a sorprenderlo en el momento de desembarcar. En opinión de Lotte, era la única oportunidad que tenían para detenerlo. Si el asesino los veía, era muy probable que se desviara del plan original. Si los descubría antes de poder detenerlo, perderían la ventaja que les daba conocer el manuscrito sin publicar y él tendría posibilidad de escapar.

En la rotonda de Flotmyr, se dirigió a toda velocidad hacia el centro al tiempo que apagaba las luces de emergencia. Una vez traspasado el límite urbano, no volvió a activar la sirena. Dos minutos más tarde aparcó junto a la galería de arte y sacó el arma del maletero del coche. Se puso el chaleco antibalas y el casco. Comprobó el equipamiento de Knut y él el de ella, antes de dirigirse al puente que llevaba a Hasseløy. Cruzaron el puente corriendo medio agachados para no ser visibles desde el estrecho. De momento no se avistaba ninguna embarcación acercándose al muelle, y el equipo de intervención les hizo señas para que se escondieran en un lado. Si el asesino atracaba allí, no tendría escapatoria.

Hasseløy, Haugesund

Domingo por la noche, 19 de octubre de 2014

El pequeño barco no navegaba a muchos nudos. Para la gente que esperaba en tierra, el tiempo se hizo eterno desde que llegó el primer aviso del puesto de observación hasta que divisaron la silueta de la nave que se acercaba a tierra a una velocidad constante. En un mundo ideal no habría habido otras embarcaciones en el agua, pero aquel no era un mundo ideal. Era lógico que, en una suave y refrescante tarde de otoño, la gente de Haugesund que disponía de barco se hubiera visto tentada de salir al mar, aunque muchos ya habían atracado sus naves hasta después del invierno. Era domingo, la gente tenía el día libre, y los que habían salido a navegar ese fin de semana estaban volviendo a puerto.

Lo que Lotte había creído que sería una tarea fácil había resultado ser una prueba que podría destrozarle los nervios a cualquiera. Según las previsiones, el bote debería haber atracado hacía al menos diez minutos, pero aún no había llegado. Habían entrado y salido muchos barcos del puerto, pero ninguno se correspondía con la descripción que les había dado el hombre de Lindøy. Hasta ahora... Durante la espera, Lotte había sentido que la frustración la invadía una y otra vez. Llamó a los agentes que seguían en Lindøy para obtener una descripción más detallada del barco que estaban buscando. El testigo afirmaba que el casco era blanco y estaba atravesado por una raya de color gris oscuro. Contaba con un pequeño motor y no cabrían más de tres o cuatro personas a bordo. Eso era todo. La descripción podría aplicarse a una media docena de las embarcaciones que habían pasado por Karmsundet en la última media hora, pero ninguna de ellas se dirigió al muelle de Bakarøy. Sin embargo, aquel barco lo estaba haciendo ahora.

El pinganillo que Lotte llevaba en la oreja crepitó. La estaban llamando desde el puesto de observación junto al puente.

—Sierra 1, se ven dos personas a bordo. Repito. Dos personas a bordo del objetivo.

Lotte estuvo a punto de levantarse de su escondite, pero se contuvo. En cualquier caso, desde donde estaba no iba a poder verificarlo. Pidió confirmación al puesto de observación y la obtuvo de inmediato.

—No hay duda, Sierra 1. Hay dos personas a bordo. Uno que maneja el barco y otro individuo sentado en la proa.

Lotte soltó un improprio y Knut, que estaba tumbado junto a ella sobre el pedregal, la miró extrañado. Lotte no entendía nada. ¿Se habrían equivocado de barco? ¿Habían vuelto a fallar, o es que ya había apresado a su próxima víctima? Las preguntas se acumulaban, pero no había mucho que pudiera hacer. No le quedaba más remedio que esperar. El problema era que la detención sería mucho más complicada ahora que el hombre llevaba a un posible rehén. No podían arriesgarse a poner en peligro a la otra persona.

Se abrió ante ella la posibilidad de un escenario totalmente nuevo: «¿Y si resulta que estamos ante dos asesinos que trabajan juntos?». Rechazó la idea nada más pensar en ella. En primer lugar, resultaba demasiado inverosímil que existieran dos perturbados semejantes en una misma ciudad y que encima trabajaran juntos. En segundo lugar, en el manuscrito no había ninguna referencia a otros asesinos. El Ejecutor actuaba solo. De eso no había ninguna duda. Eso quería decir que la persona que lo acompañaba en el barco o bien vivía felizmente ignorante del peligro en que se encontraba, o bien estaba retenido por la fuerza.

Lotte se giró de lado para llamar a la comisaría. No había leído la escena en la que el asesino atracaba en el muelle. El único que lo había hecho era Harald Madsen. ¿No se le habría olvidado a ese idiota informar de que iban dos personas en el barco? Le pasaron con él inmediatamente.

—No, Lotte, aquí no pone nada de eso. Cuando desembarca está solo. Pero, una vez dicho esto, es cierto que no todo encaja al cien por cien. Ya se ha desviado del plan unas cuantas veces. El hombre tampoco podía vaticinarlo todo.

Lotte notó que aumentaba su dolor de cabeza. Necesitaba respuestas cuanto antes. Los demás estaban esperando sus órdenes, ya que la situación había cambiado por completo.

—¿Tienes a Scheldrup Hansen por ahí?

Harald Madsen contestó afirmativamente y le pasó el teléfono al inspector de la judicial.

—Olav, necesito una respuesta rápida. Teniendo en cuenta la forma de pensar de nuestro hombre, ¿cuál es la probabilidad de que haya cogido un rehén y lo lleve con él en el barco?

Hubo silencio durante unos instantes. Luego respondió:

—Basándonos en su perfil, es algo que no me cuadra. Al menos si es cierto lo que dice Harald de que no ha escrito nada sobre ello en el texto. El tipo presenta tendencias maníacas en lo que respecta a seguir lo más fielmente posible el manuscrito. Es evidente que tiene intención de recrear su propia obra y, en mi opinión, se esforzará todo lo que pueda para que las variaciones sean mínimas. Llevarse a otra persona en el barco no parece muy probable en este contexto. Dicho esto, seguramente descubrió nuestra presencia cuando estuvimos a punto de detenerlo en Lindøy, así que es posible que haya atado cabos y ya sepa que tenemos el manuscrito. En ese caso, sería una locura por su parte intentar seguirlo.

—¿Locura? ¡Pero si el tipo está totalmente perturbado!

—Así es, pero no en el sentido de no saber lo que está haciendo. No es alguien irracional y desequilibrado. Aparentemente tiene el control absoluto y, desde ese punto de vista, jamás estropearía el resto del argumento acabándolo con un secuestro. ¿Estáis seguros de que él es realmente la persona que se está aproximando al muelle? ¿Que no es simplemente alguien que ha salido a dar un agradable paseo con este día tan bueno que hace?

Lotte colgó. No necesitaba la condescendencia ni el sarcasmo de Scheldrup Hansen. Llamó uno tras otro a los tres grupos del operativo para decirles que aguardasen y que, cuando el barco atracara, no siguieran el plan inicial. Les pidió que esperaran hasta tener una mejor visión de quiénes iban a bordo, de las posibles armas que pudieran llevar, y de si la segunda persona corría algún tipo de peligro.

El barco se iba acercando al muelle por Karmsundet. Todo parecía normal. No había nada que indicara que uno de sus ocupantes estuviera retenido contra su voluntad o se sintiera amenazado de alguna forma.

—Sierra 1, hay dos hombres en el barco. No hemos observado ningún tipo de arma. Ninguno de los dos parece estar en modo alguno amenazado por el otro.

Lotte tenía plena visibilidad del barco que se acercaba lentamente a tierra. Se llevó los prismáticos a los ojos y los enfocó bien. En ese momento, un breve grito escapó de sus labios antes de recobrar el control. El que pilotaba llevaba un gorro de piel y resultaba imposible identificarlo a través de los prismáticos. Parecía un hombre mayor, de unos sesenta años, aventuró. Sin embargo, no fue el piloto el que le hizo romper el silencio obligado, sino el descubrimiento del pobre pasajero. Un individuo delgado y encorvado, totalmente exhausto. Lotte contuvo la respiración. Miró una y otra vez. No había duda. El pasajero era Viljar Ravn Gudmundsson.

Cuatro años antes...

Stemmen, Haugesund

Martes por la noche, 31 de agosto de 2010

Fredric Karjoli apartó la mirada. Arrastrándose de rodillas, retrocedió para adentrarse más entre los árboles. Lo que había visto no era real. No podía serlo. El grito del puente seguía retumbando en sus oídos. «No puede ser verdad. Esto no está sucediendo».

El espantoso suceso que acababa de presenciar borró el último resquicio de esperanza. No había vuelta atrás.

Fredric trató de levantarse. Tenía que huir. Había jurado que no se acercaría por el lago Eivindsvatnet, pero no se había podido resistir. Quería estar allí. Vigilando que no ocurriese nada malo. Avisar a Jonas por si le estaba esperando la policía. Ahora se daba cuenta de lo ingenuo que había sido. Jonas debía de saber lo que podía pasar. Era la explicación más razonable para que se hubiera negado a que él estuviera presente. Toda Noruega sabía que habían huido juntos. Ya no tenía motivos para ocultarlo. Ni siquiera a su familia.

—No puedo irme contigo sin antes pedirle perdón a mi madre —dijo Jonas.

Irse... Como si se fueran de vacaciones. Como si, debido a lo que había ocurrido, no les buscara todo el mundo.

—Ella no irá sola, Jonas. Por Dios, hemos matado a tu hermana. ¿Crees que va a ir sin la policía?

—No lo sé, Fredric. Por eso no quiero que estés allí. Si mi madre quiere denunciarme, está bien. De todos modos, si no hablo con ella no podré seguir viviendo.

«Las palabras se han convertido en realidad», pensó Fredric.

Jonas no le dijo nada más antes de dejarlo en el bosquecillo de Haraldsvang para encaminarse al puente Stemmen, donde había quedado con su madre. Las protestas de Fredric no sirvieron de nada. Así que este hizo lo que le había prometido que no haría. Bajo una lluvia cada vez más intensa, siguió a Jonas a una prudente distancia para que no lo descubriera. Al llegar, se escondió junto a la caseta de los botes. Tenía una buena panorámica del puente y podía verlo todo, incluso aquello que resultó inconcebible para sus ojos.

Todo ocurrió tan deprisa que Fredric ni siquiera llegó a reaccionar. En un momento, la madre y su hijo fundidos en un emotivo abrazo. Acto seguido, las piernas de Jonas desapareciendo por el borde de la barandilla. Un terrible grito en el momento en el que la mujer que le había dado la vida se la quitó.

Cuando unos cinco minutos más tarde Fredric se atrevió a salir del escondite con piernas vacilantes, no quedaba nadie en el puente. No se veía a nadie. Temblaba como una hoja. Las piernas le flaqueaban. Fredric se agarró a la barandilla y se asomó al abismo. Buscando a su novio. Pero estaba demasiado oscuro. Después de gritar hasta quedarse ronco, se desplomó de rodillas, llorando. Entonces vislumbró a alguien a su lado.

Fredric no tuvo fuerzas para comprobar si era ella. A fin de cuentas, todo había acabado. Hasta que la persona empezó a hablarle, no comprendió que había más gente que se había atrevido a salir con el mal tiempo.

—¿Necesitas ayuda?

Fredric asintió. Sollozó algunas palabras balbuceantes, tanto que tuvo que repetirlas.

—Llama a la policía. Soy Fredric Karjoli. Creo que me están buscando.

El hombre se levantó con un movimiento brusco y se alejó, pero Fredric le oyó murmurar por el móvil a lo lejos. Unos minutos más tarde vio de soslayo las difusas luces azules de un coche de policía. No se oyeron sirenas. Tan solo las luces de patrulla. A través de los fugaces destellos, fríos y azules, Fredric vio el fondo del pantano. La camiseta roja de Jonas mostraba dónde había acabado su cuerpo.

Hasseløy, Haugesund

Domingo por la noche, 19 de octubre de 2014

A medida que se iban acercando al muelle, Viljar tenía la rara sensación de estar siendo observado por miles de ojos. Se sacudió aquella idea de la cabeza y miró a André Ferkingstad, de pie en el otro extremo del barco, pilotando. El viejo devoto había estado a pocos segundos de violar el quinto mandamiento. Si todo hubiera ido según el plan, Viljar habría acabado con un bloque de hormigón en las profundidades marinas cerca de Røvær. Sin embargo, el amargado padre de Jonas había entrado en razón. Lo había escuchado. Escuchó sus plegarias.

En el momento en que apareció por la puerta del embarcadero donde Viljar estaba encerrado, no había ningún indicio de que aquel hombre alto y de anchas espaldas fuera a ceder. Permaneció inmóvil como una piedra, contemplando a Viljar. No había Biblia en el mundo entero que pudiera hacerle cambiar de opinión. Sin embargo, ocurrió. Viljar no sabía muy bien qué había provocado aquel cambio, pero pensó que fue su franqueza. La honestidad. El hombre penitente.

Viljar vio el odio en la mirada de aquel hombre ya mayor. La desesperación. La pena. La angustia... Todo su dolor. Había llegado la hora de la verdad, y aunque Viljar era consciente de que seguramente acabaría muerto, se sentía bien. Debería haberse enfrentado antes a él. Así, a lo mejor, los dos podrían haber seguido adelante con su pesar.

André Ferkingstad se sentó sobre un barril de arenques enfrente de Viljar. Le exigió respuestas. Y entonces fue como si se abrieran las compuertas. Viljar habló sin freno. No le ocultó nada. Describió todo lo que había pensado. Todo lo que había hecho. Por qué había tomado las decisiones que había tomado. Siendo muy consciente de que, probablemente, fuera su última oportunidad de contarle todo tal y como había sido.

A medida que la historia iba cobrando cuerpo lentamente, la mirada del hombre mayor se suavizó. Desaparecieron la dureza y el odio. Lo único que quedó en su rostro fue una expresión melancólica. Tal vez comprendió que a Viljar todo aquello también le había marcado de por vida. Un fatal error de juicio que había destrozado la existencia de muchos. Viljar recordó todo lo que había ocurrido. Sentía los olores. Oía los sonidos. Incluso, por un momento, dejó traslucir el sentimiento embriagador de la fama de que disfrutó antes de que todo se derrumbara. Antes de que se

desmoronase.

Viljar había tenido un fatal descuido en su trabajo y la consecuencia fue que a dos menores se les había arrebatado la vida. Otras dos personas acabaron en prisión. Viljar se había librado demasiado fácilmente. Sin embargo, lo peor era pensar que, indirectamente, había provocado la muerte de una niña inocente de nueve años. Sentía que tenía las manos manchadas de su sangre.

Conforme fue pasando el tiempo, después de lo de Jonas, se desvaneció en él el deseo de escribir, de investigar, de destapar escándalos. La angustia le consumía y el periodista de las primicias acabó siendo, con el tiempo, una sombra de sí mismo. Lo dejaron continuar en el trabajo por compasión y por sus antiguos méritos. Quemado, agotado y prácticamente apartado de la sociedad.

Siempre había pensado que su fatal error saldría a flote en todo el frenesí mediático que siguió. Que todo se destaparía y acabarían arrinconándolo. Primero, los compañeros de la prensa de la capital, cuando descubrieran el pastel, pero en cambio lo protegieron. Luego pensó que todo terminaría desvelándose por las habladuras de la gente. Que tarde o temprano Johan Øveraas le llamaría a su despacho. Era un misterio, pero nunca tuvo que enfrentarse a su error. Ni siquiera durante el juicio contra la madre de Jonas.

En su declaración, ella habló varias veces de la confesión de su hijo, pero nunca salió a la luz lo que había detrás de las decisiones desesperadas que Jonas había tomado en sus últimos días.

Viljar se había autoengañado pensando que era el único que conocía su responsabilidad en aquellas trágicas muertes. Que ni siquiera lo sabía el padre de Jonas. Al menos, eso era lo que había creído hasta ahora. Pero todo había acabado en un infierno de más muertes y sufrimiento. Viljar trató de confrontar a André Ferkingstad con su locura de matar a otras personas solo para llegar a él, preguntándole por qué había hecho todo aquello, cuál era el objetivo de tanta violencia.

Entonces, de repente, el espejo se giró... Ferkingstad lo miró con expresión suave y pronunció las palabras que hicieron que en la mente de Viljar se derrumbara todo el armazón de lógica y coherencia.

—No fui yo. Yo no soy un asesino. ¿No lo ves? Iba a matar a la única persona que he odiado con todas mis fuerzas estos últimos cuatro años, y ni siquiera he sido capaz de hacerlo. Tengo la luz de Dios en mi interior, Gudmundsson. No puedo matar.

—Pero entonces ¿quién está...? Está claro que esto tiene que ver con Jonas y conmigo.

Nuevamente Ferkingstad le miró con una calma ecuánime, dejando que el silencio llenara el espacio.

—No, Viljar —dijo al fin—. Hasta donde yo sé, ninguna de las víctimas tenía relación alguna con Jonas. Todo es producto de tu mala conciencia, nada más. Puede que haya llegado el momento de que acudas a Dios y le pidas perdón, ¿no crees?

Quizá entonces te liberes de tus demonios.

Viljar se derrumbó y rompió a llorar. De agotamiento. De alivio. De arrepentimiento.

Con el tiempo, André Ferkingstad había aprendido a vivir con la pena, la ausencia y la vergüenza. Aceptó que Viljar había cometido un error profesional que no se le podía reprochar. El arrepentimiento y la certeza de lo que había ocurrido eran castigo suficiente. La vergüenza sería una lección en sí misma. Durante cuatro años lo había aceptado. Pero el viernes cambió de parecer. Leyó horrorizado el reportaje en el que Viljar se mofaba de su contacto con un despreciable asesino. Era evidente que el periodista no había aprendido nada de lo que sucedió con Jonas e Ine.

Fue en ese momento cuando André Ferkingstad decidió que Viljar Ravn Gudmundsson debía sentir en sus propias carnes lo que era ser una víctima. Quiso ver sufrir a Viljar. Ver cómo se arrepentía de verdad. Después de golpearle en su casa y llevarlo a su cabaña en el muelle de Røvær, realmente pensó en quitarle la vida.

Su ira no se calmó hasta después de ver la desesperación del periodista. Viljar era un hombre marcado, igual que él mismo. Él también lo había perdido todo. Sus hijos estaban muertos, su amada esposa en prisión. Lo único que le quedaba era una congregación que había mostrado claramente su rechazo por lo que había ocurrido. Era un animal herido, pero no un asesino.

Sin mediar más palabras, se embarcaron en el barco y regresaron en silencio a la ciudad, confiando en que todo lo ocurrido entre ellos pasara inadvertido.

Requiem – Agnus Dei

Veo que todos están aquí. Todos mis personajes en fila. No sé lo que están haciendo aquí en el muelle, pero intuyo que deben saber algo. De alguna manera han averiguado lo que está ocurriendo, pero no logro comprender cómo. Nadie más excepto yo tiene acceso a todos los detalles. Solo hay una respuesta posible, y es que me han visto y conocen mi identidad. Que alguien me está vigilando. Siguiendo mis movimientos. Pero entonces ¿por qué no me detienen? ¿Por qué me dejan cometer nuevos asesinatos? Eso sí que es una auténtica locura.

Pero no puede ser. Es posible que hayan sospechado, pero es imposible que lo sepan. En la partitura no estaba previsto que se presentara la policía en Lindøy, y aun así lo hizo. No me detuvieron por apenas unos minutos. ¿Tal vez vieron el barco y que me dirigía hacia tierra? Pero, si así fuera, me habrían estado esperando aquí, ocultos. No estarían ahí charlando tranquilamente como si fueran a salir de excursión. ¿Puede que les haya despistado mi breve parada en el muelle de Litlasund? ¿Podría ser que me hubieran estado esperando, pero, al ver que no llegaba al muelle de Bakarøy en un tiempo razonable, habían decidido suspender la operación? Sí, seguramente había sido eso.

Ha sido una feliz y rara casualidad que haya echado un vistazo con los prismáticos antes de recorrer el último trecho hasta tierra. Si no, todo se hubiera acabado aquí. Mi obra maestra habría quedado incompleta.

Un escalofrío me recorre la espalda. ¡Eso no debe pasar! No debe ocurrir por nada del mundo. Afortunadamente, no saben lo que está por llegar. *Requiem Communio*. El último movimiento. Ahora lo importante es mantenerme fuera de su vista. Está claro que saben quién soy, pero no lo que me dispongo a hacer.

Cuando se marchen los policías, debo mostrarme prudente. No puedo arriesgarme más. Se han acercado demasiado. Tengo que dirigirme a otro lugar. Con creciente curiosidad, vuelvo la vista en la dirección contraria. Hacia el noroeste, hacia el archipiélago que parece flotar sobre la superficie del agua. Espevær.

Nadie sospechará de un barco que se aleja del muelle. Desde esa isla podré actuar con calma. Los policías no me buscarán allí. Puedo planificar el final tranquilamente. El único problema es el manuscrito. Miro en la bolsa roja. Tengo todo lo que necesito en el portátil. Tardaré toda la noche en reescribirlo, pero merecerá la pena. Hasta ahora todo ha encajado. Los retoques del texto han sido menos de los que me temía.

Necesito una habitación con electricidad y una cama. En esa pequeña isla habrá alguna, y sé exactamente dónde puedo encontrar la calma que necesito para ser capaz de llevar a cabo lo que me espera mañana.

Al amparo de los arrecifes, me alejo del muelle y pongo el barco rumbo a Espevær. El cielo nocturno está muy oscuro y el mar se mece en absoluta calma. La calma antes de la tempestad.

Comisaría de policía de Haugesund

Madrugada del lunes, 20 de octubre de 2014

Olav Scheldrup Hansen se quedó mirando a Lotte Skeisvoll, que se sujetaba la cabeza entre las manos.

—¿Me estás tomando el pelo? ¿Gudmundsson ha negado haber sido secuestrado?

Lotte murmuró un «Sí, ¿por qué?» dentro de su taza de café, sin alzar la mirada. Como no hubo respuesta por parte del inspector de la judicial, suspiró y se lo explicó todo:

—Por lo visto nuestro querido Viljar Ravn Gudmundsson se ha pasado veinticuatro horas en Røvær pescando con su nuevo «amigo» André Ferkingstad. Este lo recogió en su casa el sábado por la noche y durante este tiempo han permanecido totalmente ajenos a lo que ocurría. Viljar ha atribuido sus lesiones y la sangre a una fea caída en las rocas resbaladizas.

Scheldrup Hansen meneó la cabeza. La historia tenía la misma credibilidad que la de un ciclista profesional ruso sin rastro de sustancias dopantes en la sangre. Lo dejó estar. En cualquier caso, el asesino debería haber llegado en otro barco que, por alguna extraña razón, también se les había escapado ante sus propias narices. Solo Dios sabía cómo había podido suceder. Pero ahora tenían cosas más importantes en las que centrarse que en los cuentos de hadas de Gudmundsson.

Lotte trató de animarse un poco y se incorporó en la silla.

—Tenemos que averiguar quién es el cadáver carbonizado de Lindøy, porque está claro que Gudmundsson no es.

Llevaba dos horas diciendo cosas parecidas. Una sarta de obviedades y frases vacías. Había encargado a Harald Madsen unas fotocopias de las últimas cuarenta y cinco páginas del manuscrito para repartir entre los miembros del equipo, y todos las habían leído. Nadie tenía duda de lo que estaba por venir. Si el asesino se ceñía al texto, tenían toda la noche. Hasta la mañana siguiente no iba a ocurrir nada, pero entonces todo se precipitaría a una velocidad vertiginosa.

Scheldrup Hansen miró a los demás miembros del equipo. Exhaustos, con el rostro desencajado. Se habían dejado influir por una directora de investigación que, a todas luces, parecía haberse rendido. Olav decidió actuar y, con un movimiento brusco, se levantó. La silla rascó el suelo emitiendo un sonido alto y chirriante. Con aquel gesto captó inmediatamente la atención de todos, así que no tuvo que

carraspear para anunciar que se disponía a hablar. Nadie sonrió ni asintió. Solo se encontró con miradas inexpresivas o escépticas.

—Escuchadme bien. Quedarnos aquí sentados mirando la mesa no va a llevarnos a ninguna parte. Aunque está claro que este perturbado no llevó a cabo su plan previsto de desembarcar en el muelle, eso no quiere decir que haya descubierto que estamos al tanto de sus planes. Es posible que los haya cambiado a última hora. No olvidemos que lo escribió todo hace varios años. Pero lo cierto es que, hasta el momento, ha intentado ceñirse fielmente al manuscrito original. Nuestro hombre debe de tener una extraordinaria intuición o un gran conocimiento de cómo piensa la policía. Esperemos que no haya modificado demasiado el manuscrito.

Scheldrup Hansen se detuvo un instante. Tomó un sorbo de café antes de recorrer con la mirada al grupo. Observó que algunas caras se habían despertado. La de Lotte también. Ella le dirigió una mirada agradecida desde su sitio en un extremo de la mesa. Lars Stople alzó un dedo para indicar que quería hablar.

—Si es así, el manuscrito nos señala claramente a quién debemos proteger. Hemos recibido el último correo y todos hemos leído en el manuscrito lo que eso implica. Una escena terrorífica en la que la cabeza de Lotte aparece clavada en una estaca en la zona de la cafetería de Haraldsvang. Así pues, se supone que debemos mantenerla bajo vigilancia aquí, de modo que no la pueda capturar, ¿no?

Olav asintió, pero miró pensativo a su compañera.

—Pues claro que tenemos que protegerla, pero tampoco debemos olvidar que nuestro hombre se ha equivocado completamente en una de sus previsiones.

Miró a su alrededor y, por primera vez, vio que algunos de los reunidos alrededor de la mesa sonreían o se reían entre dientes. En cambio, Lotte tuvo que ocultar sus sonrojadas mejillas entre las manos. En medio de toda la tragedia, había causado cierta hilaridad el hecho de que, según el manuscrito, debería haber tenido lugar una ardiente aventura amorosa entre Lotte y Viljar justo antes de que este saliera de la historia. La escena describía una serie de detalles de lo más vulgares y obscenos que habían puesto a Lotte en una situación bastante incómoda. Olav Scheldrup Hansen reparó en la expresión abochornada de la inspectora, como si la mujer quisiera desaparecer de la faz de la tierra en cuanto encontrara el primer hoyo en el que meterse. Así que continuó antes de que nadie tuviera ocasión de hacer ningún comentario:

—No es relevante en las circunstancias actuales, pero la escena nos muestra que estamos lidiando con un ser humano. Una persona que comete errores. Que piensa erróneamente. No es una deidad visionaria y omnisciente. Por otra parte, nuestra principal baza está precisamente en el hecho de que sabemos cómo va a actuar. Si empieza a improvisar, estaremos acabados. Y será mucho peor si mañana no consigue capturar a Lotte. Entonces, sin duda, actuará de forma tan desesperada e imprevisible que habremos perdido la pequeña ventaja que tenemos.

Scheldrup Hansen ya había captado la atención de todo el mundo. Lo que decía

tenía sentido, pero al mismo tiempo resultaba tan inaudito que rozaba los límites de lo demencial. Lotte levantó la cabeza y lo miró directamente a los ojos.

—¿Estás insinuando que no vais a protegerme? ¿Que me vais a utilizar como una especie de señuelo? ¿Que vais a poner en peligro mi vida? No solo está prohibido según todos los artículos del reglamento policial, sino que también es algo absolutamente irresponsable.

El inspector de la judicial suspiró. Sabía que se movía sobre arenas movedizas, pero se recompuso para explicar sus intenciones:

—La respuesta es sí y no, Lotte. Podemos hacer que estés «aparentemente» desprotegida. Sabemos dónde y cómo piensa atacarte el asesino. Colocaremos a policías en todos los rincones imaginables, de modo que podamos actuar con tanta rapidez que el asesino no entienda qué está pasando hasta que tenga que entregarse. De esa manera evitaremos la grotesca escena que quiere representar en Haraldsvang una hora más tarde.

—¿Sabéis qué? Como plan operativo policial me parece una auténtica locura, pero la decisión final corresponde al jefe Guldbransen. Si él está de acuerdo contigo, Olav, yo accederé. Solo espero que esta vez hayas reflexionado un poco más sobre las posibles consecuencias. Digamos que, en ocasiones anteriores, no te has anticipado demasiado bien a los pensamientos y acciones de nuestro hombre.

Calle Austmannavegen, Haugesund

Lunes por la mañana, 20 de octubre de 2014

Lotte Skeisvoll no era cobarde por naturaleza, pero estaba muy asustada. Si algo se había demostrado durante la última semana, era que el asesino era capaz de descolocarlos totalmente cada vez que creían que iban a pillarlo. Por ese motivo, intentó protestar cuando el jefe de policía aceptó vacilante la propuesta de Scheldrup Hansen.

Sin embargo, comprendió que no podía negarse cuando se reunió a solas con Guldbransen y este le explicó sus motivos para haber accedido. Por una parte, todo indicaba que el tipo siempre tenía un plan B cuando el original le fallaba. En otras palabras, si no conseguía a Lotte, buscaría a otra chica en su lugar. Una chica de la que no sabían nada, pero que el asesino seguramente ya tenía en la recámara. Una chica a la que no iban a poder proteger. Y, por otra parte, desde el punto de vista táctico aquella era su última oportunidad de capturarlo. Después de la escena en cuestión, el manuscrito resultaba prácticamente inútil, ya que apenas proporcionaba información sobre el paradero del asesino tras haber cometido el crimen final.

Lotte aparentaba mucha más seguridad por fuera de la que sentía por dentro. A pesar de que había amanecido un suave día otoñal, el frío se le había metido en los huesos y le temblaban las piernas sobre el asfalto mientras hacía *footing* recorriendo su trayecto habitual de todos los días. A aquella hora, entre las seis y las siete de la mañana, antes de que despertara la ciudad, Lotte se sentía lo más cerca que podía estar de comprender la adicción de la que hablaba su hermana Anne. Todavía le quedaba un trecho para llegar al lugar que el autor había señalado en su manuscrito: el paso subterráneo cerca del concesionario Opel, justo al oeste de los bloques donde vivía Viljar.

Lotte había hecho lo que le habían pedido. Había salido de su piso en Ramsdalen a las seis en punto, como de costumbre. El recorrido era algo tan rutinario que el asesino lo tendría anotado desde hacía varios años. Lotte tuvo que admitir que no era una persona que variara excesivamente sus hábitos. La gente podría ajustar la hora de sus relojes siguiendo sus rutinas y, de hecho, hoy lo estaban haciendo.

Lotte sabía que, a simple vista, no había nadie en el paso subterráneo. Sin embargo, un total de diez policías estaban apostados en la zona del túnel y seguramente podrían localizar y capturar al asesino mucho antes de que ella llegara.

En el caso de que no fuera así, estarían preparados para intervenir en el momento en que el hombre intentara atacarla. Según el manuscrito, el asalto debía producirse justo al entrar en el túnel y el asesino emplearía una táser para luego llevarla a un coche aparcado junto al concesionario Opel. En opinión de Olav, la acción no implicaría un gran riesgo, puesto que tenían los conocimientos previos. Incluso si el asesino llegaba a emplear la táser, lo máximo que Lotte podía temer era algún hematoma.

Todo aquello estaba muy bien. Lotte entendía la lógica del planteamiento. El problema era que aquel hombre les había dejado en evidencia tantas veces que, mientras corría hacia el túnel, no se sentía en absoluto segura. Y además, por si las cosas se descontrolaban, le habían dicho que llevara un spray de pimienta en el bolsillo.

En principio era un sistema de autodefensa pensado para incrementar su confianza; sin embargo, había tenido el efecto contrario. Para Lotte implicaba que el jefe de policía consideraba que podría haber alguna grieta en su plan: cabía la posibilidad de que algo saliera mal. La idea resultaba de lo más inquietante, pero la certeza de que al menos diez pares de ojos la estarían vigilando en el momento de entrar en el túnel la tranquilizó y fue la razón por la que acabó accediendo a participar en la operación. Con anterioridad, Lotte había visto muchos ejemplos de la eficacia de los equipos de intervención.

Su frecuencia cardíaca aumentó en cuanto cruzó la carretera cerca del último bloque de apartamentos. El túnel se hallaba a unos cincuenta metros. Era solo cuestión de segundos. Lotte trató de calmarse, no quería parecer insegura y vacilante. Corrió con pasos ligeros hacia la entrada mientras recorría la zona con la mirada. Entonces, un poco más adelante, divisó a un individuo que parecía estar esperándola. La adrenalina sacudió todo su cuerpo y notó que las piernas estaban a punto de traicionarla. La figura del túnel se perfiló cada vez con más nitidez. Le resultaba familiar. Y cuando descubrió quién era, no se lo podía creer. Ese hombre apenas había sido objeto de interés durante la investigación. Corrió llena de estupor los últimos pasos hacia él, llevándose imperceptiblemente la mano al bolsillo para sacar el spray de pimienta. El hombre esbozó una amplia sonrisa de satisfacción cuando se acercaba a él, pero solo durante una fracción de segundo. En el instante en que Lotte llegaba a su altura, se desató un infierno a su alrededor.

Un tremendo estallido y un fortísimo destello los derribó de golpe. Lotte quedó cegada y aturdida. Le pitaban los oídos y notó un intenso dolor en el cuello que se fue extendiendo al pecho. No podía respirar. Completamente paralizada en el suelo, alguien la levantó y la lanzó contra el muro de hormigón. Oyó unas fuertes pisadas que retumbaron entre las paredes del túnel, así como unos fuertes gritos. Lentamente acertó a vislumbrar a varios individuos corriendo. Había una mujer tirada en el suelo un poco más allá, chillando histérica. Lotte intentó llevarse las manos a la cabeza, pero no le obedecieron. Trató de ponerse en pie, pero recibió una fuerte patada en la sien y todo desapareció a su alrededor.

Comisaría de policía de Haugesund

Lunes por la mañana, 20 de octubre de 2014

Las cámaras parecían fuego de metralleta cuando Lotte Skeisvoll y Olav Scheldrup Hansen pasaron con el coche por delante de la comitiva de prensa que se agolpaba junto a la comisaría. Por suerte, podían entrar directamente al *parking* de debajo del edificio, al que no tenía acceso ningún periodista. Por la ventanilla, Lotte observó pasar a toda prisa una cámara de televisión con el logo de la CNN. Resultaba aterrador. Una cosa era que los medios noruegos controlaran de cerca todos sus movimientos. Era grave, sí, pero cuando las principales cadenas del mundo ponían en marcha su poderosa maquinaria sabías que quedaría constancia de todo lo que hicieras y dijeras de aquí a la eternidad.

La comisaría de policía estaba repleta de gente, pese a que apenas pasaban de las siete y media. Durante el fin de semana la policía judicial había enviado dos equipos completos, y también se habían buscado refuerzos en todos los departamentos habidos y por haber en el distrito. Hasta el momento, el balance era de cinco asesinatos en siete días, y el sexto tendría que haberse cometido esa mañana. Pero lo habían impedido. Lo habían detenido. Y los rumores seguramente habían llegado ya a la prensa. El asesino estaba ingresado, bajo estricta vigilancia, en los servicios de urgencias del hospital. Lotte había pedido personalmente a los miembros del equipo de intervención que actuaran con prudencia durante la detención, pero no había sido así. Si el tratamiento que había recibido el hombre se podía calificar de «prudente», ella preferiría no tener que presenciar la versión violenta. Había acabado lleno de moratones como consecuencia de los golpes recibidos, aunque probablemente ya había perdido la conciencia al caer sobre el asfalto en el paso subterráneo. La profunda herida que tenía en la cabeza evidenciaba que el impacto contra el suelo había sido terrible.

Ella misma no había salido mucho mejor parada. Uno de los policías que asaltaron el túnel desde el oeste se había equivocado de persona y le había propinado una fuerte patada en la cabeza cuando hizo ademán de levantarse. Afortunadamente, su estado no era tan grave como para no poder solucionarse mediante una bolsa de hielo. Se encontraba aturdida y magullada, pero seguía con vida. Más de lo que podía decirse si no hubieran conseguido detener a tiempo al asesino.

Lotte no estaba bien. Se tambaleaba al andar y necesitó ayuda para subir la

escalera. Seguramente ella también debería ir al hospital. «Creo que he sufrido una conmoción cerebral», constató al acometer los primeros escalones. Se detuvo. Scheldrup Hansen la agarró del brazo para sostenerla. No era fácil saber si su estado se debía al estallido de la granada aturdidora o a la certera patada recibida en la sien, pero su rostro había adquirido un color grisáceo que no le sentaba nada bien y parecía que iba a vomitar en cualquier momento.

—¿Puedes sola? ¿Te encuentras bien?

Lotte no contestó, se limitó a asentir con la cabeza. Entraron en su despacho y se sentaron en las dos sillas que había. Al cabo de un rato llegaron también Lars y Knut, que se quedaron de pie junto a la pared. El jefe de policía no tardó en aparecer, trayendo consigo una silla de madera del pasillo. Un par de agentes curiosos deambulaban fuera del despacho, por lo que Olav se levantó para cerrar la puerta.

El jefe de policía fue directo al grano.

—¿Lo conocemos? ¿Al hombre del túnel?

Lotte asintió y se aclaró la garganta.

—Lo conocemos bien. Es uno de los trabajadores del periódico que estaba en nuestro punto de mira. Tenemos material de ADN suyo, pero los resultados del laboratorio no nos llegarán hasta mañana.

Los otros tres se miraron. Aquello era lo que habían estado esperando que sucediera: encontrar algo que pudiera relacionar al hombre detenido en el paso subterráneo con el caso que estaban investigando. En ese sentido, habían dado en el blanco. Olav Scheldrup Hansen preguntó lo que todos estaban deseando saber:

—¿Quién es?

Lotte les miró. Contempló los tres rostros que, por primera vez desde hacía una semana, habían recuperado la pasión y el entusiasmo. Así era como se sentía uno cuando atrapaba a un asesino. Parecían un grupo de cazadores que acabaran de abatir a un ciervo.

—Se trata de Henrik Thomsen. El periodista cultural.

Lotte lo había reconocido inmediatamente. El hombre era una bestia. Había coincidido con él en varias ocasiones.

Scheldrup Hansen aprovechó el silencio que se hizo mientras los demás asimilaban el nombre.

—Y ese tal Thomsen... ¿llegó a decir algo? ¿Hizo algo cuando entraste en el túnel?

Lotte suspiró y negó con la cabeza.

—No, hubo una explosión y después todo se convirtió en un puto caos.

El silencio volvió a instalarse en el despacho. Los cuatro parecían tener más que suficiente con sus propios pensamientos. La adrenalina que había recorrido sus cuerpos durante las últimas horas les había mantenido despiertos y alertas. Ahora, de repente, fue como si les cayera encima todo el cansancio del mundo. Por fin sabían quién era y que estaba bajo control. Thomsen tendría que derribar a más de diez

policías para poder escapar del hospital. Por muchas locuras que hubiera planificado, seguro que no tenía ningún plan B para este nuevo escenario.

Unos golpes en el cristal de la puerta les despertaron de su ensimismamiento. Fuera estaba Harald Madsen, con aspecto descansado y animado. El editor sonreía de oreja a oreja. Le dejaron entrar.

—Hoy he estado hablando con varios editores y me acaba de llamar Arno Vigmonstad, de la editorial Vigmonstad & Bjørke. Tiene el nombre y la dirección del hombre que se oculta detrás del seudónimo Geir Tangen.

Harald Madsen dejó sobre la mesa el papel que llevaba en la mano. Los demás le sonrieron. Habían averiguado el nombre al mismo tiempo. El jefe de policía le dio una palmada en el hombro.

—Buen trabajo. Afortunadamente, esta mañana lo hemos atrapado durante una operación policial en el centro. Tenemos a Henrik Thomsen bajo custodia en el hospital. Todo ha acabado.

Harald Madsen le devolvió la sonrisa al orgulloso jefe de policía. Asintió, pero era evidente que había una pregunta que le daba vueltas en la cabeza. Su mirada recorrió cada uno de los cinco rostros que había en el despacho.

—¿Tienes alguna duda al respecto?

—Eh... No. No estoy muy al tanto de todo el caso, pero ¿quién es Henrik Thomsen?

Requiem – Communio

Los coches de policía pasan a toda velocidad por Kirkegata con las sirenas puestas. Me divierte. Otra vez han estado cerca. Demasiado cerca, de hecho. Ahora entiendo lo que me inquietaba anoche. ¿Cómo podían saberlo? ¿Cómo han podido estar tan cerca dos veces seguidas? La única posibilidad es que hayan encontrado el manuscrito.

En tal caso, solo es cuestión de tiempo antes de que descubran quién soy. Así que me la jugaré confiando en que todavía me quede tiempo. Media hora es todo lo que necesito para poner la guinda. Aun así, me incomoda mucho tenerles tan cerca ahora que estoy encarando la recta final y ya veo la meta. Solo tengo un plan B y existe un gran riesgo de que ellos actúen con más rapidez que yo.

Por eso me he apostado junto a la ventana, para poder ver. Para poder controlar si aparecen de repente. En ese caso, tengo prevista una rápida retirada por la salida de emergencia del sótano. Es la única oportunidad que tengo.

La impaciencia se propaga por mi cuerpo. El ordenador del trabajo siempre ha ido lento, pero jamás ha ido tan mal como hoy. Noto que el cansancio se apodera de mí. Anoche apenas pude dormir. Me llamó André. Tenía que confesar sus pecados, dijo. Tenía que contarme lo que había sucedido durante el día en Røvær. Que casi había matado a Viljar, aunque al final consiguió controlarse. Me hizo gracia que no tuviera la menor idea de lo que he estado haciendo durante la última semana.

La inesperada intervención de André en mi historia sobre Jonas fue un giro gracioso. Tenía que incluirlo en el manuscrito. Me di cuenta de que era la pequeña secuencia musical que faltaba para que la composición fuera perfecta. De ese modo, la historia de Jonas adquiriría un digno punto final.

Mientras el ordenador arranca a duras penas, echo un vistazo a la calle. Todo parece normal. La gente va y viene, los coches serpentean entre los vehículos que siempre están mal aparcados en las calles que rodean la iglesia del centro. Me pregunto cómo pueden seguir con sus vidas cotidianas como si no hubiera ocurrido nada durante la última semana. No sé qué ocurrirá cuando se enteren de que Hans Indbjo murió anoche devorado por las llamas en Lindøy, pero está claro que el ya desatado circo mediático se volverá totalmente fuera de control. Me concedo una sonrisa. Fue una sensación maravillosa oír los gritos de dolor retumbando entre los arrecifes.

Hace media hora fui testigo del drama junto al concesionario Opel. A medida que me iba acercando al lugar, intuía que algo iba mal. Sentía un inquietante hormigueo en todo el cuerpo. Una sensación de que la situación no era la que debía. Notaba la respiración acelerada. Una incipiente angustia me pellizcaba bajo las costillas. Diez minutos antes de la hora prevista, estaba en el cruce junto a la vieja central eléctrica sopesando la situación. El manuscrito que había retocado en la pequeña casa de verano de Espevær me indicaba lo que tenía que hacer, pero cuando regresé a la ciudad, de repente, todo parecía equivocado. Surgió en mí la sospecha de que la policía sabía más de lo que yo pensaba. Y por eso no debía encontrarme con Lotte en el túnel.

Mientras permanecía allí, vi acercarse a un individuo conocido. Entonces comprendí que tenía que ser una jugada del destino. Ciento treinta kilos de negatividad andante era justo lo que necesitaba en aquel preciso instante. Henrik Thomsen me saludó con la cabeza en señal de reconocimiento antes de estrecharme la mano. Intercambiamos secamente algunas cortesías de rigor y luego le pedí un favor.

—Lotte Skeisvoll llegará en cinco minutos y tengo que entregarle este *pendrive* en el paso subterráneo, pero me ha surgido algo y no la puedo esperar. ¿Podrías hacerlo por mí? Es muy importante...

—¿Por qué en el túnel?

Thomsen parecía algo escéptico. No creo que le entusiasmara la idea de que le molestaran.

—Pues simplemente acordamos quedar ahí. Ella suele salir a correr por ese lugar cada mañana y yo también paso de camino al trabajo.

Henrik Thomsen asintió y cogió el *pendrive*.

—Que quede claro que no me quedaré mucho tiempo esperando. Cinco minutos como mucho.

Asentí y me marché. Fui a por mi coche, que había aparcado junto a los bloques de la calle Austmannavegen, arranqué y avancé unos metros antes de dar la vuelta en dirección al túnel. Entonces vi llegar a Lotte corriendo. Pude presenciar toda la escena desde mi butaca. No transcurrió más de medio minuto desde que pasó por delante de mí hasta que se produjo el estallido. En un momento el lugar se llenó de policías y supe que mis sospechas habían sido fundadas. Bajé del coche y me acerqué corriendo para no perderme ningún detalle. Cuando una manada de policías sacó del túnel a Henrik Thomsen, totalmente ensangrentado, supe que todavía me quedaba algo de tiempo. Aunque no mucho, porque él se iría de la lengua en cuanto empezaran a interrogarle. Sin embargo, eso no ocurriría de inmediato. En primer lugar, el hombre necesitaría atención médica y, además, estaba inconsciente.

Cambio el nombre y modifico la escena del túnel. Lotte Skeisvoll se ha librado. Pienso en algo que dijo una vez Hans Olav Lahlum en un festival de novela negra, y me río entre dientes: «Es muy frustrante cuando mis personajes empiezan a vivir su propia vida. En una ocasión, uno de mis protagonistas decidió que quería salir del

armario en mitad de una novela. Un fastidio increíble. Me causó un montón de problemas». En mi libro es distinto. Mis personajes tienen voluntad propia también en la vida real y soy yo el que debe cambiar la trama para que se ajuste a la realidad. Por desgracia, la realidad no se puede modificar.

Me estoy acercando al final. Dentro de poco, todo habrá acabado. Antes de que escriba mi «di me — manu propria», mis últimas palabras, busco la lista de direcciones de todas las editoriales noruegas de literatura de ficción. Las adjunto a mi correo y lo preparo para enviarlo. Si llega la policía, tendré tiempo de pulsar «Enviar» antes de salir huyendo. Esta vez ninguna editorial me rechazará. Las diecisiete editoriales ya se pueden pelear todo lo que quieran sobre quién obtendrá los derechos. La respuesta está en mi testamento, ya que no creo que me quede mucho tiempo de vida. El tumor de mi cabeza llama cada vez más fuerte a la puerta. Es una lástima que jamás vaya a poder disfrutar de mi éxito literario. Ese es mi gran pesar. No obstante, me basta con saberlo. Mozart no tuvo ocasión de escuchar su réquiem. Wergeland nunca llegó a ver impreso su poema «Til min Gyldenlak». Suele pasar con las obras maestras.

Suspiro aliviado. Ya sé que voy a llegar a tiempo. En breve iré a buscar a mi última víctima. Está preparada, esperando en el vestíbulo. Ignora por completo el destino que la espera. Hace apenas media hora tenía toda la vida por delante. Ahora ya aparece en mi obra como víctima. Está claro que no podría haber encontrado una mejor sustituta para Lotte. Ella debió haber sido el plan A, pero apenas sabía de su existencia hace tres años, cuando redacté el primer borrador. Era un personaje insignificante. Ahora le he dado el lugar que merece. Me tomo también mi tiempo para redactar el epílogo. Sin un epílogo nadie entenderá lo que ocurrió realmente.

Todo está escrito. Todo está en su sitio. Repaso los detalles una última vez antes de mover la batuta. Se levanta el telón. Disfruto de la sensación cuando por fin todos me ven. Yo soy la obra maestra.

Yo soy el Ejecutor...

Comisaría de policía de Haugesund

Lunes por la mañana, 20 de octubre de 2014

Lotte arrojó el papel con el nombre sobre la mesa. Todo lo que hacía un minuto había parecido un caso cerrado, acababa de dar un nuevo giro de ciento ochenta grados. El nombre escrito con rotulador rojo por Harald Madsen en aquel folio A4 refulgió ante los ojos de las cinco personas que había en el despacho.

—¿Qué diablos ocurre?

Lotte Skeisvoll se dejó caer como un peso muerto en la silla. Miró desesperada al editor con la esperanza de que le dijera que aquella era la broma pesada más espantosa de la historia. Sin embargo, él se quedó mirándoles sin comprender nada.

—Bueno, este es el nombre que me ha proporcionado Vigmonstad. Habían catalogado digitalmente todos los manuscritos recibidos desde que fundaron la editorial, y fue pan comido buscar la información de contacto detrás del seudónimo.

—Øystein Vindheim... ¿No es el bibliotecario al que entrevistó Ranveig el día antes de que la mataran?

Scheldrup Hansen sostenía la hoja en la mano y miró a los demás por encima de las gafas. Lotte asintió débilmente para confirmarlo, y volvió a levantarse.

—¡Joder! —prosiguió el inspector de la judicial—. Sabía que conocía al tipo de la bicicleta en Djupaskar. Hablé con él sobre los malditos códigos de los correos ese mismo día.

El jefe de policía se recompuso y tomó las riendas de la situación.

—De acuerdo. Así están las cosas. A su debido tiempo averiguaremos qué estaba haciendo Henrik Thomsen en el paso subterráneo. Ahora nos toca atrapar al bibliotecario antes de que encuentre a cualquier otra víctima casual.

Todos se levantaron, excepto Lotte, que hizo lo contrario: volvió a sentarse. Los demás se detuvieron y se la quedaron mirando. Su rostro había adoptado una expresión de infinito cansancio. Como si la hubiese abandonado toda la energía. A cámara lenta, dirigió la mirada hacia los rostros interrogantes que tenía delante. Las palabras se le atragantaron, negándose a salir. Finalmente consiguió susurrar lo que tenía que decir, la idea que la había golpeado en cuanto el jefe de policía terminó de hablar:

—No hay ninguna víctima casual.

Los otros permanecieron callados. La miraron más extrañados todavía. El silencio

los había envuelto como un vacío.

—Es Anne... Mi hermana —añadió—. La oficina de empleo le ha ofrecido un puesto en la biblioteca como contraprestación de la ayuda social que recibe. Forma parte del nuevo acuerdo municipal para intentar buscarles actividades diurnas a los toxicómanos. Øystein lo organizó todo. Anne me lo contó el sábado, cuando se despertó en el hospital. No comprendí cómo una pobre toxicómana podía resultar de alguna utilidad en una biblioteca, pero no llegué a preguntarle. Me dijo que empezaba hoy.

—¡Joder! ¿No hay ni una escena que este hombre no haya concebido de antemano? —exclamó furioso Olav Scheldrup Hansen, y golpeó la pared con el puño de pura frustración.

Lotte no reaccionó. Estaba como paralizada, mirando a la mesa. Ya no quedaba nada de ella. Se convirtió en un testigo pasivo y dejó que el jefe de policía y Olav tomaran el control de la situación. Todo se organizó por encima de ella. Lotte se quedó sentada a su mesa en compañía del desconcertado editor, mientras los demás corrían por los pasillos gritando órdenes. Cuando se oyeron las primeras sirenas, pareció espabilarse un poco.

—Puedo llamar...

Con manos torpes buscó el móvil en los bolsillos, pero los dedos no le obedecieron. No lo encontró hasta hurgar en ellos por tercera vez. Lo tenía en la funda del cinturón del uniforme.

—No contesta nadie —dijo—. ¡Contesta, coño!

Harald Madsen se levantó cuidadosamente y salió del despacho.

Lars Stople entró justo después. Se acercó a Lotte y la abrazó. Ella se resistió, mientras seguía blasfemando. Lars le pidió que se tranquilizara, tratando de consolarla. Entonces fue como si algo se reactivara en ella. Apoyó la cabeza en el hombro del veterano policía. No le quedaba más remedio que intentar mantener la esperanza. La esperanza de que el asesino no fuera un paso por delante de ellos, sino que logran detenerlo en el lugar donde debía estar en ese momento. En la biblioteca. Sin embargo, mientras seguían abrazados, los dos tuvieron el mismo pensamiento: si había algo que caracterizaba la forma de actuar de Øystein Vindheim durante la última semana, era que siempre iba un paso por delante.

La confirmación les llegó por el crepitante sistema del intercomunicador dos minutos más tarde. Knut Veldetun estaba sin aliento cuando dio parte.

—No está en la biblioteca. Según la mujer del mostrador, se marchó hace diez minutos para comprar material de oficina con la nueva asistente enviada por la oficina de empleo. Supongo que no están comprando en Staples...

—Pues no, Knut. Seguramente están de camino a Haraldsvang. La suerte está echada. No nos queda más remedio que ir a por todas. Ya no tenemos nada que perder.

Durante un instante se hizo el silencio al otro lado, antes de que Knut volviera a

hablar:

—Creo que te equivocas. Tenemos todas las de perder, Lotte. Si fracasamos esta vez, perderás a tu hermana.

Lotte apagó el intercomunicador y murmuró quedamente:

—Ya he perdido a mi hermana muchas veces.

Cafetería de Haraldsvang

Lunes por la mañana, 20 de octubre de 2014

Una suave brisa hacía susurrar las hojas secas de los abedules junto al parque infantil de Haraldsvang. Por lo demás, reinaba el silencio. No se oían chillidos de niños. No se oían voces. No había coches en el aparcamiento. Solo las hojas susurrando lánguidamente que hoy estarían a salvo de las pequeñas manos de los críos. La cafetería del extremo orientado al lago estaba a oscuras, con las persianas bajadas. No había corredores por los senderos que rodeaban el parque. Ningún paseante con carrito de niño. Nada.

Era como si el mundo entero contuviera el aliento. En verano, el lugar estaba salpicado de jóvenes bañistas junto al trampolín de saltos y familias con niños que jugaban tranquilamente en la explanada delante de la cafetería. Hoy, sin embargo, no se veía a nadie. Mejor dicho, a casi nadie. Un hombre permanecía sentado en un banco, contemplando serenamente el entorno del parque. El lugar parecía concebido para recrear la escena inicial de *El hombre nocturno* de Jørn Lier Horst. Salvo porque el hombre y el banco se encontraban en un tranquilo parque natural en un día agradable, y no en una calle comercial del centro mientras la niebla cubría con su velo lo inconcebible.

El sonido de las sirenas fue aumentando y las luces policiales arrojaron su resplandor sobre las hojas amarillentas del bosque otoñal.

Lotte Skeisvoll había salido corriendo para subirse a uno de los primeros coches. Quería estar allí. Si ella no estaba, Anne no tendría a nadie conocido a su alrededor. Lotte sabía muy bien lo que implicaría que todo ocurriera según se había escrito. Sin embargo, no podía dejar sola a Anne.

Lotte miraba llena de pánico por la ventanilla cuando el coche policial derrapó frente a la cafetería de Haraldsvang. El tiempo se detuvo cuando alzó la mirada y descubrió lo que Øystein Vindheim había logrado escenificar en los diez minutos de ventaja que les llevaba. Los coches fueron llegando uno tras otro. Apagaron las sirenas. Abrieron las puertas, los agentes bajaron y tomaron posiciones, y las órdenes atravesaron el aire durante unos segundos. Luego, fue como si toda la escena se congelara en un cuadro.

Si no fuera por el silencio absoluto, todo parecería normal. El metal del tobogán brillaba al sol. Los columpios hechos de neumáticos oscilaban con el viento. Una de

las cadenas del columpio estaba oxidada y emitía pequeños gañidos cada vez que lo movía el viento. Se oía el agua lamiendo las rocas en la orilla. Todo era tal y como él quería que fuera. Estaba solo en el banco. Los policías en posición delante de él. Anne estaba a su lado.

Lotte abrió la puerta del coche patrulla con un lento movimiento. Al salir, se agarró al marco para no caerse. Los policías del grupo de intervención habían bajado sus armas unos centímetros. Todos la miraban, aguardando. Ella se apartó el flequillo castaño. Notó que estaba hiperventilando. Le temblaban las manos. Sus piernas sostenían su peso con dificultad. Primero llamó en susurros a su hermana:

—Anne...

Su hermana no la podía oír. Las palabras no le llegaban. Estaban a unos diez metros la una de la otra, pero Lotte no podía llegar a ella. Siguió llamándola. Cada vez alzaba más la voz.

—Anne... ¡Anne!

Su hermana no contestó. Contemplaba el aparcamiento con la mirada perdida.

En las copas de los árboles se oía el leve susurro de lo que hacía solo unos meses había sido follaje verde y frondoso. Una brisa fría ascendió por las suaves laderas desde el lago Skeisvannet, envolviéndoles en una capa helada. Todo lo normal y cotidiano quedó borrado por aquella imagen que tenían delante. Por encima del hombre del banco, la cabeza de Anne se mecía clavada a una estaca de dos metros de alto. El hombre feliz del banco, el Ejecutor, era el único que sabía dónde estaba el resto del cuerpo.

Requiem – di me – manu propria

¿Por qué?

Llevar una semana haciéndome la misma pregunta. No hay ningún «por qué». «Qué», «quién», «dónde» y «cómo» son buenas palabras. Palabras con las que me puedo identificar. Pero... ¿«por qué»?

Les respondo que fue necesario. Me preguntan si actué de forma compulsiva. No. Podría haber decidido no hacerlo. Podría haber abandonado discretamente esta vida con una esquila a dos columnas en la página sesenta y cuatro del periódico local. Podría haberle rogado a un Dios que no existe para que alguien encontrara el manuscrito y le hiciera cobrar vida después de mí. Para que alguien, contra todo pronóstico, descubriera las palabras que he escrito y me otorgara un nombre con carácter póstumo. Podría haberlo hecho. Haber vivido mis últimos días con la esperanza de que alguien me descubriera, me viera. Pero no lo hice. Decidí convertir las palabras en acción. La interacción en música.

Un juego de espejos. Una misa de difuntos. Un réquiem. Un canto del cisne sobre agua helada. No entiendo cómo puede ser tan difícil de comprender.

Ellos menean la cabeza. Murmuran entre sí. Vuelven a dirigirse a mí para hacerme nuevas preguntas de «por qué». Me remuevo en la silla de madera. No comprendo cuál es el motivo de tanta palabrería. Mozart componía sinfonías. Y a él nadie le preguntó «¿Por qué?».

—Quería que la gente conociera la historia. Que no desapareciera conmigo.

Un momento más tarde me pregunto si lo he dicho en voz alta o si solo lo he pensado. La respuesta de los dos policías no llega, así que no estoy seguro. Ya no sé la de veces que me he repetido respondiendo a sus preguntas. Soy un eco de mí mismo. Un eco entre los muros blancos encalados.

«¿Por qué escribiste esta historia?». Porque quise. Porque me había pasado toda la vida buscando en las estanterías de libros y nunca me había encontrado a mí mismo. Porque sabía que lo podía hacer mejor que ellos. Porque tenía una historia que quería compartir.

«¿Por qué utilizaste a personas reales en la novela?». Una pregunta estúpida. Cualquiera que sepa algo de libros sabe que los personajes tienen que ser reales para que la historia sea creíble. Personajes reales, personas reales, nombres reales. Uno no se puede acercar más a la realidad. Como he dicho, es un juego de espejos. Utilizar a

mis amigos y otras caras conocidas tal y como yo los veo. Dejarles que sean ellos mismos, pero interpretando un papel. Dejarles que vivan su vida en mi historia. O que mueran... Alguien siempre tiene que morir.

El hombre de Oslo. Olav Scheldrup Hansen. El hombre a quien tuve que incorporar a la historia durante el desarrollo de la misma se dirige a mí. Intenta clavarme su mirada de ojos melancólicos. Mira sus notas.

Vuelve a hacer la eterna pregunta:

—¿Por qué tuvieron que morir? ¿Por qué escogiste a esas víctimas y no a otras?

Debería ser evidente. Yo no los elegí. Ellos me eligieron a mí. Estuve en el tribunal como juez lego cuando fueron absueltos en contra de mi opinión, y también estuve allí cuando recibieron su justo castigo. Un círculo perfecto. Los observé en el banquillo de los acusados y escuché todas sus pequeñas mentiras. Allí se plantó la semilla. La idea de que alguien debería castigarles después de todo. Era el argumento de novela que había estado esperando. La historia del genio que, en su locura, se vengó de aquellos que se libraron de su castigo. El Ejecutor era una sombra de mí, plasmada en un libro. Cobró vida a través de mí. Cuando se estrenara la misa de difuntos, todos debían morir. No fue mi deseo. Simplemente lo dictaron las notas. Es posible improvisar en una composición, pero el hilo conductor debe ser siempre el mismo.

—¿Los mataste porque habías escrito en la novela que iba a suceder?

Scheldrup Hansen de nuevo. Una voz monótona. Un tipo derrotado. Por fin una pregunta que puedo contestar. Un respuesta breve y concisa para tratarse de mí:

—Sí.

El inspector de la policía judicial niega con la cabeza. Mira a su compañera, le susurra algo. Ella asiente. No es Lotte Skeisvoll. No la he visto desde que se extinguió la última nota en Haraldsvang hace una semana. Lo de elegirla a ella es otra de las preguntas absurdas. ¿Por qué precisamente ella? Les contesto con la verdad:

—¿Por qué no...?

Era demasiado buena para no ser incluida en la novela. Esas pequeñas peculiaridades que había observado en el tribunal una y otra vez. ¿No es TOC la abreviatura con que se conoce su trastorno? Esos insignificantes y absurdos comportamientos compulsivos que definen su personalidad. Brillante, pero insegura. Decidida, pero temerosa. Firme, pero inestable. Lo supe en cuanto empecé a escribir *El Ejecutor*. Tenía que ser Lotte. Me recreo un poco rememorando todas aquellas ocasiones en las que estuve controlando sus hábitos y rutinas previsibles. ¿Hay muchas más personas que compren leche, pan, jamón cocido y queso en lonchas todos los días exactamente a las cinco y cinco?

—¿Por qué ese odio hacia Viljar Ravn Gudmundsson? Creía que erais amigos.

Por lo visto el investigador de Oslo sigue sin salir de su estupefacción.

Al parecer les cuesta. ¿Todavía no lo comprenden? Yo no odio a Viljar. Él es mi héroe. Es el protagonista. Mi primer violín. Mi solista. Yo quiero a Viljar. Por eso le

dejé vivir. Todos los héroes se encuentran con obstáculos en su camino hacia la resolución, al contrario no sería interesante. Efectivamente, le hice sufrir por el nefasto trabajo que hizo con Jonas, mi hermoso sobrino. Sin embargo, eso no es un motivo para odiarle. Simplemente me dio una excelente oportunidad para poder contar también la historia de Jonas. Nadie la ha escrito antes. No la historia verdadera y real. La que Jonas y Fredric me contaron cuando los mantuve ocultos en mi casa después de lo que ocurrió con Ine.

Un espejo dentro de un espejo. Así es.

O más bien... Así es como espero que sea mientras estoy solo en la biblioteca, atento a las sirenas que se están retrasando. Imaginándome cómo será la última escena. Allí escribo el último movimiento que tendrá lugar en Haraldsvang. Me imagino que así es como debe acabar todo. Sin embargo, no sé muy bien dónde lo absorbe el espejo y termina la realidad. Me imagino a mí mismo sentado en una silla dentro de una semana, a ellos preguntándome por qué y yo respondiendo con mis pensamientos silenciosos. Porque lo harán así, ¿verdad?

Eso es lo que ocurrirá, si todo sale como lo he escrito. Y así es como ocurre. El mundo me ve brillar. Se pone el punto final. Anne muere. Al final yo también moriré, pero *El Ejecutor* vivirá para siempre. Aquí, en la biblioteca de Haugesund, en el centro de la infinita magia de los libros, como un espejo dentro de un espejo para toda la eternidad.

29-10-2014

ØYSTEIN VINDHEIM

Epílogo, ¡y agradecimientos!

Una novela negra es ficción y pido comprensión por el hecho de que no todo suceda como en la vida real. Como autor me he tomado algunas licencias dramáticas. Los cadáveres no se retiran de la escena del crimen apenas una hora después de la llegada de la policía y los inspectores no pueden acceder a ella hasta que los técnicos forenses han acabado con sus labores. Los periodistas no comparten alegremente su información con la policía y espero que nunca redacten reseñas sobre conciertos a los que no han asistido. Confiemos en que los inspectores de la policía judicial trabajen con algo más de rigor y ética profesional de la que demuestran en *El Ejecutor*. Sé de buena tinta que las editoriales no conservan los manuscritos durante varios años, sino que los destruyen al poco tiempo. Incluso en Gjøvik. Sin embargo, sin estos elementos la historia no habría resultado tan emocionante...

Si buscas las condiciones meteorológicas en Haugesund durante el mes de octubre de 2014, encontrarás una serie de errores. También puede haber inexactitudes en cuanto a la cronología de los asesinatos que aparecen en los libros citados. Escribir novelas policíacas es así. A veces nos inventamos cosas. Un buen ejemplo de ello es el rifle Märklin con balas Singapur de 16 mm que menciona Jo Nesbø en *Petirrojo*. Jamás ha existido tal arma.

Tampoco ninguno de los personajes de la novela existe en la realidad. Excepto yo mismo, claro.

Dedico este libro a mis padres, que no tuvieron el placer de ver el resultado final. Ambos sabíais que estaba escribiendo *El Ejecutor* y pudisteis escuchar algunos fragmentos durante el proceso de elaboración. Creo que me estáis viendo ahora, tal y como siempre me habéis visto, asumiendo y aceptando mis ocurrencias descabelladas y mis ideas extrañas. Os echo de menos a los dos.

A mi mujer, mi amiga, mi aliada, mi ayudante, mi principal animadora, mi interlocutora, mi correctora, mi maquetadora y mi maravillosa pareja. No hay palabras para describir lo agradecido que te estoy. Mil gracias también a mis tres hijos e hijastros mayores: Christine, Vebjørn y Daniel. Sé que no os gustan mucho los libros, pero siempre me apoyáis.

Son muchos los que han contribuido a ayudarme durante este proceso. Principalmente, mi cuñada y fuente policial Silje Elin Matre, que trabaja como técnico forense en Stavanger, y Øystein Eide, antiguo periodista del *Haugesunds*

Avis. Sin vosotros dos el ambiente en la comisaría y en la sede del periódico no habría resultado tan fidedigno. Gracias también a Bård Øyvind Leite, que ha buscado con lupa errores y fallos sobre las descripciones de la comarca de Haugalandet.

Gracias a mi buen amigo Viljar Skibenes, a John Olav Oldertrøen y al autor de novela negra Frode Eie Larsen. Vuestras aportaciones con respecto al primer borrador del manuscrito en el verano de 2014 me ayudaron a creer en el proyecto. Mil gracias también a los autores de literatura policíaca Frode Granhus, Ørjan N. Karlsson y Gard Sveen por ofreceros a leer el manuscrito antes de la revisión final de este otoño.

Un agradecimiento muy especial a Fredrik Schmidt Fotland, de la editorial Comino en Bergen, que creyó en mí y quiso apostar por mi obra. El hecho de que decidiéramos hacerla de un modo diferente en el otoño de 2015 es el resultado de una buena colaboración y amistad, no de un desacuerdo. Tu generosidad, ayuda y apoyo es algo que nunca voy a olvidar.

Las últimas palabras de esta novela van para mi amigo Ivan Sandven. En el verano de 2010 me preguntaste por qué no hacía realidad mi sueño de ser escritor. Fue la semilla de *El Ejecutor*. ¡Mil gracias!

Haugesund, 1 de diciembre de 2015

GEIR TANGEN



GEIR TANGEN (Øystese, Noruega 1970). Dirige el blog más grande de libros de crímenes de Noruega —Bokbloggeir.com, con más de 170 000 lectores— donde ha revisado novelas policiales y *thrillers* desde 2012.

Tangen es licenciado en Ciencias Políticas y TIC y ha trabajado como periodista y como redactor independiente de varios editores noruegos. Actualmente trabaja como maestro de escuela secundaria. *El ejecutor* es la novela de debut de Geir Tangen. Un mes después de una recepción delirante, uno de los editores más grandes y prestigiosos de Noruega, Gyldendal, se adelantó a los derechos de *Maestro* y del próximo libro de la serie con Viljar Ravn Gudmundsson y Lotte Skeisvoll. Tangen vive y trabaja en Haugesund, Noruega, con su esposa y sus tres hijos.